



Kristel Ralston

Lazos de Cristal

Lazos de Cristal

Kristel Ralston

©Kristel Ralston 2015

Todos los derechos reservados

SafeCreative © N. 1507014528494

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Esta es una obra literaria de ficción. Lugares, nombres, circunstancias, caracteres son producto de la imaginación del autor y el uso que se hace de ellos es ficticio; cualquier parecido con la realidad, establecimientos de negocios (comercios), situaciones o hechos son pura coincidencia.

“Los libros solo se escriben para, por encima del propio aliento, unir a los seres humanos, y así defendernos frente al inexorable reverso de toda la existencia: la fugacidad y el olvido”.

Stefan Zweig.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

La mujer que en ese momento miraba hacia la cámara, durante la última toma para el comercial, era perfecta. El casting y la producción habían sido todo un éxito. Claro, no podía ser de otra forma, porque Matthew Talley lo supervisó todo. A él no le gustaba dejar cabos sueltos. Algunos lo tachaban de creerse demasiado autosuficiente, Matt rebatía diciendo que era un perfeccionista. Además, si el cliente quería resultados, él tenía que estar al frente de los procesos para asegurarse de ello.

Matt garantizaba excelencia, y cumplía. No en vano a sus treinta y dos años de edad ya era considerado como uno de los publicistas mejores pagados y respetados de San Francisco. Su trabajo era bastante multifacético, tanto como demandante, pero lo disfrutaba y sabía crear estrategias para conceptos innovadores que atraían a grandes clientes. La necesidad de poseer la seguridad material de la que careció cuando era más joven, aún persistía en él como un monstruo implacable que lo empujaba siempre a desafiarse a sí mismo e intentar ganar cualquier reto profesional a toda costa. Se había ganado a pulso su prestigio, y por eso cuidaba lo que era suyo de un modo especialmente posesivo. Cuando luchaba por una cuenta o una idea, lo hacía con fiereza y sin contemplaciones emotivas. No había tiempo para los sentimentalismos en su mundo. Se trataba de sobrevivir, y él era un luchador innato.

«Gracias al cielo se ha acabado el asunto con este cliente», pensó Matt mientras los altos ejecutivos de la productora se le acercaban para despedirse, así como también lo hizo luego el representante de Yellow Energy, la empresa de bebidas gaseosas para la que había trabajado la campaña publicitaria.

Prácticamente arrastrando los pies salió del estudio de grabación hacia el parking. Estaba molido. La vida de publicista podía ser un verdadero incordio en ocasiones, aunque la paga compensaba con creces la inversión de su tiempo y paciencia.

Cuando llegó a casa se instaló frente al televisor tal como le gustaba: con una cerveza fría en la mano, en bóxer, y con el canal de deportes en alto volumen. Estiró sus fuertes y largas piernas sobre un butacón que había conocido tiempos mejores, pero era su favorito y no pensaba deshacerse de él. Suspiró con alivio. «Al fin tranquilidad.»

La vida de Matt no siempre había sido sosegada. De hecho, no le resultó nada fácil abrirse camino, en especial porque provenía de barrios pobres y sus únicas herramientas eran su tesón, un deseo voraz de superarse y una mente rápida. A la edad de diez años tuvo que robar cada vez que quería llevarse un bocado al estómago; otras ocasiones, tenía que correr para eludir a un padrastro borracho y maltratador. No se avergonzaba de sus orígenes, porque esas vicisitudes habían forjado su carácter y determinación, llevándolo a marcar una diferencia en su campo profesional. Un minuto de su tiempo valía una pequeña fortuna.

Los cinco años que llevaba trabajando para la agencia Spring & Marsden, como director de cuentas VIP, acabarían muy pronto. Ahora tenía a la vista llegar a un puesto más alto. Su enfoque y esfuerzo estaba dirigido a conseguir la cuenta Harrington, una prestigiosa cadena especializada en joyas. El dueño quería una campaña a nivel nacional para posicionar la reputación corporativa ante la competencia. La primera licitación para ganar la cuenta Harrington la habían superado exitosamente. La etapa final se realizaría dentro de un mes. Él estaba deseoso de coordinar su equipo y ponerse a trabajar.

De conseguir la campaña para la agencia, Andrew Spring, en persona, le había asegurado que sería ascendido a *socio* de la empresa. Aquel era un privilegio que no se otorgaba a menos que el publicista tuviera veinte años en el negocio. Sin embargo, él había conquistado la voluntad y consideración de sus jefes a base de resultados, y esa era una demostración de la confianza que tenían en su capacidad profesional.

El día a día lo consumía, pero se había propuesto manejar mejor su tiempo para poder visitar a su hermana Lilly, quien vivía con su pequeño hijo de dos años, Peter, y su esposo, Dermont, en Boston. Dermont Jackson era uno de sus mejores amigos, y se

conocían desde el instituto y la universidad. Ambos se habían frecuentado bastante para estudiar o salir, y su hermana había sido una compañía habitual en las reuniones con amigos. Por eso no le sorprendió del todo cuando Lilly empezó a salir con su mejor amigo, y al poco tiempo, ambos le anunciaban que iban a casarse. Matt entregó a su única hermana en el altar.

El ausente en la ceremonia fue su padre, Elliot Talley. Los había abandonado cuando él acababa de cumplir los siete años de edad, para seguir su pasión: la bebida. Monique, su madre, parecía tener una predilección por los hombres ebrios, pues un año más tarde de que Elliot los abandonara, ella se enamoró de otro borracho, Heath Bourbon. No solo se casó con Heath, sino que permitió que los maltratara. Matt se encargó de proteger a Lilly y corrió con la peor parte: los insultos y golpes. Aquel fue un periodo triste de su vida. Uno de tantos.

Aquello era parte de su pasado.

Ahora, relajado en su penthouse, sintonizó en el canal de deportes el partido de los Lakers. No prestó demasiada atención al juego, porque los ojos empezaron a cerrársele por el cansancio. Había sido un día pesado.

El repentino sonido del teléfono lo espabiló de inmediato. «¿Quién diablos llamaba a las diez y media de la noche? ¿Era mucho pedir que lo dejaran descansar?»

—Diga —contestó irritado.

—¿Matt?

—Al habla. ¿Quién es? —Su cabeza no reconocía ninguna voz que no fuera la de sus músculos pidiendo a gritos descansar en su cómodo colchón.

—¡Muchacho! Lamento la hora. Sé que la campaña con los dueños de la cadena de bebidas ha concluido. Acabo de recibir un correo del dueño de Yellow Energy diciéndome que está satisfecho con tu trabajo. Enhorabuena.

—Gracias, John —reconoció la voz de su jefe—. ¿Qué puedo hacer por ti?

John Marsden, el segundo socio principal de Spring & Marsden, era un neoyorquino sesentón, viudo. Él solía decir que se enamoró de San Francisco una

noche cuando estuvo de paso y vio iluminada la bahía con el Golden Gate de fondo. A muchos les ocurría, pero no hasta el extremo de mudarse desde la cosmopolita y alocada Nueva York, hasta la apacible y al mismo tiempo extrovertida San Francisco, de por vida.

Matt conoció a John cuando fue su profesor en la materia de *Creencias del Consumidor*, en la universidad. El hombre ya era en ese entonces una leyenda de la publicidad, y lo había felicitado por su agilidad para ver los puntos débiles y fuertes de una marca y estructurar a partir de ello, conceptos publicitarios innovadores. Matt se convirtió al poco tiempo en su asistente de cátedra.

El día en que se graduó de publicista, John se le acercó para decirle que las puertas de Spring & Marsden estaban abiertas cuando quisiera formar parte de la agencia más prestigiosa de la costa oeste de los Estados Unidos. Fue halagador. Sin embargo, pasaron varios años antes de tocar esa puerta, porque Matt quiso primero adquirir suficiente experiencia en el mundo laboral, para cuando llegara al despacho de Marsden tener la oportunidad de conseguir un mejor salario y posición. Tal como había ocurrido.

Durante el tiempo de transición entre la salida de la universidad y sus primeros empleos, John le abrió las puertas de su casa. Desde entonces habían forjado una excelente amistad. Matt veía en John, más que su amigo, también al padre que siempre quiso tener.

—Habitualmente no me gusta pedir favores para mi familia... —se quedó en silencio un momento—. ¿Recuerdas a mi hija Victoria, Matt?

En su mente se dibujó la imagen de una adolescente con ortodoncia que defendía sus puntos de vista en cada conversación. Unos cabellos algo desordenados con los que solía andar por la casa cuando él iba de visita; ojos azules luminosos claros y cautos; la piel blanca; naricilla respingona y labios generosos. Claro que la recordaba. Él la había visto de lejos en breves ocasiones en un par de eventos durante los últimos años, pero jamás se había acercado a Victoria para saludarla. No tenía cómo explicarse aquello.

—La recuerdo, sí. ¿Qué ocurre?

El jefe de Matt soltó un suspiro.

—Hace casi tres años mi hija abrió su propia agencia. Ahora sus oficinas están en remodelación y necesita un espacio temporal para trabajar. Quiero echarle una mano, pero es muy orgullosa y por eso no quiero que lo sepa. Además ya sabes cómo suele demorar el asunto de rediseños, contratos... En fin. Escucha, no quiero que pierda la esencia del día a día de trabajo, porque en esta profesión hay que mantener el ritmo...

Matt elevó los ojos al cielo. Ya sabía por dónde iba.

—¿A qué clase de espacio específicamente te refieres? —preguntó dándole un trago a la botella de cerveza.

—Pues que le permitas compartir la oficina contigo.

Su despacho era muy amplio, pero no le gustaba compartirlo con nadie, pensó Matt.

—Mmm... no creo que sea buena idea, John. —Además de un tema de privacidad profesional, no tenía ganas de cuidar de la hija de su jefe ni jugar a ser el profesor de nadie—. Tenemos informes confidenciales en los archivos, y aunque sea tu hija tan ética como tú, si dices que tiene una agencia también entonces no deja de ser competencia.

John calculó bien lo que iba a decirle. No quería revelar los asuntos personales de su hija, no a menos que quisiera echarse una década sin que le dirigiera la palabra. Eso no se lo podía permitir, porque Victoria era su única familia.

—Matt, quiero que la incluyas en tu equipo de trabajo sin que ella se entere de que he hecho esta llamada. Y sobre el tema de los archivos confidenciales, pues técnicamente no es competencia. Su agencia está sin funcionar mientras esté en remodelación. Quiero ayudarla a mantenerse vinculada con lo que implica manejar clientes a gran escala como en Spring & Marsden. Contrátala en tu equipo. Serás un buen jefe para ella. Lo sé, muchacho.

—¿Por qué? —preguntó. Dio otro trago a su cerveza. Se sentó con el teléfono en la oreja, en una de las sillas del comedor de cuatro puestos, cuyo ventanal daba a la bahía. Aquella vista era uno de los privilegios que lo impulsaron a adquirir su magnífico penthouse—. Si me pides un favor así, me parece que sería bueno que sepa los motivos.

John guardó silencio un momento antes de continuar. Aunque era uno de los dueños de la agencia, y podía ordenarle a Matt que se hiciera lo que él quería, no podía incluir una persona en el equipo del muchacho arbitrariamente, no sin generar incomodidad. No era eso lo que buscaba.

—Quien era su socio está —se aclaró la garganta— retirado por el momento. Ella se quiere tomar las cosas con calma antes de reabrir su agencia. En todo caso, puedes llamarla y ofrecerle una posición, ¿verdad? Eres el tercero abordo con miras a ser el tercero al mando. —«Sabe qué fibra tocar. Me conoce bien», sonrió Matt—. Paul Harrington es un pez gordo y estoy seguro que lograrás hacerte con ese cliente.

Matt estaba empeñado en lograr su ascenso en Spring & Marsden, y no permitiría que nada se interpusiera entre la cuenta Harrington y su ascenso. Quizá Brian Lewis, su equivalente en la agencia de la competencia, Butler & Partners, se jugaba solo un incremento salarial, pero para él iba mucho más allá porque implicaba la consolidación que más anhelaba profesionalmente. Por otra parte, le causaría gran satisfacción poner un par de piedras sobre el ego de Lewis. El tío solía ser insoportable.

—¿Por qué no le pides a Jonas Petersen que la contrate en su equipo? —preguntó de pronto—. Tengo entendido que está recibiendo nuevos clientes estos días.

—Son cuentas pequeñas...

—Déjame ver si entiendo. ¿Quieres que contrate a Victoria porque en mi equipo las cuentas dan comisiones más altas?

—Victoria ha tenido una mala racha económica —respondió a regañadientes—. No acepta mi ayuda. Así que...

—Quieres hacerla sentir que se gana un salario alto en un equipo que puede generar esos ingresos.

—Básicamente.

—Pero, John, esta es su empresa también... es tu heredera. Resulta incomprensible decirle que la voy a contratar cuando esto le pertenece.

—Hazlo comprensible —dijo en tono duro.

Matthew supo que había presionado demasiado.

—Le diré a Marla que contacte con ella —dijo con tono neutral. Odiaba que le impusieran algo, pero odiaba todavía más hacer de niño. Pretendía tratar a Victoria con la misma rigidez con que trataba a sus demás colaboradores.

—Estupendo —replicó con un tono alegre—. Y recuerda, ni una palabra a Victoria de esta charla, muchacho.

—No tienes que preocuparte de nada.

—Gracias.

—Seguro —dijo con voz amable antes de colgar.

Victoria se miró en el espejo. El maquillaje obraba maravillas, pues sus ojeras habían desaparecido. Los meses anteriores habían sido complicados. La búsqueda de empleo no era fructífera y empezaba a desesperarse. Se acercó un poco más a su reflejo para comprobar el delineador negro, su mejor aliado. El cabello se lo dejó suelto como naturalmente era: ligeramente ondulado debajo de los hombros en un precioso tono caoba. Le hubiera gustado tener a su madre con vida, quizá la habría podido orientar en el modo de sobrellevar los sucesos difíciles que había tenido que experimentar.

Esa mañana había recibido la llamada de Marla Roberts, una asistente de Spring & Marsden. La mujer le informó que Matthew Talley, el director de las cuentas VIP

de la agencia, quería conversar con ella a las once de la mañana de ese día. La llamada la sorprendió.

—Yo no he enviado mi currículum a la agencia. No quiero saber nada de...

—De acuerdo a lo que me ha informado el señor Talley, su nombre surgió en una reunión a modo de recomendación en una de esas conferencias de publicistas a las que suele asistir mi jefe. Por eso él desea concertar una reunión con usted.

«Seguro le dijeron lo que hice con L’Oreal», fue lo que pensó Victoria. Aquella campaña tuvo gran repercusión mediática y le valió reconocimientos profesionales. Fue un tiempo en que sí había ofertas de trabajo, recordó con amargura. Después de haber cerrado su agencia se había quedado prácticamente en banca rota. Pero aun así se rehusaba a aceptar el dinero que su padre le depositaba cada mes. Ella tenía orgullo, y también continuaba resentida con él.

—¿Tiene más detalles? —le había preguntado a la asistente.

—Están realizando un proceso de selección para una cuenta muy grande e importante.

—¿Y quién ha dicho que yo quiero trabajar ahí...?

—Señorita Marsden, yo solo...

—Sí, ya sé. Lo siento. Usted cumple órdenes y mi nombre fue recomendado por alguien ajeno a la agencia.

—Me gustaría poder decirle más, pero es todo cuanto me ha informado el señor Talley... ¿Sabe? Realmente es difícil mi día cuando él no obtiene los resultados que espera.

—¿Y ese resultado es que logre convencerme de asistir a la reunión?

—Bueno, yo...

—¿Cuántos años lleva trabajando en la empresa?

—Más de quince años.

—Entiendo, Marla. No me gustaría amargarle el día. Ahí estaré.

—Gracias, señorita Marsden.

La idea de encontrarse con Matthew la inquietaba y llenaba de curiosidad.

Desde que vio a Matt por primera vez, cuando tenía catorce años, se prendó de su seguridad y carisma. Solía ir a su casa con frecuencia, porque era el ayudante de cátedra de su padre. Aún después de graduarse de la universidad, Matt continuó visitándolos. Era muy guapo y de un modo poco convencional. Quizá la dureza de sus facciones inteligentes, suavizadas por la boca sensual y los extraordinarios ojos verdes, lo convertían en un hombre imposible de ignorar. El modo que tenía de enarcar una de sus cejas cuando ella hacía algún comentario que lo dejaba intrigado, le había aportado un aire oscuro y reflexivo. La fascinaba el modo en que brillaban sus ojos cuando decía algo en lo que creía o defendía una idea; o cómo cuando reía a carcajadas, se iluminaba su rostro. El sonido grave y profundo de la voz de Matt era maravilloso. Él le llevaba ocho años de diferencia en edad, y por eso quizá la vio desde siempre como una chiquilla un poco molesta.

Lamentaba que la experiencia juvenil más humillante, y que la había marcado en su adolescencia, hubiera sido precisamente con él.

Años atrás, su padre había decidido celebrarle a lo grande su cumpleaños. Y por supuesto, su pupilo predilecto acudió. No sin compañía femenina; eso era imposible. Lo acompañó una mujer que parecía sacada de una revista de alta costura. Victoria no solía complicarse por asuntos de moda, pero cuando no pudo evitar compararse con aquella chica que iba del brazo del hombre que ella adoraba, su perspectiva en torno a los asuntos vinculados a la ropa tomó otro ángulo. Empezó a importarle. Un poco.

Para su fiesta tuvo la buena cabeza de ir a un salón de belleza a depilarse las cejas por primera vez, y pedir que le elaboraran un simpático tocado. Claro que no podía decir mucho del horroroso vestido negro que su padre insistió en que se pusiera. Sí, sus senos habían crecido, considerablemente; su cintura se había estrechado y las caderas ampliado con delicadeza. No obstante ese vestido no conocía de formas y ocultaba todo lo que ella rara vez exhibía, pero que en su

cumpleaños, al saber que vería a Matt, quería destacar.

Casi ninguno de sus compañeros de clase acudió a su celebración. La fecha había coincidido con la fiesta que daba Maggie Bones, la chica más popular de la escuela. No fue la primera elección de sus compañeros de clases para festejar sus diecisiete años. Le hubiese gustado que Lilly Talley no hubiera estado enferma porque, aunque la hermana de Matt y ella no eran tan amigas, sí que tenían mucho que conversar cuando tenían ocasión de encontrarse. Para su regocijo siempre estaba en la lista de prioridades de Devon, su incondicional y adorado amigo. Al final, no le importó que otros no hubiesen ido a su fiesta.

Devon Patroll era hijo de los dueños de una de las concesionarias de automóviles más grandes de Estados Unidos. Los Patroll se conocían de toda la vida con John Marsden, y la amistad había llegado hasta los hijos de ambas familias. Devon tenía una hermana gemela, Julianne, pero no tenía en absoluto ningún vínculo con Victoria, salvo un saludo o una conversación parca. No había química entre ellas.

Devon jamás la hacía sentir mal o se mofaba de sus pronunciadas curvas femeninas. Al contrario, le expresaba que la envidia o las burlas convertían a la gente en estúpida y así debería considerar a cualquier que se atreviera a reírse de ella. ¿Cómo no iba ella a quererlo?

La noche de la fiesta fue la primera vez que Victoria bebió más de cuatro copas de champán. Muy mala idea, sobretodo porque su desinhibición —y falta de sentido común dicho sea de paso— la llevó a aprovechar un momento en que Matthew estaba solo, para acercársele. «Es el momento perfecto», pensó antes de ejecutar su plan. Un plan que luego se daría cuenta era el peor que había maquinado nunca.

—Hola, Matt —saludó, tocándole la manga del traje negro. Ella creía que aunque él se pusiera un mono de mecánico encima, se vería elegante y distinguido. Era guapísimo, pero él parecía no inmutarse sobre el modo en que las mujeres parecían comérselo con los ojos.

—Victoria Anne. —Ella odiaba que la llamara de ese modo—. ¡Feliz cumpleaños! ¿Dieciséis, verdad?

—Diecisiete —enfaticó—. ¿No se notan acaso? —intentó ser coqueta, sonriéndole con un guiño. Porque era eso, o aceptar que su horroroso vestido la hacía ver como una mesa con mantel. Daba gracias que dos meses antes le habían quitado la ortodoncia o no hubiera sido capaz de sonreír en absoluto, lo cual habría sido una lástima, pues según su padre, ella tenía una bonita sonrisa.

—En realidad, no, pero seguro que con el tiempo cambiará.

Las copitas que se echó encima le impidieron a Victoria amilanarse. «¡Gracias universo por permitir que exista el champán!»

—¿Matthew? —lo llamó aclarándose la garganta con suavidad.

Él inclinó la cabeza ligeramente observándola a los ojos.

—Dime, Victoria Anne —contestó burlón. Ese día él había perdido la posibilidad de hacer un enganche con un cliente europeo muy importante por un tonto error. Solo tenía ganas de un revolcón con Charlotte para desfogar su frustración. No podía faltar al cumpleaños de Victoria, así que había tenido que llevar a su amante. Al terminar la fiesta podría dar rienda suelta a una ardiente sesión de sexo. Buscó con la mirada a Charlotte, disimuladamente. No estaba por ninguna parte.

—Creo que podrías bailar conmigo —expresó ella moviendo su zapato de tacón gris sobre el césped. Lo miró con aquellos ojos azules tan limpios y honestos que Matthew no veía hacía muchos años en una mujer. Las chicas con las que salía eran unas arpías, pero como no buscaba compromiso era feliz con cualquiera que fuera buena bajo las sábanas—. Además es mi cumpleaños y a Devon —señaló en un gesto con la cabeza hacia donde el chico estaba charlando con John— no se le da bien esto de bailar en pareja. —Se encogió de hombros, como si eso terminara la explicación.

Matt sonrió.

—Vaya, qué grosería de mi parte no invitarte a bailar en tu propia fiesta de cumpleaños. ¿Me haces el honor? —le extendió la mano cuando empezó a sonar una hermosa balada.

Ella tomó su mano y se sintió la chica más feliz del mundo en ese instante. El

cielo de San Francisco le regaló una noche con estrellas y viento fresco. Matthew la llevaba al ritmo de la música y Victoria se sentía flotar.

Al concluir la pieza, él la acompañó lejos de la pista y ella aprovechó la distancia del resto de invitados para tomarlo desprevenido. Le plantó un beso en la boca. Quizá la reacción molesta que Matthew tuvo hacia ella se la mereció por osada. Él la tomó con fuerza de la muñeca, sin hacerle daño, y la miró a los ojos, furioso.

El efecto del alcohol se le esfumó del cuerpo al darse cuenta de lo que había hecho. No atisbó a identificar si en los ojos de Matt veía además de enojo, condescendencia o lástima, y eso la hundió por dentro. Deseaba que la mirara del mismo modo que ella a él: con ilusión y amor. Entendió derrotada y triste que no era posible.

—¿Por qué has hecho eso, Victoria Anne Marsden? —preguntó sin soltarle las muñecas y apretando los dientes al hablarle, casi escupiendo las palabras.

—Yo...yo quería saber qué se sentía —bajó la mirada arrepentida por su estúpido impulso—. Lo siento, Matthew... —Las lágrimas se le atoraron en la garganta—. Yo...

Las manos de Matt se posaron sobre los hombros femeninos.

—Eres una niña para mí, y la hija de un amigo a quien aprecio y respeto como un padre. Aún te queda mucho por vivir tanto como por aprender. —Si ella hubiera podido cavar un foso y lanzarse, lo habría hecho—. Quiero que te quede claro: te veo como una hermana. Nada más que eso.

Esa frase fue un puñal al corazón. Se quedó pálida.

—Me gustas mucho, Matthew... —susurró con una mezcla de añoranza y tristeza.

Él tuvo la decencia de no reírse. Aflojó la presión sobre sus hombros y dio un suspiro como si estuviera cansado.

—Eso no es verdad. Solo se te han subido las copas. Las niñas de tu edad no deberían beber tanto... y en tu caso ni siquiera beber. —«No soy una niña», quiso

gritarle—. Victoria Anne, siempre es mejor la sinceridad, y lo que te voy a decir es porque no me gustaría que mal interpretes las cosas. —La miró serio y ella se obligó a no temblar. El dolor del rechazo era muy duro a esa edad cuando las ilusiones bullían a toda máquina—. Te aprecio, pero nunca te veré como una mujer; una pareja, para ser más exacto, porque lo que siento por ti se aproxima más al cariño familiar. Entiéndelo.

Matt sabía que estaba siendo cruel, pero no quería liarse con una adolescente. Él no tenía nada que ofrecerle. Estaba roto por dentro. Desalentarla era la única manera de que Victoria se quitara las fantasías de la cabeza con respecto a él. No creía en las boberías románticas. Ya no. Con Victoria, por más que una parte suya lo impulsaba a tomar lo que se le ofrecía, no podía permitirse ser débil. Tenía otras metas. Su profesión lo era todo, y no podía echar el futuro que tenía por delante por una noche. Aparte, ¿cómo podía relacionarse con la hija de su mentor y jefe? Imposible. Eso enviaría al caño sus posibilidades si ella decidía hacerle la vida imposible ante John. Era un asunto de prioridades. Para él, siempre estaría su carrera.

Victoria no se pudo sentir más avergonzada y dolida. La remató ver cuando la morena de piernas interminables llegó al lado de Matthew, y él la besó con ardor ante sus ojos azules cargados de tristeza y sueños románticos rotos. «*Esa* pasión tenía que haber sido mía y nadie más.» Sintió como si hubieran vertido alcohol en una herida abierta. Matt acababa de destrozar su corazón de un modo cruel.

Pisoteado su orgullo, Victoria dio la vuelta y se alejó.

Desde aquella noche, él no volvió a cruzarse por su camino. De hecho, lo evitó a toda costa. Inclusive aquel horrible año de su cumpleaños diecisiete, que también empezaba el *college*, ella se mudó fuera del centro de la ciudad.

Y ahora, siete años más tarde, se iba a entrevistar con él. Se decía que lo hacía porque la pobre Marla había sonado tan compungida y preocupada que no le quedó de otra que aceptar la reunión, pero lo cierto era que su vena curiosa palpitaba por saber qué tipo de cuenta estaban fichando en la agencia y qué clase de beneficios brindaba Spring & Marsden.

A pesar de que se sabía la natural heredera de las acciones de la agencia, tampoco quería tener nada que ver con ella, a menos que fuese por méritos propios. Al parecer ese era el caso en esta ocasión. Si llegaba a tener alguna sospecha de que su padre estaba intentado ganársela con triquiñuelas, rechazaría cualquier conversación o propuesta, y abandonaría las oficinas de la agencia de inmediato.

A pesar de que había pasado casi un año desde que empezó el infierno que había vivido, pensar en Devon y en cómo tuvieron que separarse le causaba mucha tristeza y culpabilidad. Su padre no creyó en ella cuando más lo necesitó a su lado. Aún se sentía defraudada y dolida con él.

Con un suspiro se acomodó una horquilla en el cabello y salió de casa.

El boceto que Matt estaba revisando quedó como esperaba, y la presentación en digital era inmejorable. Se sentía orgulloso de su equipo de trabajo. Ganarían la cuenta Harrington, estaba seguro. Revisó su plan de trabajo. «Otro día complicado.»

Se sirvió una taza de café.

—Marla —llamó por el interfono.

—¿Sí?

—Está confirmada la llegada de Victoria Marsden, ¿o no?

—Me hiciste mentirle...

—No tengo tiempo para tus recriminaciones. —Le tenía un afecto especial a la mujer. Si su abuela Edna la hubiera conocido seguro hubieran sido buenas amigas, pensó—. Solo respóndeme, por favor.

—Espero que sea por una buena causa.

—¿No te ibas a hacer tus exámenes médicos de rutina? —preguntó a cambio.

—De acuerdo, muchacho. No volveré a mentir por ti, que te quede claro.

—¿Eso significa que conseguiste que viniera? —insistió poniendo los ojos en

blanco.

—Sí...

—Bien. Suerte en tu consulta médica. Son las nueve y media de la mañana. Vas tarde.

—Deberías darme un ascenso... —murmuró antes de cerrar la comunicación.

Matthew se reclinó en el asiento.

Se consideraba un hombre afortunado, al menos ahora lo era. Si miraba una década atrás, no quedaba rastro del chico temeroso de que lo despojaran del vínculo con la familia disfuncional y abusiva a la que pertenecía. Ni tampoco existía atisbo alguno de la inseguridad de quien se empieza a abrir paso en el mundo profesional, y temía no poder lograrlo. Ahora era un hombre seguro, firme y exitoso.

Lo complacía el espacio en el que trabajaba diariamente, en especial su oficina: contaba con un despacho amplio, decoración en art decó y un gran sillón, lo suficientemente acolchonado para echar la siesta cuando sus neuronas estaban a reventar. Su mayor orgullo consistía en la estantería, cerca de la biblioteca improvisada, con todos los premios que había ganado para Spring & Marsden por sus campañas publicitarias. La agencia solía llevarse siempre reconocimientos cuando había galas de premiación para los publicistas de la región.

Volvió la mirada a la lista de reuniones que tenía en la hoja de Excel que Marla le había pasado la tarde anterior por email. Mientras lo hacía, la puerta de su oficina se abrió de pronto, pero él no se inmutó; tenía unas ideas en la cabeza y miraba su ordenador totalmente concentrado.

—Buenos días —saludó una voz vagamente familiar.

—¿Sí? —preguntó sin dejar de observar la pantalla del ordenador.

Como la persona no respondió, entonces dejó de leer la pantalla y se giró. *Ese rostro*. El cabello color caoba estaba pulcramente peinado y caía como la más costosa cortina de seda. La nariz respingona, labios pintados de rosa, y luego tuvo el desatino de fijarse en sus ojos. Él nunca olvidó esas lagunas cálidas y limpias que

miraban con inocencia, porque nunca más volvió a encontrar esa sinceridad en la mirada de otra persona.

—¿Victoria Anne? —preguntó retóricamente. No había esperado que su belleza lo golpeará de ese modo. Se aclaró la garganta con ensayado disimulo—. Te agradezco que hayas venido. ¿Te ofrezco algo de tomar? —Le hizo un gesto invitándola a sentarse.

—No, gracias, estoy bien así —repuso sin emoción, aunque sus sentidos eran conscientes de lo guapo que él estaba. «¿Guapo? Nah. Estaba impresionante.» El corazón se le aceleró, y trató de respirar con más pausa. ¡Dios, qué injusticia para su autocontrol! ¿Por qué no estaba feo, ojeroso, y quizá también panzón? Los años habían sido más que generoso con él. Matt lucía más imponente y apuesto que la última vez que recordaba. Y eso, ya mucho tiempo atrás.

Sin poder evitarlo recordó la estupidez que cometió aquella noche, después de que él la rechazara en su cumpleaños.

Sensible como se encontraba, sumadas las copitas de champán que tan generosamente se autoinvitó, salió corriendo a su habitación al abandonar la pista de baile luego del rechazo de Matthew. En el camino se topó con un simpático muchacho, quien se presentó como Wayne, hijo de un tal Arthur Parker, administrador de un local de moda en aquellos años y amigo de su padre.

Cuando la vio llorando y abatida, él la consoló, primero con un abrazo. Luego, poco a poco, sus caricias subieron de tono y ella no las rechazó. Wayne le dijo que podía curar su tristeza esa noche. Sintiéndose humillada y resentida con Matt, permitió que el chico la acompañara a su habitación.

Wayne fue bastante considerado cuando se dio cuenta de su inocente estrechez. El dolor que sintió al principio remitió rápidamente. Luego, poco a poco, se dejó llevar por las nuevas sensaciones que experimentaba. Él decía todo tipo de incoherencias, que le resultaron molestas, al tiempo que la acariciaba y besaba. Ella, en cambio, pensaba que quien estaba esa noche llevándose su inocencia era un guapo publicista que le había roto el corazón minutos antes, y no un desconocido que era

hijo de uno de los invitados de su padre.

Dio gracias que aquella noche no llegó a tener consecuencias. Había sido estúpida e impulsiva. Movida por el resentimiento y el rechazo. Se arrepintió de acostarse con Wayne, nada más recuperar la conciencia al despertar algo dolorida, desnuda y sola en su habitación. Esa misma mañana, una vez que estuvo más despejada y decidida, le había informado a su padre que se independizaba con los ahorros que su madre le dejó antes de morir. John se resintió con ella. Pero en su decisión no estuvo sola, tuvo el apoyo moral de Devon.

Pero aquello era el pasado, y ahora estaba nuevamente por su cuenta. Sola.

—Bueno, no me habían llamado por mis dos nombres hacía mucho tiempo — agregó con una sonrisa para romper el hielo—. Veo que has logrado un gran éxito. Me alegro por ti —dijo con sinceridad admirando el espacio en el que se encontraban y los premios tanto como reconocimientos que descansaban en una estantería.

—Gracias —replicó algo parco. No sabía cómo reaccionar sin soltar alguna tontería sobre su belleza, o la sensualidad contenida que emanaba de ella—. Me han hablado muy bien de tu trabajo, y tuve la oportunidad de ver un par de ellos —dijo cambiando el tema—. Has empezado una carrera muy interesante para ser tan joven. La campaña de los esferográficos de lujo dejó precedente. Y L’Oreal definitivamente fue impresionante; el modo de trabajar ese concepto con el cabello fue una innovadora perspectiva.

Se sintió halagada de que él mencionara alguno de sus logros. Suponía que ser publicista, al haber crecido rodeada de ese lenguaje, fue lo más natural a seguir como carrera.

—Me alegro que lo consideraras un buen trabajo.

—Victoria Anne...

Ella ladeó la cabeza sonriendo. A pesar de que detestaba que la llamara por sus dos nombres, por algún motivo en la voz de Matt sonaba casi perfecto. Intentó pensar en otra cosa, no quería desenterrar emociones por él que ya había relegado mucho

tiempo atrás.

—Nos conocemos de tantos años que prefiero que me digas Victoria o Tori. Se me hace extraño cuando alguien me llama de otro modo.

—De acuerdo. Victoria, entonces —concedió con un asentimiento de cabeza. Esos ojos azules lo habían perseguido todos esos años pidiéndole una palabra amable, pero ahora lo observaban, calmados e imperturbables. Sin embargo, también estaban empañados por una tristeza profunda que ella intentaba cubrir manteniendo una actitud serena. No había ya el chispazo de emoción que él conocía en la Victoria adolescente. Habían pasado demasiados años sin hablarse, así que prácticamente eran dos extraños.

Matt no se percató de que la había estado observando fijamente por varios segundos, hasta que ella enarcó una ceja, interrogante. Él carraspeó intentando disimular la obviedad de su escrutinio. ¿Qué rayos le pasaba?

—Aquí en la agencia existe un noventa y nueve por ciento de seguridad de que entre una cuenta muy importante. Se trata de un trabajo complicado y durará hasta que Paul Harrington, el cliente, decida qué agencia trabajará una campaña nacional que promocionará *The Dolphin Shine*, la nueva línea de pendientes y colgantes de diamante de su compañía. Es una línea de lujo. De salir bien el proyecto en Estados Unidos, probablemente nos llevaría a expandir la campaña hacia Europa. Aunque eso último está previsto dentro de los quince meses posteriores al inicio de la campaña en todo el país. Necesitamos una persona que se encargue de ser el puente entre Paúl y nosotros. He visto que tienes una especialidad también en relaciones públicas, y ese es un plus. ¿También te vales de esa *expertise* para el trabajo de publicista, cierto? — Ella asintió.

—Yo no envié mi currículum —dijo, repitiéndole lo que había intentado decirle a Marla, antes de que la interrumpiera.

—Pero tienes un perfil de LinkedIn —dijo con una sonrisa, cuando ella asintió. Menos mal él estaba al día con las plataformas y Victoria, efectivamente, tenía una cuenta profesional ahí—. La persona a contratarse estaría en las reuniones conmigo.

Ella lo interrumpió con un gesto de la mano. Frunció el ceño.

—¿En calidad de qué exactamente?

—Buscamos un ejecutivo para esa cuenta. Yo soy el director de las cuentas VIP, por lo tanto, el jefe del departamento. El valor del salario lo podría explicar más claramente Jude, el de recursos humanos. Cuando ganemos la licitación el ejecutivo recibirá una comisión del cinco por ciento del valor total de los honorarios, tanto como la posibilidad de continuar con la cuenta si así lo desea y también si lo quiere el cliente. Según el desempeño podríamos entregar otra cuenta para manejar o caso contrario dar por terminado el contrato con Spring & Marsden. Hay opciones. Durante este tiempo, la empresa cubrirá cualquier gasto en el que la persona que ocupe el cargo de ejecutivo para este cliente, incurra.

A Victoria, le sorprendió la confianza que tenía Matt al decir que *ganarían* la licitación; también fue consciente del trasfondo de sus palabras: si no le gustaba, la persona sería despedida. Exigirse mucho más de lo que pedían los estándares era algo que a ella, particularmente, le resultaba estimulante.

Matt le dijo la cantidad total a la que ascendería el salario de la persona contratada, sumado el bono por productividad que solían dar en la empresa. El corazón de Victoria dio un brinco de emoción, porque con todo ese dinero ella podría finalmente pagar a su amiga y compañera de piso, Chloe, lo que le debía del alquiler de los últimos meses. Pero aún necesitaba conversar más al respecto.

—Me parece una remuneración y un trato muy justo, Matt. —Sabía que se le haría complicado estar bajo las órdenes de otra persona cuando durante tanto tiempo ella había sido la que tomaba las decisiones sobre su carrera y clientes. Ahora todo era distinto. Esperaba que ella fuese la candidata elegida al final del proceso de selección. Enlazó las manos sobre su falda de algodón beige ribeteada de negro, a juego con la chaqueta. Era su traje favorito—. ¿Por qué yo?

—Tienes el perfil profesional que buscamos.

—¿Hay muchos candidatos?

Matt se encogió de hombros.

—Eres la dueña, Victoria, puedes entrar aquí y armarte tu propio departamento si quieres...

Ella elevó el mentón.

—Si me has llamado por mi padre... Matt, ¿ha influido él en la decisión de que me hayas convocado aquí hoy?

Él pareció pensarlo, y eso la inquietó. La sensación duró solo hasta que Matt le dedicó una sonrisa amable, encantadora.

—Claro que no —declaró. Ella elevó una ceja, en un gesto de incredulidad. Él continuó—: Hemos recibido al menos cien carpetas, y tú eres la última persona que entrevisto esta semana. Además, al menos tres personas que estuvieron en una conferencia conmigo en Tucson me hablaron de ti y tu famosa campaña L’Oreal, otra que hiciste para Cardigan y Chantile —dijo. Se sintió mal por mentir. A él personalmente, por orgullo, no le habría gustado que alguien le diera un trabajo en Texas, por ejemplo, recomendado en secreto por el asqueroso de su padrastro. Hizo acopio de su sangre fría para aplacar las ganas de decirle la verdad. Su lealtad estaba con John—. Te considero una buena opción por tus méritos profesionales. Por eso quería reunirme contigo.

Eso último a Victoria le sonó fabuloso. Creyó a Matthew y sintió un gran alivio.

—Entonces, si me padre te hubiera pedido que me llamasas, ¿lo habrías hecho?

Dios, ¿por qué tenía que ser tan inquisitiva?, se preguntó Matt dispuesto a mentir de nuevo, a regañadientes.

—Hay algo que debes saber. Mi departamento, lo manejo yo. Yo soy el director de las cuentas VIP de esta empresa. Las he traído en un ochenta por ciento. Así que tu padre puede ser el dueño, pero yo soy el que decide quien trabaja conmigo y quién no.

Esa declaración pareció aplacar a Victoria, pues volvió a acomodarse en el sillón. En su fuero interno, Matthew respiró con alivio.

—¿Quiénes son la competencia con la cuenta Harrington?

—Butler & Partners. Con ellos tenemos que trabajar la última etapa.

Ella sabía que era la agencia que competía siempre con la de su padre. Sería como ver una pelea en el Coliseo Romano: todos querían salvarse de los leones, pero solo uno lo podía conseguir. Un reto emocionante.

—¿Cómo sé si he obtenido o no el puesto? —indagó finalmente. Conforme con las explicaciones de Matt y disfrazando su ansiedad.

—Si la oferta que te he hecho te gusta, el puesto es tuyo.

—¿Así de simple? —Elevó con sorpresa las cejas.

Él sonrió, y Victoria sintió un cosquilleo recorrerle la piel. Curioso efecto, cuando ella se había encargado de anestesiar sus emociones más básicas, después de lo ocurrido con Devon. «Es la emoción del empleo. Solo es eso», se tranquilizó.

—Tu currículum es prolijo, insisto, y tienes un punto a tu favor: la especialidad en relaciones públicas, así que, ¿has tomado una decisión o prefieres pensártelo unos días? Eso sí, en caso de que decidas tomarte un tiempo para decidirte, no puedo darte más de veinticuatro horas, porque vamos a tope y tenemos que avanzar con candidatos que puedan incorporarse de inmediato —continuó con su argumento falso.

«Diablos, no.» Tenía que pagar el alquiler, las tarjetas de crédito y el préstamo que hizo al banco para cancelar todo lo que implicó el saneamiento de gastos al cerrar su agencia.

Lo miró con determinación y una resplandeciente sonrisa.

—¿Cuándo empiezo?

CAPÍTULO 2

Victoria vivía modestamente desde que M&P, su agencia de publicidad, había cerrado. Si no hubiese sido por Chloe, seguro habría tenido que volver con la cabeza gacha donde su padre diciendo que sus planes de independencia habían colapsado.

Ella era luchadora, pero el asunto de Devon la había dejado muy golpeada emocionalmente. Al parecer los dioses del Olimpo aún existían, porque cuando Chloe la vio en apuros la invitó a vivir con ella diciéndole que no quería escuchar protestas. Victoria aceptó, pero con la condición de que Chloe le permitiera pagar la mitad del arriendo.

Sin embargo, tenía que reconocer que durante los meses que ya llevaban viviendo juntas, no había conseguido ingresos fijos y por eso aportaba a cuenta gotas en el pago de la renta. Chloe le decía que era una tonta por afligirse y que no quería su dinero. Pero era un asunto de orgullo para Victoria el poder pagar su permanencia en casa de su amiga. Con el tiempo pensaba buscarse un piso propio.

Le costaba olvidar cuando su padre se enteró del accidente y la dejó consumirse de angustia, hasta que fue demasiado tarde. La tensa relación que mantenían, la entristecía. Aunque la furia y el dolor habían remitido, el disculparlo tomaría un tiempo, pero estaba intentándolo.

La gente solía decir que los tiempos pretéritos siempre eran mejores. Quizá en su caso, había sido así. De hecho, años atrás todo pintaba distinto para ella. Su carrera estaba en ascenso, Devon le había declarado sus intenciones de casarse y se habían prometido. Y cuando creía que todo estaba enrumbándose, el destino le jugó una de sus tretas. Ahora trabajaría para la empresa en la que dijo que nunca lo haría; tendría como jefe al único hombre que la veía como cualquier cosa, menos como una mujer; y la persona con quien iba a casarse estaba en el hospital. «¿Cómo habré llegado a tener tanta suerte?», se preguntó con ironía ajustándose las gafas y

acelerando su Chevrolet mientras conducía por las calles de San Francisco.

—¿Estás ciega? —gritó un conductor presionando como poseso el claxon, al verla dubitativa en medio de la calle con el semáforo en verde.

Ella le hizo un gesto con la mano para que se callara, y luego se acomodó con fastidio un mechón de cabello detrás de la oreja. Giró a la derecha hasta llegar a Hayes Street. Cuando vio la casa de dos pisos en tono malva, sonrió. Le encantaba la arquitectura victoriana de las llamadas *painted ladies*; eran las casas del quinto distrito en donde vivía, Western Addition. Le gustaba tener el parque Alamo Square muy cerca, porque al despertarse cada mañana salía a correr por sus alrededores. Respirar el aire fresco y escuchar los pájaros trinar al amanecer era fabuloso. Salvo en invierno.

Algunos sectores de la zona habían sido considerados durante mucho tiempo como *hippie*, pero a Victoria no le sorprendía, pues Chloe tenía un espíritu bohemio, y vivir en ese precioso entorno calzaba con su esencia. Su amiga ejercía de pintora paisajista, por lo cual el silencio era primordial en casa cuando se zambullía en alguna creación. Y en el caso de Victoria, aquella calma del entorno la ayudaba a mantener sosiego cuando los recuerdos la atormentaban.

Victoria estacionó, y luego subió las escaleras hasta la puerta principal. Estaba sacando las llaves del bolso cuando una voz la detuvo.

—¡Hey! —exclamó el hombre acercándose a paso rápido hasta ella.

Se giró. «Oh, no, Cameron otra vez», pensó hastiada.

No era que su vecino le cayera mal. De hecho, Cameron Douglas era un hombre atractivo, y por lo que Chloe le había contado, exitoso. Aunque para Chloe Reynolds todos eran exitosos o amistosos, o simplemente buenas personas.

«No sabes lo guapo que es, creo que deberías conocerlo», le había dicho cuando se lo describió. Ella le respondió riéndose, pero aceptó salir con él. Dos citas, un monólogo por conversación, cuatro besos y un intento fallido de llevársela a la cama era todo lo que podía decir de Cameron. Definitivamente, no era su tipo.

—Hola, Cameron —devolvió la sonrisa forzosamente—. ¿No has trabajado hoy? —preguntó. No se explicaba su presencia a esa hora, si tan atorado estaba con el proyecto municipal que según él tenía entre manos.

—Tan guapa como siempre —respondió. La miró apreciativamente. Desde la coronilla, hasta los zapatos de tacón. Victoria detestaba cuando hacía eso con ella—. Bueno, hoy me tomé el día libre —sonrió—. Veo que estás con tu lindo traje de ejecutiva. —Le molestaba sobremanera cuando él usaba ese tono condescendiente. Le hubiera gustado no haber tenido el desatino de contarle sobre su situación de desempleo—. Espero que en esta ocasión hayas tenido suerte. ¿Cómo ha ido?

—He dejado de formar parte de la estadística del desempleo en Norteamérica.

Al ver la mirada de entusiasmo que se operó en Cameron, se arrepintió de haberle hecho esa confesión. Ya se veía en una aburrida cháchara. Pero se equivocó. Cuando él volvió a hablar, el panorama pintaba peor.

—¡Genial! Hoy iremos a celebrar entonces —anunció, tomándola en brazos—. ¡Sabía que lo conseguirías!

Victoria lo apartó. No la invitaba, le informaba al respecto. ¿Qué se creía? Antes que pudiera reclamarle, Cameron empezó a alejarse a paso rápido.

—Paso por ti a las siete para ir a cenar —le dijo sobre el hombro, despidiéndose con una mano, sin darle tiempo a replicar.

Victoria resopló de un modo poco femenino.

«Será la última vez con Cameron», decidió firmemente. Iba a mandarlo a paseo, por más de que pudiera resentirse Chloe.

Subió a su habitación, dejó el bolso sobre una butaca roja y luego se metió al cuarto de baño. «Era hora de mimarse con aromas y velas.»

Las burbujas envolvieron su piel satinada, acariciando cada poro y relajando sus músculos. Frotó con dedicación su cabello, dejándolo envuelto en una bruma espumosa de rosas. Un exquisito adormecimiento la empezó a invadir, y poco a poco se dejó llevar, hasta cerrar por completo los párpados.

Entre brumas de sueño sintió el agua fría meciendo su piel, despertándola del plácido letargo. Salió tiritando y se envolvió en el albornoz. Al abrir la puerta del cuarto de baño se encontró con la mirada contrariada de Chloe.

—¿Chloe? ¿Qué pasó? —preguntó con el ceño fruncido. Avanzó y la rodeó con un brazo.

—Tori... me ha despedido —expresó mientras ambas se sentaban sobre la cama.

—¿Quién? —Se preocupó al ver las lágrimas que resbalaban por el rostro moreno—. ¿Quién te ha despedido? —insistió, al verla sollozar más fuerte. Chloe tendía a ser particularmente emocional.

—El empresario del que te hablé...

—¿Con el que pretendías emparejarme?

Eso le granjeó una mirada de desaprobación. Victoria contuvo una sonrisa.

—Ahora ya no pretendo hacerlo —comentó—. Era un proyecto pictórico maravilloso. La vista de un arrecife de coral, delfines de fondo, y una pareja en contrastes negros y azules —explicó y gesticuló con las manos—. Era romántico, exactamente lo que él necesitaba. Hasta le puse un nombre hermoso: *El cuadro del río verde*. Me ha dicho que es lo más cursi que ha visto en su vida, que quería algo masculino y me entregó un cheque por las dos semanas de trabajo y me despidió.

—Oh... Bueno, ya llegará otro proyecto en menos tiempo del que crees. Te ha pagado lo que te corresponde, ¿verdad? —Chloe asintió, y luego la miró significativamente. Victoria comprendió, y añadió—: Sí, sí, ya sé. El dinero no te importa, si no el hecho de que tu obra está inacabada y no ha sido valorada. Pero, Chloe, piensa que otras artistas son estafadas o ni siquiera consiguen contratos. Deja al pretencioso aquel que se quede con la mitad de tu cuadro, nadie será capaz de llenarlo. Además te tengo una buena noticia —le sonrió con afecto.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo que Cameron y tú vais a ser pareja? —preguntó, bromeando.

Victoria carraspeó riéndose. Chloe no podía estar mucho tiempo triste, no estaba en su personalidad.

—Pues no exactamente... —la miró con la mirada brillante— ¡He conseguido trabajo!

—¡Eso es fabuloso! ¡Tenemos que festejarlo! —exclamó con una genuina sonrisa.

—Así podré pagarte lo que te debo —le hizo un guiño.

—¡Paparruchas! No me vas a pagar nada. Lo que sí harás es comprar una botella de Dom Pérignon y festejaremos esta noche. ¿Qué opinas?

—Chloe... hoy voy a salir. —Luego le soltó el rollo de Cameron, las citas desastrosas y sus pocas ganas de verlo.

—Vaya...—replicó Chloe, antes de reír al ver la cara circunspecta de Victoria—. Pues no pasa nada. Por mí no te cortes. Mándalo a paseo si ha sido un dolor de cabeza... solo sé gentil.

—Sí, claro —rezongó Victoria—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Mañana tengo una entrega, por eso prefiero que traigas el champán. Así brindamos doble. Por tu nuevo trabajo y por finalizar uno de mis cuadros. ¡Me encanta que tengas algo maravilloso por lo cual festejar, lo mereces, Tori!

—Lástima que sea una salida poco interesante.

—Le das calabazas a Cameron, y luego dejas que yo te arme un plan romántico con un nuevo amigo que...

—No, no —sonrió Victoria, interrumpiéndola—. Hacer de Cupido no es tu mejor papel.

—Tori —dijo seria—, ya es tiempo de que disfrutes más la vida. Lo digo de verdad. Luego de esta noche tienes que dejar ese episodio de Devon en el pasado.

Una sombra cubrió por un fugaz momento los ojos azules de Victoria, antes de que Chloe pudiera notarlo. La pintora le dio un abrazo a su amiga, y fue hasta su

estudio para terminar el paisaje que estaba trabajando.

Matthew estaba aún en la oficina. Tal como lo pronosticó su día fue extenuante. Miró el reloj. «Genial... ¡Diez de la noche!». Llevaba casi dos semanas saliendo cerca de la una de la madrugada del despacho, y de las juntas con clientes en otros puntos de la ciudad. Le gustaba su trabajo, pero realmente necesitaba descansar. Al menos ese día podría irse más temprano.

Apagó el ordenador y dejó caer la cabeza hacia atrás en su sillón reclinable. El silencio era un bálsamo para su mente cansada. La reunión de esa mañana con Victoria lo había puesto algo nervioso, y no era algo que solía ocurrirle. Habitualmente tenía la reacción y la palabra correcta con sus clientes; y con las mujeres, le iba fantástico. Pero en esta ocasión no se trataba de una mujer cualquiera.

Lástima que la preciosa mirada azul no reflejara la alegría que pretendía demostrar al sonreír. «Quizá se debía a algún fracaso amoroso, o al hecho de que John estuviera enfermo. ¿Estaría ella al tanto de lo que le ocurría a su padre?»

Matt conocía que la relación entre padre e hija era distante desde hacía casi un año. Cuando le preguntó a John en una ocasión al respecto, él evadió responder. Matt consideraba imposible que Victoria no supiera que su padre tenía una sentencia médica a mediano plazo. Aquel era un secreto que jamás divulgaría, por supuesto, y no solo porque no podía traicionar la confianza de John, sino porque no le correspondía hablarlo. Desde que supo que Victoria se independizó de John, no había vuelto a tener contacto personal con ella. Su antiguo profesor a veces le hablaba de su hija, pero jamás de temas personales. Sin embargo, en los últimos meses los comentarios de John sobre Victoria habían sido siempre melancólicos.

Se sacó la corbata, desabrochó dos botones superiores de la camisa y dejó el saco en la percha. Lo que necesitaba en ese instante era tranquilidad.

Destapó una mini Coca-Cola y se disponía a beber, cuando llamaron a la

puerta.

—Matt, veo que sigues por aquí —expresó Claire, asomándose.

—Pensé que estaba solo —gruñó por lo bajo, destapando la botella—. ¿Has terminado tu parte del presupuesto? —No era infrecuente que los empleados trabajaran hasta las madrugadas cuando había fechas de entrega muy justas. Aquel escenario solía ocurrir con frecuencia en su departamento de cuentas, en especial porque se trataba de clientes especiales con mucha inversión de por medio.

Ella sonrió con suficiencia y entró con paso grácil. Matt se ponía alerta cuando Claire hacía eso, porque se avecinaban problemas. Bebió un poco del contenido del envase.

—Por supuesto. Sin embargo, tenemos un inconveniente.

Los músculos del cuello se le tensaron.

—Dispara.

—Spring me ha dicho que no podemos trabajar con el presupuesto que planteamos inicialmente, y debemos disminuirlo en un treinta por ciento.

Matt se terminó la gaseosa, y luego lanzó la botella vacía al cesto de basura.

—Eso es imposible, pues tendríamos que utilizar modelos poco estilizados que son las que se cotizan a menor costo. Jamás hemos trabajado así. No podemos hacer fotografías de ese modo. Ya lo organizaremos para ajustarnos. —Él detestaba cuando Andrew Spring empezaba a meter sus narices en el presupuesto. Lamentablemente se había convertido en algo muy habitual. No entendía de qué servía, si al final esos costos el cliente terminaba asumiéndolos en el pago total de la factura.

Claire meditó lo que iba a decir a continuación. La sutileza no era su talento más destacado, pero como tenía confianza con Matthew no le importaba demasiado.

—¿Es cierto eso de que vas a contratar a la hija de Marsden? —Se acomodó en el sillón de Matt, mientras él la observaba calculadoramente cruzado de brazos—. La vi salir de tu oficina en la mañana, pero me he pasado ajustando números y leyendo unos informes de estudios de mercado, así que no tuve tiempo de conversarlo

contigo... Nunca la había visto por las oficinas, hasta ahora, y bueno...

—Sí, vamos a contratarla —replicó interrumpiendo la perorata. A Claire difícilmente se le escapaba un detalle. Era una cualidad loable en el trabajo, pero cuando se trataba de temas personales llegaba a convertirse en un incordio.

Su relación con ella había terminado años atrás, cuando la encontró besándose y acariciándose con otro hombre en una fiesta de año nuevo. No le molestó haberla pillado en esa situación, porque no tenía sentimientos hacia ella, ambos lo sabían, pero esa era una clase transgresión que no toleraba.

Matt era muy enfático en el tema de la fidelidad. Solía autodenominarse monógamo. «Monógamo con una mujer distinta cada tres o cinco meses», se decía con sorna. Dejaba las cosas claras desde un principio, y así no había malos entendidos de ninguna de las partes. Con Claire duró siete meses como amantes. Un lapso peculiarmente más largo de lo habitual. Al menos después de Rosalyn. Él atribuyó esa cantidad de tiempo con Claire al hecho de que compartían intereses profesionales, y a diferencia de otras chicas con las que había salido, la conversación con ella solía resultar más estimulante.

Claire era una excelente colaboradora y por ello seguían trabajando juntos. Matt no se permitiría perder un elemento importante de su equipo profesional por un desliz personal. Porque era lo que Claire había sido para él. Un desliz; un error que duró demasiado tiempo. Reconocía que en conjunto era muy guapa, pero ya no la deseaba físicamente.

—¿Por qué? —insistió ella al notarlo pensativo. Sus ojos almendrados de color verde no perdían jamás ningún detalle—. Creo que tenemos el equipo completo. ¿Para qué necesitamos una persona más?

—Claire, no creo que mis decisiones sobre contratos o despidos tenga que discutirlos con el grupo. El jefe soy yo. Por ende, decido lo que se hace.

Lo miró incómoda.

—Ella nos va a traer problemas —dijo, enfática.

—No la conoces. Sabes que es la hija de John, pero más allá de eso, nada.

Claire se encogió de hombros.

—En el mundo de la publicidad, querido, corren muchos rumores. Si estuvieras más atento en salir a divertirte, en lugar de hacerlo solo por negocios, quizá te hubieras enterado que esa muchacha tiene arrebatos es impulsiva. Tanto así que un día ella y su prometido armaron una escena que salió en todos los periódicos en la sección de cotilleos. —«¿Prometido...?». Una extraña incomodidad lo invadió de repente. La desechó de inmediato. A él, ¿qué más le daba?—. Victoria humilló públicamente a Martha Perkins, mientras la señora almorzaba tranquilamente con unas amigas. Ocurrió en el restaurante más popular de la ciudad hace unos años... Dicen que la señora Perkins no quiso revelar la identidad de la mujer que la ofendió, pero una amiga mía estuvo ahí y vio a Victoria. Quizá la muchacha no sea de salir mucho en las revistas, pero cualquiera del mundo publicitario sabe que es la hija de John Marsden.

Martha Perkins era la dueña de una cadena de supermercados muy populares de la ciudad. En alguna ocasión la mujer quiso trabajar con la agencia, pero al final el trato quedó detenido porque no hubo acuerdo económico de las partes.

—Vaya —dijo Matt. Lo cierto era que no sabía en quién se había convertido Victoria con el paso de los años. Y no le interesaban las intrigas de Claire ni los cotilleos de sociedad. Así que decidió cambiar el tema a asuntos profesionales—: Necesitamos a alguien que pueda hacer un puente con Harrington. Y Victoria Marsden tiene una especialidad en relaciones públicas. Nos viene perfecto.

Claire le dedicó una sonrisa desconfiada.

—¿Estás seguro que solo es por eso? ¿Así de buenas a primeras decidiste necesitar a alguien que supiera relaciones públicas además de publicidad, y resulta ser justamente la hija de John Marsden? —No le gustaba la competencia en su propio círculo, y menos por una niña heredera que venía de modo fácil a ocupar un lugar en el equipo.

Claire se puso de pie para acercarse a Matt.

—No quiero tener complicaciones —replicó él, ignorando la insinuación sexual que tan bien conocía en la mirada de Claire. Se colocó la chaqueta y guardó la corbata en el bolsillo—. Victoria está contratada y es parte del equipo. Si te molesta puedes poner tu renuncia, Claire, pero no voy a admitir resquebrajamientos en el buen clima de trabajo. No voy a volver a hablar de este tema. O te ajustas, o te vas. —Lo decía muy en serio. Él necesitaba ganar la cuenta Harrington, y quería el ascenso. Victoria, menos mal, estaba capacitada para trabajar en el equipo, lo cual iba a permitir que todo fluyera en la oficina. No iba a permitirle a Claire interferir con sus ridículos celos profesionales.

Claire lo miró, ceñuda y frustrada, porque había ido a la oficina de Matt, no solo con la intención de obtener algún detalle extra sobre la nueva contratación, sino que echaba de menos un buen amante. Matt no se comparaba con sus aventuras habituales, y había dejado el listón muy alto. Lo quería de vuelta, pero él parecía no darse por aludido ante las insinuaciones que llevaba tiempo haciéndole. Había sido tonta al haberse querido acostar con Allan, mientras tenía a Matthew. «Errores provocados por un calentón.» Matthew había zanjado aquel episodio tratándola fríamente. Del mismo modo en que estaba actuando ahora.

—No hay necesidad de ponerse extremistas —sonrió con coquetería e ignorando la punzada de rabia que sintió por la amenaza de despedirla—. Ya sabes que soy una profesional competente. Solo procura que esa niña sepa lo que hace, no queremos numeritos que nos hagan perder una cuenta importante como la de Harrington. Buenas noches, Matt —dijo antes de alejarse y cerrar la puerta. Estaba enfadada. «¿Cómo se atrevía a hablarle de forma tajante cuando gracias a ella habían cerrado varias de las negociaciones más importantes?», gruñó encendiendo el *switch* de su automóvil.

En el silencio de la oficina, Matthew frunció el ceño. No le gustaba la actitud de Claire. Si acaso ella intentaba poner en riesgo sus metas y las de la empresa, no dudaría en despedirla. «A Claire o a cualquiera.»

Al llegar a casa, Matt presionó el botón de mensajes de la contestadora. El primero. Su madre. El *gran Heath* había comprado para ella un nuevo automóvil. «Es un automóvil maravilloso... yo... Matt dame una llamada en cuanto puedas. Soy tu madre, ya me he disculpado por lo que pasó...» Beep. Beep. Fin del mensaje.

El segundo. Su hermana Lilly a tono con Dermont. «Querido hermano, y cuñado —agregó la voz masculina detrás—, tenemos un anuncio importante que hacerte. Tantantantaaan... ¡Vas a ser tío por segunda ocasión! No queríamos decírtelo hasta saber el sexo del bebé. ¡Un niñoooo! ¡Anda, devuélvenos la llamada, queremos festejar contigo! Deja un rato el acondicionador de aire de la oficina y ven a Boston.» Una carcajada femenina retumbó. Dermont besaba a Lilly diciéndole que la amaba. Beep. Beep. Fin del mensaje.

Su hermana y su mejor amigo eran una pareja que, con cinco años de matrimonio, parecía nunca salir de la etapa de enamoramiento. Cuando veía a ese par juntos, Matt casi dudaba de su teoría de que esa devoción era una farsa. Su experiencia con mujeres se limitaba al placer y no al compromiso. Su pasado le había quitado la confianza en las mujeres. Y la única ocasión que se permitió bajar la guardia, resultó un fiasco. Rosalyn Brewster, la única mujer a la que había propuesto matrimonio, lo abandonó sin más para irse a Australia. La prestigiosa doctora Brewster prefirió un poco de moluscos y peces de la Gran Barrera de Coral, a él, de quien había dicho estar profundamente enamorada y amarlo. Y él fue tan estúpido que la creyó. Desde su ruptura con Rosalyn ya habían pasado ya casi cuatro años.

Por otra parte, a Matt le hacía ilusión tener un nuevo sobrino, pero tenía pánico de ser padre. No se trataba de un miedo derivado de la idea de quizá no tener cómo proveer materialmente a sus hijos, tal como le había ocurrido a él durante su infancia. Su recelo iba más allá del dinero. Lo que le daba temor era el tipo de padre que podría ser, porque su vida había carecido de una imagen paterna permanente y positiva. Temía convertirse en un maltratador. Tenía treinta y dos años, y nada lo asustaba más, como lo hacía la idea de la paternidad. No estaba preparado para lidiar con ello. Así de simple.

En su infancia entendió que el mejor modo de combatir los problemas era el alcohol, y que los golpes e insultos aliviaban la frustración. Le costó mucho aprender que eso era incorrecto. Con esfuerzo logró vencer sus miedos. Pero fue un camino largo y complicado.

Las partes más duras en su infancia solían ser cuando su madre, quien abandonó los estudios de la universidad cuando él nació, no tenía ingresos suficientes limpiando casas y por ello no podía mantener el hogar. Ese dinero que, cuando llegaba al bolsillo, era para comprar comida, Heath se lo quitaba a Monique para gastarlo en cervezas o cigarrillos. Entonces, Matt tenía que escabullirse en las tiendas del barrio para robar. Vivían deplorablemente, y a él le dolía que su madre hubiera aceptado lo que hacía su padrastro.

Ahora que habían pasado los años, y Heath utilizaba su verborrea para vender ganado y labrarse una abultada cuenta bancaria, Matt esperaba que su madre viviera mejor. Sin embargo, continuaba manteniendo una escasa comunicación con ella. Seguía sin comprender cómo podía continuar al lado de un hombre como Heath, después de saber los maltratos a los que había sometido a sus hijos, y el modo descarado de robarle lo poco que ganaba como limpiadora. ¿Cómo podía una mujer preferir a un hombre que golpeó a un hijo brutalmente, apenas siendo un chiquillo hasta casi matarlo, en lugar de preferir brindar a sus vástagos un hogar seguro? El resentimiento con su madre era una herida que no cicatrizaba.

Él era el producto de un viaje personal arduo. Y en gran parte se lo agradecía a su hermana, porque de no haber tenido que salvarla de su padrastro, quizá estuviera muerta, y él, con una culpa terrible a cuestas. Aprendió a templar su carácter explosivo, pero aun así, no le gustaba poner a prueba su propio temperamento.

Su primera toma de conciencia sobre su carácter tuvo lugar cuando su sentido protector se triplicó al tener que defender el honor de su hermana. Ocurrió, años atrás, cuando salió muy ebrio de un bar. Ya ni siquiera se acordaba el motivo que celebraba o lamentaba, pero sí lo mucho que se odió por haberse convertido en un borracho por más de que hubiera sido una sola noche. Se odió por haber perdido el control. Se

batió a puños, cegado por la furia, cuando uno de sus amigos dedicó un comentario vulgar acerca de Lilly. Simplemente se olvidó de que la palabra *broma* existía, y envió a su amigo al hospital.

Después de ese día, Dermont le sugirió canalizar su genio de otro modo. Luego de un par de días dándole vueltas seriamente a la idea se inscribió en clases de Karate - Do. Su maestro, Tanaka Shudan, se convirtió en su guía, y en un amigo a quien le debía mucho.

Con disciplina y autocontrol logró, durante los años que le tomó sacar su cinturón negro, manejar su temperamento y convertirlo en férrea determinación. Su rabia la canalizaba con el ejercicio que hacía al correr todas las mañanas.

Él aplicaba también esa misma firmeza a su trabajo. En sus ratos libres solía acudir a Temple Ki, la academia del maestro Tanaka, para dejar de lado los pensamientos que lo agobiaban; todo dejaba de existir, salvo los movimientos y la disciplina de la práctica. También enseñaba de modo gratuito a los alumnos que recién empezaban el curso de defensa personal. Era su modo de retribuir lo que el maestro Tanaka había hecho por él.

Los días sábados, cuando también solía ir a practicar a la academia, las clases estaban dedicadas exclusivamente para quienes no podían pagar la mensualidad. Era una convocatoria gratuita. En una de esas prácticas había conocido a Mandy Williams, una muchacha agradable, madre soltera y con una charla amena. Mandy tenía un año menos que él, y el padre de Anthony, su hijo, la abandonó cuando el niño nació. Ella le confesó que Anthony estaba contento con las clases de Karate - Do. También le contó que cocinar se le daba muy bien, y se lamentó del bajo salario que percibía en el local donde trabajaba. Matthew le propuso que le cocinara todos los días, excepto los viernes y fines de semana, a cambio, él no solo le pagaría un generoso salario, sino que también impartiría clases personalizadas a Anthony los días que no tuviera trabajo acumulado y pudiera ir a practicar a la academia.

De ese acuerdo, ya iban tres años.

Ahora, sentado en el taburete del mini bar de su penthouse, Matthew bebía una

gin-tonic. El olor a alcohol, otrora, le daba repulsión porque le recordaba su amarga infancia. Pero había aprendido a tolerarlo, inclusive a disfrutar de una buena bebida sin sentirse culpable al hacerlo. Salvo cuando ocurrió aquella pelea para defender a su hermana. No pensaba en que pudiera convertirse en un alcohólico; él tenía el poder de detener o continuar sus propios actos. La terapeuta a la que había acudido fue de gran apoyo.

Cuando se disponía a servirse otro plato de *spaguetti bolognese* que Mandy le había dejado en el frigorífico, su móvil empezó a sonar.

—Matt al habla. —Terminó de comer el bocado de carne.

—Hola, colega —saludó Roger, quien era su compañero de remo los domingos en la mañana, y a quien conocía desde la universidad—. Hoy es jueves y Scott dice para quedar en uno de los bares de moda. ¿Te va bien?

La verdad, le apetecía más dormir, aunque una salida entre amigos no iría mal. Inclusive podría lograr un ligue ocasional para variar su rutina. «Un desfogue para el estrés.» Hacía un tiempo que no estaba con nadie. Demasiado trabajo. Apenas llegaba a casa, veía los deportes, cenaba, se duchaba y luego iba a dormir. La cuenta Harrington lo tenía en tensión. Salir con los chicos le iría fantástico.

—Seguro. —Roger le dio la dirección—. Hasta ahora.

—Nos vemos. —Colgaron del otro lado.

Con movimientos rápidos, Matt fue a su habitación, se puso un jean y una camisa. Diez minutos más tarde conducía rumbo al bar.

CAPÍTULO 3

Victoria estaba aburrida y achispada. No sabía si acaso bebía de más cuando estaba con Cameron como método para olvidarse de su presencia, o porque ese día había sido especialmente tenso, aunque con un aparente final feliz: su trabajo nuevo. Cameron la miraba con entusiasmo, y por algún motivo encontraba en su discreto escote de la blusa beige que llevaba, algo más de lo que a simple vista estaba en verdad expuesto. Victoria quiso lanzarle los cubiertos por la cabeza.

La música ambiente del local mexicano estaba en español, y aunque ella no entendía la letra, el ritmo era contagioso. La decoración, aunque estaba un poco recargada, no resultaba desagradable. La comida era deliciosa. Victoria había ordenado un burrito, botanas y una margarita. Cameron, unos chilaquiles.

Él empezó a contarle sobre su nueva afición: la pesca. Claro ella entendía tanto de pesca como de Wall Street. Revolviendo con el tenedor la comida, asentía o murmuraba algún monosílabo, mientras él se explayaba moviendo sus manos para detallar cada explicación.

—Así que... ¿Cuál es tu veredicto final? —le preguntó de pronto Cameron a Victoria. Ella se había perdido la mitad de la conversación. En realidad casi el noventa por ciento, y con intención. ¿Cómo no hacerlo cuando él era tan aburrido?

—Me parece bien —replicó. «Solo esperaba que no estuviera aceptando alguna tontería de la que pudiera arrepentirse.»

—¡Genial! Entonces planificaré todo para ir este sábado. Oh, estoy seguro que mi madre, ya te he hablado de ella, se sentirá encantada contigo en la cabaña —sonrió complacido.

«¿Su qué?!» Cameron podía ser un genio con los andamios, los espacios y los aleros, pero en asuntos femeninos era un desastre absoluto. Miró su reloj. Once de la

noche.

—Bueno, no hagas planes Cameron —expresó molesta y cada vez con menos paciencia.

—Eso lo podemos arreglar, querida Tori —replicó sonriente.

—Pero...

—Mejor cuéntame sobre tu nuevo empleo.

Con renuencia, ella le habló un poco sobre Spring & Marsden, pero pronto se percató de que su acompañante movía inquieto la servilleta, mientras ella hablaba. Cameron tenía la intención de tomar la palabra nuevamente. Y eso hizo.

Empezó a hablarle sobre la construcción de un nuevo parque, y ella no pudo soportarlo más. Era el momento de ser clara y tajante para decirle que no estaba en sus planes volver a salir con él. Pensaba hacer especial hincapié en que solo aceptó sus invitaciones por Chloe.

Se aclaró la garganta, y dijo:

—Escucha, Cameron, te agradezco por la cena y la celebración. Sin embargo, creo que ya es tiempo de que te aclare algo. Tú y yo no...

—Tori —hizo otra interrupción nada rara—, voy a ver qué ha pasado con esos jalapeños que ordené. Se han tardado más de lo pensado. Volveré pronto, y así me terminas de contar lo que ibas a decirme —anunció saliendo en busca de su objetivo.

«Lo que hubiera dado para que me dijera que ya nos teníamos que ir», pensó Victoria con frustración, mientras lo observaba alejarse.

Matt no solía creer en las coincidencias. En su cínico modo de ver el mundo, la gente manipulaba las situaciones para acomodarlas y salirse con la suya. Él solía hacerlo. Sin embargo, en este preciso momento podía decir que su teoría estaba ligeramente errada. Al menos esa noche.

Lo primero que sus ojos vieron al entrar en el bar fue a la única mujer a quien él había rechazado de un modo bastante hiriente años atrás, y a la que integró esa mañana como parte de su equipo de trabajo. «¿Quién era el idiota con cara de anuncio publicitario barato que estaba con ella, mirándola como si fuera un apetecible manjar?»

A pesar de la cantidad de gente alrededor, los ojos de Matthew y Victoria hicieron contacto por unos segundos. Como si todo se hubiese desvanecido. Él sintió una impactante conexión a un nivel tal, que le agitó la respiración. Tragó en seco. Victoria estaba preciosa. Llevaba el cabello recogido en una coleta informal y sus ojos azules eran imposibles de ignorar. Y aquella boca... Matt decidió romper el contacto visual, para luego mezclarse entre la gente y encaminarse hacia la barra. No quería complicarse la noche, ni tentarse con algo que no debía desear tener. Su prioridad era la cuenta Harrington. Aunque su libido no entendía de esos asuntos publicitarios. No podía creerse que después de todos esos años tuviera que coincidir en un bar precisamente con ella...

Menos mal que Victoria estaba sentada cuando la mirada de Matt se cruzó con la suya, porque el impacto de esos ojos verdes le aflojó las rodillas y extendió un hormigueo por toda su columna vertebral. Agradeció que Matthew hubiese roto el contacto de sus miradas para mezclarse entre la gente. De no haberlo hecho él, quizá ella habría cometido la tontería de sonreírle. No tenía intención de complicarse la vida. Además, tampoco merecía estar con otro hombre, no cuando se sentía tan culpable por su pasado con Devon.

Cameron se estaba tardando ya casi veinte minutos, se dijo Victoria con impaciencia. Se terminó la margarita y empezó, furiosa, a organizar sus pertenencias en el bolso para irse. El móvil sonó varias veces, y ella se quedó observando la pantallita. «Cameron.» Era ridículo que la llamara cuando estaban en el mismo espacio físico. De mala gana contestó.

Él le dijo que lo habían contactado de la clínica, mientras estaba reclamando los jalapeños. Su madre tuvo una caída y tenían que enyesarle el pie. Así que por eso él

ya estaba camino al centro médico.

—Lo siento, Tori, aún no es media noche, así que puedes irte a casa en uno de los buses. Está a tres cuadras hacia arriba de la calle. Es fácil llegar. La cuenta está pagada.

—Eres un completo imbécil, Cameron —soltó, antes cerrarle el teléfono. «¡Que se fuera sola a casa! ¿Qué se creía?» Se levantó con mal humor y dejó dinero para la propina.

Con fastidio se dirigió hacia la salida. Pasó junto a Matt, pero ni siquiera le dirigió una mirada. De todas formas, él parecía estar entretenido con una mujer. Su cuota de tolerancia al género masculino estaba terminada por esa noche. Si no hubiese tanto ruido, con el portazo que dio al salir hubiera vibrado el cristal que separaba el área de la barra con la del restaurante.

Quienes sí le dirigieron un apreciativo interés a las piernas torneadas de Victoria fueron los amigos de Matthew. Cuando este se dio cuenta de dónde apuntaban las descaradas miradas, los observó con hastío. A él aún le daba vueltas la cabeza lo guapa que estaba ella, como para asimilar que sus amigotes babearan de esa manera. Con esa blusa de volantes y la falda negra, Victoria lucía como una tentación dispuesta a enloquecer a cualquiera. Él, por supuesto, no era inmune.

—¿Qué miran? —les increpó a sus amigos—. Es una muchachita —gruñó llevándose unos cacahuates a la boca. Se sintió tan ridículo diciéndolo.

En ese momento la música en español cesó, y Freddy Mercury empezó a cantar *Living on my own*.

—Pues ese es un par de buenas piernas de mujer a mi parecer, ¿no lo crees Roger? —soltó Scott a modo de burla.

—Tiene buen ver, sí —aceptó el aludido, conteniendo la risa al ver la cara sombría de Matt, quien minutos antes les había contado que la hija de su jefe estaba en el bar.

—Oh, por favor, cómprense un kindergarden —les dijo dándole un trago a su

cerveza, cuando sus amigos soltaron carcajadas.

—¡Uh, parece que la empresa te ha puesto gruñón hoy! —exclamó Scott Miller, un ingeniero en informática que trabajaba para Microsoft.

—A lo mejor te vendría bien una salida con esa morena que mandaste a paseo hace unos minutos. ¿Qué dices, Matt? ¿No le vas a dar una segunda oportunidad? —propuso Roger, mirando a Scott, y luego otra vez a Matt, con un gesto bromista.

Estallaron más carcajadas y chocaron las cervezas.

Matt no compartió la broma.

La voz de Freddy Mercury se apagó, para darle paso a The Police con *Don't stand so close to me*.

—Vamos, vamos, Matt, riete un poco. ¿No salimos para eso? —lo animó Scott, pidiendo otra Budweiser al bartender.

Elevando las botellas de cerveza, bebieron. Matt sonrió fijando su mirada en una mujer, cuyo cuerpo se asemejaba a un reloj de arena. Cuando la música cambió de nuevo, esta vez era Sabrina con *Boys*, la desconocida empezó a acercarse a él.

—Uh, uh, uh —pronunció Scott, comiéndose una de las aceitunas que estaban sobre la barra—, parece que esta es la noche de Matt, ¿qué crees tú, Roger?

—Mi mujer me mataría si supiera que he hecho un comentario sobre alguna chica que no fuera ella.

Ambos rieron.

—¿No has escuchado eso de que puedes ver, pero no tocar? —respondió Scott y luego palmeó la espalda de Matt en apoyo masculino, cuando la belleza de ojos oliva, que estaba a unos pocos pasos de distancia, sonrió con coquetería.

Roger se rio entre dientes. Solo porque apreciaba sinceramente a Matthew, le dio en alguna ocasión un consejo. Le dijo que tenía que permitirse romper sus propias barreras emocionales. En respuesta recibió un mes de gruñidos en lugar de palabras, durante las horas de remo de los domingos. Realmente esperaba que su amigo algún

día pudiera vivir la misma felicidad que él tenía con su mujer.

—A tu conveniencia debe ser que han creado semejante estupidez —terció Matt, antes de fijarse en la mujer que avanzaba hacia él—. Piérdanse por ahora, muchachos —dijo con una sonrisa, cuando la chica llegó a su lado y lo miró con coquetería, para después recorrerle lentamente el antebrazo con las uñas pintadas de laca roja.

Roger y Scott se encogieron de hombros, antes de desentenderse de la escena. Al parecer su amigo necesitaba un poco de distracción. ¿Quiénes eran ellos para impedírsela?

Victoria escuchaba el sonido de las bocinas de los automóviles a lo lejos mientras caminaba. El murmullo de la gente que abría y cerraba la puerta del bar restaurante mexicano todavía llegaba hasta ella. Aceleró el paso insultando mentalmente a Cameron. Los zapatos de tacón retumbaban a medida que ganaba distancia del local. «La comida al menos no estuvo mal», pensó entre insulto e insulto.

Aún resonaba el eco de la música cuando tropezó con su propio pie. Un par de firmes brazos la sostuvieron. Con el impacto levantó la cabeza de sopetón.

Se quedó sin aire por la ferocidad del rostro con el que se topó.

—¿Qué hace una monada como tú tan solita por esta calle, eh? —El olor a alcohol y cigarrillo que expedía aquel hombre la asqueó. Aunque no tanto como las manos que se cerraban como pinzas de carga pesada sobre sus brazos—. Mira que te he evitado la caída, princesita.

Victoria, miró hacia atrás.

Había recorrido tan solo una cuadra y media. Aunque la gente estaba un poco lejos, si gritaba podían venir a ayudarla. «¿Vendrían?», se preguntó, y entró en pánico, porque la respuesta no era alentadora. Procuró que el miedo no se le notara.

—Suélteme —pidió con una calma que no sentía. El hombre que tenía frente a ella la sobrepasaba en estatura con al menos dos cabezas, y su contextura la

intimidaba. Parecía un gladiador de la época de Julio César, pero de aquellos pérfidos, sin alma.

Intentó gritar, pero él le colocó la manaza sudorosa alrededor de la boca, anticipándose a su reacción. Se inclinó hasta dejar esa asquerosa boca cerca de su oreja. Ella sintió ganas de vomitar. Su bolso cayó al piso.

—No, no, bonita —le murmuró al oído, mientras la sostenía con firmeza—. Vamos a divertirnos un ratito. Te has vestido tan provocativamente que no vas a esperar que yo no me haya fijado en ello, ¿verdad? —Aprovechó su corpulencia para levantarla en vilo y ponerla contra la pared de ladrillos de tal forma que desde el bar no la pudieran observar—. Mmm... qué pechos tan magníficos. —Puso la mano libre sobre ellos apretándolos tan fuerte que le causaron dolor.

Ella gritó.

Desesperada, empezó a moverse como loca, dando patadas, mientras el hombre de cabello largo, y hediondo olor, intentaba arrancarle la falda. Victoria vio pasar por su mente un montón de imágenes. Devon, pensaba en Devon. Si tan solo pudiera estar ahí con ella, salvarla y abrazarla.

Gritó, gritó y gritó. «¿Estaría gritando en su mente, pero las palabras no le estaban saliendo del cuerpo?», pensó desesperada, porque luchaba contra esa masa de músculos y grasa de modo desesperado, y continuaba apresada. Tenía la esperanza de que alguna de las personas que aún estaban fuera del bar pasaran por donde ella se encontraba. Pataleó, se removió, dio codazos, pero eso no impidió que el gigante que tenía sobre ella le desgarrara la blusa de volantes que llevaba.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas. «Es una forma horrible de acabar este día», se dijo con dolor. Logró alejar a su atacante un poco de su cuerpo con un puntapié. Una victoria fugaz. El aire de la noche se metió en sus poros, pero no tanto como lo hizo el terror que sentía en ese instante. Le era imposible observar con claridad el rostro de su agresor, peor intentar recordarlo cuando lo tuvo cerca antes de que la agarrara. Las sombras se rompían tan solo por el brillo de la farola de enfrente de la acera. «Oh, Dios, no permitas que esto me ocurra», imploró en silencio.

Con sus uñas arañaba la piel de quien atenazaba nuevamente su cuerpo contra la dura pared.

—Maldita perra provocadora —gruño propinándole una bofetada cuando ella estuvo a punto de zafarse.

Aturdida por el golpe, y por el asqueroso hedor que expedía el hombre, apenas notó cuando al fin se liberó de la nauseabunda presión. Tomó aire varias veces y percibió el sabor metálico de la sangre en sus labios. Aquel malnacido la había lastimado.

Las lágrimas corrieron por su rostro a borbotones. Una mezcla de alivio, desesperación, impotencia y rabia, la invadió. Trató de arreglarse la ropa. Respiraba agitadamente sin enterarse de nada que no fuera la sensación de estar libre del peligro. Intentó correr, pero sus piernas no respondían. Estaban temblorosas. Se dejó caer en la acera sollozando y abrazándose a sí misma.

Cuando Matt dejó el bar, lo hizo para acompañar a la escultural muchacha que se había ofrecido a pasar una entretenida noche de sexo. Estuvo a punto de besarla cuando el viento le despejó los sentidos y escuchó el grito ahogado de una mujer. Al principio, creyó que quizá se trataba de alguien del bar que estaría discutiendo naderías. Luego aguzó sus sentidos cuando el alarido se repitió. El quejido parecía desesperado y angustiado. No era una mera discusión. Cuando giró la cabeza hacia la dirección desde donde provenía el sonido, atisbó a ver una pierna femenina desapareciendo en un callejón.

—¡Hey! ¿Dónde vas? —preguntó la que hubiera sido la amante de Matthew esa noche—. No me puedes dejar aquí... —gritó cuando lo vio alejarse.

Él no respondió. La dejó a un lado sin explicaciones y siguió la estela de sonido. Corrió, sorprendido de que los transeúntes hicieran caso omiso a los gritos de lo que evidentemente era una persona en apuros.

Se acercó lo más rápido que sus piernas le permitieron.

Matt se abalanzó sobre el bastardo que estaba atacando a la mujer. No le importó conocer quién era la víctima. Solo necesitaba acabar con ese malnacido e impedir que hiciera más daño del que seguramente ya había causado a la muchacha, quien ahora estaba sollozando en la vereda e intentando cubrirse con los vestigios de lo que antes había sido una blusa. El cabello le caía en la cara y se abrazaba a sí misma. Ver a esa chica en aquel estado aumentó su furia, y lo llevó a arremeter con más fuerza contra el cuerpo hediondo que tenía entre manos. Un manto rojo de furia veló su mirada.

Con un movimiento ágil tumbó al hombre y le propinó suficientes golpes como para que se quedara tendido en el suelo. El asqueroso olor a licor y tabaco, el mismo que solía tener Heath, turbó sus sentidos completamente. Estuvo a punto de matarlo, después de arremeter una y otra vez contra él.

Darse cuenta de que había perdido por completo los estribos, lo hizo respirar profundamente. Al ver sangre en la ceja, la boca, así como notar el diente que le faltaba al desgraciado aquel, se alegró. Le dio una patada y se sintió complacido de verlo retorcerse. Se limpió los nudillos en el jean e intentó calmarse. La adrenalina y la rabia recorrían sus venas como un veneno.

—Matt... Matthew... déjalo —dijo a su espalda una voz temblorosa. Él respiraba agitadamente observando el cuerpo inconsciente del hombre que yacía en el pavimento—. No vale la pena... no vale la pena que te ensucies las manos... déjalo... —murmuró la voz.

Él se giró. Un sentimiento de protección y preocupación lo invadió con la fuerza de un huracán. «No, Victoria, no. Dios.» Se quedó petrificado al verla. Los colores se le fueron del rostro y su corazón se aceleró por la inquietud.

Sin pensárselo dos veces se acuclilló a su lado. Apartó los cabellos alborotados de su rostro, y le cubrió la cara con las manos sopesando los daños. Tenía el labio inferior con un corte no muy severo y un golpe en la mejilla. Algunos girones de blusa cubrían sus hombros. Tenía la falda descolocada y temblaba como un flan. La ira se

apoderó de él y estuvo a punto de volver a arremeter contra el delincuente, pero Victoria empezó a sollozar y se aferró a él, ocultando el rostro contra su cuello. La abrazó con fuerza murmurándole palabras tranquilizadoras, al tiempo que ella se deshacía en un llanto quedo, y él intentaba serenarse.

—Shhh —le acarició los cabellos—, ya está. Estás a salvo, cariño. Lloro todo lo que necesites —murmuró, mientras con la mano libre buscaba el móvil para llamar a las autoridades.

Los agentes de policía llegaron pronto.

Matthew no dejó de sostener firmemente a Victoria contra su pecho en ningún momento, ni tampoco la abandonó cuando los policías hicieron varias preguntas. Los agentes levantaron el cuerpo del atacante, quien murmuraba tonterías, y lo llevaron a la delegación.

Matt también fue a la estación de policía junto con Victoria.

El papeleo inicial para la denuncia fue un jaleo. Otros infractores, borrachos, drogadictos y vándalos que habían cometido desafueros, pululaban seguidos de agentes del orden que los custodiaban para hacer los trámites pertinentes de cada caso.

—Victoria, escúchame. —La chaqueta que llevaba esa noche la utilizó para que ella pudiera cubrirse. Le acarició con delicadeza el rostro y la miró infundiéndole una calma que él no sentía. Estaba furioso—. Sé que esto es difícil, pero tienes que hacer la denuncia y firmarla. Es el único modo de que hagan algo contra esta escoria, ¿comprendes? —preguntó con dulzura.

Aún temblorosa, pero mucho menos que una hora atrás, ella asintió.

—Buena chica. Voy a estar aquí el tiempo que tome todo este papeleo. Antes, hay algo que debo preguntarte —dijo. Apretó los dientes, porque maldito fuera si ese malnacido la había dañado más allá de las secuelas físicas que él observaba en ese momento—. ¿Te...? ¿Él alcanzó a...? —«¡Mierda! No podía hacer esa pregunta coherentemente. Le daba rabia solo pensar que hubiera ocurrido...».

Ella pareció entender lo que le estaba intentando preguntar.

—No, Matt. Él no fue más allá de lo que ves... No me violó.

Él respiró con alivio. Victoria apretó su mano, mirándolo con una expresión de desamparo que casi acaba con el férreo propósito de Matt de no ir y matar a golpes al agresor, por más de que tuviera en una delegación y pudiera él mismo terminar en una celda.

De acuerdo a lo que la policía informó durante el proceso, el sospechoso se llamaba Jason Pillot. Era la segunda ocasión que llegaba a la delegación por la misma ofensa, pero la víctima anterior no quiso denunciarlo, y aquella mujer corrió con menos suerte que Victoria.

Pillot, de acuerdo al oficial, solía rondar por esas calles drogado o bebido, y a veces hacía algún acto vandálico. Lo habían condenado por posesión ilegal de drogas, pero su abogado era demasiado taimado y consiguió que saliera bajo libertad condicional con bastante rapidez. Apenas había pasado un mes tras las rejas. Ahora que había transgredido esa libertad, el agente le aseguró a Matt que Jason Pillot volvería a la celda.

Victoria permaneció en un absoluto silencio cuando todos los trámites culminaron.

—Hemos terminado aquí, ¿nos vamos? —preguntó Matt. Ella asintió—. ¿Tu amigo del bar...? —preguntó mientras la guiaba hasta el automóvil. Le había pasado el brazo sobre el hombro, apegándola a él, como si temiera que fuera a caerse.

Ella se sintió cobijada y protegida en los brazos de Matthew. La había defendido. La había salvado. No podría nunca agradecerle lo suficiente.

—Él no es mi amigo. —Le contó brevemente sobre su relación extraña con Cameron—. Y... no... no está en el bar...

—Me alegra que no esté cerca —gruñó. Hubiera querido continuar interrogándola al respecto, pero no deseaba presionarla. ¿Cómo podía un hombre permitir que una mujer a la que había invitado a salir se fuera sola a casa? Al menos

la pudo haber acompañado a tomar un taxi.

Entraron en Cadillac Escalade de Matt, y luego se ajustaron los cinturones de seguridad.

—Victoria, voy a llevarte a mi casa. No puedo permitir que te quedes así —dijo mientras conducía y sorteaba las calles de la ciudad.

—Quiero ir a la mía. Escucha, mi compañera de piso, Chloe, estará muy preocupada...

—Pues la llamas y listo —interrumpió con suavidad—. Además, creo que tu amiga preferirá saber que estás bien a verte en ese estado —argumentó con firmeza. Lo que Tori necesitaba era tranquilizarse. Él al menos ya había logrado calmar la furia ciega que lo había invadido momentos atrás. Era la primera vez en muchos años que perdía el control de esa manera, pero sabía que era una situación extrema.

—Matt, no es necesario. *Por favor, no es necesario*. Te agradezco tanto que me hayas salvado... Te debo mucho... Ya me las arreglaré una vez vuelva a casa —dijo con un hilillo de voz que solo consiguió que él sintiera remordimiento por no haber golpeado más a aquel bastardo. No iba a dejarla sola.

—No se habla más del asunto. Vas a venir a mi casa hasta que estés más calmada. Se lo debo a John. Es lo mínimo que podría hacer. ¡Diablos! Hubiera podido ser mi hermana Lilly la víctima. Es lo que yo esperaría que otro hiciera por ella.

«Claro, ella era como una hermana para él», recordó Victoria.

—Matt... —no quería que nadie le tuviera pena. Se sentía rota, angustiada e insegura, pero no quería compasión. Solo descansar.

—Tori —interrumpió con autoridad, aunque su voz tuvo un matiz suave y profundo. Ella miró el perfil de Matthew. Era la primera vez que la llamaba de ese modo, y le gustó que lo hiciera—. No hay discusión —zanjó él. Estiró la mano derecha, mientras sostenía el volante con la izquierda, y apretó la de Victoria, intentando pedirle que confiara en él.

Ella suspiró.

—De acuerdo...

—Bien —sonrió complacido.

Matt aceleró y condujo hasta su penthouse que estaba ubicado cerca de la bahía de San Francisco. Durante el trayecto, los recuerdos de Matt sobre su atribulada infancia y juventud lo golpearon como una marejada.

En la radio sonaba una canción country de tiempos lejanos. Victoria iba adormilada en el asiento del copiloto.

Lo que había sucedido con Victoria se asemejaba a una experiencia que había vivido tiempo atrás cuando se granjeó una paliza que le dejó varias cicatrices por intentar defender a su hermana de Heath. No se arrepentía por supuesto. Había salvado a Lilly.

En aquel entonces habría tenido alrededor de quince años. Estaba regresando del supermercado donde fue por un litro de leche y varios cereales. Pudo pagar las compras con el dinero que su madre alcanzó a esconder de Heath. Al regresar a casa dejó la bolsa de las compras en el portal, y tocó la puerta. Nadie abrió. Entonces utilizó el método que estilaba en ciertas ocasiones. Se subió por la enredadera que daba a su habitación y cuando hubo entrado se quedó estático. Heath tenía la mano levantada sobre Lilly, a punto de golpearla. Instintivamente se abalanzó sobre su padrastro.

Heath, sorprendido por un escuálido muchachito adolescente, arremetió contra él con la misma fuerza con que pretendía golpear a la hija de su mujer. Con un alarido, Lilly huyó buscando a su madre, pero era inútil porque Monique estaba del otro lado de la ciudad limpiando una de las casas en las que trabajaba.

El primer golpe de Heath dio de lleno en el rostro adolescente de Matt. Indignado y colérico, él no se amilanó y devolvió cada golpe con más fuerza aprovechando que Heath estaba ebrio. Lamentablemente, los kilos de más y la altura de su padrastro pudieron hacer más daño que su ímpetu. Recibió una paliza que le

rompió la muñeca. No contento con ese golpe, el marido de Monique agarró una correa y se ensañó con la espalda joven y carente de músculos. A pesar de los gritos de rabia que salían con fuerza de la garganta de Matt, más que del dolor por el hecho de verse impotente mientras era golpeado, ningún vecino se presentó a ver qué sucedía. Era un barrio pobre, pero todos sabían quién era quién. Matthew sentía la rabia y el odio corroyéndole las entrañas.

—¿Qué te has creído, basura? Te soporto a ti y a la torpe de tu hermana solamente por Monique. Y eso que la muy estúpida —cayó un latigazo cerca de la oreja de Matt—, no está nunca cuando la necesito.

—Cobarde —alcanzó a mascullar Matt antes de recibir otro golpe.

—No te atrevas jamás a intentar algo contra mí. ¿Lo has comprendido, escoria?

Él no respondió

Otro golpe.

Matt dejó de moverse, porque del dolor se quedó casi inerte sobre la cama.

—Debilucho... —escuchó que Heath murmuró al ver que sus latigazos no servían de nada para hacerlo reaccionar. Él disfrutaba al parecer cuando Matt le devolvía los embates o los insultos, pero hasta ese día nunca lo había golpeado de manera tan salvaje.

Matt sentía un dolor intenso en la muñeca, como si se la hubieran arrancado. Estaba casi seguro que tenía la espalda en carne viva. Mientras pensaba en cómo diablos se iba a levantar de la cama escuchó más insultos y el sonido de la puerta de la casa al cerrarse.

Durante varios segundos solo estuvo él y el lacerante dolor de su cuerpo.

—¿Matt...? —preguntó la voz llorosa de Lilly cuando llegó a su lado—. Matt, lo siento... —Le tocó con un dedo la espalda, y el solo roce lo hizo gritar del dolor—. Oh, Matt... Llamaré a emergencias. Lo siento... lo siento...

—No es tu culpa. Anda... llama a mamá, Lilly... busca el número en el directorio telefónico... hoy le tocaba la casa de la familia Dreyfus... —le dijo con

hilillo de voz, antes de perder el conocimiento.

Una de las cosas que más odió Matt de su madre cuando se apareció en el hospital, fue la osadía que tuvo de echarle la culpa de lo ocurrido. Y al ver su mano enyesada, la cara golpeada y los ojos inyectados del llanto, por la frustración y la rabia, le dijo que quizá se habría portado mal con su padrastro y que debería aprender a quererlo. Ese día, el poco afecto que aún le quedaba por su madre, desapareció.

Gracias a la protección de la camisa, y el abrigo ligero que llevaba el día de la paliza, Matt no sufrió demasiados daños. Al menos daños físicos irreparables, no, porque las secuelas psicológicas fueron otro cantar. El médico le explicó que le quedarían algunas cicatrices en la espalda, porque la hebilla del cinturón había lacerado la piel de modo profundo en algunas zonas.

Monique lo acompañó en el hospital, hasta que el sedante para el dolor hizo efecto. Estuvo tres días internado. Su hermana no se le despegaba en ningún momento. Matt prefería tener cicatrices, en lugar de que la inocente muchachita asustadiza a quien amaba tanto hubiera tenido que vivir con un trauma físico y emocional.

Después del incidente, las cosas en casa no cambiaron para Matt, porque su madre insistía en justificar a Heath. Para no soportar esa clase de estupideces huyó con Lilly donde su abuela Edna. Ella los acogió, los ayudó y corrió con los gastos básicos. Su padrastro no fue a la cárcel, porque Monique se negaba a denunciarlo y los amenazaba si se atrevían a quejarse ante las autoridades. Para Matt aquella era una relación enfermiza.

Su madre los buscó, y Edna le permitió visitarlos. Lilly, con su corazón siempre tan generoso, perdonó a Monique y le prodigaba un cariño que Matthew jamás le daría. Su madre parecía no entender la gravedad de lo sucedido; no estaba dispuesta a abandonar a Heath. Aquella codependencia era algo que ni su abuela Edna comprendía.

Con el paso de los meses vieron cada vez menos a Monique. Matthew se alegró cuando su abuela le contó que su madre y Heath se habían ido a vivir a Texas.

Desde que su abuela los tomó bajo su cuidado, no volvió a robar para tener

comida. Fue a la escuela y no faltó a clases, porque ahora tenía cuadernos limpios, y porque Heath ya no destrozaba en pedacitos la tarea que le había tomado una noche entera terminar. Su vida mejoró notablemente, y cuando acabó la secundaria y ganó la beca en la universidad, empezó a trabajar en pequeños mandados, mientras Lilly estaba por terminar la secundaria.

Él se pagaba lo que podía con su sueldo de repartidor de pizzas: el bus, parte de la comida, alguna que otra prenda de ropa. Para ahorrar en casa, ayudaba a Edna arreglando el jardín, alguna valla dañada, inclusive aprendió fontanería para evitar ese gasto.

Cuando llegó a la universidad conoció a John Marsden, quien lo ayudó y se tomó el tiempo de charlar con él. Lo aconsejó. Gracias a él, su perspectiva de lo que un buen padre podía ser mejoró notablemente. John no solo lo apoyó al ver su potencial, patrocinándolo con recomendaciones en cursos para que no tuviera que gastar nada, sino que le abrió las puertas de su casa. Matt escuchaba atento sus consejos, tanto a nivel personal, como profesional. Y cuando le ofreció formar parte de Spring & Marsden, se sintió verdaderamente honrado.

Fue durante esas idas y venidas a la casa de John que conoció a Victoria. Era una muchachita muy despierta, curiosa y espontánea. Sus sueños de tener su propio negocio o ampliar el de su padre eran temas recurrentes entre ellos. En alguna ocasión, John también le pidió que invitara a Lilly a comer. Su hermana tenía un par de años más que Victoria. En ese entonces ambas niñas se hicieron amigas, aunque no se frecuentaban, salvo cuando John invitaba a Lilly a comer o en la casa de los Marsden se organizaba alguna fiesta importante.

Cuando Victoria creció, Matt observó el paso de niña a adolescente. En aquella época no le interesaba más que como una amiga. Hasta el día en que ella cumplió diecisiete años. Y aunque aquel horrible vestido que se había puesto ocultaba sus curvas, bien sabía él que las tenía... Aquella noche de la fiesta, decepcionar a Victoria no le resultó tan fácil, porque ese día sus hormonas iban a tope, y no podía tomar a una chica tan dulce para tener sexo casual, tal y como solía hacer con

Charlotte...o con cualquier otra mujer disponible. Ella era terreno prohibido. A diferencia de otras, Victoria lo encandilaba, y él tenía que hacer presa de su autocontrol para no tomar acciones al respecto, como agravante ella era menor de edad. No quería problemas. Pero lo más importante de todo era que en él siempre estaba su propio recordatorio de que su carrera profesional con John Marsden iba primero. Esa era su prioridad, punto.

Sin embargo, cuando recibió el cándido beso de Victoria, sí que estuvo a punto de respondérselo. Nunca antes lo habían besado con esa inocencia y entrega. Su vida había estado siempre contaminada por mujeres que poco o nada sabían lo que era la pureza. No podía robarle eso a Victoria.

La canción country llegó a su fin en la estación de radio de su automóvil, trayéndolo al presente con un último acorde de guitarra.

Detuvo el coche y se relajó contra el asiento de cuero.

Apagó la radio y luego giró la cabeza para ver a Victoria. Estaba profundamente dormida. Matt la contempló un largo instante, estudiando las facciones elegantes y delicadas de su hermoso rostro. Contuvo la rabia al reparar en las leves contusiones que estaba seguro irían desapareciendo en pocos días. Bajó del Cadillac, y lo rodeó para abrir la puerta del copiloto. Sin mayor esfuerzo la tomó en brazos, sintiendo aquel cálido cuerpo recostarse contra el suyo, y la llevó hasta el ascensor que los llevaría al penthouse.

CAPÍTULO 4

Victoria notó la comodidad del colchón bajo su cuerpo. Se removi6 un poco. Abrió paulatinamente los ojos. La luz estaba encendida y tuvo que parpadear hasta que sus pupilas se acostumbraron. La habitación, por supuesto, no era la suya. ¿La casa de Cameron? ¿Se habría acostado con él? Las interrogantes le dieron vueltas en la cabeza.

Se sentó de golpe. Y fue como si hubiese activado un interruptor en su memoria. El ataque en el callejón al salir del bar inundó su mente como una sustancia venenosa. Se llevó la mano a la garganta para sofocar un gemido. No quería volver a sentir ese terror de hacía unas horas; nunca más en su vida.

Salió de entre las sábanas, poniéndose de pie. Se miró a sí misma.

Vestía una ropa de dormir masculina. «Matthew...» No había ocurrido nada entre ellos de eso estaba segura. Lo que sí la hizo fruncir el ceño era que no recordaba haberse desvestido. Sintió un poco de incomodidad ante la idea de que él lo hubiera hecho. Se tocó sobre la tela del pijama. Matt la había visto en ropa interior. Tener vergüenza carecía de sentido, pensó, antes de empezar a recorrer la habitación.

La cama era un conjunto muy simpático caoba y beige con dos pequeñas mesitas de noche a cada lado. Una gran alfombra cubría todo el suelo. Se acercó a abrir la puerta que estaba cerca. El baño. Aquel era un espacio muy masculino y simple. Una tina negra, lavabo de mármol a tono, la mitad de las paredes tenía un diseño negro con blanco que en conjunto representaban un hermoso dibujo de un ave fénix. Todo era exquisito.

Regresó en la recámara y se acercó al clóset. Silenciosamente lo abrió para curiosear en su interior. Tocó cada camisa, y aspiró el olor a limpio. Olía a madera, a menta y a Matt. Se giró cuando escuchó que él llegaba a su lado. No pudo evitar sentirse una fisgona.

—No estaba...—empezó a justificarse, pero él le restó importancia a lo que fuera a decir, negando con la cabeza.

—Victoria, ¿cómo te sientes? —preguntó Matthew poniéndole la mano en el hombro con evidente preocupación—. No deberías estar de pie. Debes descansar —expresó con la misma voz firme con que le había dicho que se quedaría en su casa.

—Oh... yo estoy mejor, gracias. —Se sentía profundamente agradecida con él.

—Te traje una infusión. No sabía si acaso habrías despertado. La iba a dejar sobre la mesita de noche, pero aquí tienes. —Le entregó la taza. Y ella lo miró con calidez.

—Matt...—dio un sorbo. «Mmm delicioso»—. Esta no es un infusión comercial, nunca antes había probado algo tan rico —le dijo, mientras bebía un poco más.

—Mi abuela Edna la hacía con plantas naturales. Solía darnoslas a Lilly o a mí cuando estábamos agitados. Nos calmaba. Pensé que también podría ayudarte.

Victoria asintió dando otro sorbito.

—Gracias, Matt, está muy buena. ¿Tu abuela vive cerca?

—Murió hace un par de años...

—Oh, lo siento. —Él le dedicó una media sonrisa y le agradeció—. ¿Es esta tu habitación? —preguntó con timidez por encima de la taza. Era una pregunta retórica, pero se sentía un poco intimidada por él. La situación era totalmente surreal.

—Sí, ¿no estás cómoda? —Estaba convencido de que si la situación se hubiera dado con cualquier otra mujer, él no la habría invitado a su casa. Peor a su habitación, porque era un recinto muy suyo; privado. En cuanto a sus amantes, él solía ir a la casa de ellas, así podía marcharse a la mañana siguiente sin ningún remordimiento ni conversaciones postcoitales incómodas. «Con Victoria lo hago por agradecimiento a John», se dijo. Y se convenció de que estaba en lo cierto. «Porque así era.» Victoria estaba ahora vestida con *su* camisa, que le quedaba sobre las rodillas y había

dormido en *su* cama. Prefería mirarla a los ojos, porque el recuerdo de haberle quitado la ropa desgarrada lo hacía hervir de furia al recordar el modo en que había sido atacada—. Puedo llevarte a la habitación de invitados, si no es...

—No, no —se apresuró a decir ella—. Estoy muy cómoda. —Dejó la taza a un lado, y le tomó una mano entre la suya. Lo miró con gratitud—. De verdad, gracias.

La sensación de protección que surgió en él cuando Victoria lo miró con aquellos ojos azules tan cálidos fue casi su perdición. Quiso abrazarla hasta asegurarse de que estuviera bien del todo. Notó que el golpe que tenía en el rostro ya había tomado una tonalidad oscura, y el labio estaba ligeramente hinchado, aunque no sangraba. Matt apretó los puños.

—No me las des. Fue una suerte que llegara a tiempo.

—Lo sé... —susurró Victoria sintiendo un ligero temblor al imaginarse qué habría sido de ella si Matthew no hubiese aparecido cuando lo hizo.

Ella le soltó la mano y retomó la taza de infusión, hasta acabársela. Matt estaba descalzo, con un pantaloncillo de dormir y una camiseta blanca sin mangas. Un cuerpo atlético, sin duda, observó ella. El acondicionador de aire refrescaba la habitación.

Victoria se acercó a la cama para sentarse en el borde del colchón.

«Qué pies tan sexis», apreció ella en silencio cuando Matt se movió para quitarle la taza de las manos y dejarla sobre la mesita. A Victoria nunca se le habría pasado por la cabeza que los pies de un hombre pudieran ser sexis. Los de él, lo eran sin duda: varoniles y proporcionados. Levantó la mirada, despacio. Recorriéndole el cuerpo hasta llegar a sus ojos verdes. Él se había dado cuenta, pues estaba sonriéndole de ese modo tan adorable que la había cautivado desde siempre. No pudo evitar sonrojarse.

—¿Te apetece algo de comer? —preguntó solícito.

—La verdad es que no tengo hambre. —La sensación de estar a salvo era maravillosa en ese momento. La tensión había desaparecido, pero no deseaba quedarse sola.

Matt se sentó junto a ella. De un modo cuidadoso y como si la comprendiera, le pasó el brazo alrededor de los hombros, y la acercó. Entre sus brazos se sintió reconfortada.

—No tienes de qué preocuparte, ¿de acuerdo? —dijo transmitiéndole confianza—. Ya pasó. Estás a salvo.

Ella asintió sobre su hombro, apoyándose. Aspiró su olor. Se preguntaba si sería posible embotellar un aroma tan masculino como el de Matthew.

—¿Por qué saliste sola a la calle? ¿Qué fue exactamente lo que pasó con tu acompañante? —pidió guardando su enfado por lo que le había ocurrido.

Elevó el rostro para mirarlo.

—Yo... esto —entrelazó los dedos de sus manos sobre el regazo—, Cameron tuvo que ir a resolver un asunto con su madre...

Al ver que Matthew no pensaba quedarse satisfecho con esa respuesta, suspiró, y se encontró contándole todo sobre esa noche. Cuando llegó el punto del tropiezo con su agresor, se detuvo y empezó a temblar.

—Shhh... tranquila, tranquila. —La abrazó de nuevo—. Ya pasó pequeña, shhh —depositó un beso en los cabellos ondulados. La mantuvo abrazada hasta que la sintió calmarse poco a poco. La experiencia no se le borraría a Victoria nunca, pero estaba seguro que con el tiempo sería solo un recuerdo amargo.

—Matt, necesito darme un baño... —Se sentía sucia, no entendía cómo Matt podía abrazarla—. Me siento contaminada. —Lo miró con un brillo inequívocamente vulnerable en su mirada.

Él le secó los restos de las lágrimas con los pulgares, y le sonrió.

—Creo que tengo ropa de Lilly guardada. Mi hermana es un poco más alta que tú, pero seguro que te queda algo. Tómate tu tiempo que yo te traigo la ropa dentro de un momento —dijo antes de salir de la habitación.

Victoria se frotó concienzudamente cada parte de su cuerpo. Se lavó el cabello, dos y tres veces. Al final, toda ella olía a Matt. Luego de lo ocurrido, no podía existir

un aroma más reconfortante que ese.

Cuando estuvo segura de que cada pequeña parte de su piel estaba lo suficientemente limpia, llenó la bañera y se quedó sumergida. Quizá habría pasado una hora, no lo sabía, pero para cuando salió de tina de mármol, su piel pedía a gritos secarse. Eso hizo.

Su ánimo mejoró. Desnuda, puso uno a uno los pies en la alfombra térmica y se envolvió en la toalla grande que estaba guardada en uno de los arcones. Después, se envolvió el cabello con una toalla más pequeña. Reparó en el espejo empotrado en la pared. Se acercó, y se desanudó la toalla exponiendo sus curvas para sí misma.

Se horrorizó cuando vio el valle superior de sus senos con ligerísimas huellas rojizas con estelas de tonalidad medio morada. Rápidamente volvió a cubrirse. El labio inferior de su boca estaba lacerado, pero no se le había hinchado tanto como hubiera pensado. La mejilla lucía un poco inflamada. Suspiró. «Al menos los daños físicos no son permanentes.»

Esperó cinco minutos a que la toalla de la cabeza absorbiera toda la humedad. Luego se cepilló su ondulada masa de cabello color caoba. Su rostro no tenía ya rastros de maquillaje, y eran solo sus ojos azules los que le daban color a su expresión. Se sentía más serena.

Abrió la puerta y vio unas prendas sobre la cama. Las tomó y volvió al cuarto de baño para cambiarse. El pijama de Lilly le quedaba un poco holgado, pero le parecía cómodo. Le llegaba hasta la rodilla. Esperaba al siguiente día encontrar entre las prendas de su antigua amiga más ropa para poder ir hasta su casa. La ropa desgarrada estaba en la basura, al igual que sus prendas íntimas. No quería nada que le recordase lo ocurrido.

Lilly y ella solían conversar cuando su padre invitaba a los hermanos Talley a alguna barbacoa o a algún evento en casa. Había sentido una agradable afinidad con la hermana de Matt. Las pocas veces que coincidieron hablaron largo y tendido. Con el paso del tiempo intercambiaron un par de llamadas telefónicas esporádicas, pero por diferentes razones poco a poco fueron perdiendo contacto.

Los años habían pasado en muchos sentidos para Victoria. No era ya la misma muchachita inocente de aquella época en que conversaba con Lilly de sus anhelos infantiles. Ahora era más consciente de su atractivo como mujer, su valía como profesional y fortaleza como ser humano, pero también sabía lo que era vivir un doloroso sentimiento de culpa que parecía carcomer las entrañas.

Con un suspiro, agotada, se recostó contra las almohadas. La cama era amplia y muy cómoda. Aprovechó el teléfono de la mesita de noche y llamó a Chloe. Sabía que era bastante tarde, pero era una ocasión fuera de toda regla. Y necesitaba a su amiga.

Lo primero que hizo Chloe cuando escuchó el relato de lo ocurrido, fue asegurarle que ni bien encontrara a Cameron escucharía una buena reprimenda.

—Entonces, ¿estás a salvo? —preguntó con preocupación.

—Lo estoy, sí. Siento haberte despertado a estas horas...

—No pasa nada. Has hecho bien en llamarme. Me alegro de que lo hayas hecho, Tori. ¿Dónde te estás quedando?

Dudó un momento antes de responderle.

—En la casa de Matthew... Talley.

—¿*Ese* Matthew Talley? —Chloe conocía de buena mano la historia con el guapo publicista. «Era curioso cómo la vida podía crear los más extraños encuentros», pensó.

—Sí. Después de lo que hizo por mí no podía negarme a aceptar su ayuda. No pasa nada. Me ha dejado en su habitación...

Chloe apagó la luz de la cocina y empezó a subir las escaleras para ir a su habitación. Lo que le había ocurrido a Tori era terrible. Agradeció en silencio a quien quisiera escucharla en el universo por haber puesto a Matthew en el momento correcto para ayudar a su amiga.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó desde otro sector de San Francisco. Se soltó la goma del cabello antes de deslizarse entre las sábanas.

—Será mi jefe en el proyecto de la agencia —dijo en tono de advertencia—, no empieces a elucubrar. Y además, está durmiendo en el cuarto de invitados —agregó, conociendo cómo funcionaba el cerebro de su amiga. Chloe sonrió mientras el sueño empezaba a adueñarse de ella—. Y ya sabes que yo no puedo estar con nadie más hasta que...

—Ya, ya sabemos lo que continúa con esa frase y excusa. Basta. No puedes estar esperando para siempre. —Victoria emitió un gruñido y Chloe puso el botón de altavoz del iPhone, antes de cerrar los ojos—. Tori, descansa, mañana hablaremos con más calma. Gracias por llamarme. Me alegro de que estés bien.

—Hasta pronto. —Colgó, y se arrebujó bajo la sábana azul.

Se quedó dormida.

La sensación de que se estaba ahogando empezó a expandirse por su cuerpo. Respiraba agitadamente. Un hombre sin rostro intentaba arrancarle la sábana del cuerpo. La querían violar. Oh, no, no. Eso no podía ocurrirle de nuevo. Gritó para que alguien acudiera a ayudarla, pero nadie la escuchaba. Se sentía impotente, aterrada...

—¡Victoria, despierta! ¡Despierta! —le instaba Matt tratando de calmarla. La había escuchado gritar y había salido corriendo sin molestarse en ponerse la camisa sobre el bóxer, desesperado, pensando que algo terrible había ocurrido.

Ella lo miró aterrada cuando él encendió la luz.

—¿Matt...? Yo, pensé que... oh, Dios...

Él se acercó, la levantó de la cama en brazos y la colocó en su regazo acunándola. La abrazó, mientras ella calmaba sus sollozos.

—Fue tan solo una pesadilla. Un mal recuerdo es todo. —Le dio un beso en la sien con tanta ternura que ella emitió un suspiro de alivio y ralentizó su agitada respiración.

—Matt —lo miró suplicante— no me dejes sola. Quédate...

—Victoria, si me quedo contigo, es probable que, bueno... Tori eres una mujer muy hermosa, eso lo sabes. Y yo soy un hombre que si te tengo demasiado cerca...

Acabas de pasar un episodio complicado. No quiero... —Se calló. Ella permaneció en silencio. Bajó de su regazo y se empezó a acomodar en el espacio que había dejado vacío hacía uno minutos.

Al verla tan vulnerable, Matt maldijo para sus adentros. «¡Qué diablos!».

—De acuerdo... —murmuró para sí mismo. Luego la tomó de la muñeca para que dejara de maniobrar con la sábana—. Me quedaré a tu lado —aseguró, mirándola. La expresión de alivio en los ojos azules le dio la pauta de que estaba haciendo lo correcto.

Apagó la luz y se acostó. La atrajo hacia él, abrazándola de la cintura. Tan solo sentir la tibieza del cuerpo femenino le aceleró la respiración. Intentó traer a colación los ejercicios para relajarse y controlar su cuerpo que había aprendido con las artes marciales. Alejó las caderas lo más que pudo de Victoria, para ayudarse. Sentir su cercanía de un modo tan íntimo ponía a prueba su determinación.

Cerró los ojos. Iba a ser una larga noche.

Entrada la madrugada, Victoria se sintió reconfortaba al sentir un cuerpo tibio junto a ella. Se dio la vuelta con los ojos cerrados, y recorrió con sus dedos el pecho firme y musculoso. Sus piernas estaban enredadas con las de Matt. Sentía como si tenerlo a su lado fuese tan natural como respirar. Suspiró con placer. «Hacia tanto tiempo...»

Matt sintió el roce de los dedos de Victoria sobre la piel. Se removió gruñendo. Poco a poco reparó en cómo ella empezó a abrir los ojos somnolientos. No se pudo resistir. Maldita fuera su suerte, pero había deseado besarla desde que entró en su oficina, y ahora, en la cama, lo traía loco con sus caricias espontáneas. Sin pensárselo demasiado enterró la mano en los sedosos cabellos atrayendo los suaves labios hacia los suyos.

Atrapó la boca de Victoria con sutileza en una caricia delicada y provocativa. Probó sus labios procurando no hacerle daño en la parte lastimada, la cual acarició con la lengua de modo reverente y dulce. Intentó con sus besos consolarla, darle

sosiego y también reparar un poco la estupidez que le había dicho años atrás cuando la rechazó, aunque hubiera sido por su bien. Siempre esa reflexión lo consolaba. Pero hoy no había reflexiones del pasado. Hoy la estaba besando como había querido hacerlo desde entonces, y tal como ella merecía ser besada: con pasión, dulzura y cuidado.

Victoria gimió apretándose más contra Matthew, y con la mano recorrió su torso, maravillándose con la dureza de cada músculo. Él a cambio deslizó sus manos, sin dejar de besarla, desde la nuca hasta el trasero respingón, apretando con firmeza las prietas nalgas y apegando la pelvis femenina contra la suya para que sintiera cuánto lo afectaba.

El sabor especiado y cálido de Matt la embriagó. Aquel era el beso con el que siempre había soñado. Superaba cualquier expectativa que la adolescente frustrada que llevaba dentro, hubiera podido tener. Este era un beso apasionado, intenso y compensaba el rechazo del pasado. Definitivamente lo hacía.

—Oh, Matt... —gimió cuando él abarcó su abdomen con la mano y ascendió lentamente hasta apoderarse de la base de uno de sus senos. Lo acarició con la punta de los dedos, y luego tomó de lleno un pecho y luego otro. Victoria se arqueó contra la mano que enviaba descargas de placer hasta su zona sur, y a cambio, profundizó el beso, enterrando los dedos en el suave cabello espeso de Matt, quien no dejaba de acariciarla.

Jadeante, Matt recorrió las curvas de Victoria, bajó hasta sus caderas y cuando encontró el bajo del pijama, lo tomó y empezó a subirlo para tocar de nuevo la piel desnuda. Ella era pura seda al tacto. Se maravilló con la sensación y continuó ascendiendo. Detuvo la mano en la cadera. Ella no llevaba ropa interior.

—¿Qué...?

Ella soltó una risa.

—Boté toda la ropa a la basura y solo me quedé con el pijama... —le acarició una de las cejas pobladas y masculinas—, ¿te molesta? —sonrió.

—Eres una brujita traviesa —susurró mirándola, al tiempo que ponía los dedos exactamente sobre el punto en que los labios íntimos de Victoria convergían. La sintió tensarse y soltar una exclamación.

La mirada entre ambos era intensa a un nivel básico.

—¿Piensas dejarme en suspenso? —preguntó mordiéndole el labio, cuando Matt sonrió ante el apremio que escuchaba en su voz.

—¿Tú qué crees? —repuso, antes de expandir sus dedos y tocar la humedad femenina con el dedo. Estaba ardiente y mojada. Él sentía el dolor del anhelo, la necesidad de aliviarse, y darle placer.

Con un esfuerzo monumental, Matt se apartó. Sacó la mano del sexo mojado y frotó la nariz de Victoria con la suya, para que abriera los ojos. Cuando lo hizo, él quiso hundirse en ella sin tomar en cuenta el motivo que lo había hecho detenerse. Victoria lo miraba con ojos empañados de deseo. Sentía que, desde que la vio en la entrevista de trabajo, era la primera vez que *realmente* la veía. Ahí estaba la chica de diecisiete años, y también la mujer. Era una combinación explosiva.

—¿Qué ocurre, Matt? —preguntó con voz ronca.

Él colocó la frente contra la de ella, después de darle un beso.

—Has pasado un shock emocional... ¿Estás segura de esto? No quiero que te arrepientas, y no quiero lastimarte.

Ella sonrió y tocó su mejilla, ahuecándola en su mano.

—Sí —le dio un beso suave en los labios—. Estoy segura de esto, Matt.

Él mandó al caño los últimos resquicios de reticencia. Estaba al límite.

Ella se impulsó introduciendo la lengua en la boca de Matt. Los dedos masculinos apresaron uno de los pezones de Victoria haciéndola retorcerse de placer. Primero lo pellizó, y luego rodeó el hinchido botón dibujando círculos alrededor, endureciéndolo todavía más. Luego aplicó la misma caricia al otro pecho. Victoria no se quedó atrás, y deslizó la mano hasta la cinturilla del bóxer, para luego introducir los dedos y tomarlo de lleno. Era seda, acero y masculinidad pura.

—Dios... —gruñó Matt tocando el sexo de Victoria, acariciándola, frotándola, y lubricando con aquel suave y tibio espesor líquido aquellos labios sensibles que pronto la llevarían al placer. La escuchó gemir, y estuvo a punto de perder la cordura.

Cuando ella empezó a acariciar la longitud de su sexo con ímpetu, Matthew tomó el control y se colocó sobre ella procurando no aplastarla con su peso. Levantándole completamente el pijama, lo sacó y lanzó fuera de la cama, dejándola total y gloriosamente desnuda debajo suyo. Era una delicia para sus sentidos. Los pechos cabían en sus manos celestialmente, y para convencerse de ello, los masajé con una mezcla de lujuria y ternura en medio de los jadeos de ambos. Se inclinó capturando el pezón izquierdo con la boca, mordisqueándolo, mientras con la mano acariciaba el otro pecho pleno y lleno.

—Verte así es toda una revelación... Eres simplemente perfecta. —Ella emitió un ronroneo cuando Matt sopló con suavidad y lamió con decisión sus pezones sensibles, rodeados por perfectas areolas rosadas. Ella lo tomó del rostro para halarlo y besarlo con hambre. Con las uñas le acarició la espalda, cuyos músculos iban reaccionando al toque de sus dedos. Abarcó las nalgas de Matt, eran duras y suaves al mismo tiempo. Estaba excitada y complacida de que Matt se hubiera atrevido a tocarla de ese modo. Instintivamente movió las caderas hacia arriba. Empezó a deslizarle el bóxer hacia abajo con los dedos.

Él negó con la cabeza y con una sonrisa le atrapó las manos colocándolas sobre la cabeza en la almohada.

—No seas traviesa —dijo besándola en los labios. Luego se inclinó y mordió el lóbulo de la oreja derecha, estremeciéndola—. Déjame disfrutarte un poco más...—le susurró. Para él no había un cuerpo más perfecto que el que estaba acariciando en ese instante. Sensual, con la cantidad de curvas adecuadas en cada sitio, con unas piernas largas y esbeltas que se acariciaban contra las suyas; una cintura estrecha y caderas redondeadas; vientre liso y suave, cuyo tacto era como palpar la más cara seda. Tenía los pechos turgentes, pezones rosáceos que se endurecían al más mínimo contacto de su lengua o sus dedos, y poseía las areolas grandes que parecían atraerlo hacia ellas

para probarlas.

—Deseo que...

—Shhh —la acalló con la boca, y con la mano empezó a trazar caricias hasta topar la entrada de aquel cálido lugar entre los muslos femeninos que estaba ardiendo por él. Ella lo miró expectante y se mordió el labio inferior con anticipación. Sin demorar más, Matt probó de nuevo la entrada de sus delicados pliegues con los dedos; primero usó un dedo, luego dos. Excitado constató la calidez y humedad. Por él.

—Tan húmeda...—murmuró besando y dando pequeños mordiscos sobre el abdomen de Victoria. Ella se zafó de la mano que retenía las suyas sobre su cabeza, para enterrar los dedos en el cabello de Matt, familiarizándose con su textura.

Él la dejó hacer, mientras atrapaba sus dulces pezones con los dientes, halándolos suavemente, al tiempo que penetraba con el dedo del corazón en el mojado sexo. Ella se movió contra el dedo invasor, para intentar satisfacer una necesidad tan vieja como el tiempo. Matt volvió a besar su boca dejando que sus sabores se entremezclaran.

Victoria tenía la piel enfebrecida. Nunca se había sentido de ese modo, como si se estuviera quemando viva y un líquido ardiente le recorriera las venas. Los ojos verdes de Matt se fundieron con los suyos en la oscuridad, y acompañados de los destellos de la luz que se filtraban por el gran ventanal de la habitación.

Ella quería tocarlo más..., anhelaba sentir la piel caliente y dura de su virilidad entre sus manos como hacía un momento. Piel con piel; sin barreras. Deseaba verlo y tenerlo tan desnudo como ella se encontraba. No tenía vergüenza. Con él todo parecía fluido y natural. Quería acariciarlo con los dedos, recorrerlo, tomarlo con su boca como jamás había hecho con nadie antes, pero sobre todo se moría por tenerlo en su interior. No le importaban las consecuencias del día siguiente o del día que fuera, solo quería tenerlo a él. Después de tantos años finalmente su fantasía estaba tocándola, y era fabuloso; cien veces mejor que en sus sueños eróticos. Ningún hombre había tenido la capacidad de encenderla como Matt en ese momento. Y estaba

segura que nadie lo haría.

—Mmm... qué suave, tibia... me encanta tu cuerpo —dijo él con apreciación sin dejar de lubricarla diestramente con los dedos. Se adueñó de sus pechos sin poder evitarlo, porque eran tan hermosos y llenos que lo atraían loco. Los devoró con glotonería. La suavidad, el peso y la forma eran tan perfectos que tan solo la idea de probarlos lo encendía.

—Tú eres tan magnífico como siempre te imaginé —susurró Victoria sin cohibirse. A modo de respuesta, la lengua de Matthew empezó a recorrerla toda. Desde el arco de los pies delicados, subiendo por sus pantorrillas, los muslos, lamiéndole el sexo, haciendo círculos sobre su abdomen, devorando sus pechos, mordiendo su cuello y luego poseyendo sus labios. Ella lo dejó, y le devolvió cada caricia con sus manos. Lo besó como si fuese aquel el último día en que tuviera la oportunidad de besar a un hombre; con hambre, desesperación y ardor.

Las manos de Matt eran distintas a otras que la hubieran tocado alguna vez. Las ligeras callosidades que la tocaban le erizaban los poros de la piel, y lograba crear una sinfonía gloriosa de sensibilidad. Él era un hombre tan comedido y experto, como delicioso su tacto. La piel de Matt era firme, los fuertes músculos del torso y la espalda estaban muy definidos. Ella recorrió cuantas veces quiso, la columna de músculos con la yema de los dedos, sintiendo a su paso cómo se tensaban con su roce. Eso la hizo sentir su poder femenino; el poder de conmover y alterar el autocontrol que siempre había visto en Matt. Aquella era una sensación excitante. Jamás había presenciado una acción de Matthew fuera de control, salvo cuando la rescató horas atrás, y ahora, en la cama, y aun así, en medio de la pasión febril no la tomaba y penetraba como quizá hubiera hecho otro. Matthew, no. Él la preparaba, la hacía disfrutar, la mimaba. Eso solo la llevaba a pensar en lo sublime que sería el orgasmo. Y se moría de deseo por llegar a ese punto.

—Mi ego pretende compensarte —respondió con voz ronca.

—Oh, Matt...—gimió enredándole sus piernas alrededor de las caderas, atrayéndolo para sentir el sexo masculino sobre el suyo. Quería que se deshiciera del

maldito bóxer y la penetrara—, deshaz con tus manos las huellas de lo que me pasó hace unas horas...—pidió entre jadeos, mientras él empezaba a deslizarse hacia abajo el bóxer—. Déjame la impronta de tu piel, de tus besos, de tu sexo.

Matt se quedó quieto. «Estúpido. Te estás aprovechando de su vulnerabilidad.» Hacía tan pocas horas estuvo a punto de que la violaran, y él estaba como un animal en celo. Se despreció en ese momento. ¿Acaso no le habían servido los años de práctica de autocontrol en Temple Ki? Victoria no tenía su juicio lo suficientemente coherente después de lo que había vivido. «No debí creerla cuando me dijo que estaba segura de hacer el amor conmigo.»

Victoria lo sintió tensarse, y luego apartarse abruptamente. Lo observó con la respiración agitada. Él encendió la luz. Matt le devolvió la mirada con un atisbo de arrepentimiento, luego se inclinó hacia ella, que estaba acostada y totalmente desnuda, y depositó un beso fugaz sobre sus labios. Luego tomó la sábana y la cubrió.

—¿Matt? ¿Qué ocurre? —preguntó con la voz ronca de deseo, y sintiendo cómo su sexo palpitaba anhelando que le dieran el exquisito alivio que necesitaba. No le importaba la sábana, cuando al sentarse esta se deslizó por su piel, atascándose en la cintura y dejando expuesto sus pechos.

Matt fijó la mirada al frente para no tentarse de nuevo con la seductora imagen femenina. Ella le colocó la mano en el brazo, pidiéndole en silencio que se volteara. Que le explicara. Él mantuvo la vista al frente, en un punto no delimitado.

—Perdóname, Victoria Anne. —«Así que aquí estamos con eso de *Victoria Anne*», se dijo ella—. No debí continuar esto. Estás muy vulnerable por lo que pasaste hace unas horas. Yo no me detuve a pensar y... —Hizo una negación con la cabeza intentando mantener la calma—. No debí... Lo siento —dijo apretando la mandíbula y con los nudillos blancos de tanto apretar los puños sobre el colchón.

Victoria se acercó y lo abrazó por la espalda. Él hizo una profunda respiración para contener las ganas de girarse y besarla. ¿No se daba cuenta que sus pechos contra su espalda, lo estaban matando?

—¿Qué tengo que perdonar, Matt? —preguntó con desconcierto—. Soy

mayorcita para saber a la perfección lo que quiero y lo que no quiero. Y deseo hacer el amor contigo.

—Esto ha sido un impulso que no debimos seguir, Victoria Anne. Además, no estás en la capacidad...

Ella se apartó, furiosa. Matthew se puso de pie.

—No tienes que intentar mostrar un estúpido arrepentimiento tratando de achacarlo a lo que me ocurrió en ese calle hace unas horas. Tengo el suficiente criterio para saber cuándo estoy bien y cuándo estoy mal. ¡No te atrevas a presumir que sabes cómo debo o no sentirme, Matthew!

—No es así, Victoria Anne. Solo no debí tocarte. No estuvo bien —repuso con firmeza.

Ella se sentía frustrada y rechazada. La misma horrible sensación que tuvo a los diecisiete años volvía a causársela el mismo hombre años después. ¡Dios! Tenía su cuerpo tembloroso y empapado de deseo. Solo para desafiarlo más, dejó que la sábana se escurriera desde la cintura hasta los pies cuando se levantó de la cama mostrándose totalmente desnuda. Se plantó de pie frente a él.

Al verla en la piel de Eva, Matthew apretó los dientes intentando refrenar las ganas de terminar lo que nunca debió haber empezado. Sin embargo, en esta ocasión su autocontrol ganó la batalla.

—Me he aprovechado de la situación...—masculló frotándose el rostro con las manos—. Por favor, cúbrete.

—Yo he tomado una decisión por mí misma —replicó sin hacerle el menor caso—. Te hice saber lo que pensaba antes de que me tocaras. ¡Maldición, no soy una niña tonta e impulsiva! Te deseaba... te deseo ahora —prácticamente le gritó.

Matthew se agachó para recoger el pijama que minutos antes le había quitado. Forcejeando con ella, logró que se lo pusiera.

—Has sufrido una conmoción emocional muy fuerte hace poco. —Hizo un intento de ir hacia la puerta, pero ella se lo impidió poniéndose en el medio. Se cruzó

de brazos. «No me va a dejar sin aclarar la situación, no voy a permitírselo»—. Y ya sé que eres toda una mujer —dijo por lo bajo mirándola a los ojos—. Será mejor que te deje descansar.

Ella miró con descaro la evidente erección de Matthew, y lo escuchó soltar un gruñido, cuando continuó su recorrido visual por las perfectas abdominales, hasta llegar a su boca. Victoria sonrió provocativamente.

—Tengo puestos todos mis sentidos, créeme —aclaró con firmeza. Al verlo tan distante se sintió perdida de pronto... seguía queriendo sus caricias, su consuelo, sus besos dulces. Con un suspiro se apartó de la puerta y le dijo—: Matt...

—Por favor, Victoria Anne. Esto ha sido un error. —Ni bien pronunció las palabras se sintió miserable, porque ese precioso par de ojos lo miraron dolidos. Matt pensó en cómo decir que en realidad no fue el momento correcto, que el error no era ella, sino la circunstancia, y que quizá podrían hablar un poco y cuando hubiera pasado un par de días, tal vez fuera distinto...—Creo que me expresé mal, lo que quiero...

Ella lo interrumpió con un gesto de la mano. Se apartó completamente de la puerta y fue hasta la cama. Arregló las sábanas. Se arrebujó entre ellas.

—Vete. Supongo que al final siempre soy un error, ¿verdad? —La voz que antes ronroneaba apasionada, ahora sonaba decepcionada y ajena. Matt lo lamentó—. Tienes que descansar, después de todo dentro de unas horas hay oficina.

—No tienes que ir a la oficina —gruñó—. Empiezas el lunes. Quiero que descanses lo suficiente; no hay discusión. Escucha, sobre lo que acaba de pasar, no pienses que yo no...

—No pienso nada. Ya lo has dejado muy claro. Además, si hubiéramos terminado esto sería como cometer incesto.

A él se le cayó la mandíbula ante el comentario.

—¿Qué has dicho? —La miró sin comprender con el ceño fruncido.

—Lo que escuchaste. ¿Recuerdas cuando me dijiste que nunca me verías como

una mujer, sino solo como una hermana? Pues bueno, entonces lo que estábamos a punto de hacer hubiera sido un incesto.

Matt estuvo a punto de estrangularla.

—Ese día de tu cumpleaños fue un mal día para mí. Además...

—No me interesa —lo cortó—. Por mí como si no ha pasado nada. Ahora, quiero descansar, sola... *hermano* —dijo con intención. Apagó la luz y le volvió la espalda acomodándose en la cama.

—Te vendré a dejar unas prendas de Lilly para que puedas usar mañana —dijo conteniendo el genio. Se quedó de pie unos segundos.

Ella rehusó voltearse o dirigirle siquiera la palabra. Había terminado con él.

Maldiciendo a todo lo que se le venía a la mente, Matthew cerró la puerta con fuerza al abandonar la habitación. Haberle dicho a Victoria que nunca la vería como una mujer fue una de las más grandes mentiras que había expresado en su vida. Lo ratificaba ahora, ocho años después, cuando había saboreado el cuerpo de Venus en su propio dormitorio.

Victoria se acomodó y dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Estaba más enfadada consigo misma por haberse permitido bajar las defensas con él, por haberle insistido que no la dejara deseándolo. Él también la había deseado; lo notó en la evidencia física más básica. Pero ya nada de eso importaba. No volvería a pedirle nada a Matthew. Nada. Con ese pensamiento, se quedó dormida.

Los ojos dolidos y fríos de Victoria lo persiguieron, mientras daba vueltas y vueltas en la cama. Sabiendo que ella continuaba dormida, tal como le prometió, fue a dejarle una falda y una blusa de su hermana. Dejó las prendas en el cuarto de baño. Contuvo el impulso de despertarla y abrazarla. Volvió a su habitación, pero no concilió el sueño.

Amaneció demasiado pronto para Matt. Se dio un baño, y se vistió. Cuando

terminó de anudarse la corbata salió al comedor y preparó tres omeletts. Llevaba quince minutos en la cocina, cuando Victoria apareció. La ropa de Lilly le había quedado perfecta menos mal, pensó al verla sentarse en una de las sillas altas del mesón de mármol blanco.

—Buenos días. ¿Cómo te sientes? —«Pésima pregunta, Matthew», se reprochó.

«Cabreada y frustrada, pero sobre todo dolida por tu rechazo», quiso decirle ella.

—Muy bien. ¿Me puedo servir? —preguntó mirando los omeletts e ignorando completamente al hombre que tenía delante.

—Por supuesto. —Le puso una porción en un plato—. Victoria, sobre lo que dije anoche...

—La vista es hermosa, ¿hace cuánto vives aquí? —indagó cambiando el tema y llevándose el tenedor a la boca. Le parecía un lugar espectacular a la luz del día. Cada parte del penthouse exudaba opulencia, y buen gusto.

Él se fijó en la mirada neutra e impersonal de Victoria. No había rastro de resentimiento o reproche. Si la historia fuese al revés, es decir, que ella lo dejara excitado en medio de un interludio, atribuyendo la decisión de seducirla a la falta de buena cabeza de su parte, él se habría cabreado seguro. Fue una terrible equivocación de su parte hacerla sentir como si no fuera capaz de asumir sus propios riesgos. «Otro error a sumar con ella.»

—Un par de años, ya... —bebió de su taza—. ¿Qué pasó contigo durante todo este tiempo? —preguntó con cautela.

—No demasiado. —Se encogió de hombros. Miró hacia el ventanal, fijándose en el modo que los automóviles pasaban como hormiguitas sobre el Golden Gate a lo lejos—. Me independicé de mi padre a los diecisiete años, eso ya lo sabes; luego estudié la carrera de publicidad, viajé dos meses de mochilera por el norte del país, abrí mi agencia, estuve comprometida... —suspiró—, cerré la agencia, luego empecé a buscar trabajo... Eso en resumen —comentó volviendo de nuevo su atención al

desayuno, hasta terminárselo.

«Así que era cierto lo que dijo Claire. Victoria se había prometido», pensó Matt

—¿Qué ocurrió con tu prometido? —indagó. Aunque ella había querido sonar despreocupada, a él le pareció escuchar un dejo nostálgico en su voz. Se sintió intrigado por conocer aquella historia. La intriga no era una sensación que le agradara particularmente.

Victoria lo miró a los ojos, mientras bebía el zumo de naranja. No tenía ganas de hablar sobre Devon, menos con Matthew. Era un capítulo que le dolía, la desesperaba... Solo le quedaba esperar sin garantías de que hubiese un cambio en Devon, o bien tomar una decisión unilateral que acabara con el limbo emocional que había estado viviendo durante meses.

—Me gustaría que me llevaras a casa, por favor —replicó rehuendo el tema—. Gracias por el desayuno. Ha estado muy rico. Y sobre el asunto de que me incorpore a trabajar el lunes. Lo cierto es que prefiero hacerlo hoy mismo.

Matt sentía una extraña punzada ante la reticencia de ella de contarle sobre su pasado, pero no permitió que esa emoción prosperara. Si iban a trabajar juntos, no quería comprometer la cordialidad que en ese instante ella estaba ofreciéndole. Debía retomar las distancias con Victoria. Era lo mejor para ambos.

—Como desees. Te dejaré en casa, pero no te espero hasta las dos de la tarde que tenemos reunión de equipo en la oficina. Te presentaré a las personas que trabajarán contigo durante el proceso de rediseño de la propuesta inicial para Harrington. Tal como te dije, perder la cuenta no es un lujo que esté dispuesto a permitirme.

Victoria lo miró con fingido desinterés cuando él bebió su último trago de café, y se puso de pie. Estaba guapísimo con el cabello peinado hacia atrás, se había afeitado y sus facciones masculinas eran aún mejores a la luz de las primeras horas de la mañana. El traje a medida servía para realzar su cuerpo. Un cuerpo que ella estuvo a punto de conocer al completo...

—De acuerdo —murmuró—. Ah, y, ¿Matt?

—¿Sí?

—Me gustaría que no volvieras a llamarme Victoria Anne cuando te enfades. Si Tori no te parece muy profesional, o lo que fuera, me gustaría que al menos, me llamaras solo Victoria. Exactamente como quedamos ayer en tu despacho.

Él asintió.

—Será Victoria entonces, aun cuando esté enfadado —sonrió sin alegría—. ¿Nos vamos? —preguntó dirigiéndose hacia la puerta.

El camino a la casa de Victoria lo hicieron en completo silencio.

Ella iba sumergida en el paisaje de que veía a través de la ventana del automóvil. Entre los transeúntes observó una niñita tomada de la mano de su padre, mientras la mamá llevaba la mochila para la escuela. Sintió una punzada en el corazón. Anhelaba tener hijos; una familia. Ella había crecido sola y siempre echó de menos la posibilidad de poder contar con alguien. Quizá, de haber tenido hermanos, el trago amargo con Devon no habría golpeado tan fuerte...

En algún momento, Devon y ella habían hablado sobre la posibilidad de tener hijos, pero él tan solo le explicó que luego de que se casaran podría pensarlo, aunque no era algo que anhelara. Le aseguró que, aunque la paternidad no era su meta, dentro de unos años no sería mala idea conversarlo. Victoria se había decepcionado de la vaga respuesta, no insistió, pues esa conversación siempre terminaba en un resentimiento. El de ella.

Matt manejaba tratando de que la cercanía de Victoria no lo atormentara todavía más. Bajó unos grados la temperatura del acondicionador de aire, para que el aroma de su jabón de baño, mezclado con el aroma natural de Victoria se disipara más rápidamente.

—Llámame si necesitas algo, Victoria —pidió cuando finalmente se detuvo frente a la casa, y ella estaba a punto de abrir la puerta del automóvil.

—Lo haré —expresó, bajándose del Cadillac Escalade—. Gracias de nuevo —

agregó al cerrar la puerta. Luego se dirigió hacia la entrada principal de su casa.

Cuando el automóvil de Matthew se alejó por la calle, Victoria suspiró aliviada. Ya vería cómo le iría manejando la tensión en la oficina, después de los besos y las caricias con él. Ni bien pisó el descanso de su casa observó a Cameron que se aproximaba. «Será descarado», pensó enfadada.

—¡Victoria! ¡Victoria, aguarda! —Se acercó corriendo—. Oye, sobre ayer...

No alcanzó a terminar la frase, porque ella le dio una bofetada.

—Por tu maldita culpa estuve a punto de ser violada al salir de ese bar. No quiero volver a saber de ti en lo que te queda de vida, Cameron. ¿He sido clara?

—¿Qué...qué...?! Lo siento, mira yo...verás...

—¿*He sido clara?* —repitió dejando correr en su tono de voz toda la rabia, y la frustración que llevaba acumulada desde que Matt la dejara en la cama anhelando que terminara lo que habían empezado.

—Yo, esto... Sí...—contestó—. Cuéntamelo, entonces podré... —Ella ya no lo escuchaba, y Cameron la observó alejarse, sin dejar de sobarse la mejilla en donde seguro aparecería la marca de los dedos femeninos.

Victoria cerró de un portazo.

CAPÍTULO 5

Después de contarle entre sollozos a Chloe el incidente con su agresor, así como el modo en que Matt la había ayudado, y la cachetada que le dio a Cameron, Victoria intentó calmarse, mientras su amiga le decía palabras tranquilizadoras. A pesar de que durante mucho tiempo se había impulsado a sí misma a manejar una máscara de férreo autocontrol, los sucesos recientes la desbordaron por completo.

—Gracias al destino, Matt estuvo a tiempo en el momento preciso —dijo Chloe palmeando la mano de Victoria.

Asintió, pero los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Lloró por el sentimiento de culpa de que Devon se hubiera ido aquel infame día, tan enfadado; por el modo en que le había dicho que prefería mil veces que desapareciera y no volver a saber de él; porque no tuvo el coraje suficiente de ir a buscarlo y pedirle disculpas antes de que él se embarcara en el automóvil rumbo a Los Ángeles; y también porque a pesar de todos sus esfuerzos no podía quitarse a Matthew Talley de la cabeza. Sobre todo lloró, porque al permitirse que Matthew la tocara se dio cuenta de que jamás había estado verdaderamente enamorada de Devon, y sentía como si hubiera traicionado a la única persona que siempre había sido incondicional con ella.

—Sí, Chloe... —se miró las manos con pesar— no sabes lo mucho que necesitaba del consuelo de Matthew. De sus besos, sus caricias... Me sentía tan bien como hacía tanto no me ocurría que no fui capaz de detener mi impulso de tocarlo y acercarme. Quizá no debí...

—Tori, tú simplemente estabas sensible y vulnerable, y pediste lo que necesitabas —interrumpió con suavidad—. No hay porqué culparse.

Victoria dejó salir una carcajada lastimera que sonó más a un sollozo chillón.

—Él se detuvo antes de... —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—

me rechazó. Dos veces en mi vida me han rechazado. Dos veces que me han importado lo suficiente como para llevarme a las lágrimas. El mismo hombre —replicó sombría.

—No creo que se hay detenido por ti, pero sí por las circunstancias que habías vivido. Tori, un hombre que solo quisiera calentarse un rato hubiera terminado lo que tú empezaste. Pero un caballero se detiene cuando sabe que no ha hecho bien cuando ha habido un antecedente de intento de asalto sexual. Quizá deberías verlo desde el punto de vista de Matthew.

—Pude estar sensible, pero no idiota, y sabía lo que quería. Lo quería a él... Siempre ha sido Matt...—dijo apesadumbrada—. Se atrevió a intentar decirme cómo debería sentirme y eso me terminó de cabrear.

—Sé que él no lo hizo para herirte...

—Dijo que fui un error cuando tenía diecisiete años; y anoche, también volvió decirme que lo ocurrido fue una equivocación. ¿Cómo crees que me sentí? —soltó un suspiro—. El que se haya detenido al final no me dolió tanto como lo que descubrí luego...

—¿Eh?

—Me di cuenta que nunca estuve verdaderamente enamorada de Devon —miró a Chloe con un brillo de desesperación en la mirada—. Me siento un fraude... una traidora...

Chloe ya conocía el sentimiento de culpa que tenía Victoria por Devon Patroll, pero también sabía que nada hubiera podido hacer por él, una vez que Devon decidió subirse en ese automóvil. Ya habían pasado once meses desde el accidente.

Cuando la acompañó al hospital, Chloe había escuchado claramente cómo Lauren y Darrel, los padres de Devon, le expresaron que no guardaban ningún rencor hacia Victoria, insistiendo que era culpable de que su hijo se accidentara en la autopista hacia Los Ángeles. Sin embargo, la historia no era la misma con la hermana gemela de Devon, Julianne. La muchacha había mirado a Victoria con reproche, y

durante la estancia en el hospital le había gritado repetidas veces que no quería volver a saber de ella, que bien conocía su hermano de sus impulsos estúpidos, pero que con su alborotado modo de ser lo había envuelto y cegado. No se cansó de reiterarle que estaba convencida de que Victoria era la culpable del accidente. Y era precisamente esa culpa que Julianne le endosaba, la que no dejaba vivir tranquila a Victoria. Chloe se tuvo que mantener en segundo plano, aunque ganas de mandar al diablo a la hermana de Devon no le faltaron.

—Tori, escúchame bien. Te conozco y eres una mujer fuerte. Entiendo que en este momento todo lo que te ha ocurrido te sobrepase, pero tienes que razonar. Anda respira. No puedes deprimirte de nuevo. Ya clausuraste la agencia, que era una gran ilusión de tu vida. ¿Qué pretendes hacer ahora? ¿Cerrarte a las oportunidades que tienes delante y juzgarte y recriminarte por siempre jamás? ¡Por favor!

Victoria negó con la cabeza.

—Auto compadecerme no es lo mío, ya lo sabes. —Cloe asintió—. No es una situación sencilla. Porque siento que pude hacer algo más por él...

—Victoria...

—Aparte de todo esto, está mi padre —continuó como si su amiga no hubiera dicho nada—. Él no quiso escucharme cuando le dije que necesitaba ir a Los Ángeles. ¡Demonios, Chloe! No tenía dinero ahorrado, porque lo había gastado todo pagando la mensualidad del préstamo de la universidad, y tomar prestado los escuetos fondos que empezaba a ganar la agencia no fue una opción —se mesó los cabellos, despeinándose—. Era solo un pasaje... un miserable pasaje de San Francisco a Los Ángeles.

Chloe puso las manos sobre los hombros.

—Lo sé, lo sé. Ya no puedes retroceder el tiempo. Sucedió lo que sucedió. Y tampoco puedes atarte al recuerdo de Devon...

—Estábamos prometidos, Chloe... —murmuró—. Si solo pudiera verme de nuevo... Si solo...

—Pero no puede, cariño. Tienes que volver a tu vida, no puedes estar esperanzada en que despierte del coma. No puedes.

—A lo mejor...

—A lo mejor nada, Victoria Marsden. Ya estuvo bien. Hay hombres maravillosos esperando por una mujer como tú. ¿Acaso no crees que ya es tiempo de dejar ir a Devon? Él siempre quiso verte feliz. Es un hombre generoso. Sé feliz por él, y por ti. Sé que si los papeles fuesen opuestos, tú hubieras querido que él continuara su vida sin sentirse culpable. ¿Verdad?

Ella asintió.

—¿Y si despierta, Chloe? —preguntó esperanzada.

—Esa es la pregunta que te has hecho durante los últimos once meses que él está en el hospital. Lamento ser quien te diga esto, pero hay personas que permanecen hasta diez o veinte años en coma sin despertar. Otros... mueren. No es una crueldad decírtelo, realmente quiero que abras los ojos. Tienes veinticinco años. ¿Vas permitir que el amor se quede fuera de tu vida para siempre, mientras esperas que la situación cambie, pero sin tener garantías de nada? Pueden ser días, o pueden pasar años. Inclusive su familia puede pensar en desconectarlo.

—¡Devon no está en estado vegetal!

Chloe soltó un gruñido.

—Lo que te quiero hacer entender es que no puedes poner tu vida en suspenso cuando ha pasado tanto tiempo. ¿Te parece justo? ¿Crees que está bien lo que estás haciéndote?

—Yo... no lo sé.

—Pues yo sí. La respuesta es: *no es justo*. Definitiva y totalmente, no.

Victoria se quedó un largo tiempo en silencio.

—Tienes razón, Chloe... me duele, pero tienes razón. No es justo para mí. Ha sido casi un año en este estado de incertidumbre, me va a terminar aniquilando los

nervios...

Chloe soltó un suspiro de alivio.

—¡Al fin lo entiendes!

—Siempre lo he entendido, pero no es lo mismo racionalizar que sentir.

—Bueno, entonces mira a ver cómo haces para equilibrar ambas cosas, porque no estoy dispuesta a permitirte continuar en ese estado de perenne estrés emocional. ¿O prefieres que te arregle citas a ciegas? —preguntó en broma. Al fin su amiga había despertado de ese absurdo letargo. Qué testaruda podría llegar a ser a veces Victoria.

—¡Claro que no! —se rio—. No más citas a ciegas.

—Está bien, entonces tienes que empezar a salir más, ¿vale? —sonrió.

—Vale.

—Por cierto, nos queda pendiente esa botella de Dom Pérignon... aunque tengo una de Roederer Cristal escondida —dijo con una sonrisa. Esa botella costaba un ojo de la cara, pero había sido un obsequio de su padre dos años atrás. ¿Cómo negarse a aceptar tal regalo?

Victoria asintió sin darle demasiada importancia a la mención del caro champán.

—Mi jefe es Matthew como te dije anoche —comentó pasándose la mano por el rostro—. Hoy tengo que ir a la oficina...

—Ahora sí que la has liado —rio a carcajadas—. Bueno, no eres la primera que se acuesta con el jefe.

Al ver la mirada de advertencia de Victoria, volvió a reírse.

—De acuerdo, de acuerdo. Una mala broma —le dio una palmadita en la mano sin dejar de reír—. Vamos a ver cómo pasan las cosas. Haz de cuenta que no ocurrió nada, no saques el tema. Además, ya conoces a los hombres y sus egos, lo último siempre es más grande que su cerebro —le hizo un guiño que arrancó una sonrisa a su amiga—. Dedícate a lo tuyo y pasa de él si no estás verdaderamente interesada, pero

si acaso lo estás... pues ya vamos viendo juntas. Por ahora debes ser la mejor en tu trabajo.

—Lo seré, no lo dudes. Voy a demostrarles a todos en la agencia de lo que soy capaz. Sea o no la hija de John Marsden. Imagino que mi padre a estas alturas ya debe haberse enterado.

Chloe se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Al final, quien te llamó fue Matthew y ya sabes que tu padre no ha tenido nada que ver, pero siendo uno de los dueños obviamente tendrá que conocer más pronto que tarde sobre las nuevas contrataciones —se puso de pie—. Ahora voy a empacar el cuadro que debo entregar. Te veo en la noche.

—¡Suerte con tu cliente de hoy!

Con un guiño, la pintora paisajista fue hasta su estudio de trabajo.

Victoria subió para alistarse y enfrentar la primera reunión como ejecutiva de Spring & Marsden. Chloe tenía razón. Era tiempo de avanzar. Pediría al universo cada noche para que Devon despertara, pero no pondría su vida sentimental en suspenso como había hecho hasta ahora. Permitiría a la vida que le diera nuevos caminos, y los tomaría.

Con una sonrisa que se parecía mucho a la de la vieja Victoria: optimista, decidida y con todas las posibilidades a su disposición, abrió el clóset.

Rebuscó entre algunas prendas. Se calzó unos zapatos de tacón de aguja bajo, en punta, color blanco. Una elegante falda de lino con ondulaciones hasta la rodilla, una blusa celeste en contraste con sus ojos zafiro; chaqueta blanca a tono con la falda, y unos pendientes pequeños de diamante, los favoritos de su madre y que su padre le había dado cuando era pequeña. Se dejó suelto el cabello y con la pinza le dio forma a las ondas, definiéndolas. Se aplicó labial y un poco de rímel.

Aún tenía varias horas por delante hasta las dos de la tarde. Empezaría por retomar viejos contactos y actualizar su perfil en redes sociales vinculadas a la profesión. Estaba entusiasmada. No había nada mejor que los nuevos comienzos.

En la oficina, Matt se debatía con varios comunicados que habían llegado de clientes solicitando ajustes en ciertas propuestas. Llamó a Gary, el jefe del departamento de diseño del área VIP. Después de reprenderlo más de lo que habitualmente hacía con alguien, le dio una hora para tener listas las modificaciones con otra paleta de tonalidades y cambios en la tipografía.

Luego recibió a un representante de Paul Harrington, este le comentó que la cadena de joyerías había decidido adelantar el lapso de tiempo para la licitación porque lanzarían la campaña antes de lo programado. Le daban tres semanas, y no cuatro que era lo planteado inicialmente para hacer ajustes. Para cuando el representante se fue, Matthew estaba cabreado. Odiaba que le alteraran la agenda de trabajo de ese modo. Tendría que mover todo el calendario.

El malhumor fue en aumento.

Marla le llevó un té, y él aprovechó para darle un par de indicaciones. Luego volvió la atención a cinco carpetas de diferentes proyectos que tenía que llevar a cabo durante los próximos seis meses. La siguiente en presentarse en su despacho fue Claire. Entró tan solo para dejarle un par de informes sobre las tendencias del mercado. Ella era excelente con esa tarea en particular, y él la consideraba eficiente en su trabajo, tan solo por eso a veces pasaba por alto sus comentarios o actitudes fuera de lugar.

A Matt le dio la hora de la comida, pero no pudo levantar la cabeza de la redacción creativa que había hecho Beatrice Smidow. Tan creativa que tenía faltas de ortografía. «¿Qué le pasaba a la gente ese día?», se preguntó furioso. Llamó a Beatrice por el interfono. Cuando se presentó en su despacho le dio un ultimátum: serían las últimas faltas ortográficas que tenía que revisar, él no era profesor de lenguaje. Beatrice, quien llevaba en el equipo casi desde que Matt se incorporó en la empresa, se disculpó y salió de la oficina cabizbaja.

En el pasillo todos murmuraban sobre el malhumor de Matthew. Él era

indiferente a las habladurías; no eran las primeras y a la gente le gustaba cotillear. Pues bien, que cotillearan. «¡Qué día tan de mierda!», pensó fastidiado. Por si fuera poco, durante toda la condenada mañana, la imagen sensual de Victoria, y luego el recuerdo de su mirada dolida cuando la dejó en la habitación, lo atormentaron. Si a ello sumaba los errores de su equipo de trabajo, su enfado estaba más que justificado.

Victoria aparcó en el garaje del personal de Spring & Marsden. ¿Nervios? No. Ya se los había destrozado durante la noche y primeras horas de la mañana en casa de Matthew. No creía que le quedaran reservas para lo que restaba del año. Lo que sí tenía era una gran dosis de seguridad profesional.

Entró en el ascensor y llegó hasta el séptimo piso en donde estaban ubicadas las oficinas de la agencia. Caminó a lo largo del pasillo lleno de cubículos. Más de una cabeza se giró a observarla. Sabía que era imposible que a esas alturas no se supiera que era la hija del dueño, pero les demostraría que valía por sus méritos y no por su apellido.

Se le hacía extraño que su padre no la hubiera llamado todavía. Él lo sabía todo sobre su compañía, con o sin intención. Solía estar muy bien informado de su entorno. No había noticia que se le escapara. No lo culpaba. Al final, era su negocio y la información un bien muy preciado.

—Vaya, vaya. ¿Victoria Marsden, verdad? —preguntó una voz a su espalda cuando estaba a punto de girar rumbo a la oficina de Matt.

—Sí, ¿tú eres...? —replicó mirándola.

—Claire Robins. —Le estrechó la mano. Bueno, en realidad apenas le rozó los dedos. Aquellos saludos eran los que Victoria catalogaba como hipócritas y de poca confianza. No era prejuiciosa, pero en este caso sí estaba segura que con Claire no se equivocaba—. Encantada de conocerte —expresó con una sonrisa.

Victoria le devolvió el gesto por educación. Soltó la mano fría e impersonal.

—Lo mismo digo.

—Matt está de pésimo humor, supongo que vas a verlo. ¿No? —preguntó.

—Sí, debo reunirme con él —replicó—. Claire, tengo entendido que en pocos minutos hay una reunión de equipo. ¿Verdad?

—Así es, hay una muy importante.

—Perfecto. Trabajaré en la cuenta Harrington. ¿Estás involucrada en ella?

—Por supuesto. —La analizó sin tapujos de pies a cabeza—. De hecho, yo trabajo en todas las cuentas VIP —expresó con petulancia—. Me encargo de coordinar el área presupuestaria con el departamento principal de contabilidad y también de trabajar los estudios de mercado, pero dado que además de financiera soy publicista, también apporto con ideas y me involucro mucho en el día a día del equipo.

Y sin pedírselo, ya tenía su currículum. Vaya pesadita, pensó Victoria.

—Me parece muy bien —replicó con indiferencia—. Hasta ahora, entonces, Claire —se despidió antes de alejarse por el pasillo. Se acercó hasta la puerta que rezaba *Matthew Talley, Director de Cuentas VIP*. Se sentía un poco nerviosa y agitada solo de recordar el tacto de él en su piel. Estaba presta a abrir la puerta, cuando se lo pensó mejor. Se giró para dirigirse al escritorio donde un teléfono sonaba y sonaba insistente a unos pasos de distancia.

—Disculpe —dijo interrumpiendo lo que era al parecer la última llamada.

La mujer elevó la mirada y le sonrió.

—Buenas tardes, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

Esa era la clase de sonrisa que Victoria habría utilizado en un anuncio de un producto de familias unidas en la época de Navidad.

—Vengo a ver a Matt, si es tan amable de anunciarme. Me llamo Victoria Marsden. —Ella podría haber entrado sin anunciarse, pero si quería respeto, ella tenía que respetar también. No había mejor modo de empezar que dándole a cada persona la importancia profesional que merecía.

—¡Vaya es usted una muchacha muy guapa! El señor Marsden debe estar muy orgulloso de tenerla aquí —expresó con alegría—. Soy Marla Roberts, hablé con usted por teléfono para la entrevista de trabajo de ayer.

Victoria obvió hacer comentarios sobre la referencia a su padre.

—Gracias, Marla. No me diga señorita Marsden. Por favor, llámeme por mi nombre —le sonrió con la misma amabilidad que le había obsequiado la mujer.

—Estupendo. Aguarde un segundo. —Presionó el interfono y llamó a su jefe. Intercambió unas palabras y colgó, antes de volver la mirada a Victoria—: Pase, Matthew la espera.

Matt se había recostado en el sofá de cuero de su despacho, en el que solía descansar para relajarse un poco. Las reuniones de grupo generalmente lo estresaban, porque cada cual salía con un disparate diferente, y puesto que ya había tenido una mañana endemoniada, ahora necesitaba calma. Si no dormía, al menos descansaba los ojos de tantos gráficos y letras. Empezó a hacer un inventario mental de los avances con los ojos cerrados. Pero su plácido descanso se vio interrumpido por la llamada de Marla, comunicándole que Victoria estaba esperando.

De mala gana se incorporó. Lo último que necesitaba era ver a la culpable de su frustración sexual y de su falta de sueño. Pero iban a trabajar juntos, así que más le valía irse acostumbrando a tener cerca a Victoria.

—Hola, Matt —sonrió ella aparentando aplomo cuando entró en la oficina. El corazón le latía desbocado, pero no podía ceder al nerviosismo. El efecto de Matthew en ella seguía siendo el mismo de siempre. Se preguntaba si acaso era muy necia o muy ilusa.

—Victoria, bienvenida a la empresa. Pedí que te reservaran un puesto en el parking.

—Lo noté. No hacía falta, pero gracias.

Él se acercó. Ella contuvo el impulso de alejarse.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con suavidad, sin poder impedirlo.

—Matt...

—Es una pregunta más que válida —le pasó la mano por la mejilla, pero no fue una caricia, sino más bien un análisis—. Supongo que eres una experta con el maquillaje. No tienes ni una sola huella de lo que ocurrió anoche. Me alegro. Pero sigo pensando que hubiese sido mejor que vinieses el lunes...

—Bueno, como has dicho, el maquillaje ha sido un buen aliado. Y no estoy enferma, así que no había motivo para postergar el inicio de mis labores para la compañía.

—De acuerdo —repuso guardando las manos en los bolsillos, y apartándose—. Me gustaría guiarte a tu oficina, pero tengo que preparar aún varios documentos.

—No hay problema, solo indícame cómo llegar y listo.

John le había pedido que, de ser posible, la ubicara a Victoria en la misma oficina que él. De hecho, se ofreció a ordenar que le construyeran un compartimento especial. Pero Matt no podía hacerlo, porque sería atentar contra su cordura. Si en ese momento con solo mirarla ataviada con ese sencillo traje que se ajustaba a sus curvas, ya temía por su buen criterio, de tenerla todos los días en el mismo espacio físico, no quería imaginarse cómo podría sobrellevar la oficina sin volverse loco de frustración por las ganas de besarla y terminar lo que había dejado a medias la noche anterior. Victoria era la única persona con quien su sentido de autocontrol se iba de vacaciones. No iba a arruinar la relación de trabajo. Lo más importante para él era la cuenta Harrington y su ascenso. El resto era un mero accesorio.

—Al salir de mi oficina toma la derecha. Al fondo, la leyenda en la puerta dice *Reservas*, solíamos colocar los documentos de clientes que no se concretaban, ahora está equipada para que la utilices. Junto a tu oficina hay otra, en donde está nuestro pasante. Se trata de un muchacho muy despierto, se llama Simón Brass. Puedes contar con él como tu asistente. En caso de que lo necesites, si te diriges un poco más a la

izquierda, saliendo de tu oficina, encontrarás el área de fotocopiado. Es bastante grande y hay seis máquinas. Tu área está un poco alejada del resto, pero imagino que, al igual que yo, te gusta trabajar con más privacidad.

Ella sonrió con educación. «Estoy llevando bien este encuentro», pensó.

—Gracias —dijo poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta.

—Victoria —llamó.

Se giró hacia él.

—¿Sí?

Victoria le dirigió una mirada fría, así que Matt pensó que lo mejor sería olvidarse de la idea de pedirle que le permitiera acompañarla hasta su casa esa noche. Sentía un instinto de protección absurdo hacia ella.

—Te veo en unos minutos —atinó a decir él. Cuando la puerta se cerró tras ella, Matt soltó el aire. Se preguntaba si Victoria era consciente del efecto que causaba en él, o si acaso disfrutaba restregándole en la cara lo que se había perdido. Si acaso era esto último... Daba igual, no pensaba tomar cartas en el asunto. Matt se dirigió al interfono—: Marla, necesito que me traigas los informes de la semana pasada con los presupuestos. Claire me trajo los correspondientes a los proyectos por hacerse, no los que están en curso y son estos últimos los que necesito... Sí... De acuerdo. Gracias —cerró, y fue hasta su sillón. Se dejó caer en él.

Mientras caminaba por el pasillo, rumbo hacia la oficina de *Reservas*, Victoria pensó que había pasado al menos un mes desde la última ocasión que fue a visitar a Devon al hospital. La falta de movilidad por su condición se evidenciaba en la pérdida de peso. El rostro otrora perfecto y proporcionado, ya no era sonrosado, sino pálido. A ella se le partía el corazón ver a quien no solo había sido su mejor amigo, sino su amante y compañero, tan indefenso. Cada vez que se acercaba a la cama, le daba besos en las mejillas, y al despedirse, un suave beso en los labios. Hubiera dado cualquier cosa por no haber peleado con él aquel día del accidente.

Devon era muy atractivo y vital. Cada vez que le sonreía lo hacía con una

espontaneidad cautivadora. La hacía sentir querida. Solo tenía ojos para ella, y lo demostraba siempre. Confiaba tanto en él... ¡Dios, cuánto lo echaba de menos! Ya era tiempo de cerrar ese capítulo, lo sabía. No podía continuar divagando por un sendero emocional desdibujado. Esa noche iría a verlo. A decirle adiós. A terminar una etapa para empezar una nueva.

La puerta que tenía enfrente representaba un inicio en su vida. Una vez cruzado el umbral, no iba a volver atrás. Tomó una respiración profunda.

Abrió la puerta.

Su despacho era pequeño, quizá cinco veces más pequeño que el de Matt. No le importaba. Tendría privacidad y eso era indispensable. Contaba con un pequeño escritorio y una laptop último modelo conectada a una impresora. El teléfono, una mesita de centro y dos sillones dispuestos para dos personas cada uno estaban en el mobiliario. También había una repisa baja cerca de la puerta con libros de especialidad, según leyó un par de títulos. Encima de esa repisa había dos portarretratos vacíos. Pondría algún bonito recuerdo suyo. Al fondo de la oficina había tres celosías pequeñas que dejaban entrar la luz de la calle. «¡Estupendo!»

Estaba acomodándose en el asiento reclinable del escritorio cuando llamaron a la puerta. Le dijo a quien fuera que estaba llamando, que entrara. Asomó la cabeza un muchacho bastante simpático, con un rostro marcado de pecas y casi tan alto como Matthew.

—¡Hola, extraña! —saludó con familiaridad acercándose—. Soy Simón Brass, el pasante de la agencia —ensanchó la boca mostrando una dentadura brillante y pareja—. ¿Cómo estás?

—Qué bueno conocerte —repuso con humor—. Mi nombre es Victoria —le extendió la mano, y el muchacho aprovechó para besársela con galantería.

—Eres la mujer más guapa que he visto alrededor. A tus órdenes. —Fingió hacer una reverencia.

Ella no pudo evitar reír.

—Ya veo que la galantería es lo tuyo, ¿eh, Simón? —sintió una empatía fraternal con el muchacho— puedes sentarte si lo prefieres.

—Algo he de hacer si quiero ganarme los favores de una bella chica como tú.

Victoria sonrió.

—Es alentador que no me consideres un ogro, especialmente si soy tu nueva jefa. Así que gracias por el cumplido —replicó bromista. Cuando vio la reacción de sorpresa de Simón, quien se apresuró a poner un gesto serio, se echó a reír.

—Upsss... ay, cuánto lo siento, de verdad. Me dijeron que hoy llegaba una nueva chica, pero no que sería mi jefa. No quise... —Simón se retorció las manos detrás de la espalda. «Ahora sí he metido la pata», se dijo.

—No pasa nada, siéntate. —El chico lo hizo—. Nos llevaremos bien en la medida que dejes de hacer esas venias extrañas. —Simón se ruborizó, haciéndola soltar una carcajada—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós...

—Tu edad es la idónea para empezar a trabajar en una agencia reputada. Espero que estés aprovechando la oportunidad al máximo. —Simón asintió—. Solo hay una cosa que exijo a quienes trabajan conmigo, además del respeto, y es la lealtad. Reportas lo que te solicite, eres discreto y tienes una completa apertura de mi parte cuando necesites. Así me manejo yo. Es un tema de trabajo en equipo. ¿Está claro?

Más calmado, Simón asintió con la cabeza.

—Muy claro, jefa.

—Solo llámame Victoria.

—¿Marsden... verdad? ¿La hija de John Marsden?

Sería ilusa si pensaba que no la iban a reconocer. Ella y su padre físicamente eran demasiado parecidos.

—Así es, pero lo que tú o yo hagamos no será porque hemos recibido favores. Soy partidaria de ganarme el respeto por mis propios méritos.

—Claro, Victoria. Yo entré a la agencia porque era el mejor alumno de Matt en la universidad. Hace un año y medio entré a hacer pasantías. Quizá y pronto él me ofrece una posición permanente.

—Vamos a hacer bien nuestro trabajo para que el jefe esté contento. ¿De acuerdo?

—Cuenta con ello.

Los siguientes minutos estuvieron volcados poniéndose al día con las cuentas que había trabajado el equipo de Matt los últimos seis meses. Analizaron los conceptos que más impactaron, leyeron los esquemas bajo los cuales diseñaban las campañas, y compararon resultados de estudios de mercado antes y después de cada acción. Estaban cómodamente sentados en los confortables sillones de la oficina, uno frente al otro, con las cabezas sumergidas en resmas y resmas de papel con datos que iban revisando a la par con información del ordenador.

Cuando se fijaron en el tiempo, el reloj marcaba pasadas las dos y media de la tarde. Asustada porque tenía treinta minutos de retraso en la reunión, Victoria guardó rápidamente los documentos y se puso en pie. Al hacerlo se topó con la mirada de Matt que estaba apostado en el umbral de la puerta. No lo había escuchado entrar en absoluto. Miró a Simón. El muchacho miraba a su jefe con la misma sorpresa que ella.

—Matt...

—Estás retrasada. Yo esperaba más profesionalismo de tu parte —expresó mirando a uno y otro. «Eso iba directo a mi orgullo», pensó ella controlando su temperamento—. La reunión estaba pautada para las dos de la tarde.

—Me retrasé, sí. Lo lamento. He estado con Simón trabajando —señaló con la mano el volumen de documentos que ocupaban un considerable espacio— para ponerme un poco al día sobre lo que ha hecho tu departamento. Se me pasó el tiempo. El profesionalismo tiene que ver también con evitar la improvisación y la mediocridad —se defendió— y Simón solo me está ayudando, es lo que hacen los asistentes. —«Nadie va a decirme qué es profesional y qué no, sobre todo cuando con mis propios medios me he labrado un camino», pensó indignada.

Matthew achicó los ojos ante el tono de Victoria, pero no replicó. Luego dirigió su atención al joven pasante que se retorció las manos

—Simón, mi error fue no decirte que vas a ser el asistente personal de la señorita Marsden —explicó Matthew—. Por favor, ten en consideración que contribuirás con lo que ella te pida en el proyecto de Harrington. Además debes llevarle la agenda. Coordina con Marla en este instante la planificación de la próxima semana, y pídele que re programe la reunión de hoy con el equipo para las cinco de la tarde.

—Sí, señor —replicó alejándose rápidamente, mientras Victoria se cruzaba de brazos.

Matt había estado observándola desde el umbral de la puerta entreabierta durante varios minutos. No estaba habituado a que las personas ignoraran su presencia, ni tampoco a espiar, pero el aspecto de Victoria al estar concentrada era adorable, así que, como un idiota, permaneció clavado en el piso. Ella se había quitado la chaqueta, por lo que pudo notar cómo la blusa celeste que usaba le marcaba los pechos. Unos pechos que eran una delicia y que tuvo el placer de besar y tocar la noche anterior. Un par de deliciosos montículos que... ¡Mierda! No se podía quitar la imagen de Victoria desnuda en su imaginación.

Se obligó a concentrarse en lo que tenía que decirle. Ella lo miraba evidentemente enfadada. Él lo habría estado también si lo reprendieran por tonterías. Definitivamente estaba empezando a actuar como un idiota.

—Matthew, no tienes que poner en tela de duda mi nivel de responsabilidad frente a una persona que voy a dirigir. No lo vuelvas a hacer, por favor —expresó con una calma que no sentía.

—Si prestaras más atención a lo que se te indica, te hubieras ahorrado el malestar —replicó acercándose a ella.

Victoria dio un paso atrás instintivamente, y sintió el filo de la mesa de centro contra su pantorrilla. Matt era mucho más alto y ocupaba el pequeño espacio entre el asiento y la mesita, impidiéndole desplazarse hacia el otro lado.

—Si la reunión es hasta dentro de dos horas, entonces déjame trabajar.

Él la miró.

—No sé cómo puedes hacerlo Victoria, pero desde anoche no puedo estar en paz...— confesó de pronto, cambiando el tema totalmente. Necesitaba saber cómo estaba de verdad. Lo que hizo con ella fue una grosería. ¿Cómo pudo dejarla desnuda, excitada y además contrariada por el asalto? Realmente necesitaba replantearse su actitud. Ella, sin saberlo, tenía una capacidad única para quitarle el raciocinio con el que obraba en otros aspectos de su vida.

—Fue un error y eso no volverá a ocurrir —dijo en un murmullo, que a él le sonó más bien como un ronroneo.

Matt se acercó un poquito más. Los labios de ambos quedaron muy cerca.

—Yo no quise decir que fue un error. —Su aliento cálido acarició los labios sensuales de Victoria—. Lo que intentaba expresarte era que...

Victoria tragó en seco. No podía permitirse ninguna debilidad. No cuando necesitaba demostrar que ella, antes que todo, había sido una buena elección profesional para la agencia.

—Tenías razón al alejarte. Fue un error —mintió ella. El aroma de ese hombre se extendía como niebla por su cuerpo, tratando de nublarle la razón. No se podía creer que a pesar de los años, Matthew tuviera ese efecto en ella—. Mantendremos una relación profesional, así que hablar de temas que no correspondan a la oficina no me parece lo mejor.

—Victoria... —dijo con la voz ronca. Matt levantó la mano con la intención de rozar la suave mejilla con sus nudillos, pero fueron interrumpidos por Claire, quien invadió la oficina agitando unos papeles en la mano.

Ambos se separaron rápidamente.

—Oh, lo lamento, ¿interrumpo? —preguntó mirando a uno y otro. Lo cierto era que no lamentaba nada. No iba a permitir que la hija del dueño de la empresa le

arrebatara la atención del hombre que deseaba recuperar... en su cama.

—Claire —expresó él a modo de saludo—, justamente le comentaba a Victoria que la reunión será a las cinco de la tarde.

La rubia enarcó una ceja.

—Ah, sí, me lo comentó Marla antes de venir aquí. Veo que han hecho un buen trabajo readecuando este espacio. —Echó un vistazo alrededor de modo arrogante, en especial al fijarse en las carpetas desperdigadas en las que Victoria y Simón habían estado trabajando momentos antes. Se dirigió a Matt—: Necesito revisar contigo los números antes de exponerlos al resto. —Se giró hacia la hija de John Marsden, y le sonrió—: Victoria, te veo dentro de un rato. Seremos un gran equipo de trabajo. —Se volvió hacia su jefe—: Vamos, Matt, es importante que lo hablemos ahora. —Sin darle tiempo a nada, enlazó el brazo con el del director de cuentas, y salió de la oficina parloteando. Matt se deshizo del brazo de Claire y se fue con ella.

Victoria los observó irse. La mirada que él le dirigió antes de cerrar la puerta tras de sí implicaba un “después hablaremos”, que ella evitaría a toda costa que se concretara.

Pronto, ella se desentendió del asunto y llamó a Simón para continuar revisando los documentos que aún estaban esparcidos en la mesilla de trabajo. Les quedaba un par de horas por delante. El almuerzo lo tomaron en la oficina. Pidieron algo ligero a un restaurante de pizzas de alrededor.

A medida que revisaba más y más material, a Victoria le gustaba el sistema de trabajo que tenían en la agencia. Había una segmentación tan pulcra en cada departamento, y un nivel del trabajo verdaderamente excepcional, que se sintió complacida por ello. No por nada era una de las mejores agencias de la Costa Oeste de Estados Unidos, pensó mientras pasaba de una página a otra.

El organigrama departamental contenía división de cuentas VIP de todas las ramas, y el director de todas ellas era Matthew. Otras cuentas que facturaban menos, contaban con distintos directores, y estaban catalogadas con más especificidad: belleza, salud, joyas, deportes, moda, entretenimiento, cultura, política, infantil,

tecnología, viajes, y así, continuaba. El presupuesto de la empresa al parecer era altísimo.

En una carpeta también había información sobre la dinámica de trabajo interna. Aunque no tenía que ver con el modo de trabajar con los clientes, sí que era un aspecto que le interesaba. Leyó que al final del año, en la agencia, hacían un concurso entre los catorce departamentos existentes. Armaban una campaña. Las temáticas variaban cada año. Los ganadores obtenían un viaje con todos los gastos pagados durante tres días, al destino que desearan. «Esto es trabajar con clase, papá», pensó divertida. Era la primera vez que no sentía pesadumbre con respecto a su padre. Admiraba el modo en que consolidó la compañía que junto a Andrew Spring, levantó siendo muy joven y visionario.

Dejó las carpetas y fue a su ordenador. Simón la seguía con la mirada, mientras apilaba los folios en orden cronológico en uno de los archivadores. El teléfono empezó a sonar.

—Victoria, tienes una llamada, es el señor Marsden. —Ella le pidió, poniendo la mano sobre la bocina, que le trajera un café. Cuando estuvo sola, respiró profundamente y atendió.

—¿Papá?

—Hola, tesoro... ¡Felicidades por tu nuevo puesto! —exclamó con evidente alegría.

Su padre siempre quiso que trabajara con él. Pero si ella hubiera accedido a hacerlo, ahora no tendría la experiencia con la que contaba, ni habría desarrollado las habilidades que le habían granjeado la confianza de importantes marcas cuando montó la agencia con Devon.

—Gracias, papá. ¿Qué puedo hacer por ti?

John se sentía dolido por la indiferencia de Victoria. Aunque reconocía que obró mal cuando ella fue a pedirle que le pagara el pasaje a Los Ángeles para ver a Devon. Él había pensado que se trataba de alguno de esos caprichos de enamorados.

Sin embargo, cuando Laurel y Darren Patroll lo llamaron para pedirle que acudiera a acompañarlos porque su hijo tuvo un accidente en la autopista, cayó en cuenta de su gran error. Pero fue muy tarde.

Por Laurel supo que su imprudencia impidió a Victoria llegar a tiempo para ver consciente a Devon. Los Patroll le comentaron, no sin antes expresarles su profundo pesar por el proceder que había tenido con Victoria y por defecto con su hijo, que Devon había estado despierto durante dos días agónicos antes de entrar en coma. Cuando Victoria arribó al hospital, luego de hacer el largo viaje en autobús, fue demasiado tarde. John no dejaba de recriminarse lo injusto que fue con su única hija. Y ahora, las posibilidades de que el muchacho despertara eran inciertas.

Se sintió realmente miserable después de decirle a Victoria, quien tenía veinticuatro años en ese tiempo, que estaba cansado de sus arrebatos de libertad e independencia cuando era él su única familia. La acusó de insensible e infantil. Del otro lado de la línea él había escuchado solo un sollozo quedo, y luego la línea se cerró. Aquella no fue solo una llamada interrumpida; aquella fue la última vez que su hija le dirigió la palabra.

Desde el fatídico accidente, él empezó a transferirle dinero a una cuenta que abrió exclusivamente para su hija. Sin embargo, cuando llamaba al banco para saber si ella había usado el dinero, le decían siempre lo mismo: «El dinero está intacto, señor.» A él no le importaba y seguía enviando dinero cada mes. Quizá era el modo de purgar o calmar su culpa. El distanciamiento lo sumió en una profunda depresión, que solo el trabajo lograba socavar. Sin embargo, durante los últimos dos meses había logrado con Victoria una suerte de acercamiento, minúsculo, pero para él significaba muchísimo. La llamaba de vez en cuando, y de cinco llamadas, le respondía una o dos, con monosílabos o alguna frase hecha. Pero al menos él lo consideraba un gran avance, después de tantos meses de no sostener una relación como antaño. No había tenido el valor de ir a verla en persona, porque no se creía capaz de soportar el dolor de otro rechazo de su hija. Sabía que lo merecía, pero continuaba siendo difícil de asimilar cuánto había afectado a la relación de ambos su grave equivocación.

Ahora que Matt había conseguido traerla a la agencia haría todo lo posible por restablecer por completo los lazos con su hija. Si acaso ella se llegase a enterar de que había manipulado las circunstancias para que tuviera un empleo, sus días de tregua estarían contados. Pero no existía modo de que ella se enterara, porque del asunto solo sabían Matt y él; el muchacho no iba a delatarlo. En ese aspecto estaba tranquilo.

—Vicky, me gustaría que vinieras a cenar a casa. Así celebramos tu empleo. ¿Qué me dices...?

Su padre era el único que tenía ese odioso modo de llamarla, pensó Victoria poniendo los ojos en blanco. Le gustaría rechazar su invitación, sin embargo, quería romper ese ciclo de ese continuo aplazamiento de encararlo. Ya sumaban once meses desde que no iba a la casa ni tenía una conversación con él como solían hacerlo antes del accidente.

—¿Cuándo? —preguntó con suavidad dibujando tonterías sobre una hoja en blanco.

—Hoy en la noche, a las ocho —contestó feliz. Un poco de esperanza a sus sesenta años era muy grato, en especial cuando ya pocas veces encontraba ilusión en algo.

—No hay problema, primero tengo que pasar por el hospital. Hace tiempo que no veo a Devon.

Se hizo un breve silencio, pero pronto fue roto por John, quien se aclaró la garganta antes de hablar.

—Te agradezco que aceptes verme... Sé que no he sido un buen padre, y...

Victoria suspiró.

—Déjalo estar papá, ¿sí? Te veo más tarde. Debo prepararme para una junta programada con el equipo de trabajo.

—¿Sabes? Me habría gusto ir a saludarte, pero he tenido conferencias con clientes que están en Europa, no me he podido escapar. Por favor, no vayas a pensar

que no he querido felicitarte en persona. Solo que no quería... No quería presionar...

—Papá... entiendo muy bien —cortó con suavidad—. No pasa nada. Me alegra saber que no tuviste nada que ver con la llamada de Matthew. —John, desde su oficina apretó los labios. Odiaba mentirle a su hija, pero no podía dejar de ayudarla. Ella tenía potencial, él tan solo estaba dándole un pequeño empujoncito—. Nos vemos luego, ¿vale?

—Hasta la noche, Vicky. —Colgó.

La vida a veces daba otra oportunidad, y él, no iba a desaprovecharla.

CAPÍTULO 6

La reunión fue todo lo que Victoria no esperaba. Un desastre.

Matthew en su tono profesional e impersonal la presentó al equipo. Beatrice Smidow, una mujer de cuarenta años, según calculó, se encargaba de la redacción creativa del departamento. Claire, llevaba el estudio de tendencias del mercado, presupuesto y soporte en conceptualización; esto último era lo que hacía Matt, conjuntamente con la dirección del equipo y trato directo con los clientes. Gary Fox, tenía la vena creativa y lideraba el diseño digital. Wanda Ellis, una muchacha que aparentaba unos treinta años de edad, se encargaba también del trabajo de diseño.

El salón de reuniones era magnífico. Dos puertas de vidrio dejaban a la vista una mesa gigantesca con veinte sillas giratorias de cuero color rojo vino. Una pantalla gigante e imponente estaba empotrada en una de las paredes frontales. Suspendido en el techo, estaba el proyector de imágenes. A pesar de que no había ventanales, el espacio era suficientemente amplio para que el aire circulara limpio y agradable.

En la parte trasera del salón, la estantería con diversos reconocimientos que la agencia había recibido a lo largo de los cuarenta años de existencia, y en un discreto espacio sobresalía la fotografía de los fundadores: Andrew Spring y John Marsden en sus años juveniles estrechándose la mano con un campo de golf como telón de fondo.

Su padre siempre presumió del buen gusto por el arte, y por eso había un Rubens y un Van Gogh en la estancia. Aunque Victoria no supiera mucho de arte, heredó el ojo crítico que podía diferenciar entre una obra falsa y una original. Cuando terminó de analizar el entorno volvió su atención a Matt que daba instrucciones.

—... así que una vez que los has conocido a todos, te introduzco con ellos. —Se volvió a ella primero, y luego al auditorio—: Chicos esta es Victoria Marsden, de ahora en adelante se incorpora a trabajar en la agencia como la ejecutiva de la cuenta

Harrington. Si necesitaran su apoyo en temas de vinculación o contactos pueden pedírselo.

—Ya que hemos terminado las presentaciones, Matt —dijo la voz melosa de Claire—, me gustaría exponer el nuevo presupuesto brevemente, así como el cambio que tú y yo hicimos del concepto —dijo recalcando el *tú y yo*.

—Es una bruja, si me permites decirte, Victoria —le susurró Simón, en tono bajo, al oído.

Victoria le sonrió a modo de respuesta, sin dejar de atender.

Después de escuchar treinta minutos la exposición de Claire sobre los números que suben y que bajan, acordaron asentar el total del presupuesto en una cantidad exorbitante. Después de pasar de los decimales y los porcentajes, cada uno comentó los errores de la primera etapa de la campaña que consideraba necesarios analizar para mejorar en la segunda, el modo en que funcionarían los nuevos giros, y trataron sobre el impulso que requería el concepto para venderse.

Luego de escucharlos a todos, intervino Matt. Su exposición fue coherente, desenvuelta y concisa. Sugirió la idea de fusionar el color del otoño en la piel de una mujer, y que lo único que le diera vida fuese uno de los diamantes Harrington. El concepto era otoño, elegancia y brillo. Lanzarían la campaña en esa estación del año. Luego debatieron el slogan a utilizar, hasta que todos estuvieron de acuerdo con uno. Esa decisión les tomó casi cuarenta minutos de debate, pros y contras.

—¿Qué tipo de tela va a llevar la modelo? —preguntó Victoria—. Entiendo que el diamante debe resaltar, pero conocemos que el señor Harrington es un hombre tradicional y familiar...

—Seda, por supuesto. Color azul —replicó Matthew—. No es un desnudo. Esta campaña es basada en la elegancia, el buen gusto, y aunque sean desnudos artísticos no entran para esta ocasión. Precisamente por Paul. Además que no encajaría con la marca. Estamos tratando un nivel élite altísimo; algo hipócritas fingiéndose conservadores, pero gustosos de la decadencia al mismo tiempo. Hay que saber jugar con la mente del consumidor. Es bueno que traigas este comentario a colación

Victoria, para dejarlo más que claro.

—Perfecto —replicó ella.

—A diferencia del anterior slogan me parece que este va más acorde a lo que quiere Paul —intervino Gary—, y resulta bastante interesante de graficar. De hecho, un reto, porque cual más quiere explotar el nivel de reacción de los consumidores para crear un alto impacto en las ventas. Wanda tiene la plataforma para visualizar en 3D, podríamos utilizar ese recurso en la presentación.

Wanda sonrió a Matt, quien asintió dando su aprobación a Gary.

—Concuerdo con Gary, Matt —habló Beatrice—. Los ajustes son pocos, y estaremos listos a tiempo. Además, me comentó una amiga que trabaja con Butler & Partners, que ellos aún no empiezan el rediseño porque tienen dos clientes más exigiendo de su tiempo. Así que sugiero aprovechar el presupuesto contratando una modelo que pueda ir acorde con lo que proponemos, hacer una sesión de fotos y un video. Que no sea una muestra normal a la que estamos habituados, brindemos algo más tangible, por decirlo de algún modo. Aunque nos cueste un poquito más de tiempo. Podemos anticiparnos y marcar la diferencia.

Murmuraron entre todos.

—Me gusta tu idea, Beatrice —expresó Victoria haciéndose escuchar entre las voces que fueron apagándose poco a poco—. Primero concentrémonos en darle forma a la propuesta, y luego nos organizamos. La proactividad es importante en este negocio.

—¡Bah! Por favor, ¿para qué vamos a gastar dinero en algo que debería pagar el cliente? Aún no ganamos esa cuenta, no vale la pena agotar nuestros recursos. Deberíamos ir con más calma, es decir, lo clásico y seguro —opinó Claire.

Matt, que hasta ese momento solo los había escuchado, intervino.

—Iremos con más calma, me parece muy bien. Claire, tienes razón. Ahora, sobre lo clásico y seguro, te equivocas. Estamos para romper paradigmas e innovar, porque eso marca la diferencia entre nosotros y el resto de agencias. —Matt se dirigió

a Victoria—: Ser proactivos como sugieres es importante, sin embargo, no implica hacer un gasto tan grande como agencia, pues implica el casting, los equipos, etcétera. Aunque ganemos la cuenta, no podemos asegurar que el cliente reembolse esos gastos, pues en teoría es parte de lo que estamos ofreciéndoles en la licitación, pero que todavía no es parte del servicio hasta haber firmado el contrato. —Miró a Beatrice que estaba algo cabizbaja. Generalmente su creativa se contenía de hablar mucho, así que trató de suavizar su comentario—: Beatrice, me parece que tu idea ha sido estupenda, la consideraremos seriamente para los últimos retoques antes de la presentación. Si es conveniente proceder, lo haremos. —Él había aprendido a lidiar con los egos de sus creativos mucho tiempo atrás, precisamente cuando supo cómo manejar el suyo.

—Tengo una idea y creo que podemos trabajarla —expresó Claire.

—Claro. Cuéntanos —replicó Matt sonriente. Marla tomaba silenciosamente apuntes en un extremo alejado.

Gary elevó los ojos al escuchar a Claire. «Al parecer la mujer es un huesito duro de roer en el equipo, pero Matt no se daba por informado, o estaba entretenido con todo lo postizo que evidentemente tenía la mujer encima», pensó Victoria, sin poder evitarlo.

Claire estuvo durante veinte minutos comentando sus impresiones y sugerencias para la campaña, sin dejar de mirar constantemente con una sonrisita a Matt. Gary por su parte utilizaba con destreza su lápiz, escuchándola y convirtiendo palabras en dibujos, mientras Beatrice parecía sumida en sus ideas. Los creativos trabajaban silenciosos. Wanda en cambio solo escuchaba y a ratos escribía en su pequeña portátil.

—Ahora que todo está claro, mañana, Victoria y yo, iremos a una reunión con Paul Harrington.

—¿Mañana, sábado? —preguntó Claire con voz chillona, pero no porque hubiera trabajo, sino porque Matthew estaba llevando a otra persona que no fuera ella.

Victoria se fastidió, porque Matt no conversaba, le *informaba*. Ella trabajaba porque necesitaba el dinero, sí, pero sus fines de semana no estaban sujetos al libre albedrío de nadie. Se disponía a reclamar, cuando Matt se adelantó respondiéndole a la «Barbie plástica».

—Sí, durante un partido de tenis. Ya sabes que nuestros clientes son VIP —lo dijo mirándolos a todos—, es la característica que hace posible la existencia de sus puestos de trabajo. VIP entre líneas debería leerse: caprichosos. Así que hay que ajustarse. No podemos negarnos si antes no hemos ganado la licitación o el acuerdo. Una vez firmado el contrato, entonces sí, nosotros estamos al mando.

Todos asintieron.

—Matthew —lo llamó Victoria. Todas las cabezas se volvieron hacia ella. Empleó un tono muy suave, casi una caricia, aunque tenía ganas de gritarle. Ella era partidaria de la democracia no de las dictaduras laborales. Le gustaba negociar los puntos; todos—. Me parece que antes de comprometer a un colaborador, aunque tú seas el jefe, debes consultar con los implicados. Sobre todo cuando se trata de fines de semana. Si estamos siendo tan francos y directos, me uno a esa política, y creo que hago bien en exponerlo frente a todos. Así tienes oportunidad de negociar esas horas extras con beneficios o compensaciones para el colaborador. —Ella creyó ver chispas salir de los ojos verdes. Claire la miró con una sonrisa; aquella que solía tener Silvestre antes de abalanzarse sobre Piolín. No sabía si era ella el Piolín, o acaso Matt, pero ninguna de las dos perspectivas le gustaba. Victoria simplemente quería dejar en claro que la comunicación era primordial. Si era de trabajar los sábados. Estupendo. Pero primero conversarlo, y luego tomar decisiones al respecto. Eso hacía un jefe consciente de que, fuera de la oficina, sus empleados tenían una vida. No era una utopía, ella y Devon habían aplicado esa política y les había ido muy bien.

—Eres nueva en este equipo —empezó Claire con tono casual—, y aunque tu papá sea el dueño de esta empresa, creo que debes estar dispuesta a ganarte las cosas con tu esfuerzo, nena —la miró con superioridad. Victoria sentía que el estómago, el

hígado y todos sus órganos vitales se convulsionaban. «¿Qué se creía esa mujer para hablarle de aquel modo?»—. Matt, no te preocupes, creo que cualquier colaborador puede hacer un esfuerzo por la agencia. ¿Quién se propone?

¿Ganarse las cosas con su propio esfuerzo? ¿Y qué creía Claire que había hecho durante los últimos años? ¡Sería osada!, pensó Victoria, furiosa. Se disponía a contestarle y ponerla en su sitio, cuando Matthew se dirigió a ella.

La sala estaba en absoluto silencio. Todos conscientes de que Claire acababa de ofender a la hija del dueño, y que lo que ocurriera a continuación iba a marcar un precedente en el equipo de trabajo.

—Victoria —el tono sonó firme—, lo que dice Claire es cierto. —«¿Queeé?» Victoria apretó con fuerza el bolígrafo para evitar lanzarle el contenido del vaso de agua a Matthew—. Quizá el hecho de que tu currículum tenga el apellido Marsden no implica que tengas o vayas a tener un trato especial. Hazle honor al currículum que posees. Has tenido tu propia agencia. Así que todos suponemos que debes saber lo que sacrificar un sábado o un domingo implica, peculiarmente en este tipo de casos, cuando se trata de obtener una cuenta tan importante que nos puede llevar a Europa.

No se lo podía creer. El idiota la estaba humillando en plena reunión. Él la había contratado, y sabía de su carrera, ¡había elogiado sus campañas durante la entrevista de trabajo! ¿A qué venía ese cuento del sacrificio? Contuvo a duras penas las ganas de estrangularlo.

—Mi padre puede ser el dueño de todo esto —respondió con la misma firmeza sin elevar el tono de su voz—, sin embargo, aquí hay algo que, indistintamente de si eres el jefe o no, te estoy sugiriendo considerar. Me refiero al tiempo no laborable. Es importante hablarlo con tu equipo. Exijo tu respeto, si quieres obtener el mío. No te permito que cuestiones mi vida profesional, porque soy muy capaz y lo he demostrado con creces. Tú lo sabes y has visto mi trabajo, por eso me convocaste a una entrevista laboral. El sacrificio es parte de esta profesión, lo sé perfectamente. Pero como jefe no pierdes nada conversándolo con antelación, en lugar de informarnos. ¿Cuántos de los presentes tienen hijos, agendas personales, reuniones sociales, o cursos

académicos que tomar un fin de semana? No te digo que no vamos a trabajar sábados o domingos, te pido que lo converses con antelación. Eso es todo.

El público que tenían a su alrededor estaba estupefacto.

Dicha su última palabra, Victoria se puso en pie, no sin antes pedirle a Simón que la acompañara. Ambos salieron del salón. El apellido para ella no significa nada más que un registro en los reportes estatales de ciudadanía. Nadie iba a menospreciar su valía o reducirla a un favoritismo.

—Ahora sí se armó. La hija del dueño tiene la falda de acero, Gary. Nos vamos a entretener con estos dos los próximos meses —dijo al oído de Gary, Beatrice.

—No lo dudes —replicó Gary, riendo bajito.

—¿Sabías que era la dueña de M&P? —murmuró Wanda.

—¡No! —exclamó Beatrice en un susurro, y evidentemente asombrada.

—Eso mismo. La agencia joven con más potencial la dirigía ella, nadie sabe por qué la cerró de repente. Dicen que está en remodelación, pero ya ha pasado mucho tiempo. Así que si alguien sabe cómo manejar una empresa de publicidad esa es la chica Marsden —explicó Wanda.

—No es solo por su apellido... —aseguró Gary.

—Absolutamente no —siguió Beatrice, callándose de inmediato cuando sintió que Matt los observaba con impaciencia esperando que dejaran de intercambiar pareceres por lo bajo.

—Tomen nota, señores —ordenó el director del equipo. Luego observó a sus colaboradores, y les habló—: Gary, empieza a trabajar en lo acordado hoy. Claire, coordina con Beatrice el asunto del concepto engranado a la redacción creativa. Wanda, necesito que hagas dos presentaciones para el miércoles, viene un cliente de Francia, te envié el brief por correo. Marla, dígame a la señorita Marsden que quiero verla en diez minutos en mi oficina. La reunión ha concluido. Buenas tardes a todos. —Salió del salón poniendo en práctica lo que su maestro le enseñó: respirar profundamente tres veces, dos veces, tres veces, dos veces. Siguió con el ejercicio

hasta que llegó a su despacho y cerró la puerta.

Victoria estaba en su oficina y echaba chispas. Le había parecido totalmente injusto el comentario de Matt. Si después de haberlo puesto en su sitio frente al equipo de trabajo, la despedía, estaba perdida. Ella era una luchadora e iría nuevamente a la caza de otro empleo; seguro se tardaría un tiempo, pero lo conseguiría.

Mientras iba de un lado a otro, caminando sobre la alfombra de su oficina cavilando esto y aquello para calmar su enfado, Simón la observaba algo nervioso. «Pobre Simón. Quizá por hacer que me siguiera, Matt dejaba de considerarlo para una contratación fija ya en calidad de ejecutivo junior», reflexionó apenada.

—Escucha, Simón, lo siento —dijo deteniéndose, y mirándolo con pesar—. Seguramente piensas que soy una loca, pero no puedes permitir que un jefe haga con tu tiempo lo que se le antoje. Si se trata de fines de semana, hay que negociar. Esa era mi política en mí empresa.

—Y de alguna manera esta es tú empresa también, Victoria —expresó el muchacho con cautela—. Estoy seguro de que el jefe se dio cuenta de que se propasó. En realidad la única que no tiene pegas en venir los fines de semana a trabajar con Matt es Claire. Él es un buen tipo, ¿sabes? Raras veces tiene estos encontronazos...

—Me imagino.

—Victoria —dijeron desde la puerta. La cabeza canosa de Marla apareció en el umbral de la entrada—. El señor Talley quiere verla en diez minutos en su despacho.

Ella asintió, y la asistente de Matt se alejó.

—Bueno... supongo que es mi debut y despedida —le dijo sonriendo a Simón.

—Nadie te bota de tu propia empresa es absurdo.

—Simón hay algo que debes saber si acaso llegamos a trabajar juntos más de

estas cinco horas. No estoy aquí por la influencia de mi padre.

—Oh, no quise contrariarte —murmuró.

—Lo sé —sonrió—. No pasa nada. Solo quería dejar mi punto claro. Ahora, será mejor que continúes organizando estos papeles para devolverlos al archivador.

El joven asintió, antes de ponerse a la tarea.

Cuando Victoria llegó al escritorio de Marla, la notó muy concentrada en su ordenador. Alrededor, los cubículos estaban vacíos, y las luces de los escritorios, apagadas. Inclusive la «Barbie plástica», al parecer ya se había marchado; al menos, no veía la cabellera rubia agitándose por ahí. Consultó el reloj de pulsera. Casi las siete de la noche. Tenía que ir a visitar a Devon antes de ir a casa de su padre, y se le hacía tarde.

Apresuró el paso y llamó a la puerta de Matthew. No hubo respuesta. Insistió, y se giró hacia Marla. Ella le indicó con la cabeza que pasara, sin dejar de teclear con rapidez.

La oficina estaba completamente vacía. Escuchó el grifo de la llave del lavabo. Cansada como se sentía, se acomodó en el sillón grande de cuero. Cerraría tan solo un momento los ojos, se dijo, y mantendría alerta los oídos.

La puerta del baño se abrió con demasiada prontitud para gusto de Victoria.

—Vaya, veo que eres puntual —comentó Matt.

Abrió los ojos a regañadientes. Necesitaba un café.

Miró fijamente a Matt.

—¿Quieres mi carta de dimisión? —No se iba a andar con rodeos.

Él sonrió. Fue una reacción que en absoluto ella se esperaba.

—Lo he pensado, pero a Harrington le gustará tu carácter. —Empleando un tono más firme y le dijo—: Victoria, no vuelvas a desafiarme.

Ella se puso de pie como si hubiera sido impulsada por un resorte.

—¿Qué no te desafíe dices? ¡Maldita sea, Matthew! Me humillas frente a tu equipo de trabajo, dices cosas que sabes que no son ciertas, y todo porque te acuestas con la tal Claire. —Él abrió la boca para replicar, pero ella no se detuvo. Victoria pensaba decirle exactamente todo lo que pasaba por su cabeza. No iba a calarse los conflictos por intereses sexuales de otros. ¿Acaso creía que Simón no le contaría que entre él y Claire habían sido amantes?—. Lo cual es tú problema; no obstante, si eso va a ser un impedimento para que podamos expresarnos libremente, entonces será mejor que empieces a llevar tus aventuras sexuales a un plano diferente...

Antes de que pudiera continuar, Matt la tomó de los hombros acercándola abruptamente contra él, le deslizó la mano hasta la nuca con firmeza, y atrapó su boca con ardor. Ella pensó en alejarlo, pero al sentir un suave mordisco en el labio inferior, tentándola, sumado al envolvente aroma de Matt, dejó de considerarlo una opción, y permitió que la lengua masculina entrara en su boca dibujando eróticos movimiento que ella no pudo dejar de seguir con la suya. Se acoplaron a un juego de dar y recibir. Compartían la esencia, el deseo y la pasión que habían estado evitando durante esas horas de oficina.

Victoria le recorrió la espalda con las uñas, presionándole los músculos firmes y maravillada con el físico de Matt. Fue lo suficientemente osada para bajar las manos hasta acariciar el trasero masculino.

—Estaba intentando no ponerte las manos encima —susurró él con una sonrisa contra sus labios, mientras su mano vagaba debajo del dobladillo de la blusa y se introducía acariciándole la piel—, pero he notado que es muy complicado, en especial cuando tú respondes a mí de esta manera —gruñó recorriendo el vientre suave, para luego aventurarse por la espalda y acariciarla con delicadeza—. Detesto no ser capaz de contenerme...

La habitación estaba en silencio, apenas roto por el sonido de sus voces, el contacto de sus labios y el jadeo de sus respiraciones.

—Me sucede igual... —acordó frotándose contra la pelvis de Matt. «Adiós a la determinación de fingir que anoche no ocurrió nada entre nosotros», pensó Victoria.

Matt profundizó el beso al tiempo que ahuecaba entre sus manos los pechos de Victoria que estaban cubiertos por un suave sujetador de seda. Le acarició los pezones sobre la tela, creando una excitante fricción que la hizo desear que no hubiera barreras entre ellos.

—Claire y yo no somos amantes —murmuró contra su boca. Posó los dedos en el cierre delantero del sostén. Los dedos le quemaban por tocar la piel de sus pechos desnuda—. Lo fuimos hace mucho tiempo, pero ya no me interesa...

Ella jadeó cuando sintió la dureza de Matt presionando ardiente contra su pelvis.

—¿Por qué? —susurró cuando los pellizcos que Matt le prodigaba a sus excitados pezones la impulsaron a aferrarse de los fuertes hombros ante la tentadora posibilidad de que Matt liberara sus pechos del sujetador con un simple movimiento—. Ella parece que tiene muchos derechos sobre ti... —continuó. Empezó a morder el labio superior de Matt. Mitad castigo, mitad provocación. Gimió, frustrada, cuando las manos que la tocaban abandonaron sus pechos, para descender y tomar su trasero de modo posesivo, en lugar de quitarle el sujetador como ella había esperado.

—Que ella parezca, no significa que los tiene, ni que yo se los permita.

—Fuiste injusto conmigo en esa reunión... estoy enfadada.

La miró con intensidad, y ella casi sintió perderse en esa marea de emociones que se reflejaban en los hipnóticos ojos verdes.

—Victoria, te deseo a ti. Solo a ti. —Le cubrió la boca la suya para que se callara. La sedujo y embrujó con su aroma, su sabor y sus movimientos sensualmente calculados—. También me gusta tu demostración de cuán enfadada estás por cierto —murmuró con una sonrisa al oído de Victoria, antes de quitarle la molesta chaqueta, luego le siguió la blusa. Matt sentía los suaves dedos tocándolo, apretando y aprendiendo sus músculos; era la mujer más receptiva con la que hubiera estado. Se inclinó para dejarle un reguero de besos húmedos y suaves en el cuello. Le dio un ligero mordisco. Ella se arqueó. La necesitaba en ese momento, quería sentir su piel, su cuerpo vibrar debajo del suyo. No le importaba que fuera la hija de John, no le

importaba que no pudiera darle nada más que ese momento. No le importaba nada más que no fuera aplacar esa ola de ardor que solo Victoria parecía ser capaz de apaciguar.

—Vas demasiado vestido —expresó con tono lúdico, y empezó a desabotonarle la camisa, mirándolo a los ojos y sonriéndole con picardía—. ¿Ves? —susurró, inclinándose para besarle los pectorales, mientras le recorría los abdominales de acervo con las uñas.

—Suficiente —protestó Matt cuando Victoria tomó su sexo erecto, acariciándose sobre la tela del pantalón. Él le capturó la muñeca con los dedos, la giró y besó el interior, para luego soltarla y así poder deshacerse del broche del sujetador con urgencia.

Dos magníficos montículos de crema y satén cayeron ante él, dejando ver las areolas rosadas con dos deliciosos picos erguidos esperando ser venerados. Se moría por probarlos.

—Victoria...—inclinó la cabeza y se apoderó de un pezón. Lo chupó y dibujó con la lengua el contorno, abarcando con su boca lo que más podía de esa deliciosa tentación. Ella le hundió los dedos en la espesa mata de cabello negro, mientras lo sentía inclinarse hacia el otro pecho obsequiándole las mismas atenciones. Mientras la boca de Matthew se deleitaba con el sabor de Victoria, las manos vagaban por la figura de Venus, palpando cada curva.

—Matt...

—Eres muy sensual y receptiva... ¿Lo sabías? —susurró con voz ronca. Ella, en respuesta, le tomó el rostro entre las manos halándolo hacia arriba para poder besarlo, al tiempo que movía las caderas, sin contención, contra la virilidad de Matthew, procurándole sensaciones que a él le agitaron la respiración—. Tócame así... Sí... —le pidió colocando su mano sobre la de ella, para luego bajarlas juntas hasta su sexo erecto, luego la incitó a extender los dedos sobre su miembro para que lo sintiera tan duro como estaba, por ella.

Victoria se deshizo del cierre del pantalón de Matt, y cuando la prenda cayó al

piso continuó con la ropa interior. Al dejar expuesto el duro y portentoso miembro en todo su esplendor contuvo una exclamación. Matthew era definitivamente grande. Estiró los dedos para tocarle el glande. Al tomar lo que más podía abarcar de él con su mano, lo sintió vibrar contra su palma. Los dedos de Matt tampoco estaban quietos. Al tiempo que Victoria acariciaba la tentadora erección, poniendo a prueba el autocontrol de Matt, él deslizaba la mano dentro de las bragas tocándola íntimamente, palpando su humedad, abriéndola con los dedos, acariciándola. Victoria se movió contra esos dedos traviesos, y lo miró a los ojos. Un contacto que pareció atravesarlos a ambos como un rayo.

Él la observaba con ojos imbuidos de deseo, la misma mirada de la noche anterior... «Fue una equivocación.» Las palabras golpearon a Victoria como un muro de hielo. Conteniendo un gemido de reproche consigo misma, se apartó. Él se quedó jadeante y excitado mirándola con desconcierto por haberse detenido.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre, nena? —preguntó abrazándola. La sintió temblar. Victoria no quería continuar por temor a escuchar a Matt decirle que había sido un error. «Si él pronunciaba esas palabras...». Él pareció leerle el pensamiento cuando agregó—: Si es por lo de ayer, Victoria, perdóname; no quise decir que fue error tocarte o besarte —Le acarició el cabello. Victoria lo miró expectante—. Solo que no me pareció bien continuar, después de que hubieras pasado por una experiencia tan difícil. Por favor —acercó sus labios a los de ella y la besó con dulzura—, créeme.

La sintió dudar. Matt trató de serenarse, pero poco podía hacer cuando estaba desnudo, empalmado y aparte tenía dos hermosos pechos ante a él, una piel satinada y una cintura perfectamente marcada que esperaba ser abarcada por sus manos. Además de esas tentadoras bragas que le impedían volver a contemplar a Victoria totalmente desnuda.

—¿Es así? —susurró.

—Sí, lo es —contestó acariciándole el labio inferior con el pulgar.

El sonido del eco de un teléfono sacó a Matt de ese momento de sensualidad. Victoria también escuchó. Se miraron en un silencio comprensivo como si ambos

hubiesen despertado de pronto a la realidad que los rodeaba.

Si Marla o alguien abría la puerta, los encontraría retozando, pensó Matt. Sus aspiraciones de ascenso se irían al diablo y Victoria se quedaría desprestigiada. Ese estigma la marcaría al ser la hija de uno de los dueños. No podía hacerse eso, ni tampoco a ella. ¿Qué demonios? Estaba desnudo como si hubiese sido un adolescente guiado por sus hormonas. La puerta estaba probablemente sin seguro.

Con movimientos precisos, Matthew se vistió. Haciendo un esfuerzo casi imposible, le pasó las prendas de ropa a Victoria y la ayudó a vestirse, no sin antes acariciarle la mejilla con una sonrisa, para que supiera que todo iba bien. Que no estaba arrepentido. En absoluto. Ella no dijo nada.

Terminaron de vestirse en silencio.

—Escucha, Victoria —tomó su rostro entre las manos—, te deseo. Tú también me deseas. ¿Verdad, preciosa?

—Sí... —corroboró con la cabeza. El corazón le latía con celeridad. Ella también sentía por él una necesidad física intensa. Su cuerpo palpitaba deseando aliviar el anhelo sexual insatisfecho. Quería gritar de frustración. Se había prometido no ceder ante Matt, pero reconocía ser débil con él. ¿Amor frustrado de juventud? ¿Era solo eso lo que la motivaba a olvidar su decisión de mantenerse alejada? Sabía que Matt se había detenido por el eco del teléfono. Si él no lo hubiera hecho... No quería imaginarse el rostro de la pobre Marla si los descubría teniendo sexo en plena oficina, o acaso el mismo Simón... Pudo haber echado por tierra su intención de demostrar que valía por su capacidad, y no por ser hija del dueño, peor por acostarse con el jefe.

—¿Qué maquinas en esa cabecita?

Ella sonrió. Se acercó con rapidez a la puerta y puso seguro. Luego volvió con él.

—Bésame, Matt —pidió con una sonrisa. Él no tuvo que escucharlo dos veces. Le puso la mano en la espalda baja, la acercó con suavidad y la besó. La besó

deleitándose en su sabor y guiándola en una danza sensual con su boca. Recorrió cada uno de sus espacios húmedos, saciándose y saciándola. Más allá de un beso que buscara hacerlos arder, calmaba. Como si pudiera disminuir en algo el deseo insatisfecho de ambos. Era eso o tomarla sobre el escritorio como deseaba. Habían pasado poco más de veinticuatro horas de reencontrarse, y él estaba preso de sus deseos por una mujer que añoraba, pero que al mismo tiempo...

—¿Quién es el que maquina ahora? —preguntó Victoria cuando lo vio fruncir el ceño. Le acarició con el dedo índice la frente, interrumpiendo con suavidad el beso.

Matt la miró fijamente.

—Quédate en casa conmigo esta noche —pidió—. No soy de los que se compromete sentimentalmente. Yo...—«Era el modo de ser tan sincero como le fuese posible»—, sé que el deseo que hay entre nosotros no va a apagarse porque lo ignoremos. Solo se hará más intenso al contenerlo. No me gustan las bombas de tiempo —bromeó—. Para mí lo más importante es ganar a Paul Harrington para nuestra cartera de clientes. Imagino que para ti, lo que te interesa es destacarte en la agencia. —Ella asintió—. Sin promesas de ninguna parte, y de ninguna clase, veamos a dónde nos lleva esta atracción. Si uno de los dos decide acabarla... no habrá problema.

Ella quería preguntarle por la noche de su cumpleaños. Quizá ahora la deseaba, pero la adolescente rechazada que aún estaba en algún sitio de su interior, quería explicaciones. Ese acercamiento con él podría permitirle preguntar sobre el pasado, y entender... o resarcir. Por otra parte, ella no quería solo una aventura con alguien, quería amor. Pero eso era exactamente lo que él no le brindaba, ni tampoco un compromiso. Era lanzarse sin paracaídas. Algo que jamás había hecho. Sin embargo, Matt le ofrecía exactamente lo que había estado negándose demasiado tiempo: un poco de adrenalina en su vida, y también pasión sin remordimientos ni culpas. Quizá intentarlo no fuera una mala decisión, podría descubrir si él era un capricho adolescente insatisfecho, o un deseo frustrado de una noche entre dos adultos que se reencontraban luego de tantos años.

—Sin compromisos ni expectativas —dijo Victoria finalmente—. Y esto es fuera de los horarios de oficina. No puede afectar el trabajo como tú has dicho.

«Si no había compromisos de ninguna de las partes, nadie se resentía, y todo iría estupendamente», pensó Matt convencido de que era un acuerdo ideal. La frustración sexual no sería un incordio que agregar al estrés que representaba la licitación para la cuenta Harrington. Al final, cada cual podría ir por su lado. ¿Qué más podría necesitar?

—Absolutamente —replicó.

—Y Matt...

—¿Sí?

—Me debes una disculpa por el modo absurdo e irrespetuoso con que me trataste en la reunión.

Él la observó, meditabundo, mientras la tenía entre los brazos y le acariciaba la espalda sobre la chaqueta suave, de arriba abajo. La verdad era que el reclamo estaba justificado. Fue un golpe bajo haber utilizado un argumento tan desatinado cuando sabía que Victoria se había hecho, al igual que él, a sí misma. Su respuesta fue una reacción impulsiva porque ella lo puso en su sitio frente a sus subalternos. En su equipo había siempre cordialidad y nunca cuestionaban sus decisiones, salvo cuando se trataba de temas abiertos a debate, y entre esos temas no entraban las opiniones sobre si podían o no trabajar un fin de semana, se daba por hecho, pues la empresa pagaba buenos salarios consciente de los exigentes horarios. No se sentía orgulloso de cómo había manejado la situación en el salón de reuniones. Él era sensato, y reconocía sus equivocaciones.

—Lo sé. Fue un comentario fuera de lugar. Me disculpo.

Ella lo supo sincero.

—Ganarme cierto prestigio fuera de los dominios de mi padre ha sido primordial para mí, y un viaje profesional arduo. Jamás vuelvas a cuestionarlo, Matt —replicó con firmeza, pero sin alterarse—. Podemos ser amantes, pero no cederé en

la oficina o me mostraré impávida ante situaciones que no considero justas o convenientes solo porque nos acostemos.

Matt contuvo un gruñido. Victoria era tan distinta a las mujeres con las que solía estar, que sus cambios de mujer apasionada sexualmente a mujer de negocios lo descolocaban. Ella no trataba de envolverlo con argucias, no. Victoria era simplemente, ella. Un desafío en toda regla, y él nunca se resistía a uno.

—Me parece válido —aceptó—. Por cierto, ¿qué planes tan importantes tienes para el sábado? —preguntó recordando cómo había defendido tan insistentemente el asunto de que todos tenían una vida fuera de la oficina.

—Un curso de francés... Está por terminar, así que son las últimas clases.

—Muy bien. De ahora en adelante procuraré negociar los fines de semana. —Él no pudo evitar agregar con picardía—: O sobornar a mis subalternos.

Victoria se rio.

—¿Está confirmada la reunión de Paul mañana en el club de tenis?

—Ahora reviso mi correo y te cuento si hay alguna novedad.

—De acuerdo. Matt, y sobre lo de esta noche...

—¿Sí? —preguntó mirándola con una hipnótica sonrisa.

Ella supo que si continuaba entre sus brazos no saldría de esa oficina hasta haber terminado lo que empezaron minutos atrás. No era una opción. Con una sonrisa se apartó con suavidad para ajustarse la chaqueta, y luego se encaminó hacia la puerta. Miró sobre el hombro.

—Tengo un negligé negro que...

Matt se acercó riendo, la envolvió entre sus brazos para girarla hacia él, y besarla profundamente. Fue un beso cargado de promesas sensuales.

—Estos años te han convertido en una mujer muy provocadora —murmuró mordiéndole el labio inferior, para luego chupárselo con suavidad. Victoria rompió el beso y le hizo un guiño.

—Tendrías que comprobar tu teoría más tarde —replicó sonriente y con la mano en el pomo de la puerta—. Adiós, Matt —susurró antes de quitar el seguro y salir.

CAPÍTULO 7

El traslado de Devon desde el hospital de Los Ángeles hasta el de San Francisco se había realizado un mes después del accidente. Desde entonces, Victoria lo visitaba a diario. Hubo noches en que se quedó a dormir en el sofá de la habitación de su prometido. Con el paso de los meses y la falta de reacción de Devon, seguido de los consejos de los médicos de que era innecesario que pasara ahí todos los días porque de haber cambios ellos lo comunicarían, ella disminuyó el número de visitas. Eso no implicaba que Devon dejara de estar en sus pensamientos.

Durante un tiempo, Victoria vivió pendiente del teléfono, a la espera de noticias sobre algún cambio en el estado de Devon. Desde entonces ya habían pasado once meses, y esa llamada no llegaba. Chloe tenía razón, la vida continuaba. Jamás dejaría de preocuparse por Devon, o visitarlo de vez en cuando, pero ya no pensaba dejarse la piel en ese capítulo de su vida, ni poner en suspenso sus propios deseos por el sentimiento de culpa. Podrían pasar años hasta que él despertara... si acaso ocurría. Necesitaba continuar. Y por eso había ido esa noche al hospital: para despedirse y dejarlo ir.

Con paso rápido, Victoria se encaminó por el pasillo que conocía de memoria. Las enfermeras del turno de la noche ya la ubicaban a la perfección, y solían responder sus dudas con paciencia, a pesar de que en ocasiones eran repetitivas. «¿Existe algún estímulo que lo saque del coma?» «¿Qué más puedo hacer por él?»

La habitación de Devon tenía una ventana que daba a la calle principal. Era finales de verano y el clima ya refrescaba un poco. Victoria se detuvo al pie de la cama. Cada vez que lo hacía era inevitable que los ojos se le llenaran de lágrimas. Pasó la mano sobre el brazo conectado al suero, acariciando la piel blanca que lucía tan frágil. Una piel que se había fundido con la suya tantas veces.

Paseó la mirada por el rostro atractivo. Los ángulos estaban más marcados por la pérdida de peso. Los ojos cerrados, serenos. Los cabellos rubios brillaban con la lamparilla de la cabecera. Ella se inclinó y lo besó en la frente. Se sentía un poco incómoda para besarlo en los labios. No podía hacerlo. No después de haber compartido sus besos con Matt hacía tan pocas horas. Casi sentía como si esos besos la hubieran desconectado completamente de Devon. Aquello le provocaba una ligera aflicción.

—Devon —lo llamó con cariño—, me siento tan mal de verte así. Lamento profundamente cada cosa que te dije aquel día. Me lo reprocho una y otra vez. No he sido la mejor novia que alguien haya podido tener... no la que tú merecías. Si pudiera pedir un deseo al universo sería que despertases y nuestra vida fuera la de antes... aunque ya nada será igual —susurró mirando los aparatos a los que él estaba conectado.

El único sonido que se mezclaba con su voz era el de los aparatos médicos, y el viento golpeando la ventana como un susurro. Acercó una silla. Lentamente colocó sus dedos entre los de él, con cuidado de no mover la aguja intravenosa que lo alimentaba.

—Te quise, te quiero. Pero he decidido continuar con mi vida. Chloe, ¿recuerdas a la parlanchina esa? —sonrió entre sollozos—. Pues dice que después de once meses debo seguir adelante. Me he resistido a hacerlo, y no he perdido la esperanza de que despiertes, pero no sé cuándo lo harás... pueden pasar años, y yo —miró los dedos entrelazados de ambos—, debo continuar. Espero que lo entiendas —suspiró para tomar aliento—, debo resignarme a que ya no estás más conmigo. Yo... esto... tu anillo de compromiso tan hermoso, está guardado en mi caja fuerte. A veces lo observo, y recuerdo el día en que me lo diste. Oh, Devon... —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—, no puedo seguir haciéndome esto. Hoy vengo a despedirme —sorbió— como tu novia, pero jamás como tu amiga. Los médicos tienen mi número de teléfono —rio sin alegría—, no tienes idea cómo los he acosado con preguntas durante estos meses, ellos han dicho que me llamarán cuando decidas despertarte. Hasta entonces, me tomaré un tiempo. Lo necesito. Además está Matthew

—susurró—, él es... ¿Recuerdas cuántas veces te conté esa historia? Sí. Seguro que lo recuerdas. Él y yo estamos conociéndonos de nuevo. Dios esto es difícil. Devon, te lo menciono, porque...

Sintió que alguien entraba en la habitación. Guardó silencio. Antes de voltearse se inclinó nuevamente hacia Devon y besó durante un largo instante su mejilla con cariño.

—Disculpa —dijo una mujer alta y delgada. Hizo amago de retirarse al ver que Devon estaba con una visita, pero un gesto de Victoria la detuvo.

No era la primera vez que se encontraba con aquella muchacha en el hospital. En alguna ocasión, la vio con un niño de aproximadamente dos años, pero él no estaba ahora. La joven llevaba el cabello negro y lacio recogido en una coleta. Su único maquillaje consistía en labial rojo, y hacía juego con los ojos miel. Vestía elegantemente y parecía agradable. El rostro no le sonaba de amigos en común con Devon. Tampoco es que conociera a todo el amplio círculo social de él, pero sí que habían vivido suficientes experiencias como para tener una noción de quiénes los rodeaban. Intrigada, Victoria se le acercó con una sonrisa.

—Soy Victoria Marsden —le tendió la mano—. Creo que la he visto un par de veces aquí, pero no he tenido oportunidad de saludarla. —Le pareció detectar un dejo de incomodidad en la mujer, pero en seguida desapareció. La chica extendió unos dedos pulcramente cuidados con manicura francesa, y le estrechó la mano—. ¿La conozco de alguna parte? Quizá he sido mal educada. En ocasiones suelen olvidárseme los nombres —dijo con tono de disculpa.

—Amelia Parks —sonrió—. No, no nos conocemos de nada.

—¿Es amiga de Devon?

Amelia asintió.

—Sí, lo soy. Por favor, tutéame. ¿Tú eres su prometida, verdad? —sonrió con un poco de timidez.

Victoria se limitó a asentir.

—Me apena mucho lo que le ocurrió...—dijo con tristeza—. Es un buen hombre. ¿Sabes? Solía hablar de ti.

—Espero que cosas buenas —rio sin alegría. Devon siempre había sido muy entusiasta en apoyarla en sus proyectos profesionales, y le estaba agradecida por ello.

—Sí, sí... —le sonrió Amelia con sinceridad—, bueno, yo no quiero interrumpir tu visita, vendré otro día...

—Ya me iba. Estoy segura que a él le hará bien escuchar que es apreciado y extrañado por las personas que conocía. ¿También te dedicas a la publicidad?

—No, en absoluto. Lo mío es la decoración de interiores. —Al ver el ceño fruncido de Victoria, explicó—: Lo conocí a Devon en una convención en San José. Un amigo en común nos presentó. Al parecer Devon tenía un cliente que iba en la línea de mi trabajo y necesitaba saber todo lo posible de mi mundo.

Victoria asintió. Devon siempre estudiaba muy a fondo los clientes. Se metía realmente en la piel del producto o la compañía. Era un profesional excepcional.

—Oh, ya veo. Tengo que marcharme ahora, Amelia —dijo—. Me hubiera gustado conocerte en otras circunstancias, Amelia. Hubiéramos sido amigas.

—Seguramente...—respondió—. Adiós, Victoria —dijo antes de darle la espalda para dirigirse a la silla que estaba junto a Devon.

Con una última mirada a la habitación, salió. Había hecho lo correcto. Estaba siendo honesta consigo misma y con Devon, se dijo Victoria, mientras caminaba con seguridad.

Cuando estaba por llegar a la puerta giratoria de salida del centro médico se detuvo para buscar las llaves de su automóvil. Entre tantas cosas que llevaba en la bolsa, no las encontró. Soltando una maldición entre dientes fue hasta unos asientos y se acomodó para buscar con más calma. «¡Al fin!» Sonrió cuando tuvo el llavero entre manos. Iba a levantarse cuando ante sus ojos se desarrolló una escena que la dejó en shock.

Un grupo de paramédicos llegaba agitado, trasladando una camilla en la que

yacía un hombre igual de rubio que Devon. El hombre estaba ensangrentado e iba quejándose de un modo desgarrador. Alrededor, los que parecían ser familiares, preguntaban a gritos qué iban a hacer, dónde lo pondrían, cuánto tiempo tardarían en saber algo más, mientras la camilla se adentraba por el pasillo.

Esa imagen la llevó inevitablemente once meses atrás, cuando vivía con Devon.

Desde que tenían ocho años prácticamente lo hacían todo juntos. Fueron a los mismos centros de estudio y universidad. Aunque él tenía facilidad innata para los negocios, también tenía un ojo clínico para la creatividad, y por eso se inscribió con ella a estudiar publicidad. Le pareció muy natural terminar de novios y comprometiéndose. Se sentía cómoda a su lado, y él era un novio magnífico. En el ámbito sexual quizá no había los fuegos pirotécnicos que sus amigas comentaban que debían sentir las parejas en la intimidad, pero ella no se quejaba, porque él la hacía sentir especial; era suave y complaciente. La diferencia con sus otros amantes era que con Devon había un factor adicional: el cariño.

A pesar de la estabilidad de la relación, ella sentía una constante molestia por el modo en que él se ausentaba en algunas reuniones con clientes, en especial los últimos meses. Victoria tenía muy claro que la diferencia entre el plano personal y el profesional era indispensable para el éxito. Al parecer, Devon no lo consideraba de ese modo y tenían frecuentes peleas por el tema. La excusa de él para sus retrasos era el congestionamiento del tráfico, o algo de última hora en el negocio de sus padres. Y es que Devon y su futura cuñada, Julianne, a pesar de tener carreras independientes solían hacerse cargo de algunos trámites o diligencias del negocio de sus padres.

Ella toleraba el asunto de sus ausencias, porque entendía el asunto de los negocios familiares. Sin embargo, la gota que colmó su paciencia ocurrió un tarde cuando un cliente de Oklahoma, Spencer Garren, exigió hablar con los dos socios de la agencia. Victoria le dijo que no se preocupara que Devon llegaría pronto. La cuenta era de cinco millones de dólares. La más grande desde que abrieran su agencia, y podría darles el empuje definitivo para empezar a fichar clientes de marcas más prometedoras.

Lo llamó varias veces al móvil, pero saltaba la contestadora. Además de irritable estaba preocupada porque no sabía si acaso le habría ocurrido algo. El cliente, después de una hora de retraso, empezó a impacientarse. Victoria le invitó varios cafés, té, sándwiches gourmet. Ya eran casi las seis de la tarde, y el señor Garren le dijo que agradecía su amabilidad, pero que si dos socios de una pequeña empresa no podían ser responsables en atenderlo debidamente, no podía confiarle su cuenta por más ingeniosa que pudiera ser la propuesta publicitaria. Perdieron a Garren.

Alrededor de las siete de la tarde de aquel día, Victoria bullía de histeria. Iba de un lado al otro sobre en el departamento, esperando a que Devon se dignara llegar. Él seguía sin responder el teléfono. «¿Y si le había ocurrido algo malo?», era lo que se preguntaba una y otra vez. Su angustia cesó al escuchar el sonido del motor del Porsche.

—¡Tori! Oh, amor, lo siento muchísimo —empezó diciendo al entrar con un precioso ramo de rosas rojas.

—¡Maldita sea, Devon! Hemos perdido esa cuenta de Spencer Garren. ¿Por qué no le dices simplemente a tu hermana que se encargue del negocio de la familia cuando tú tienes reuniones? ¿Por qué no contratan a alguien más que eche una mano? No puedes hacernos esto —soltó como una locomotora. No podía detenerse. Tomó las flores, y las lanzó sobre la mesa sin importarle nada—. Somos amigos, amantes, pero también profesionales que tenemos un negocio juntos. ¿Dónde demonios estabas?

Acercándose a ella, le dedicó una mirada cargada de arrepentimiento. Aquella que siempre lograba ablandar a Victoria y hacerla reír. Ese día no; ese día él había llegado demasiado lejos. ¿Por qué tan solo no salió más temprano a hacer las diligencias? Y si era un tema del negocio familiar, ¿acaso Julianne no podía resolver una crisis durante dos horas de ausencia de su hermano? ¿Hacía falta los dos personas? No es que futura cuñada le cayera mal, pero tampoco eran devotas amigas.

—Perdóname, fue un asunto de un momento a otro. Ya conoces cómo es mi padre. Me llamó de pronto, y me volqué en un tema financiero; no me dio tiempo de

usar el móvil para decírtelo. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, del modo en que hacía antes de besarla. Pero ella no tenía ganas de besarlo, estaba muy enfadada. Lo apartó.

—¡No, Devon! Hoy no tengo tiempo para tus caricias ni tus arrepentimientos. Esta vez la has jodido. Y no solo por la cuenta, ya sabes que no es solo el dinero. Me saltaba la contestadora. Estaba preocupada de que te sucediera algo —espetó furiosa.

Él tuvo la audacia de sonreírle de nuevo. Victoria estuvo a punto de que su enfado se esfumara, pero si lo hacía una vez más, él continuaría desentendiéndose a cuenta de decirle que la esencia de la empresa era ella, y él una mera figura de apoyo. ¡No era así! Necesitaba el cerebro rápido para los negocios de Devon y su sola presencia a ella le infundía más aplomo del habitual. Eran un equipo.

—Lo siento... ¿Qué puedo hacer para enmendarlo, mi amor? —preguntó con la mirada baja.—Le tomó la mano entre las suyas, y se la besó. Ella no lo rechazó—. Vamos, Tori, dime qué puedo hacer. ¿Le digo a mi padre que me de esos cinco millones por resarcimiento de daños? —bromeó.

—¿No lo entiendes? —se soltó—. ¡No es sobre el dinero! ¡Se trata de compromiso y responsabilidad!

—Si es por compromiso, ya sabes que soy enteramente tuyo —ladeó la cabeza con inocencia.

—Deja de hacer el tonto. ¡Estoy harta! Este es por lo menos el cuarto cliente desde los últimos siete meses que no atiendes, y ya he perdido la cuenta de tus retrasos. ¡Es nuestra empresa! ¿Por qué no puedes ser más responsable? ¿Acaso el hecho de tener tanto dinero te hace comportarte de un modo tan arrogante?

Él intentó abrazarla. Ya conocía que Victoria a veces solía ser impulsiva, atolondrada, exasperante, pero aún así la adoraba. No la había visto enojada de ese modo en mucho tiempo, y la verdad era que ese día él fue más inconsciente de lo habitual con los compromisos de la agencia. ¿Cómo no haberlo sido, después de recibir la noticia que le había soltado su padre, enfadado? Aún no podía contárselo a Victoria; él se sentía realmente un canalla. La prioridad ahora era calmar el enfado de

ella por lo del cliente de Oklahoma.

—He fallado, y prometo que desde hoy nuestras reuniones serán la prioridad...
—expresó con la mayor sinceridad posible.

—¡Bah! ¿Cuántas veces tendré que escuchar esto? Ahora mismo no tengo ganas de verte, ni de hablar más contigo. ¡Llévate tus ridículas flores! Quiero que desaparezcas de mi vista un buen rato. ¡Hubiera preferido montarme el negocio sola, y mi vida sería más controlada sin tus estupideces!

Devon se enfadó. Una cosa era que ella se cabreara, con justa razón en este caso, pero otra que dijera palabras hirientes. Los asuntos entre ellos no eran así. Jamás habían perdido los estribos hasta el punto de gritarse. Sí, discutían; sí, se alteraban; pero no con los rostros encendidos por la rabia, ni mirándose con arrogancia. Jamás.

—Escúchame bien, Marsden. —Así la llamaba cuando se enfadaba. La tomó de los hombros, logrando su atención. Victoria cerró la boca—. No nos vamos a tratar de ese modo. ¿Lo has comprendido? Acepto y justifico que estés enojada; me he disculpado. Te conozco hace demasiado tiempo para saber que es imposible hablar contigo ahora. Si quieres que desaparezca de tu vista, te complaceré...

Victoria ahogó un gemido. Devon le estaba haciendo daño al agitarla con fuerza de los hombros.

—¡Suéltame! Me lastimas, Devon.

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, avergonzado por su falta de control, la soltó. Se pasó las manos por el cabello. La miró compungido.

—Maldición... lo siento, Tori... —negó con la cabeza—. ¡Mierda! —masculló.

Ella lo quedó mirando.

No quería que desapareciera de su vista; no quería. Entre ellos jamás se habían gritado así. Ella sí que había tenido un día complicado. Su padre llamó para pedirle que volviera a vivir con él a casa; le respondió que no, que ella tomó la decisión de ser independiente hacía tiempo y pensaba mantenerla. «Tenías solo diecisiete años

cuando te fuiste.» Razón de más para querer continuar por mi cuenta, le replicó. Aparte de su padre, estaba el hecho de perder un cliente importante, sumada la preocupación por Devon al no localizarlo al móvil; por si fuera poco, la empresa recién empezaba y no estaban holgados económicamente. Alcanzaba para los pagos básicos y el salario del personal, que eran tres colaboradores aparte de ella y Devon, no para darse lujos. Tenían una reputación muy buena, a pesar de ser una agencia pequeña y nueva.

—Escúchame, Devon, yo...

—Ahora soy yo el que no quiere escucharte. Me largo. Espero que se te pase tu arranque de coraje. Te venía a decir que tengo un viaje de negocios en Los Ángeles, y debo irme en dos horas, pero viéndolo bien, y ya que el plan de una cena romántica se ha arruinado, adelanto mi ruta. A mi regreso, quizá podamos entendernos civilizadamente.

—Devon...—Él ya se había ido dando un portazo. «No te vayas así... », quiso decirle.

El sonido del Porsche arrancando a toda velocidad fue el detonante para que ella se derrumbara. Cuatro horas más tarde recibió la llamada de un paramédico diciéndole que Devon había sufrido un accidente. Su mundo colapsó. Fue a peor cuando llamó a su padre, quien le negó dinero recordándole que horas antes clamaba su independencia, y que ahora se las viera como pudiese porque él no iba a financiar un capricho por una pelea de novios.

Una mujer le tocó el hombro con suavidad. Victoria volvió al presente.

Los familiares del muchacho accidentado lloraban desconsolados. Miró a la persona que tenía frente a ella.

—¿Señorita, se encuentra usted bien? —preguntó una enfermera que al verla tan pálida se había acercado—. Le voy a dar un vaso de agua. ¿Es su amigo? —indagó señalando a la familia que firmaba unos formularios, y a los que Victoria miraba con expresión de pesar.

—No, no son familiares. No los conozco en absoluto. Lo siento... —negó con la cabeza, y le sonrió débilmente—: Me vendría bien un vaso de agua, gracias.

Matthew estaba tomando una copa con John, recordando anécdotas de la empresa y comentando uno que otro acontecimiento del mundo publicitario. Luego de su apasionada charla con Victoria se sentía ansioso por esa noche. Así que charlar con John, disipaba un poco su inquietud. Otrora le hubiera sentado mal estar con la hija de su jefe, sin embargo, dado que Victoria y él habían establecido las normas, como adultos, se sentía más cómodo.

Consultó el reloj. Victoria llegaba tarde. La cena era a ocho. Era una hora y media pasada la hora. El semblante de John indicaba que quizá estaba resignado a que su única hija lo hubiera dejado plantado.

—Matt, creo que ya debería servir la cena. La he hecho yo. —Ante la mirada sorprendida del joven, sonrió y agregó—: Vamos todo viejo debe tener sus secretos. Soy aficionado a la buena mesa, así que quién mejor que uno mismo para hacerlo. ¿No lo crees?

Elevando la copa, Matthew asintió. Entraron a la cocina, la cual lucía más bien como el escenario para un profesional de la gastronomía que un espacio casero. Todo trastos y olores. Un lugar acogedor sin duda.

—Te ayudo a poner la mesa...

Un ruido en la entrada detuvo a John cuando empezaba a sacar el soufflé del horno.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó Victoria desde la puerta principal. No había desligado las llaves de la casa de su padre del llavero que llevaba consigo todo el tiempo.

Al escuchar a su hija, no pudo evitar esbozar una gran sonrisa y un suspiro de alivio, que a Matt no le pasó por alto. John se alejó por la puerta de madera blanca de

la cocina, dejando a su ex alumno para que se encargara de poner el soufflé sobre el mesón fresco. Aunque no era de su incumbencia, Matt quizá podría hablar más tarde con Victoria sobre el motivo de tener a John alejando de ella.

—¡Hija! —La abrazó muy efusivo—. ¡Qué guapa estás! Me recuerdas tanto a tu madre —sonrió encantado de verla, y con el corazón agitado por la emoción. ¡Once meses sin ella! —. La casa necesitaba de ti. Y yo también. Gracias por venir, Vicky.

Ella le devolvió el abrazo. Necesitaba que la confortaran, después de haber visitado a Devon. Ver a la familia de aquel desconocido sufriendo al llegar en la ambulancia, la hizo recapacitar con respecto a su relación con su padre. «Si dejé ir a Devon... también puedo dejar ir el resentimiento con papá», pensó en silencio. Si iba a asumir un cambio en su vida, su padre era un punto angular en ello. Al abrazarlo se daba cuenta de que no podía quedarse atrapada en el pasado.

—No tienes que agradecerme papá. —Le dio un beso. Se sonrieron. Como si fuera un acuerdo mutuo fruto de la conexión padre—hija, pasaron de largo la idea de mencionar el pasado y los motivos de su distanciamiento—. Mmm —expresó Victoria cuando aspiró el aroma que provenía de la cocina—, parece que has hecho uno de tus soufflés. ¿Verdad? Muero de hambre. Lamento la demora. Fui a casa a bañarme, cambiarme y luego tuve un pequeño...—se calló y frunció el ceño al reparar en que su padre se quedó de pronto en silencio. Miró sobre el hombro de John, sorprendida—. Matt —dijo en un susurro.

Él le sonrió desde la puerta de la cocina. Tenía un aspecto insolente y atractivo. Empezó a caminar hacia ellos.

—Victoria —saludó manteniendo la sonrisa. Le dio un beso en la mejilla.

Ella miró a su padre, interrogante.

—Oh, cariño, espero que no te moleste, pero invité a Matt a cenar. Ya sabes que le tengo afecto al muchacho. —Le dio una palmada en la espalda al director de cuentas, con aprecio—. Y si tú ibas a venir, pues quería que fuera como en los viejos tiempos.

—Me parece bien, papá. —¿Qué otra cosa podía comentar?

Ajeno a lo que ocurría entre los dos, John se encaminó hacia la mesa. Sobre el hombro les dijo que se acercaran para empezar a servir la cena.

Matt era especialmente observador, pero aún más con Victoria. La conocía desde hacía muchos años, y aunque apenas se habían reencontrado, el modo en que esa cabeza elucubraba le era familiar. El talante de Victoria no lucía tan relajado como ella al parecer quería aparentar. Algo le ocurría. La retuvo antes de que se sentara a la mesa, aprovechando que John organizaba los platos en la cocina.

—¿Qué sucede? —Posó ambas manos en la esbelta cintura y la giró para que quedara frente a él—. Te noto algo contrariada. ¿Estás segura que no te incomoda que esté aquí hoy?

Elevó el rostro para mirarlo. Matt era bastante más alto que ella.

—El tráfico estaba terrible es todo —dijo. Consiguió sonreír—. Matt, me gusta que hayas venido. Sé que a mi padre le agrada tu compañía.

Él le acarició el rostro con el dorso de la mano, luego inclinó la cabeza y depositó un beso en la muñeca de Victoria.

—¿Y a ti... también te agrada mi compañía? —preguntó, ya más tranquilo al saber que todo iba bien y que no estaba incómoda por su presencia. Lo cierto era que solo alcanzó a recordar que esa noche tenían la cena, cuando ella se hubo marchado de su oficina, luego de dejarlo expectante ante la idea de hacer el amor con ella. Por otra parte, sentía un poco de intriga por el tiempo que padre e hija habrían estado distanciados. Desde que él los conocía, el lazo entre ambos era muy sólido, y salvo la contrariedad de John por la partida de Victoria a los diecisiete años para independizarse, no podría imaginar qué habría causado un distanciamiento de casi un año entre ellos.

Ella se rio.

—Existe una ligera posibilidad de que sea así —expresó con coquetería. Se fijó en que su padre se acercaba—. No quiero que él sepa nada sobre lo nuestro. ¿De

acuerdo? —Matt la observó interrogante—. Sin complicaciones, Matt —le dijo a modo de respuesta. Le hizo un guiño, y se acercó a su padre para ayudarlo a poner la vajilla sobre la mesa.

Matthew la observó. El recordatorio sobre el acuerdo entre ellos, por extraño que pareciera, no le hizo gracia.

La casa de los Marsden estaba ubicada en la costa dorada de San Francisco, al igual que la de Matt, y tenía una vista hermosa hacia Alcatraz y el Golden Gate. El comedor era especialmente cálido, pintado en tono malva, contaba con una mesa para ocho personas, y era un área en donde solían organizar cenas de negocios de vez en cuando. Un precioso bouquet de flores anaranjadas fungía como centro de mesa. Sobre el techo pendía una lámpara de araña con siete brazos y de tamaño mediano, adornada con cristales. La luz era magnífica y hacía juego con cuatro candelabros antiquísimos y hermosos ubicados cerca del armario donde se guardaba la vajilla.

La cena fluyó con una conversación amena entre los tres. John abrió un chardonnay californiano proveniente de los famosos hacedores de vino Chateau Montelena, para brindar por el puesto de su hija en la empresa. Además de que el vino acompañaba perfectamente el pollo en salsa de champiñones y pimientos rojos que preparó en conjunto con un risotto cuatro quesos. El soufflé le quedó exquisito. El postre no era su especialidad, así que había comprado un cheesecake de frutilla, porque era el favorito de Victoria.

Aunque John quería mucho al matrimonio Patroll, y a Devon lo tenía en gran estima, a quien realmente deseaba tener como hijo político era a Matthew. Siempre supo que su hija estaba enamorada del muchacho, y se sorprendió cuando el día siguiente de su cumpleaños diecisiete le anunció que se independizaba y se fue de la casa en un abrir y cerrar de ojos. Nada lo tomó más desprevenido cuando, años después, Victoria le contó muy entusiasmada que se había comprometido en matrimonio con Devon. La verdad era que había esperado que su hija y Matt se continuasen frecuentando, pero dado que Victoria ya no vivía más con él, era complicado. Además, ambos estaban ocupados y no coincidían en reuniones que él organizaba o cancelaban a veces a última hora. Los chicos también al parecer tenían

círculos sociales y amistades distintas. Estaba seguro que a nivel profesional, su hija procuraba no involucrarse con nada que tuviera que ver con Spring & Marsden, porque quería labrarse un nombre propio. Algo que él elogiaba, desde luego, pero también le dolía un poco porque la agencia era la herencia que iba a dejarle.

Sin embargo, su intuición de padre no la tenía equivocada. Quizá habría pasado un buen tiempo desde que tenía a Matt y Victoria en la misma mesa, pero el modo en que ambos se miraban, cuando pensaban que él no se daba cuenta, le dio la razón. Su hija seguía prendada de Matthew, y él no era indiferente.

Ignorante de las elucubraciones de John, Matthew estaba ansioso de acabar la velada. Los ojos azulados y los labios sensuales de Victoria lo tenían inquieto desde que la vio llegar con el vestido aquel. La prenda era de color amarillo, sin mangas, por lo que podía observar con placer los brazos esbeltos. El vestido tenía el cuello en uve y la tela amarilla le llegaba hasta la rodilla. Ella iba subida en un par de tacones de aguja imposibles. Con ese atuendo lucía más juvenil y relajada. Victoria se veía muy sexi, y esa noche él se divertiría quitando una a una las prendas que escondían esa belleza física.

Bebieron una última copa antes de recoger la mesa. Victoria y Matt ayudaron a limpiar, mientras John les contaba sobre un cliente alemán que la agencia estaba por fichar. Cuando John puso a funcionar el lavavajillas, todos se dirigieron al salón.

Charlaron un rato más, poniéndose al día. John trataba por todos los medios de conocer lo que había sido la vida de Victoria durante esos meses y contando con la mediación de Matthew, no parecería un interrogatorio. Obvió, con toda la intención, mencionar a Devon. Si algo sabía era que el hijo de sus mejores amigos continuaba en coma.

Con un bostezo y visiblemente cansada, Victoria se puso de pie. John la imitó.

—Papá, ha sido agradable verte. —Él la abrazó un largo instante. Luego de una brevísima duda, ella le devolvió el gesto. Era una sensación de *regresar a casa*. En ambos.

Matt observaba desde el sillón de la sala de estar.

—No puedes imaginar la falta que me hacías, tesoro. Gracias por venir. Tu habitación está tal como la dejaste la última vez. Ya es bastante tarde...

Ella trató de ser suave con su padre al responder:

—Tengo mi propia casa a veinticinco minutos cruzando el Golden Gate, papá. No te preocupes, no me importa manejar. Y mañana es sábado, así que no hay lío. De verdad. ¿Sí? —Le sonrió para tranquilizarlo.

—Está bien, Vicky.

Ella asintió sin perder la sonrisa. Estar en la casa de su infancia y adolescencia de nuevo era estupendo. Su padre estaba un poco ojeroso, y a pesar de que intentaba mantenerse jovial, era obvio que algo ocurría. Se preguntaba si solo se trataría del estrés de aquel cliente alemán que había mencionado antes.

—¿Sabes? Quizá podamos repetir una cena próximamente. Espero que sea un cheesecake casero. —Los ojos de John brillaron de alegría—. Adiós, papá.

Sonriente, John se dirigió al joven de ojos verdes.

—Matt, encárgate de que llegue sana y salva, por favor.

—No hay problema. —Se puso de pie, y se acercó para despedirse con un apretón de manos y un abrazo—. Gracias por la cena, John, ha sido una velada estupenda.

Victoria y Matt salieron a la noche.

El cielo estaba parcialmente nublado y no había brisa. La media luna en el firmamento se veía solamente cuando las nubes se movían con lentitud. Ella empezó a caminar hacia su automóvil, y Matt la seguía silencioso. Victoria iba a poner la llave para abrir la puerta, cuando él la detuvo colocando una mano sobre su hombro.

—¿Huyes? —Durante la cena, la luz de la casa había iluminado lo suficiente para que él pudiera reparar en que había tenues indicios de que Victoria había estado llorando, pero no quiso importunarla frente a John—. Al menos puedes decirme qué

ocurre —dijo.

La voz ronca y grave le erizó la piel. Se volteó hacia él.

—No, no huyo... Estoy cansada, Matt. Ha sido un día difícil. —Aunque tenía ganas de estar con él, no mentía.

—Eso lo podemos arreglar. —Levantó, con dos dedos, el delicado mentón para que ella lo mirara—. Quédate conmigo esta noche —insistió en la petición que le hizo horas antes—. Tengo mucha curiosidad por ese negligé del que me comentaste —sonrió con intención—. Puedes quedarte dormida entre mis brazos... claro que no te prometo que mantendré las manos quietas.

Ella rio. Podía estar cansada, pero el cobijo de sus brazos, el dulzor de sus labios y el tacto de sus caricias le parecía una idea maravillosa. En absoluto se había olvidado de esa cita privada entre ambos. Le habría gustado confesarle que accedió a su propuesta de un *affaire* en su intento de revivir y revitalizar el tiempo que había pasado en una suerte de limbo desde el accidente. Que accedió también, porque era maravilloso que su fantasía juvenil se volviera realidad y la hiciera sentir deseada.

Sobre “amantes ocasionales”, sabía Chloe, quien era la que manejaba una mentalidad más descomplicada. Lástima que estuviera en Sacramento por el pedido de un nuevo cliente que quería, según le contó horas antes por *Whatsapp*, un mural con motivo de los indios americanos. Y donde había un reto artístico, ahí estaba Chloe. Tendría que esperar a su próxima oportunidad de charlar.

—Matt... —susurró.

—¿Sí?

—En la tarde lo hablamos en tu oficina. Lo llevo claro, pero, ¿sabes?, cuando era una adolescente estar contigo habría sido sin cuestionamientos fascinante, y...

—¿Ya no lo es? —preguntó interrumpiéndola y echándose a reír. Al verla seria, él se calló y continuó—: Dime qué es lo que te incomoda. Si no quieres seguir, no creo que me vaya a ser difícil soportar la tensión del trabajo, pero creo que la tensión sexual es otra cosa. Encontraremos una solución de seguro. Me gustaría que lo

pensaras antes de rechazar esto que existe entre nosotros —propuso con aquel tono reflexivo que a ella le erizaba la piel.

Victoria se pasó la lengua por los labios.

—No me siento incómoda. No contigo. Porque es como si los años no hubieran pasado entre nosotros...

Él le acarició el cabello. Era sedoso y ligero.

—Me ocurre igual. Y nada tiene que ver con el interés que siento de acostarme contigo.

Victoria soltó una carcajada.

—Siempre tan directo.

Matt se encogió de hombros.

—No sirve de nada mentirte.

—Si te dijera ahora que me retracto, pensando en la chica de diecisiete años a la que dejaste a un lado sería una inmadurez —dijo con una fingida seriedad que convenció a Matt.

—Claro.

—Solo que quería decirte que lo he pensado —repuso con tono suave.

—¿Con qué fin? —preguntó, confuso.

—Para que hagas tu mejor esfuerzo por compensarme —sonrió con coquetería.

Matt contuvo un suspiro de alivio. Le habría costado de seguro hacerla cambiar de opinión, porque Victoria no era de las mujeres fáciles de convencer. Ella, o hacía lago porque sentía ganas o estaba convencida de ello, o simplemente no accedía y no daba su brazo a torcer si no creía en algo.

Él alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Siento haber lastimado a esa chica, y espero que la mujer en la que te has convertido entienda que era demasiado joven para ella y esa noche llevaba la carga

de un día pesado. Cometí un error con un cliente y lo pasé mal. No quería aprovecharme de ti. —Hablarle de los fantasmas que llevaba a cuentas no era importante. Tampoco decirle que en ese tiempo acostarse con ella no era una elección. Apenas estaba abriéndose paso en el mundo publicitario y una relación con la hija de su jefe habría echado por tierra sus propósitos si hubiese cometido un error —. Eran épocas con prioridades distintas también —dijo a modo de explicación. Y no mentía.

—La chica que te acompañaba no creo que hubiera pensado lo mismo —repuso recordando cómo Matt había devorado la boca de aquella muchacha años atrás.

Matthew se carcajeó.

—No me puedo creer que estemos hablando de esto.

—Bueno, en realidad no es la Victoria de veinticinco años la que se queja, sino que la chica de diecisiete...

—Calla, Victoria —susurró, antes de inclinarse para besarla larga y profundamente. Le tomó el rostro entre las manos y ella respondió sosteniéndose de sus hombros para mantener el equilibrio. Un par de minutos después, se separó, y Matt dejó su frente sobre la de ella—. Creo que ese beso era el que esperaba aquella chica joven el día de su cumpleaños.

Victoria rio.

—Tal vez, sí. Tal vez, no.

—Serás provocadora —replicó abrazándola.

Ella elevó el rostro, aún entre los cálidos brazos de Matt y dijo:

—Vamos, Matt. Quizá debas perfeccionar ese beso en privado.

Él la besó de nuevo. Esta vez con dulzura. Una dulzura que hizo que a ella se le acelerara el corazón. Se preguntaba si acaso Matthew era así con todas sus amantes. Un pensamiento absurdo, sin duda.

—¿Mejor?

—Mmm...

Matthew le sonrió.

—Vamos.

Cada uno se subió a su automóvil. Ella siguió a Matthew varias calles abajo, pues vivía cerca de la casa de su padre.

Él parqueó el automóvil, luego se bajó para acercarse al auto de Victoria. Le abrió la puerta, ayudándola a bajar, y la tomó de la mano para guiarla. Cuando se acercaron al portal del edificio, Matt se fijó en una figura larguirucha. Avanzó hasta que la luz del lobby le permitió identificarla. Estuvo a punto de lanzar una maldición. Creía que había solucionado ese asunto años atrás.

Victoria observó al muchacho delgado que había detenido su constante ir y venir, hasta quedarse frente a ellos. Se quedó helada cuando escuchó el saludo que salió de la garganta del joven hacia Matt.

—¿Papá?

CAPÍTULO 8

Aunque Victoria quiso alejarse y regresar al automóvil, Matt no le soltó la mano, y la guio con decisión hasta el ascensor que llevaba al penthouse. El adolescente los seguía detrás sin emitir palabra. Un silencio muy incómodo se instaló en el ascensor, especialmente para ella, mientras subían hasta el último piso.

Cientos de preguntas rondaban la mente de Victoria. «*Un hijo*. ¿Quién era la madre de su hijo? ¿Seguiría en contacto con ella? ¿Estaría divorciado o en planes de hacerlo y por eso decía que no podía prometer nada?» Para ser honesta, ella tampoco había querido hablar de Devon, y dado que era un asunto zanjado, no creía necesario mencionarlo tampoco. Pero el caso de Matthew era distinto, porque su pasado acababa de aparecer. El asunto de las familias era complicado, y ella no quería salir de un periodo tan difícil, para meterse en otro. Complejo de mártir no tenía, ni pensaba iniciarse en ese proceso tampoco.

Matt había sentido cómo Victoria tensaba los dedos entre los suyos cuando Phillip apareció, pero no podía dejarla ir sin una explicación. Primero, porque él mismo necesitaba escuchar qué querría Phillip, y segundo, porque las mentiras no eran parte de su protocolo en las relaciones, fueran o no formales.

Él pensó que nunca más volvería a saber de Sabrina, ni del chiquillo. ¿Qué diablos querría ese par ahora?

Indiferente, Victoria fue a sentarse en el cómodo sofá frente al televisor de la sala de estar, apenas entraron en el penthouse. Empezó a hojear una revista. «Sin expectativas, ni compromisos», se repitió mentalmente. «Que resolviera el asunto con su hijo, y luego me voy a casa.» Fin de la historia, y fin de sus fantasías.

Matt no quiso que Victoria se apartara, porque necesitaba que escuchara lo que tenía que decirle a Phillip. Así que hizo que el chico se sentase exactamente frente a ella. El adolescente tenía la mirada desafiante, y Matthew ya se olía problemas.

—Phillip, ella es Victoria.

A modo de saludo, el adolescente hizo un gesto con la cabeza y elevó los hombros. «Malos modales para empezar», pensó Victoria, volteando la página a la sección de ejercicios de una *Men's Health*. «Al menos el tío de la revista está buenísimo para entretenerme.»

—Hola, Phillip —saludó ella, y luego volvió la mirada a otra página; esta era sobre los glóbulos rojos, la importancia de la sandía en la dieta y cómo lograr pectorales de acero.

—Bien, ahora quiero que me digas ¿Qué diablos haces en mi casa a estas horas de la noche? —preguntó Matt.

Philip retorció el borde de la sudadera entre sus huesudos dedos.

«¿Cómo osaba hablarle de ese modo a su propio hijo?», se preguntó Victoria, cambiando de página a la sección de *Cómo complacer a una mujer en la cama*. Casi se atora con el aire. Era el más desacertado artículo para esa circunstancia. «Vaya día.»

—Mi madre me dijo que tenía que avisarte que...

—Escucha, no eres mi hijo Phillip —interrumpió, molesto—. Te lo dejé claro a ti y a Sabrina mucho tiempo atrás. ¿Acaso no lo recuerdas? —interrogó con hastío.

Victoria se quedó con el dedo, estático, en la página cuarenta al escuchar semejante declaración. No levantó la mirada de la revista. El Matt que estaba ahí distaba mucho del que conocía. Tan controlado y metódico.

—Lo siento, Matthew... no quise que tu esposa —miró a Victoria—, pensara mal de ti. Pero siempre te he llamado de ese modo, ¿no?

Finalmente, Victoria miró al chico.

—No puedes llamar de ese modo a alguien que no es tu padre. Es totalmente inadecuado. Ella —la cara de Victoria era un poema—, ya está pensando que soy un mal hombre por decirte que no eres mi hijo a bocajarro, aunque es la verdad —repuso

mirándola. Victoria se mantuvo en silencio, observando a uno y otro.

De pronto, todo el aplomo y desafío desaparecieron de la actitud del joven de ojos negros. A ella no le habría importado si Matthew tuviese un hijo, pero jamás toleraría estar con un hombre que ignorara sus deberes como padre.

—Mi madre falleció hace dos noches, Matt... Lo único que dejó fue una vieja dirección tuya en una libreta algo vieja que guardaba en una mesilla de noche. Tan solo preguntando llegué aquí... No tengo dónde ir —susurró, y bajó la mirada intentando que no salieran lágrimas de sus ojos—, de lo contrario no estuviera aquí esta noche dándote la lata.

Matthew respiró profundamente.

—Lo lamento, Phillip —puso la mano sobre el escuálido hombro—. No sé cómo consiguió tu madre mi dirección —soltó un suspiro—, ¿qué crees que puedo hacer yo por ti?

Victoria se puso de pie y se acuclilló junto al chico de piel morena. Sintió pena al verlo mal vestido, asustado y desorientado. Sentirse perdido era terrible, y ella lo había experimentado ya en alguna ocasión.

—Phillip, ¿qué necesitas, cariño? —le preguntó colocando su pequeña mano en la del chiquillo. Él la miró con desconfianza. A ella no le importaba el motivo por el que hubiera ido a buscar a Matthew, ese era su pasado, y ella no tenía derecho alguno a indagar sobre él.

—Dinero. —Bajó la mirada avergonzado, como si hubiese confesado el peor de sus miedos ante sus enemigos.

Matt se dio cuenta de que había sido demasiado hosco con él. Era evidente que el chico había requerido de todo su orgullo para haberse presentado a pedir ayuda, y aceptar que no podía continuar por sí solo.

—¿Cuántos años tienes ahora? —preguntó Matt.

Victoria se sentó junto a Phillip.

—Catorce...

—¿Para qué exactamente necesitas el dinero?

—No tengo dónde quedarme y como soy menor de edad me quieren enviar a una casa de acogida. Apenas concluyó el servicio fúnebre, me fugué. Por favor, dame dinero Matt, tengo familia en Georgia. Antes de venir aquí llamé a una prima de mamá, ella me va a recibir, pero no tiene dinero para pagarme el boleto de avión desde San Francisco. Encontraré trabajo y te devolveré centavo a centavo lo que me des.

Victoria rodeó al chico con el brazo, y él empezó a sollozar quedamente colocando la cabeza en el hombro femenino. Matthew permaneció en silencio un rato, mientras observaba cómo el muchacho se desahogaba con una total desconocida que parecía entenderlo mejor que nadie. «Curioso», pensó.

—Esta noche puedes pasarla aquí. Mañana con calma solucionaremos este asunto —dijo Matt. El chico se apartó de Victoria, como si se hubiese recuperado de un lapsus. Ella le sonrió, pero el muchacho no correspondió, avergonzado por haber llorado—. ¿Te parece bien, Phillip?

El adolescente asintió.

—De acuerdo, vamos entonces. Te prepararé el cuarto de invitados —dijo Matt, y luego miró a Victoria—: Siéntete en tu casa —expresó con brusquedad.

—Lo mejor es que me vaya. —Hizo intento de ponerse de pie, pero la mirada que le lanzó Matthew la dejó clavada en el asiento.

—Para nada, espérame aquí, hay algo que debemos conversar.

—Si tú lo dices, pero de verdad, no me interesa indagar sobre esto —replicó.

Él achicó los ojos.

—Espérame aquí, por favor, ya regreso —insistió, antes de alejarse con Phillip pisándole los talones.

El penthouse era lo bastante amplio como para que ella no pudiera escuchar absolutamente nada. Así que decidió pasearse por la sala y quedarse de pie en el ventanal del comedor. El Golden Gate brillaba con su luz dando un espectáculo que la

hizo suspirar.

Apoyó la frente contra el vidrio de las puertas corredizas que daban al balcón y se relajó. Si Phillip no era hijo de Matt, entonces no le importaba si hablaban o no al respecto. Iba a girarse para regresar a la sala, cuando sintió a Matt a su espalda. La abrazó de la cintura cerrando los dedos a la altura del ombligo, y apoyó la barbilla sobre su cabeza. Como si se tratara de una situación que hubiera practicado desde siempre, ella reclinó hacia atrás la cabeza, descansando así su peso contra el sólido y cálido pecho masculino.

Él aspiró la esencia de los cabellos suaves como el algodón. Una mezcla de miel de abeja con almendras. Dejó que el aroma invadiera sus sentidos. La sentía cómoda recostada sobre él. Soltó sus manos y empezó a trazar con sus dedos círculos pequeños y acariciadores en modo ascendente desde la cintura y recorriéndole los costados.

A ella se le escapó un suspiro. Matt continuó los rítmicos movimientos e instintivamente Victoria arqueó el cuello hacia la derecha, y él, entendiendo lo que deseaba, empezó a besarla. Dejó un reguero de besos; en algunos solo dejaba sus labios, en otros, la acariciaba con la lengua, probándola.

—Tú olor es adictivo, Victoria... —murmuró contra su cuello con voz ronca.

—¿Está todo bien? —preguntó moviendo el trasero, consciente de la erección masculina contra su espalda baja.

—Ahora sí —replicó pasándole la lengua por el lóbulo de la oreja, erizándole la piel.

Ella sonrió observando la ciudad y el tenue reflejo de ambos en el vidrio.

Sin dejar de acariciar el torso femenino, Matthew tomó el delicado lóbulo izquierdo de la pequeña oreja entre sus dientes, causándole un escalofrío a Victoria. Sus dedos llegaron hasta la base de los generosos pechos, cuyos pezones empujaban impetuosos contra la tela del vestido como si pidieran a gritos su atención. ¿Cómo ignorar ese llamado?

Se llenó las manos con los pechos generosos. Los recorrió delicadamente, y ella emitió un gemido quedo. Luego los tomó, moviéndolos con lentitud hacia arriba, hacia abajo, en círculos, sopesándolos y apretándolos, al tiempo que con los dedos índice y pulgar apretaba los puntiagudos y excitados pezones. Los oprimía, y los soltaba en una seductora y tortuosa cadencia, arrancando jadeos que impulsaban al prieto trasero femenino a moverse contra su henchido miembro.

—Matthew...—susurró, elevando los brazos detrás de la nuca de Matthew, dándole así una absoluta libertad sobre sus pechos que se elevaron con el movimiento.

Victoria se arqueó, sintiendo la palpitante dureza masculina. Él no dejó de acariciarle los pechos, aún cuando las punzadas de placentero dolor a su entrepierna eran insoportables. Las respiraciones de ambos se volvieron agitadas, y las manos de Matt dejaron de lado toda consideración; sus caricias se volvieron apremiantes, abrasadoras. Ella sintió cómo una sensación tibia y húmeda se anidaba entre sus muslos.

Él deslizó hacia abajo el cierre del vestido amarillo, que cayó al piso en una silenciosa cámara lenta. Al descubierto quedó una erótica lencería negra que lo hizo trastabillar. Jadeando la volteó hacia él, y le encantó ver cómo los ojos azulados se habían transformado en una pócima hirviente como si hubiese sido elaborada especialmente para poner a los hombres a sus pies. Y él en ese momento podría hacer cualquier cosa que ella le pidiera, por tan solo el placer de poseerla y conquistar sus secretos más sensuales.

Matt la observaba con tanta intensidad que ella sentía como si fuera a perderse dentro de ese lago verde que la consumía sin decir palabras. Estaba en ropa interior frente al hombre que se había transformado en el ideal de su juventud, con el que soñaba que la tocaba como lo estaba haciendo ahora. Él pasó el dedo por el borde de las bragas negras, se abrió paso, y deslizó la mano llena acariciando la piel de una nalga suave y redondeada. Ella a cambio, jugueteó mordisqueándole el labio inferior, mientras sus manos vagaban con interés sobre la zona sur masculina. Victoria sentía la

piel enfebrecida y sensible. Pero de algún modo, también estaba un poco cohibida, porque hacía mucho tiempo que no estaba con nadie. Sabía que las fantasías duraban muy poco, y ella pensaba aprovechar la suya hasta el último instante.

Él tomó el rostro suave y hermoso entre las manos, y devoró los labios carnosos como si fueran el manjar más exquisito que alguien tuviera el privilegio de saborear. Nunca se había sentido de ese modo con ninguna de sus amantes. En Victoria había un fuego que él quería domar, y tenía planeado aplicarse lo suficiente para conseguirlo.

—Eres la mujer más hermosa que he tenido el placer de besar y tocar —confesó acariciándole posesivamente el trasero—. Antes de continuar quiero aclararte el asunto de Phillip —expresó no muy convencido de querer parar, pero tenía que intentarlo.

Ella negó con la cabeza. «Después», murmuró mordiéndole el labio superior y enterrando las manos en el cabello de Matt. Con un gruñido de placer él se entregó al beso, olvidando cualquier intento de diálogo. Sus lenguas parecían llamas de fuego calentándose las bocas entre sí, dándose con sus labios lo que deseaban hacer con el resto del cuerpo.

Victoria despojó a Matt de la camisa, desabotonándola poco a poco, dejando un beso en cada espacio de piel desnuda que iba quedando al descubierto. Maravillada con la textura de sus músculos marcados como si fueran una tableta de chocolate, abrió sus manos para recorrer el torso a gusto. Primero lo acarició con la yema de los dedos, luego con las uñas sintiendo cómo los músculos se contrarían contra sus manos a medida que lo tocaba.

—No me gustaría que Phillip...—deslizó las manos por la cinturilla del pantalón azul marino de Matt. Llevó las manos hacia los bolsillos traseros. Apretó las duras nalgas, y él a cambio le pellizcó uno de los pezones que sobresalían sobre la seda del sujetador—. No me gustaría que nos escuchara...—consiguió decir finalmente.

—Si me sigues tocando de este modo es probable que no solo él escuche, sino todo el edificio...—Se dio un festín con su boca una vez más, y luego la tomó de la

mano para llevar al final del largo pasillo, no sin antes recoger el vestido que yacía en el suelo—. Phillip está lo suficientemente agotado como para notar si el techo de se le cayera encima. —Abrió la puerta de su habitación y la cerró luego con el pie—. Ahora te tengo toda para mí, sin interrupciones. —La agarró de la cintura y colocó la mano detrás de la tersa piel de la espalda. Desabrochó con presteza el broche del sujetador, y dos cremosos senos quedaron ante él—. Podrías revivir a un eunuco —dijo aclarándose la garganta—, y tienes un maldito buen gusto para la ropa interior —siseó acariciándole los pechos. Primero con el dorso de las manos, y luego los fue recorriendo poco a poco, suavemente, con las yemas de los dedos.

La cama estaba iluminada por la luz tenue de la noche y la lámpara de la habitación.

—Supongo que estaba un poco inspirada —contestó con una risa nerviosa. Matthew era imponente, viril y soberbiamente atractivo. Siempre lo supo, pero tenerlo a su merced ahora y estar a la de él, era fantástico.

Matt continuó acariciándola mientras terminaba de desvestirla, y desvestirse él. Quería seducirla poco a poco. Había esperado demasiados años por una mujer como ella. Besó sus párpados, enredó los dedos entre los cabello caoba, mientras Victoria se sostenía con las manos sobre sus musculosos brazos.

Matt se deshizo del bóxer. Quedó totalmente desnudo y erecto frente a ella, quien soltó un sonido ahogado de admiración. Él era grande y fuerte. Victoria recorrió la firme virilidad con la mirada llena de avidez. Lo tomó con toda la mano, mirándolo a los ojos; apretó y lo masturbó con lentitud y suavidad, maravillada por esa cálida piel de terciopelo que recubría la dureza palpitante. Una pequeña gota asomó por el glande. Ella lo sintió contener la respiración cuando tomó la gota en el dedo y lo lubricó, esparciendo la esencia sobre la redondeada punta.

Matt resopló, agarrándole las muñecas.

—Déjame hacer a mí, nena. —Sin darle tiempo a nada se inclinó hacia sus pechos y haló con sus dientes un pezón, arrancándole un quejido entrecortado—. Mmm... qué bien saben —susurró mordiendo el otro botón henchido. Lo chupó duro y

suave en un ritmo de lujuriosa glotonería. Hizo lo mismo con el otro pecho, mientras Victoria lo acariciaba con las manos.

Incapaz de resistirse, Victoria separó las piernas cuando Matt se arrodilló dejando el rostro justo a la altura del vértice entre sus piernas. Él tomó el ligero elástico de la braga con los dientes, bajándosela totalmente, mientras las manos deshacían el ligero, hasta dejarla desnuda. Arrodillado como estaba, Matt empezó a besar los contornos de sus muslos, la miró desde abajo y sonrió con malicia. Sin darle tiempo a cerrar las piernas, lamió su hendidura delicada y suave, saboreándola por primera vez. Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para sentir la lengua de Matt acariciarla, mientras esos dedos expertos vagaban por sus muslos, sus caderas y nalgas.

—Tu olor me excita... —murmuró, y volvió a pasar la lengua sobre su sexo. En esta ocasión se demoró un poco más dentro de ella. Succionó. Lamió de abajo hacia arriba, y viceversa. Ella se contorsionaba tratando inútilmente de ahogar sus jadeos aferrándose a los cabellos negros con los dedos. Era lo más atrevido que alguien jamás le hubiera hecho. Se sentía deliciosamente pecaminosa.

—Matt... Matt...no me puedo sostener...ohhh —gimoteó cuando él introdujo un dedo dentro de ella, mientras con la lengua chupaba sus pliegues exteriores sin darle tregua. Victoria estaba a punto de correrse cuando de pronto él dejó de lamerla. Victoria tiró de los cabellos negros para mantenerlo entre sus muslos.

—¿Más...? —preguntó con media sonrisa, y ahora retirando el dedo del húmedo interior.

—¡Sí..., oh, sí! —pidió sin reprimir la pasión que la consumía.

Poniéndose de pie Matthew procuró que su miembro erecto rozara superficialmente la humedad femenina, haciendo jadear a Victoria. Las manos femeninas le recorrieron el vientre bajo, los pectorales, hasta reposar sobre sus antebrazos. Él se acercó a la sensual boca, besándola con apremio, haciéndola probarse a sí misma. Ella le devolvió el beso con fervor, sabía a salado, a dulce, a ella y él.

La llevó en volandas a la cama. Él se colocó sobre ella, cuidando de no aplastarla. Victoria lo observaba con arrobó. Los ojos de Matt brillaban enmarcados por unas pestañas injustamente más largas y tupidas que las de ella. Tenerlo así, tan cerca, era más maravilloso que sus fantasías.

Sonrió, complacida.

—¿Acaso estoy contando un chiste, nena? —preguntó con falso enfado.

Ella se rio cuando él enlazó las manos con las suyas, llevándole los brazos a cada lado de la cabeza sobre la almohada. Sintió cómo la larga y gruesa erección se agitó contra su cadera.

—Vamos a ver. Mmm, quizá te causa gracia, ¿acaso que te bese aquí? —Lamió el hombro. Victoria rio—. ¿A lo mejor, que roce esta parte...? —Pasó la lengua por la base del pecho izquierdo. Ella arqueó la espalda—. Mmmm...veo que puede ser esto...—Se inclinó para chupar el pecho derecho. Victoria elevaba las caderas pidiendo algo que Matt no estaba dispuesto a darle todavía. Le encantaba tenerla a su merced, derritiéndose y disfrutando con sus caricias—. ¿Algo que te causa gracia quizá sea un punto justo en esta área tan deliciosa? —Recorrió el contorno del ombligo, haciéndola retorcerse.

—No..., no me causa gracia... Ahhh... ¡Matt, por favor! —pidió intentando zafarse de sus manos.

Ambos estaban gloriosamente desnudos. Piel contra piel; excitados, sudorosos y febriles, sintiendo le deseo correr por sus venas.

Victoria consiguió zafarse del agarre de Matt y estiró la mano, luego rodeó el sexo masculino con los dedos, para después llevarse esos dedos a la boca y chuparlos, uno a uno, mirando a su amante provocativamente. Los ojos de Matt se abrieron de par en par. Tomándolo por sorpresa, ella se logró incorporar lo suficiente para empujarlo un poco hacia atrás, y hacerse un espacio antes de agacharse y tomarlo con la boca.

Incapaz de resistírsele, Matthew puso las manos sobre el cabello suave,

enredando los dedos cuidadosamente y dejándose acariciar por la traviesa boca. ¿En esa vampiresa se había convertido aquella niña de diecisiete años que lo había besado en un arretrato? «¡Qué mujer!», pensó extasiado.

Si no la detenía iba a terminar en su boca, y no era eso lo que quería, pero no pudo evitar disfrutar un rato más de las atenciones de la dulce boca. Evidentemente no era muy experta, pero su inocencia se compensaba con el entusiasmo. Y una parte muy primitiva en él, se sintió complacida de saber que Victoria tenía poca práctica en el sexo oral. Controlándose in extremis, le tomó el rostro para impulsarlo hacia arriba, y saquear así esa boca con desenfreno. Ella le siguió a la par, acariciándolo y abarcando su cuerpo con manos curiosas. La tumbó sobre el colchón, y ella rio de placer al sentir el agradable peso masculino sobre el suyo. Se sentía libre, por primera vez en mucho tiempo. Sonrió aún más.

—Matt... ¿Te gustó? —preguntó acariciándole la mandíbula.

—Estoy a punto de ebullición y con una dolorosa erección, ¿tú qué crees, nena?

—Es que... —se aclaró—, bueno es la primera vez que... y no sabía si...

—Shhh. —La besó largamente, y luego le apartó un mechón del rostro—. Me complace saberlo.

—¿A ti o a tu parte neandertal?

Él enarcó una ceja, y ella se relajó y rio de gusto cuando él volvió a besarla.

—Ah, Victoria, Victoria...eres toda una diosa pagana en la cama —expresó mirándola sonreír—. Entiendo tu punto entonces —expresó con picardía. Él era atento, generoso y apasionado. La estaba provocando sin piedad—. Ya sé qué es lo que te ha causado gracia. —Con la mano libre cubrió el enardecido monte de venus, y deslizó un dedo en su húmedo interior, dejando el pulgar dedicado al clítoris y creando una incitante fricción. Al tiempo que movía el pulgar, también introducía y sacaba el dedo del sexo de Victoria.

—¡Ahora, Matt...! —pidió cuando estaba a punto de llegar al clímax. Él se apresuró hacia el cajón del velador de noche, sacó un preservativo y se lo colocó.

Volvió con ella. Se posicionó mejor entre los muslos de satén y deslizó la mano bajo las caderas femeninas para ubicarla mejor antes de perderse en ella con una única y potente embestida.

Cada penetración creaba un sonido único de sus cuerpos dando y recibiendo placer. Matt entró y salió repetidas veces del húmedo pasaje, moviendo sus caderas y con las manos apretaba los pechos de Victoria, quien le devoraba la boca con sus besos ardientes y salía a su encuentro con ímpetu.

Moviéndose en círculos, haciéndola gritar pidiéndole más y más, no solo quería alargar esa unión carnal y brutalmente erótica, sino que de alguna retorcida e inadecuada forma de pensar, quería que ella se sintiese marcada como suya; su lado primitivo lo incitaba hacia pensamientos posesivos con ella, algo que no había experimentado antes, ni siquiera con Rosalyn, su exprometida. Las emociones lo golpearon tan fuerte que su modo de responder a ella fue bombear con más fuerza dentro de Victoria, quien había rodeado sus caderas con aquellas suaves piernas, mientras con los talones lo atraía de las nalgas para que llegara más profundamente dentro de ella.

—Eres deliciosa —le dijo Matt, mientras ella estaba abandonada al sinfín de sensaciones que no creía haber experimentado en sus relaciones con otros. Jamás.

Sin perder el contacto visual con Victoria, con una última y potente penetración, Matt los transportó a ambos a un frenético orgasmo. Él gritó su nombre mientras sentía su cuerpo sacudirse cuando las paredes cálidas se cerraban y abrían alrededor de su miembro en espasmos sucesivos en una sucesión demencial. Prácticamente se desplomó sobre ella, jadeando.

Victoria cerró los ojos con una sonrisa de satisfacción. Finalmente entendía aquello de los «fuegos artificiales.» No tenía cómo comparar el arrebató, la libertad, el placer, lujuria y ternura con que Matt le había hecho el amor. Estaba segura que lo ocurrido hacía unos segundos no era habitual en todas las parejas de amantes.

Él depositó un cálido beso en los labios de Victoria y se apartó. Al hacerlo, la arrastró a su lado abrazándola de la cintura. Respiró, y se giró para encontrarse con la

mirada saciada de Victoria.

—Eres fabulosa... —le dio un beso en la frente. Ella besó su pecho—. Estabas un poco estrecha. ¿No te he hecho daño, o sí?

Le respondió que no, sin más.

—Hace cuánto... ¿Hace cuánto de tu última vez?

—Matt, creo que no es algo que importe —replicó poniendo la mano sobre los abdominales. Los recorrió sin más intención que hacerle una caricia. Él le tomó los dedos con la mano, y los llevó a la boca para besarle los nudillos. Luego le mordió la yema del dedo pulgar. Los ojos de Victoria brillaron.

—A mí me importa —dijo, mirándola. Se sintió de pronto inquieto por saber a cuántos hombres se habría entregado ella de ese modo tan arrollador en todos esos años.

Ella suspiró.

—¿Me dirás tú cuándo fue la última vez que te acostaste con una mujer?

—Tres meses —replicó confiado.

—¿Tres...?

—Es un poco machista, Tori, si piensas que todos los hombres andamos por ahí teniendo sexo cada noche —se echó a reír al verla fruncir el ceño—. Al menos yo tengo bastantes ocupaciones, y una mujer...

—Te quita tiempo —completó.

—Bueno depende del tipo de arreglo que tengamos.

—¿Como el nuestro...?

—Tu eres diferente —contestó sin pensárselo demasiado. Pero al final era cierto.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Te conozco... —sonrió con malicia—, ahora de todas las formas posibles.

—Y yo a ti.

—Han pasado demasiados años. Imagino que habrás cambiado, pero la esencia de la gente siempre permanece. Eso hace que contigo sea diferente.

—Aunque solo estemos tratando de ver hacia dónde nos conduce esto, ¿verdad?

Él gruñó algo ininteligible por lo bajo.

—Digamos —comentó—. No has respondido mi pregunta —insistió cambiando el tema.

Lo miró y puso los ojos en blanco.

—Un año...—respondió, renuente.

—¿Por qué? Eres una mujer exquisita —acarició el contorno del pecho que sobresalía a su costado—, y muy apasionada.

Estuvo tentada de ponerse en pie e irse. No quería hablar de su pasado. Se sentía demasiado bien en ese instante, y no deseaba arruinarlo. Él pareció notar la tensión y se replanteó el asunto.

—Tienes razón, no es de mi incumbencia. —Continuó tocando el pezón que se puso inhiesto con el contacto.

Victoria se colocó sobre él. Apoyó los brazos en el pecho de Matt, y la barbilla sobre sus propias manos. Lo miró con una sonrisa.

—Matt, sin compromisos. ¿Lo recuerdas?

Él apretó los dientes. «Estaba olvidando su propia regla.»

—Lo recuerdo. —Le acarició suavemente la espalda. Ella era pura seda y satén—. Sin embargo, creo que, ya que tuviste que ver a Phillip, me gustaría hablarte sobre él y su madre, Sabrina.

Ella se moría de ganas por saber de la tal Sabrina, pero fingió indiferencia. Lo besó, y luego se sentó cubriéndose el cuerpo con una parte de la sábana. Él se recostó

contra la cabecera y no permitió que ella se alejara, así que la atrajo junto a él nuevamente. Le gustaba percibir su envolvente aroma de mujer, sentir su calor y saborear la mezcla de su esencia al besarla.

El aire acondicionado refrescó sus cuerpos, y Matt pensó que era la primera vez en mucho tiempo que no sentía renuencia a contar el capítulo de su vida que había involucrado a Sabrina. La única persona que conocía ese episodio era Dermont, y le hizo prometer que jamás se lo contaría a su Lilly, pues ella se habría sentido culpable.

—Está bien, Matt. Si eso te hace sentir cómodo. Yo te escucho —le dijo apoyando la cabeza contra el hombro.

Él asintió, acariciándole la mejilla.

—Cuando intentaba abrirme paso en la vida, mucho antes de entrar a la universidad, estaba resentido con el mundo. Principalmente con mi madre. Mi padrastro nos maltrataba, y una vez estuvo a punto de hacerlo con Lilly. Yo lo enfrenté y acabé en el hospital.

Victoria lo puso la mano sobre la mejilla de Matt. Ver al hombre atractivo y seguro de sí mismo en que ese niño maltratado se había convertido, la llenó de orgullo. Un orgullo que no debería sentir, porque él no era nada suyo... y quizá nunca lo sería. Imaginarse a Matthew de pequeño, sufriendo vejámenes, le contrajo el corazón. Durante los años que él visitaba a su padre, jamás comentaba su pasado con ella, o al menos no lo que ahora empezaba a revelar. Su padre solía decirle que Matt era un muchacho pobre, pero luchador. Para ella, saber que Matt se había hecho a sí mismo, lo hacía destinatario de su admiración.

—Cada vez que podía salía a las calles a desquitarme con cualquiera que se atreviera a desafiarme. Y me veía envuelto en peleas callejeras. Menos mal nunca me sacaron ficha policial —esbozó una mueca—. Solía correr muy rápido, y antes de que la policía me atrapara ya estaba a muchas calles de distancia. Una de aquellas noches de juerga y peleas, cuando regresaba a casa, una muchacha muy guapa se me acercó. —Ella se acomodó para escucharlo. Matt era ajeno a cualquier situación que no fuera su relato. De pronto se sentía embebido del pasado—. Recuerdo porque vestía una

minifalda de un tono verde estridente, y un escote que dejaba poco a la imaginación. Yo estaba caminando por una avenida llena de locales comerciales cerrados, pero había buena iluminación. En ese tiempo tenía dieciocho años. Era un gambero. Continué mi camino, y antes de doblar una esquina la vi.

—Eras tan joven... —susurró bajito.

Él asintió.

—A pesar de mi edad, yo estaba lleno de hormonas y me desfogaba en el gimnasio de un amigo que no me cobraba. Creía que podía alcanzar lo que quisiera. En especial mujeres... No me importó que Sabrina fuera ocho años mayor. Al contrario, me sentía tal como un gladiador se hubiese sentido al quedar invicto en el Coliseo Romano: poderoso, invencible...

El tono monocorde de Matt le impidió a Victoria sentir celos o irritación por lo que fuera que hubiera vivido él con las mujeres en el pasado. Sería ridículo. Giró el rostro y le dejó un beso suave en el hombro.

—Entiendo —dijo con suavidad.

—Nunca antes me sentí tan sucio en la vida como cuando me acosté con ella. Sí que era una mujer voluptuosa y su rostro era como de un ángel, y yo era solo un niño deslumbrado por su experiencia. Me ofreció crack. Al principio pensé que era una broma. Pero ella iba en serio. —Meneó la cabeza—. Yo tenía poco autocontrol de mis instintos y solo deseaba satisfacerme, así que acepté. Aquella fue la primera ocasión que probé drogas. Así que nosotros estábamos ya a punto de... —dejó el resto al aire, pero Victoria entendió lo que quería decir, y los nervios se le congelaron—. Ella se puso de pie de pronto, mirándome con frialdad y me dijo que si no la probaba, pues no me daría lo que deseaba en ese instante. Yo estaba cegado por la lujuria y el modo en que Sabrina... Era un idiota, la verdad.

Ella lo escuchaba, atónita.

—Desde ese día, cada vez que nos acostábamos, me hacía consumir antes de llegar al final...—Victoria sintió rabia y dolor por él—. A pesar de haber sido tan

estúpido para continuar con Sabrina y aceptar su rutina de sexo y crack, nunca dejé de usar preservativo. Mi imbecilidad no era tanta como para descuidarme y tener un hijo con esa mujerzuela. Estuvimos juntos por casi cuatro meses. Y llegó un día a decirme que estaba embarazada. No le creí.

Victoria estaba sobrecogida por el relato. Deseaba abrazarlo y besarlo, pero Matt era un hombre que no buscaba la solidaridad de ella en ese momento. Así que se contuvo, obligándose a quedarse callada.

—Cuando la dejé, Sabrina armó un escándalo. Uno de sus hermanos llegó a buscarme en la pizzería donde trabajaba para golpearme. Al final, él reconoció que no era la primera vez que tenía que intentar limpiar el honor inexistente de su única hermana. No volví a ver a Sabrina durante un año. Hasta que un Día de Acción de Gracias se presentó en mi puerta diciendo que el bebé que tenía en brazos, Phillip, era hijo mío. Día festivo o no, la eché de casa. Luego me fue a buscar de nuevo para reiterarme mi paternidad con el niño. Tanta fue la insistencia de Sabrina sobre Phillip que me hizo dudar. Así que le dije que nos hiciéramos un examen de paternidad. No te voy a contar los detalles intermedios porque ya no importan, pero conseguí hacerme esa prueba cuando el niño ya tenía dos años. Dio negativo como yo esperaba. Pasó un tiempo y me la topé en un café. Me pidió disculpas, y también me contó que el padre de Phillip, un tal Horacio, no le pasaba la manutención. La ayudé con un poco del dinero que tenía ahorrado.

Victoria se sorprendió ante la generosidad de Matthew, porque si hubiera estado en su lugar, habría mandado a la tal Sabrina con viento fresco.

—Pero la muy descarada le hizo creer a Phillip que yo era su padre. El niño en su ingenuidad empezó a decirme papá. Y en alguna ocasión amenacé a Sabrina con dejar de ayudar si continuaba con esa mentira. Así que los encuentros “casuales” conmigo, desaparecieron. Hasta hoy. ¿Sabes? No puedo desentenderme del muchacho, porque no tiene la culpa del pasado, ni de su madre. Tu padre me ayudó, y también es una forma de retribuirle a alguien el favor que me hicieron a mí. Me hubiera gustado ayudarlo y ofrecerle trabajo, pero dado que Phillip quiere vivir con su tía, pues le daré el dinero que necesita y cuando sepa que está a salvo lo dejaré seguir su camino.

Ya verá él cómo se las ajusta con su tía el tema de los documentos legales... —suspiró—. En fin... esa es la historia de Phillip.

Ella hubiera querido decirle que su nobleza era uno de los rasgos que siempre le había gustado de él. Aunque la experiencia de vida de Matthew fue muy dura, Victoria sabía por su padre que hacía muchas extracurriculares vinculadas a causas de ayuda a otros chicos que necesitaban nivelarse en la carrera; fue muy conocido en el campus universitario por ello.

—Eres un buen hombre —manifestó con cautela.

Él giró la cabeza. No había sombras en sus ojos verdes, notó Victoria. Como si al hablar de Sabrina y el episodio con el crack se hubiera evaporado la rabia por lo ocurrido.

—Nunca más volví a consumir ninguna sustancia de esas.

Ella le sonrió.

—Lo sé.

Matt enarcó una ceja.

—Mi padre es muy astuto, Matt, y no hubiera tomado bajo su tutela a un chico incapaz de hacerse responsable de sí mismo.

—Tori...

—Me gusta cuando usas mi diminutivo.

Él se rio. Fue una risa franca, liberadora.

—Deberías estar por lo menos aturdida con lo que acabo de contarte...

Ella se removió y acarició la nariz de Matt con la suya.

—Lo estoy. Pero eres un hombre que gracias a ese pasado se ha convertido en la persona que eres hoy. Exitoso y decidido. ¿Por qué voy a reprochártelo, o a enojarme si no tengo derecho alguno a hacerlo? —susurró, recorriéndole los labios con ligeros mordiscos.

Él se quedó atónito. «Victoria era...» No encontraba las palabras adecuadas para describirla en ese preciso instante. Por eso le demostraría con acciones el resto de la noche lo que pensaba exactamente de ella.

—¿Matt? —preguntó al ver la determinación en él—. ¿Dije algo que te incomodó?

Se rio antes de tomarla en sus brazos y colocarla a horcajadas sobre sus muslos. Ella sintió cómo el miembro viril volvía a erguirse. Matt le quitó la sábana, dejándola expuesta para él. Con una mano tomó un pecho para elevarlo, antes de chuparle un pezón y hacerla retorcerse. Luego se giró con ella, colocándose sobre el cuerpo femenino.

—No, nena, y lo que voy a hacer contigo ahora mismo —Victoria estaba cómodamente tendida de espaldas en el suave frufú de las sábanas—, no tiene absolutamente nada de incómodo... al contrario. —Apartó de un tirón la sedosa tela que le impedía que ella viera la prueba de su deseo, quedando desnudo. Le encantaba la piel de Victoria, y pretendía probar cada recodo de su cuerpo de nuevo—. Lo que haré con estas curvas que me tienen al borde de la locura...—deslizó los dedos sobre la curvatura de la piel de la cadera—, es *muy* cómodo y altamente, *altamente* —repitió con énfasis—, gratificante y placentero.

Y así se lo demostró.

A la mañana siguiente, cuando Matt se despertó buscando a Victoria, solo encontró el espacio vacío. Comprendió a qué venía el hecho de que se hubiese marchado. Sin embargo, no dejó de sentirse inexplicablemente molesto. «Sin compromisos ni expectativas», se recordó. Había sido sin duda el mejor sexo de su vida. Le hubiera gustado disfrutar de una ducha con Victoria. «Quizá la próxima», pensó con una sonrisa.

Tenía que darle una clase a Anthony. Paul Harrington le había escrito un correo electrónico, mientras él y Victoria cenaban con John, diciéndole que cancelaba la partida de tenis porque tenía que viajar de urgencia a Ohio, por un asunto familiar. Victoria se había sentido conforme cuando se lo comunicó, porque así no faltaría a su

clase de francés.

Cuando estuvo listo con su uniforme blanco y el cinturón negro bien ajustado, se calzó. Él tenía cinturón negro como grado de tercer dan-Sandan, una categoría que lo consideraba como un profesor capacitado para practicar y enseñar. El maestro Tanaka en cambio era cinturón rojo, noveno dan-Kudan, una categoría y color que daba cuenta de que quien lo poseía había llevado una vida dedicada al Karate - Do. Para Matt era un privilegio contar con su maestro, y aunque hacía un par de años que no trabajaba a fondo para continuar ascendiendo en las escalas del Karate - Do, jamás dejaba la práctica. Más allá de todo, para Matt esta práctica era parte de su vida y lo había ayudado mucho. Practicar con Anthony o cualquier otro chico o chica, que quisiera aprender, era siempre enriquecedor. Cada ascenso en su grado como karateca, siempre lo había tomado con humildad. Presumir de una práctica tan noble era como una falta de respeto.

Recién afeitado y listo para salir a enfrentar el día, Matt fue a la cocina para prepararse el desayuno. Reparó en la frágil figura que estaba acurrucada en un rincón del sofá. En medio de su bruma de saciedad sexual se había olvidado por completo de Phillip, quien al notar su presencia, lo miró con una extraña sonrisa.

—Buenos días, Phillip. ¿Pasa algo? —indagó, mientras abría el refrigerador.

Algo tímido, el chico se animó a hablar.

—No sabía que las mujeres hicieran tanto ruido por la noche —expresó ruborizándose.

Matt lo observó dejando de servirse el jugo de naranja. Luego cayó en cuenta a qué se refería por *ruidos*.

—Mmm —gruñó, y volvió a lo suyo.

Phillip lo dejó pasar. De todas maneras eran ruidos parecidos a los que su madre solía hacer, cuando creía que él dormía, y dejaba pasar a sus novios al cuarto que estaba junto al de él. No era tonto.

—Siento haberte llamado papá, Matt..., pensé que si no lograba tu atención de

algún modo me echarías, y entonces no tendría donde pasar la noche. Lo siento de verdad si te causé problemas.

—No te preocupes, no me causaste ningún problema. ¿Sabes cómo contactar con tu tía en Georgia? —cambió el tema.

Él asintió poniéndose de pie para tomar el platillo con el sándwich que Matt dejó sobre el mesón, ofreciéndoselo.

—Me quisiera ir esta misma mañana ...

—Te llevaré al aeropuerto, y no tienes que devolverme nada de lo que te dé. Tan solo quiero saber que llegaste sano y salvo. No quiero que robes, ni que hagas tonterías. Busca un trabajo de medio tiempo y estudia por más difícil que sea. Esa es mi condición para ayudarte. ¿Crees que es un buen trato?

La sonrisa iluminó el rostro ovalado del muchacho.

—Es un trato —aceptó dando un mordisco al sándwich.

Matthew no quería que Phillip pasara ningún apuro, así que además del pasaje le dio quinientos dólares para cualquier eventualidad que tuviese. Cuando llegaron al aeropuerto, le compró ropa en una de las tiendas y se despidieron con un apretón de manos. El chico le prometió llamarlo al llegar a casa con su tía y también que le escribiría cuando pudiese para contarle de sus progresos. Con la certeza de que el muchacho estaría bien, Matt abandonó la terminal para dirigirse a Temple Ki.

Mientras recorría la autopista, pensaba en las palabras que alguna vez le dijo su maestro. «El Karate - Do es una disciplina que necesita todo de ti; representa días buenos, días no tan buenos; risa y dolor; sudor y alivio; pero sobre todo años y años de trabajo. Y la meta es siempre mirar hacia el futuro con optimismo, empujando a quienes están debajo. Si todos ascienden, tú también lo haces.» Y era precisamente eso lo que había impulsado su voluntad de superarse y a alcanzar sus objetivos, pero siempre ayudando a otros en el camino cuando le era posible. Esperaba que Phillip consiguiera salir adelante.

Cuando llegó a la academia encontró al maestro Tanaka sentado sobre un tapete

en posición de flor de loto. Los sábados solía meditar al aire libre. El clima estaba fresco. Matt procuró no hacer ruido. Se descalzó y entró en el acogedor edificio adecuado con una hermosa arquitectura oriental. El ambiente se mezclaba con una corriente energética que le causaba una sensación de inmediato relax, poniendo su mente solo en el Karate – Do.

Practicó algunos movimientos en silencio sobre la colchoneta azul. Combinó la práctica de técnicas de mano y pies para bloquear y atacar, junto con técnicas duras—blandas y largas—cortas. Eran movimientos muy precisos y requerían de toda su concentración. Despertaban sus instintos defensivos y reflejos. La práctica le resultaba sumamente útil en su autocontrol cuando tenía semanas muy intensas en la oficina. Lo único que lamentaba era no poder utilizar ese mismo autocontrol con Victoria.

Se ejercitó a fondo, y luego de la clase, conversó con Anthony sobre los progresos que el chico estaba haciendo. El muchacho lo estaba haciendo genial. El estilo que practicaban era el Shotokan. Segundos después de despedirse de Anthony, el maestro Tanaka se le acercó. Matt no necesitaba que lo tocara o le hablara, pues sentía su presencia con bastante facilidad. Quizá debido al silencio del centro, o a la conexión que solía crearse entre maestro y alumno.

Hicieron el saludo de rigor.

—Muchacho, ¿qué te ocurre? —preguntó de modo directo.

Él lo miró extrañado. «A mí no me sucede nada.»

—Maestro Shudan, pues, no me ocurre absolutamente nada.

—Son dos negaciones juntas —expresó con su voz calma. Invitó a Matt a sentarse con un gesto de la mano—. Te conozco hace más de seis años. Y sé cuando tu mente está ocupada por algo distinto al Karate - Do.

—Hay una persona. Es todo. —No servía de mucho ocultarle o intentar guardarse algo cuando estaba con su maestro. Era como si atravesara su pensamiento. Casi le pareció ver una sonrisa elevándose conjuntamente con el pequeño bigote.

Casi.

—¿Sabes, Matthew? Cuando más procuramos encasillar un tema en la categoría equivocada, con el paso del tiempo la factura que nos pasa la auto-indulgencia se desborda y nos hunde.

Esos comentarios tan poco claros, Matt los escuchaba cada cierto tiempo, y al final solía darse de bruces, porque cuando finalmente entendía las palabras de su maestro el vendaval ya había pasado por su lado. Él valoraba mucho a Tanaka, porque sabía escucharlo y lo invitaba a reflexionar. Así había aprendido a conocerse mejor a sí mismo, aunque no lo suficiente, porque el viaje aún era bastante largo.

—¿Qué me quiere decir con esto?

—Exactamente lo que te he dicho.

«Claro, un enigma.»

—Si se pregunta si es algo serio, no lo es. Solo que hacía unos meses no...

—Mmm, bien —interrumpió, luego se incorporó para después alejarse con paso lento y estudiado. Como si a sus casi ochenta años de vida, le quedaran aún ochenta más por vivir.

Matthew lo observó hasta que desapareció en la escalera que daba al piso donde estaban las oficinas privadas. Permaneció sentado contemplando la fuente rodeada por el jardín Zen que se veía a través del ventanal del salón de entrenamiento. Pensó en Victoria. Con ella sentía que sus anhelos personales predominaban sobre el sentido común. No era de los que tenía muchas amantes, pero sí solía experimentar y explotar su sexualidad al máximo con la mujer con la cual estuviera. En el caso de Victoria era un poco más complejo, porque tal como le había dicho a ella, la conocía desde siempre, y ahora no solo había reconectado con ella a un nivel intelectual, sino físico. Creyó que acostarse con ella sería igual que con otras. Grave error de juicio. Victoria había pasado dejando una tormenta en él. No podía permitir que eso ocurriera.

Con una profunda respiración cerró los ojos decidido a meditar y retomar el

control.

Pasado el mediodía, mientras almorzaba en casa, Matthew recibió una llamada de Paul Harrington. El empresario le explicó que estaban buscando una modelo que pudiera lucir fresca, joven, sofisticada y sencilla al mismo tiempo, por lo que tener una idea real de ella sería más que idóneo. Le comentó también que tenía pensado hacer una fiesta para que las dos agencias que trabajaban en la licitación se familiarizaran mucho más con el ambiente corporativo de su empresa.

A Matt esas ideas no le agradaban. Tenía puntos encontrados con Brian Lewis, el ejecutivo de Butler & Partners, y por ende, tampoco sentía ningún interés de topárselo en una fiesta. Sin embargo, debía considerar que Harrington era un cliente excéntrico y pagaría bien cuando fuera parte de su cartera de clientes, así que tendría que echar mano de su lado profesional.

Matthew consideraba a Brian, pretencioso y engreído. Estaba seguro de que no era la única persona que tenía esa certeza. Recordaba que en alguna ocasión llegaron a palabras mayores cuando se enteró que Brian había ganado un cliente —que estaba próximo a cerrar trato con Spring & Marsden— urdiendo una mentira sobre la capacidad de rendimiento, trabajo e influencia que tenían en la agencia de John. Lo enfrentó, y Brian no pudo defenderse dado que era culpable. Matt no estuvo dispuesto a limar asperezas.

Al final de la charla telefónica con Paul, Matthew se encontró con una fiesta a la vista, y un casting que tendría que hacer para contratar una modelo.

«Trabajo es trabajo.»

Victoria no se arrepentía de haber dejado la casa de Matthew tan temprano, sin antes hablar o despedirse. Se entretuvo en el curso de francés. Cuando salió de la clase sucumbió a la tentación de revisar el móvil para buscar algún mensaje de Matt. No hubo ninguno.

El domingo continuó sin tener noticias de él. Ni siquiera para comentarle sobre

Phillip, o simplemente para... ¿Para qué? Si se hubiese quedado en la cama con él, probablemente habría empezado a sentirse cómoda con la sensación de placidez y deseo. Y no quería hacerse falsas ideas. Solo tenía la certeza de que nunca antes se había sentido tan plena con su sexualidad. Estar con Matt fue como si todas sus terminaciones nerviosas hubieran explotado en mil partículas de placer, para fundirse luego en un clímax asombroso.

—¿Tori?

Victoria miró a Chloe que estaba de pie en el umbral de la puerta de su habitación.

—¡Hola! —sonrió—. Bienvenida a casa. ¿Todo bien en Sacramento?

Chloe sonrió, y asintió.

—¿Cómo fue tu fin de semana? —preguntó dejando el *carry-on* en una esquina.

Victoria se lo contó todo. Bueno, casi todo. Exceptuó los detalles más privados para ella. Su mejor amiga le dijo que siempre y cuando tuviera claro que Matthew estaba viviendo una aventura sexual, y que podía cansarse de un momento a otro, todo iría bien.

—Pues yo también podría cansarme, ¿no crees?

Chloe enarcó una ceja y puso los brazos en jarras.

—Tienes una sonrisa tonta en la cara. De esas que no te veía desde hace mucho tiempo. Te conozco bastante bien. ¿Sigues enamorada de él?

—¿Qué?! ¡Claro que no!

—Bueno, no hace falta alterarnos, eh —expresó riéndose.

Victoria cruzó las piernas sobre la cama, y abrazó una almohada.

—Solo que Matthew tiene un lado noble que me gusta mucho, y he estudiado sus campañas. Como profesional, lo admiro. Tiene una manera impresionante de manejar la imagen con la conceptualización que... —soltó el aire—. En fin. Eso.

—¿Solo *eso*?

—Sí —mintió. Al reparar en la mirada penetrante de Chloe se rindió—: De acuerdo, quizá una pequeña, pequeñísima, parte de mí todavía siente algún tonto enamoramiento con él. Todo tiene que ver con esto de estar viviendo lo que anhelaba en el pasado, ya se me pasará la novedad. Esto es así.

Chloe ladeó la cabeza y achicó los ojos.

—Por el pasado —repitió la pintora, poniendo un evidente sarcasmo en el comentario.

—Eso es.

—Escucha, Tori, las fantasías juveniles cuando mejoran en la realidad y ya en la adultez pueden ser peligrosas, en especial cuando al parecer no tienen claro qué quieren el uno del otro y solo están tratando de dejarse llevar por la corriente de la atracción. Me has dicho que Matthew tiene el trabajo siempre por delante. Eso significa que...

—Si tiene que elegir entre el trabajo y yo, elegirá a la agencia, siempre —completó—. No se me ha olvidado, lo llevo claro, porque para mí es igual.

Chloe asintió, poco convencida de que Victoria estuviera diciéndole la verdad sobre lo que sentía por Matthew, pero era mejor dejarlo estar.

—Te irá bien en la agencia, Tori. No te preocupes por eso. Tienes talento y empuje. Nadie que tenga dos dedos de frente dudaría que te han contratado porque eres un excelente elemento profesional para Spring & Marsden.

Victoria sonrió.

—Gracias.

La chica se encogió de hombros.

—Es la verdad. Ya sabes que no me va eso de la adulación sin sentido. En todo caso, ahora que tienes claro el panorama, quiero contarte del hombre guapísimo que conocí mientras compraba en una tienda de arte un precioso cuadro que va a quedar perfecto en la cocina...

El resto de la noche del cotillearon y vieron películas.

El móvil de Victoria continuó sin recibir ningún mensaje o llamada de Matthew.

CAPÍTULO 9

El día lunes llegó cargado de un ritmo frenético de trabajo. A pesar de que Matthew y Victoria se toparon durante el día, ninguno hizo alusión a lo ocurrido la noche del viernes. No eran necesarias las palabras, porque las miradas de Matt eran bastante elocuentes, así como los sonrojos que Victoria trataba de esconder sin éxito.

Durante una reunión de medio día se comentaron las expectativas de Harrington con respecto a la campaña, luego de que Matt le explicara a su equipo sobre la conversación telefónica del sábado, así como de la suspensión de la reunión que se había previsto el fin de semana con Paul. Todos empezaron a preparar la coordinación del casting para la sesión fotográfica que debía realizarse lo antes posible. Sabían que los de Butler & Partners iban pisándoles los talones, así que debían apresurar el ritmo de trabajo para tener las gestiones a punto y también para contar con un margen de tiempo prudencial y necesario de corrección de factores antes de la presentación final.

—Así que una fiesta, ¿tenemos que ir todos? —preguntó Beatrice.

—En realidad, no. La invitación está abierta al equipo, pero la decisión de ir se la dejo a cada uno —miró a Victoria—: Como eres la ejecutiva encargada de esta segunda instancia para obtener la cuenta, y la que mantendrá un vínculo directo entre ellos y nosotros, debes asistir. Y yo en calidad de director también estaré, así aprovecharé para presentarte con Paul, y conocerás también a los de Butler & Partners.

—Lo sé —contestó ella intentando no mirarlo a los ojos, y utilizando un tono monocorde—. ¿Cuál es la finalidad de la fiesta?

Matthew se encogió de hombros.

—Una suerte de integración de competidores —replicó.

—Ese Harrington es demasiado fastidioso —comentó Wanda sonriendo—, pero yo esa fiesta no me la pierdo por nada.

—Desde ahora, yo confirmo mi asistencia —manifestó Claire, ajustándose la chaqueta blanca que llevaba a juego con una falda muy elegante.

—No es conmigo con quien tienes que confirmar —expresó Matthew, parco—. Habla con mi asistente. —Se giró hacia el equipo, ignorando cómo Claire se contenía—: Quiero saber qué tipo de adelantos han hecho durante la mañana de trabajo. No hay tiempo para distracciones.

La adrenalina corría en la agencia, y no solo en el departamento de cuentas VIP. Les quedaban tres semanas para que llegara la licitación de la campaña para *The Dolphin Shine*.

Victoria y Simón consiguieron vincular a Thextox, una agencia muy importante de modelos, en el proceso. La directora, Francine Brown, estuvo dispuesta a ayudarlos, pues conocía la reputación de Spring & Marsden. A cambio de reducir el valor de los honorarios en un ochenta por ciento, debido a la premura de la gestión que se estaba requiriendo, pedían una valoración integral de su marca, una petición que Matthew aceptó hacer sin problemas.

—Creo que es un buen trato —expresó Matt reclinándose en el asiento que lideraba la mesa de reuniones, mientras giraba entre los dedos un bolígrafo *Montblanc*. Ese día llevaba unos pantalones azul marino, zapatos negros, camisa blanca impoluta y una chaqueta a juego con el pantalón. Tenía un aire desenfadado, y elegante al mismo tiempo.

—Me dijo Francine, la directora, que podía organizarlo todo para hoy a las seis de la tarde si estamos apurados, porque ellos en la mañana terminaron una sesión con varias modelos para una campaña de un cliente británico, así que tienen a las modelos que no participarán para ese cliente, disponibles por si encajan en lo que necesitamos —comentó Victoria, mientras Simón escuchaba atento, al igual que el resto del equipo.

—Perfecto —replicó Matt, sonriéndole—. Buen trabajo. —Miró al resto de su

equipo—: Chicos habrá pago de horas extras a partir de las seis de la tarde, así que necesito contar con ustedes a tiempo completo para las próximas semanas. Ya saben que habrá una buena bonificación cuando logremos esta cuenta.

Todos asintieron.

—Yo más que nadie quisiera trabajar en Europa como está previsto, una vez que se aplique la campaña en Estados Unidos —comentó Gary—. Así que cuenta conmigo, Matt.

—Estoy disponible las horas que necesites —repuso Claire. A nadie se le pasó por alto el doble sentido, pero Matthew lo dejó pasar, y el resto del equipo no se dio por aludido ante la sonrisa socarrona de la rubia.

Matt miró a Victoria, que estaba sentada en el lado opuesto al suyo en la otra cabecera de la gran mesa de vidrio.

—Envíanos por correo la dirección del estudio, el plan de trabajo para la sesión de fotos, lo que acordamos para las características de la campaña y súmalo a lo que busca el cliente.

—No hay problema —repuso ella.

—Nos vemos en el estudio —dijo Matt—. Gracias por el entusiasmo. Quienes puedan asistir a la fiesta de Harrington, infórmense con mi asistente cómo proceder.

Todos empezaron a salir. Matt se quedó en el salón recogiendo un par de documentos. Cuando levantó la cabeza, presto a ponerse en marcha para ir a su oficina, se quedó estático. Claire estaba frente a él y empezaba a quitarse la chaqueta.

—¿Qué haces, Claire?

Ella sonrió, y cerró la puerta con seguro.

—Me gustaría tener una charla contigo.

—¿Algún tema en particular? —preguntó ocultando su irritación.

—Nosotros.

—Estás un poco desfasada en el tiempo. No hay ningún nosotros que no

involucre temas laborales. Si tiene que ver con eso te escucho. Sino, será mejor que abras esa puerta y vayas a tu oficina a trabajar con Victoria.

—¿Victoria, eh? —preguntó con una sonrisa ladina. Dejó la chaqueta sobre la mesa y cruzó los brazos—. Espero que no empiecen a existir favoritismo en el equipo, Matt.

—¿Es eso sobre lo que quieres hablar? Estás haciendo el ridículo, y esta conversación me parece francamente absurda.

—En realidad me gustaría que nos entendiéramos mejor en un plano más personal. Como en los viejos tiempos. Hacíamos una pareja interesante en la cama. — Se acercó a Matt, y le pasó un dedo por el brazo, sonriéndole—. Nunca he dejado de reprocharme lo tonta que fui al querer estar con otro, mientras te tenía a ti.

Él tomó los papeles bajo el brazo, y con la mano libre la apartó.

—Te recuerdo que sigues trabajando aquí porque eres buena en lo tuyo, pero si vas a continuar en esta línea, no me quedará más que pedir tu reubicación en otro equipo de la compañía. Si buscas una promoción o aumento salarial, te equivocaste persona. Las remuneraciones a costa de favores sexuales no van conmigo.

Claire abrió y cerró la boca, fingiéndose ofendida.

—Matt, no me gustaría que llegaras a esas instancias, y lo que intentas decir me sorprende. —Él puso los ojos en blanco—. Hacemos un gran equipo de trabajo y lo sabes. Pero por otra parte extraño tener un buen amante en la cama, alguien que sepa hacerme vibrar. Lo cierto es que nadie se te compara. —Matthew se guardó la grosería que tenía en la punta de la lengua—. No ha sido repentino mi interés, tan solo he estado pensando cómo aproximarme a ti. Y creo que te he dado pistas suficientemente claras de que quiero compartir una aventura sexual contigo, nuevamente —empezó a deslizarse por los hombros, hacia abajo, los tirantes de la blusa dejando un buen vistazo de sus pechos.

Matthew apretó la mandíbula. En otra circunstancia, en otro tiempo, habría encontrado a Claire provocativa y sensual, pero después de Victoria, no.

—Has perdido tu tiempo. Estás quedando en ridículo y empiezas a perder mi respeto hacia ti como mujer. Pensaba que eras mejor que esto. Realmente, Claire, estoy empezando a creer que tienes algún desorden de personalidad. No sé lo que buscas con estos jueguitos tontos y haciendo comentarios delante del equipo. Mi único interés en ti es profesional —la apartó con firmeza hacia un lado, tomándola del codo, para abrirse paso hasta la puerta—, y será mejor que te comportes. Si no me dejas más remedio, entonces atente a las consecuencias de tu falta de profesionalismo. —Dicho eso, abrió la puerta y salió dejando sola y furiosa a su ex amante.

El estudio fotográfico era amplísimo, y las modelos muy profesionales. Simón se encargó de que entendieran a la perfección la idea de lo que buscaban. Wanda, se tomó muy en serio el aspecto del atuendo y tuvo sus pequeños desacuerdos con Gary, pero al final lograron unificar los criterios. La modelo debería llevar un vestido azul de seda, un escote generoso, pero elegante, los brazos apenas cubiertos por una finísima tira en el hombro del traje, el cabello suelto y ondulado, un maquillaje impactante y que tan solo podía ser opacado por los pendientes y el colgante de diamante. El resultado con cada modelo fue asombroso.

—¿Ya tenemos todas las tomas? —preguntó Victoria a Beatrice, cuando el reloj marcaba cerca de las diez de la noche. Todos estaban agotados, pero eran un equipo, y aunque, por ejemplo, Beatrice era la redactora creativa y no tenía nada que hacer ahí, también ponía el hombro. Victoria se sentía complacida del nivel de profesionalismo de ese grupo, inclusive la «Barbie plástica» de Claire, parecía absorta en el ordenador trabajando. Lo cierto era que no solo gestionaban para Harrington Jewelry Incorporated, la cuenta multimillonaria que anhelaban, sino que tenían que equilibrar el tiempo para sus otros clientes.

—Nos falta una modelo, tuvo un retraso en el tráfico y luego una cena imprevista con su agente y un conductor de televisión. Se llama —comprobó el listado que les envió tres horas antes la agencia—, ajá, se llama Stefanie Lanoit.

Franco-americana. Treinta y un años. Rubia...—sacó una foto—. Aquí tienes. Matt aún no la ha visto, apenas me la acaba de dar la agencia —se encogió de hombros—, problemas técnicos.

—Guapísima. Ella quedaría bien —comentó Victoria observando la fotografía. La mujer tenía los pómulos altos, el cabello brillante y una sonrisa impresionante—. Sin embargo, la morena que está allá, creo que se llama Freida Keneth, me gusta más por el cabello negro y largo. También considero a la pelirroja, Coleen Thanner, como un acierto, porque llama la atención y encaja en lo exótico. Pero vamos a ver qué ocurre cuando llegue Stefanie Lanoit y haga las tomas.

Claire continuaba volcada de lleno en comprobar sus números en la portátil, mientras los fotógrafos y el equipo de iluminación y maquillaje trabajaban. Matthew se encontraba cerca de la entrada del estudio contemplando el semblante concentrado y atractivo de Victoria. Le gustaba saber que coincidían bastante en los criterios de trabajo. La agencia había dispuesto que seis modelos trabajaran en el casting, y tanto él como Victoria acordaron en que Coleen y Freida podían considerarse seriamente para la elección final de la candidata que fuera más idónea. Él había sido informado de que todavía faltaba una modelo más por llegar. Así que dado que Thextho estaba siendo extremadamente ágil, él tenía que ser paciente, a pesar de la hora.

Matthew se sentía conforme con su equipo. A pesar de que no era parte de sus funciones trasladarse fuera de la oficina por un asunto de temas fotográficos o similares, le gustó que pusieran el hombro para empujar el proyecto. Cuando ganaran esa cuenta, los ingresos por comisión de cada uno se duplicaría con respecto a otros clientes que habían tenido antes. Harrington fácilmente podía dar a la empresa más de dos millones de dólares por la campaña inicial.

—¿Matthew Talley? —preguntó una voz sedosa a su espalda.

Él se giró sobre la butaca.

—Sí, yo...—Al reconocer el rostro sonrió—. ¡Stef! Mira qué mundo tan pequeño. Estás guapísima. ¿Eres tú la modelo que faltaba para hacer el casting?

La rubia de piernas largas, le mostró su sonrisa más cautivadora.

—Sí. Lamento el retraso, pero, vamos, ¿quién lo diría? Tengo la suerte de encontrarme con el publicista más sexi haciendo un casting. ¿Eh?

Matthew rio.

—Viniendo de una mujer tan hermosa es un absoluto cumplido. —Se puso en pie, y le plantó dos besos. Uno en cada mejilla pulcramente maquillada al estilo tan francés como sabía que era lo habitual con Stef—. Ya tendremos tiempo de ponernos al día —expresó llevándola hacia donde se encontraba el equipo de fotografía.

Él había conocido a la modelo años atrás. En aquella ocasión una marca de lencería había sido su cliente, y Stefanie fue la modelo escogida. Aunque no se fue a la cama con ella, ni tampoco hubo ningún tipo de vínculo físico porque las preferencias sexuales de Stefanie no se encaminaban al género masculino, se hicieron buenos amigos. Ella era una persona que poseía agudeza para los negocios y una conversación amena. Era agradable verla de nuevo.

A Victoria no le pasó desapercibida la sonrisa de aquella despampanante mujer que con el vestido negro y ceñido dejaba muy poco a la imaginación. Tampoco le fueron ajenos los celos enfermizos que sintió, cuando la vio pegarse a Matt, mientras él no dejaba de sonreírle en ningún momento. La chica era, sin duda, la modelo que faltaba. Apartó la mirada. No tenía ningún derecho sobre Matt. «Ni él sobre mí.» Con ese pensamiento en mente, se tragó la bilis que se le formaba en la garganta al ver a la mujer coquetear con él. Continuó respondiendo en su iPad algunos correos atrasados de la oficina.

—Ella es Stefanie Lanoit. Con esto vamos a terminar la jornada —comentó en voz baja Simón, acercándose a Victoria y Beatriz, mientras Gary salió por unos cafés al Starbucks junto con Wanda.

—¡Bien! La modelo que faltaba —señaló Beatrice, mientras observaba a Stefanie instalarse en set para que le ajustaran el peinado, y la vistieran—. Hacía varios meses que no teníamos un cliente tan excéntrico ni demandante como Paul. A veces me gustaría estar en la sección de cuentas deportivas —se rio.

—Mmm —respondió Victoria sin quitar la mirada de su aparato electrónico.

Cuando estaba molesta o concentrada en algo solía cerrarse a su alrededor, pero no podía ser así con alguien que apenas la conocía. Se giró hacia su compañera—: Bea, por favor, dile a Coleen y a Freida que quiero conversar con ellas en la oficina del fondo del estudio. Luego habla con Stefanie cuando termine de hacer las fotos de prueba, para que se encuentre conmigo. Necesito conocer la disponibilidad de tiempo de trabajo de ellas, independiente de quién quede elegida. A las demás, solo agrádeceles su asistencia.

—No te levantes Bea, será mejor que descanses, yo ya tengo dos cafés auestas y puedo ir por Freida —intervino Simón. —Victoria achicó los ojos, y al entender que Simón quería conocer más a la modelo, rio—. Lo siento eso ha sido poco profesional —agregó él rápidamente ante la risa de Victoria.

—No hay problema, chico, ve a darle el mensaje —sonrió Bea—. ¡A las dos modelos!

Victoria en realidad no tenía ganas de hablar con las modelos, pero sería un escape en lugar de continuar observando cómo la tal Stefanie miraba a Matthew, y él a cambio sonreía como si no pudiera hacer otra cosa.

Casi a las once y media de la noche, muertos de cansancio, decidieron no alargar la decisión para la mañana siguiente sobre quién sería la imagen de la propuesta de campaña. Entre todos decidieron que la mejor opción era Coleen, la pelirroja. Hacía falta tener las tomas en papel, pero lo que veían digitalmente en la MAC del fotógrafo era fantástico. Acordaron que la chica reunía las cualidades del concepto: otoño, elegancia, brillo, sensualidad, discreción y un lado exótico. Cuando Matthew anunció la decisión a las otras modelos, estas se mostraron conformes.

—Coleen, te llamaremos mañana en la tarde para hacer la sesión de fotos oficial. ¿Te parece bien? —preguntó Matt, mientras la chica se ajustaba el cabello.

—Sí, no hay problema. Victoria ya conoce sobre nuestros horarios.

—De acuerdo, gracias, Coleen.

La chica asintió y salió del estudio.

Todos empezaron a despedirse, incluida Stefanie que se acercó a Victoria, cuando Matthew la presentó como la ejecutiva de la cuenta. La modelo le deseó mucha suerte en la campaña. Sonrisas iban y venían, hasta que Simón propuso ir a comer algo en un restaurante que quedaba a seis calles. Estuvieron de acuerdo, excepto Claire, quien se mostró reacia a hacer vida social, y prefirió ir a descansar a su casa. Nadie la culpaba, pues al siguiente día le tocaba presentarle los documentos de gastos a Andrew Spring. Matt en cambio les dijo que los alcanzaría después, sin más explicaciones. El grupo de la agencia que quedó en ir a comer, se fijó que quien esperaba en el automóvil de Matthew era Stefanie.

Ese detalle le sentó a Victoria como un balde de agua fría. Fingió no darse cuenta, mientras subía al automóvil de Gary, cómo el Cadillac de Matt se alejaba con la modelo como copiloto. No podía creer que él pensara acostarse con otra mujer a poco más de dos días de haber estado con ella. ¿No se suponía que iban a ver hacia dónde los llevaba la atracción que sentían mutuamente? Al menos, si era mutuo, hubiera esperado que le comentase que se había aburrido de ella, en lugar de hacérselo saber yéndose en sus narices con otra. Estaba un poco dolida. Con un suspiro se miró en el espejo para ajustarse la coleta, mientras Gary empezó a hacerle conversación durante el camino hacia el sitio en que habían quedado todos a cenar.

El restaurante era muy clásico en su decoración, y elegante. La zona en la que se encontraba era una de las más adineradas de San Francisco. El mesero les explicó que atendían desde las ocho de la noche, hasta las tres de la madrugada.

La comida estuvo deliciosa.

Victoria aprovechó para hacer un brindis con Wanda, Simón, Gary y Beatrice.

—¡Por el trabajo en equipo! —brindó Tori.

—¡Por la sesión de fotos que en realidad fue siempre idea de Bea! —propuso Wanda, y todos elevaron todos los vasos de vino, sonrientes.

—Eso mismo —se rio Victoria, mientras tomaba un trozo de queso brie de la tabla de quesos que pidieron—. ¡Ha sido extenuante la jornada! Pero esto es lo que a mí me encanta hacer, uff, ¡cómo echaba en falta meterme donde no me llaman! —Se

echó una carcajada, que sus colegas acompañaron.

—Nunca pensamos que fueras estirada —expresó Gary, ajustándose los lentes—. Nos da gusto que seas la hija del jefe, y que sepas ganarte tu espacio.

Las palabras de Gary la emocionaron.

—Gracias...

—Creo que tu contratación le ha aportado frescura al proyecto de esta cuenta. Realmente queremos ganarla —comentó Beatrice.

Luego empezaron a conversar de temas triviales. Pasaron un buen rato. Victoria se encontró disfrutando de la velada y relajándose. Había sido un día interesante para ella, porque después de tantos meses buscando empleo y sintiéndose frustrada, al fin ponía en práctica todas las ganas de trabajar que llevaba guardadas.

El ambiente del restaurante se puso más alegre, a pesar de ser un lunes. La música de grupos de los años 80's sonaba coreada por un grupo que estaba al fondo en la sala del karaoke. La idea de contar con esa alternativa entre los servicios a la clientela, le pareció interesante a Victoria, que empezó a mover la cabeza al ritmo de la música. Sus colegas de la oficina se encontraron con amigos, y la mesa se amplió de pronto. Ya no eran cinco, ahora sumaban casi diez personas.

Victoria estaba riéndose de un chiste, cuando sintió que alguien tocó su hombro.

—¡Tori Marsden! —exclamó un hombre por demás atractivo.

Ella sonrió por inercia, y enarcó la ceja a modo de pregunta.

—Brian Lewis de la clase de redacción publicitaria para medios, hace un par de años. ¿Te acuerdas? Fuimos hasta Houston para hacer un análisis de las mejores campañas de esa ciudad, y aprender un poco.

—¡Claro! —Se le iluminó la mirada—. Claro, Brian. Me da muchísimo gusto verte. —Por demás decirle que no lo reconocía porque ahora lucía atlético. En el tiempo que lo conoció, él pesaba varios kilos de más, aunque el atractivo de su rostro era innegable.

Él la tomó de la mano, y la puso en pie para darle un abrazo. En alguna ocasión la había invitado a salir, pero no pasó de ser solo un buen rato entre amigos.

—¿Dónde trabajas ahora? —preguntó ella, con una gran sonrisa. Apenas había notado que era pasada la medianoche. El único recordatorio de la ardua jornada era el dolor de pies que estaba matándola en esos momentos.

—Butler & Partners. Hace un año y medio me ascendieron a director de cuentas. Ya sabes que la oferta de trabajo está para ti cuando desees. Tan solo me echas una llamada —le entregó su tarjeta personal—, y me encantará conocer tus expectativas salariales. Sé que eres brillante.

—Empezando porque mi padre es el dueño de tu competencia —sonrió, y Brian negó con la cabeza—. Además, como si me resultara fácil olvidar que me ganaste aquella vez que hicimos un concurso por un viaje a Hawái en el curso. Por cierto, ¿qué tal estuvo?

—No tan bien como hubiera esperado. No viniste conmigo —le hizo un guiño.

Victoria rio.

—Eres imposible.

—Ya lo creo que lo es —terció una voz detrás de Victoria, confundida con el murmullo de los otros comensales. Ella se giró.

Matthew, la observaba con los ojos fríos.

—Talley —saludó Brian perdiendo la sonrisa y estrechando la mano de Matt—. No sabía que eras aficionado a salir en un inicio de semana.

—Todos tenemos negocios y trabajo —replicó mirando a Victoria.

Brian era muy astuto y la mirada posesiva de Matthew señalaba claramente que el interés en Victoria Marsden era un poco más particular que el de un amigo cualquiera.

—¿Trabajas con él, Tori?

Matt achicó los ojos al ver la confianza con la cual su principal competidor

profesional trataba a Victoria. Y tampoco le había gustado ver cómo la abrazaba.

—Sí. Desde hace unos días he empezado en Spring & Marsden.

—Te felicito. —Se giró para ver un grupo de personas que lo llamaban de la mano varias mesas adelante—. Por ahora te dejo. Me gustaría volver a verte y tomar un café. Ya sabes que las puertas de Butler & Partners están abiertas para ti, aunque seas la heredera de la competencia.

Victoria se rio, y Brian se despidió con un abrazo.

Matthew no compartió la risa.

—Nos vemos, Talley.

—Lewis —replicó Matt, parco.

Antes de que Victoria pudiese volver con sus compañeros de oficina, quienes estaban entretenidos charlando y apenas le hicieron de la mano a su director de cuentas cuando lo vieron llegar, Matt la tomó por el codo y empezó a salir con ella del local con discreción. Molesta por esa actitud grosera, se deshizo de su mano, tan solo para que él la agarra de nuevo y apresara más fuerte. Cuando llegaron a la acera, finalmente logró soltarse.

—¿Qué rayos te sucede? —preguntó furiosa entre dientes, para no llamar la atención—. Brian es un amigo. No entiendo tu reacción.

—Estabas hablando con nuestra competencia en la cuenta Harrington. —En realidad era lo que menos le importaba, pero era una buena excusa porque los celos no eran muy agradables. ¿Dónde estaba la disciplina de todos esos años?, se preguntó con fastidio—. Y te encuentro coqueteando. No me parece un proceder...

Ella se cruzó de brazos.

—Haz el favor de regresar al planeta Tierra —espetó interrumpiéndolo, molesta—. Tu comentario y reacción están fuera de lugar. ¿Qué si es la competencia? ¿Qué crees que es esto *Game of Thrones* o algo así? —se rio, sarcástica, ante la mirada helada de Matt—. No sé qué te traes con Brian, pero no me metas en tus líos profesionales. Si te cae mal o lo consideras un mal tipo, no es mi problema. Es tuyo.

Además, conozco a Brian desde hace un par de años y es un buen tipo —puso los brazos en jarras—, y a todo esto, ¿a ti qué más te da?

«Autocontrol», le pidió Matt a su mente. Pero esta se negaba a obedecer.

—No conoces a Lewis lo suficiente. —La tomó de la mano, y la llevó hasta su automóvil.

—¡Suéltame! Puedo tomar un taxi.

—¡Deja de comportarte como una niña caprichosa!

—Y tú como un idiota.

Matt soltó el aire que estaba conteniendo. Se pasó la mano por el rostro.

—Por favor, sube al coche.

Ella lo quedó mirando un rato sin acceder. Ante la actitud menos demandante de Matt, se aplacó un poco su fastidio. El parking estaba lleno de coches de lujo, pero de momento no había nadie alrededor.

—Vine con Gary y tengo que pagar mi parte de la cuenta. No me puedo ir de un sitio así nada más. Ellos están esperándote también, quieren pasar un rato ameno —puso la mano sobre la manga de la chaqueta azul de Matt—. ¿Por qué no regresamos? Olvidemos lo de Brian, o lo que sea...

—No me gusta compartir —dijo tomándole la mano pequeña con la suya, grande y fuerte.

Ella frunció el ceño.

—¿Es que crees que voy saltando de cama en cama? —Ante el silencio elocuente de Matthew, ella continuó—: Matt, no cuestiones mi lealtad ni mis principios profesionales. No mezcles las cosas. El único lugar en donde puedes darme indicaciones y cuestionar mis acciones es en la oficina. Si esta es una aventura, como tú mismo has propuesto y yo aceptado, entonces este tema de la exclusividad no debería salir a flote... Se da por hecho. Además, ¿te dije yo algo por irte a pasar un rato a solas con esa modelo? —preguntó sin poder contenerse.

—No deberías, porque Stefanie no tiene inclinación por el sexo masculino precisamente —replicó—. Y solo fui a dejarla a su casa.

Victoria abrió y cerró la boca.

—Esto es absurdo. —Se frotó las cienes con las yemas de los dedos dispuesta a no comentarle el alivio que sintió al saber que la escultural Stefanie no había tenido más que un encuentro profesional con él, y que no le interesaban los hombres—. Mira, no tengo mucha experiencia en manejar este tipo de relaciones y...

Matthew la tomó de los hombros. Ella se calló.

—Quizá contigo me siento algo posesivo —la interrumpió—. Eso es todo.

—¿Porque soy como tu hermana? —intentó bromear para deshacer el nudo que se le hizo en la garganta ante ese comentario de Matt. ¿Era así con todas sus amantes? No quería empezar a elucubrar, pero era imposible no hacerlo.

—No vuelvas a decirlo jamás, porque no siento por ti ninguna emocional fraternal y creo que el viernes te lo demostré con creces. —Ella no pudo evitar sonrojarse—. Ya te dije anoche el motivo, Victoria.

—Porque a diferencia de tus otras amantes, a mí me *conoces*. ¿Eso?

Matt asintió.

—He sacrificado muchos minutos de mi vida para lograr granjearme el respeto, y el puesto en el que estoy. No pienso echar a perder mis oportunidades de crecimiento en la empresa por nadie. Por encima de cualquier circunstancia está mi trabajo, Victoria, y yo estoy dispuesto a todo para conseguir mis objetivos.

—Me suena como una advertencia.

—No lo es. Solo quiero que entiendas que saber de tu amistad con Brian, me genera desconfianza.

—¡Un momento! —exclamó elevando las manos y alejándose un paso—. Mi carrera también es importante para mí, y sabes de sobra que los Marsden tenemos un alto nivel de profesionalismo y ética. Me estás ofendiendo.

—No es lo que intento. Solo quiero dejar claro que...

—Matthew, déjalo estar. Ya entendí tu punto. Entre Brian y yo solo hay una amistad de hace un par de años atrás. No es como que si fuera a sentarme con él a compartir los secretos de una campaña que yo misma quiero ganar. Es absurdo. Y aunque hubiese existido algo diferente entre él y yo, jamás pondría en riesgo mi carrera por un hombre.

—Ni yo por una mujer —replicó. Lo único cierto para Matthew era que no permitiría que alguien se interpusiera en su ascenso en la empresa. Había trabajado cada condenado segundo de su vida para alcanzar la cima del éxito, y estaba tan solo a una cuenta de convertirse en socio de una de las más prestigiosas agencias de Estados Unidos. Si Victoria echaba a perder su proyecto con Harrington por Brian Lewis, él personalmente se encargaría de que supiera que podía convertirse en un enemigo formidable y sin ninguna consideración de por medio, aunque ella fuera la única mujer capaz de confundirlo con un beso y enloquecerlo con su cuerpo.

—Entonces, ¿puedes dejar el tema y volver conmigo al restaurante? —preguntó.

—Victoria, no me gustan las mentiras.

Ella resopló. ¿Y qué creía, que a ella sí?

—Y a mí no me gusta que me cuestionen cuando se supone que entre tú y yo solo hay sexo fuera de los horarios de oficina.—Dicho esto se giró y se dirigió hacia el restaurante en donde esperaban sus colegas.

A regañadientes, Matthew la siguió.

CAPÍTULO 10

Los siguientes cuatro días en la agencia fueron frenéticos. Los horarios de la oficina eran difusos. El equipo de Matt podía empezar a las siete de la mañana e irse a las dos de la madrugada. O iniciar la jornada a las once de la mañana y salir a las cinco de la madrugada del día siguiente. El resultado del casting con Coleen fue un éxito rotundo. El vídeo promocional piloto tenía una calidad inmejorable. Todos estaban trabajando al mil por ciento, para que la presentación quedara simplemente perfecta.

Victoria y Matthew, desde aquella noche en el restaurante, no habían estado juntos de nuevo. Ella, consumida por la cuenta Harrington, y él, yendo a reuniones fuera de la oficina con clientes, o invitaciones a cocteles y fiestas. Eran actividades que él odiaba, pero como constituían parte de su trabajo para mantener los diversos contactos, no tenía de otra. Sin embargo, cuando Victoria y él se reunían para detallar avances, la tensión sexual era tan fuerte, que solo el hecho de que cualquiera podía abrir la puerta e interrumpirlos, impedía que Matt mandara al diablo su contención y le hiciera el amor sobre el escritorio. Él se moría por desnudarla, y ella, por sentirlo en su interior.

—Victoria, ¿puedes hablar un segundo? —preguntó Simón.

Ella dejó te teclear en el ordenador.

—Cuéntame.

Él entró en la cómoda oficina que ya tenía los toques propios de Victoria. Un par de cuadros de Chloe en la pared, una orquídea y una pequeña pecera con tres preciosos *golden fish*.

—El próximo sábado es la fiesta de Paul Harrington en su mansión. Sé que es prácticamente tu obligación ir, pero si prefieres que llame a cancelar tu asistencia —

señaló con el dedo la cantidad de carpetas que tenía ella sobre el escritorio—, pues dímelo y me encargo.

Victoria se recostó contra el respaldo del asiento de cuero. Ese día concluía la primera semana de trabajo para conseguir *The Dolphin Shine* de Harrington.

—No puedo saltármela —miró su reloj—, y dentro de tres horas tengo una cita con el cliente. —Simón asintió—. Voy a conocerlo personalmente. Sería una grosería no ir a su fiesta la próxima semana, y una pérdida para mí como relacionista pública al malgastar la posibilidad de utilizar un escenario como ese para la empresa.

—Oh...

—Hoy voy a darle un adelanto de lo que podemos ofrecerle en la licitación —sonrió—. Por eso hemos estado trabajando los últimos cuatro días como si no hubiera mañana.

Simón sonrió también.

—¿Crees prudente hacer eso? Me refiero a darle un adelanto. Aún no sabemos a qué empresa citará primero. Podría hacerle comentarios a Butler & Partners de lo que ha visto y...

—Necesitamos que sepa que tenemos en marcha algo grande para él, que se sienta cuidado como cliente. Le daré un abreboca nada más... digamos algo para que entienda lo que podría ser, pero sin atisbar del todo el “qué”. ¿Me explico?

—Sí, totalmente. ¿Irás con Matt?

—Claro, me tiene que presentar en calidad de director. Me gustaría que vinieras conmigo, Simón, para que así vayas vinculándote más, pero te necesito aquí de soporte por si alguna cosa se me llegase a presentar.

El chico asintió.

—Nunca tuvimos un cliente tan complicado, ni excéntrico, al menos no en el año que llevo trabajando con Matt —comentó Simón—. No me puedo creer que quiera que las dos agencias que compiten por su dinero se junten en una fiesta. Es ridículo.

Victoria rio con suavidad.

—Pues ve acostumbrándote si quieres vivir en este mundo de la publicidad. Una vez tuve de cliente a un jeque árabe. Nos llevó hasta Dubái para que conociéramos una mansión en donde quería filmar un comercial de la campaña. Es una de las casas más hermosas que he visitado jamás. Fue una experiencia increíble. El asunto era que nunca vi la cara del jeque. Decía que si se exponía a demasiadas personas, la envidia de ellas podía quitarle años de juventud.

—¿Cómo negociaste?

—No lo hice yo, sino mi socio. Yo solamente dirigí el equipo que trabajó de la mano de la empresa de filmación para que no perdieran la perspectiva de lo que el cliente buscaba. Fue una semana entre el desierto y la ciudad.

—Han dicho que antes de estar aquí en Spring & Marsden tuviste una agencia muy buena. Con pocos clientes, pero de esos que otras empresas quisieran tener. ¿Qué ocurrió?

Victoria lo miró sin ocultar su tristeza.

—Me vi obligada a cerrarla.

—¿Por qué?

—Esa es una historia que quizá te cuente en otro momento —sonrió volviendo su atención hacia la pantalla del ordenador. Presionó el *mouse*—. Te acabo de enviar un documento del cual necesito que imprimas tres copias. Es lo que presentaré esta tarde —expresó cambiando el tema deliberadamente—. Gracias, Simón.

La conversación ha acabado, pensó el muchacho. Le gustaba trabajar con Victoria. No era tiránica, ni lo trataba con condescendencia como si fuera un idiota, tal como Claire.

—No hay problema. Vuelvo en un rato.

—Perfecto.

Victoria esperaba impaciente la llegada de Matt en las oficinas de Harrington, ubicadas en el corazón financiero de San Francisco. Habían quedado de verse en el lobby del edificio empresarial, puesto que Matthew tenía una reunión fuera de la agencia. Él estaba tarde. Así que ella se adelantó y subió hasta el despacho del empresario. Menos mal que el dueño de la línea *The Dolphin Shine* estaba también atrasado, porque de lo contrario hubieran quedado muy mal. ¿Cómo podía no estar enfadada? Le resultó inevitable recordar los tragos amargos de la última vez que tuvo que dejar a un cliente plantado por culpa de Devon.

Cruzó las piernas para impedirse a sí misma agitar los pies sobre el suelo alfombrado y exteriorizar su nerviosismo. Para ese día había optado por un vestido ejecutivo de color morado de corte en A, sobre el cual llevaba una chaqueta negra y zapatos de tacón de aguja negros con morado. Uno de aquellos zapatos que Chloe insistía en que usara. Lo cierto era que lucía muy bien y estaba segura de que causaría buena impresión.

El reloj de pared dio las cinco de la tarde. «Media hora de atraso», pensó, ofuscada. Insistió en llamar a Matthew. Nada. El teléfono la enviaba directamente a la contestadora. Imposible no recordar. Imposible no sentir que un sudor frío le recorría la piel. ¿Y si Matt había sufrido un accidente? ¿Y si había muerto? ¿Y si...? Dios. No. No podría lidiar con eso de nuevo.

—Señorita, está un poco pálida, ¿se encuentra bien? —preguntó la asistente de Paul cuando Victoria se acercó al escritorio. La señora era una mujer entrada en años y con un severo moño, que parecía como si se hubiera aplicado todo el frasco de spray fijador. Ni un solo cabello se atrevía a moverse de su sitio.

—Yo —tragó en seco—, me vendría bien un vaso de agua, por favor —susurró intentando transmitirle una tranquilidad que no sentía.

—Enseguida.

Se bebió el vaso de agua con lentitud, ante la mirada preocupada de la mujer.

—¿Teme que el señor Harrington la deje plantada?

—No, no, solo que...

—¡Victoria, perdona que llegue tarde! A que no adivinas... —Matt se detuvo cuando ella se giró hacia él. Estaba mortalmente pálida. Se acercó con rapidez, y la tomó de los hombros—: ¿Qué sucede, cariño? —preguntó sin importarle que la secretaria de Paul escuchara, y sorprendiéndose a sí mismo al llamarla de ese modo.

Ella lo miró.

—Dios mío, estás bien...—susurró poniéndole las manos en el rostro, antes de abrazarlo.

Matthew frunció el ceño.

—¿Por qué no habría de estarlo?

Ella se separó de Matt y se pasó las manos sobre la chaqueta, quitando un polvo invisible de la prenda. Él esperó a que respondiera. Era la primera vez que veía esa expresión nerviosa en Victoria. Le parecía más plausible verla retadora y enfadada, o sensual y juguetona antes que nerviosa.

—Yo —se aclaró la garganta—, yo pensé que...

—¡Tú debes ser la famosa, Victoria Marsden! —exclamó Paul Harrington llegando a la antesala de su oficina, y reparando en ella, que menos mal ya había recuperado la compostura. Matthew en cambio, frunció el ceño al quedarse sin escuchar lo que iba a decirle Victoria—. Durante el almuerzo, Matthew me ha contado maravillas de tu trabajo.

—¿Almorzaron juntos?

Paul sonrió con su dentadura perfecta. Alto, con el cabello veteado de canas, y con una considerable barriga, tenía el aspecto bonachón que contrastaba con su fama de implacable en los negocios que abarcaba su nombre.

—Yo siempre digo que el mundo es un pañuelo. ¿Puedes creerte que nos encontramos en el mismo restaurante? Ya sabes que el tiempo es oro, así que el muchacho aprovechó para contarme un poco los avances y me dijo que tú estabas detrás de muchas de las ideas, y el equipo ha trabajado arduamente en lo que necesito.

Matthew me expresó también que serás la persona con quien debo conversar cualquier necesidad que se me presente durante el proceso, a partir de ahora. Primero quería conocerte. Sé que comprendes que ver a la cara a la persona en quien vamos a depositar nuestros asuntos es importante. —Victoria asintió—. Lamento que hayamos regresado con atraso y tuvieras que esperar.

—Bueno, no pasa nada...

—Fabuloso —interrumpió abriendo de par en par las puertas de teca de su despacho—. Entren, por favor. Vamos a ajustar un par de detalles. Y quiero escuchar la exposición que me dijo Matthew habías preparado para mí.

Ella le sonrió.

—Claro —replicó mirando a Matt con sorpresa. Él le hizo un guiño, y caminó hacia el interior de la suntuosa oficina con vistas a la ciudad.

Victoria se sintió muy cómoda relatándole a Paul todas las proyecciones que tenían previstas, así como también los avances respecto a sus peticiones sobre el concepto que buscaba. Le mostró un plan de relaciones públicas, concreto y directo, que lo ofrecía como plus una vez que empezara la campaña. Ella no perdió en ningún momento de vista el modo en que Matt la observaba, ¿admiración, deseo...? Él opinaba cada tanto, aportando con ciertas luces.

Paul era de lo más curioso. Aquel era un detalle que ella apreciaba, pues era un indicativo de que el hombre se involucraba personalmente en sus negocios. Ya tenía experiencia con empresarios que preferían delegar, y eso constituía un obstáculo, pues la burocracia de comunicar a uno y otro, hasta que el jefe tomara la decisión final, era una pérdida de tiempo. Pero en este caso, si el excéntrico de Harrington pretendía vincularse en persona, sin intermediarios, entonces el nivel de comunicación sería estupendo.

Cuarenta minutos después de iniciada la exposición, Victoria pasó unas proyecciones de Coleen con los diamantes. El vídeo promocional estaba en las primeras etapas, aún debía editarse, y Coleen rodar nuevamente un par de escenas. La

supervisión en conjunto con la empresa productora estaba a cargo de Gary y Wanda.

—¡Esa chica lleva el concepto que quiero! —exclamó el millonario, ajustándose la corbata azul con una gran sonrisa y apuntando la proyección con el índice—. Han hecho un buen casting. Ya quiero ver la propuesta completa.

—Gracias, señor Harrington —replicó Victoria, apagando su portátil, satisfecha.

—Llámame, Paul. ¿Puedo llamarte Victoria, verdad?

—Por supuesto.

—Genial. Muchas gracias por haberte reunido conmigo. —Se giró hacia Matt—: Espero verlos en la fiesta del próximo sábado.

Matthew se puso de pie, cuando Paul lo hizo.

—Cuenta con ello.

—Bien, bien. Sé que deben pensar que soy un viejo extravagante —comentó riéndose. Victoria no podía contradecirlo—, pero lo cierto es que mi política de trabajo es que mis empleados no sientan que es una obligación. Busco lo mejor, eso sí, pero no quiero ver gente estresada ni abrumada. Eso no me aporta un buen clima laboral. Hacer una fiesta para que haya un poco de integración entre Spring & Marsden y Butler & Partners, por ejemplo, creará un ambiente más relajado. Son ustedes muy competitivos.

—Tu cuenta es importante, Paul. Lo sabes. Tenerte como cliente será un privilegio —respondió Matt—. Somos los mejores, y trabajamos con los mejores.

Paul le dio una palmada en el hombro.

—Claro, muchacho. Lo entiendo. —Miró a hacia Victoria—: Mi hijo, Michael, estará en la ciudad —le hizo un guiño, que logró arrancarle una risa a ella—, una chica lista como tú seguro será una buena conversadora. —A Matt no le hizo gracia el comentario, pero se quedó en silencio—. Victoria, me pondré en contacto contigo por si tengo alguna idea. Y ya sé que son competitivos —los miró a ambos—, lo entiendo, así que pueden estar seguros que nuestras reuniones son confidenciales, tal y como

será la que tendré el lunes con Brian Lewis y Tyler Mocht, para conocer los avances que ellos han preparado.

—Muy bien —replicó Victoria—. Ha sido un gusto conocerlo, Paul. —Estiró la mano, y el hombre se la estrechó enérgicamente, al igual que hizo luego con la mano de Matthew.

Durante el trayecto de regreso a la oficina, Victoria se limitó a escuchar la explicación de Matt sobre sus impresiones de la reunión. Ella argumentó con un par de acotaciones, y se sintió aliviada cuando él no hizo alusión a su inesperado ataque de pánico. Antes de llegar al parking de la agencia, Matthew recibió una llamada al móvil. «Cualquiera que hubiese sido la persona del otro lado de la línea, le ha quitado a Matt las ganas de continuar conversando», notó ella.

Llegaron al piso de oficinas, y él no la tocó, ni la miró del modo cálido y preocupado con que lo había hecho en la oficina de Paul, o con el interés de los demás días. Victoria le habría querido preguntar qué le ocurría, pero no quería parecer ansiosa.

Estuvo reunida con Simón un largo rato, explicándole en detalle la retroalimentación que obtuvieron del dueño de Harrington Jewelry Incorporated. Cerca de las ocho de la noche, terminaron el plan de relaciones públicas y la campaña. Ahora solo quedaba la parte más complicada: trabajar la presentación final. Victoria envió un correo al equipo. El día martes empezaría el trabajo.

La presentación no podía ser demasiado extensa, peor aburrida, y a diferencia del dossier informativo que le entregarían a Paul, el contenido tenía que ser concreto y sin ambages. Tratar de concretar era complicado, pero para ello tenían a Beatrice. Luego venía el ensamblaje creativo de las dispositivas, los elementos gráficos en general, y la coordinación del vídeo. Claire quedaba para la parte final, que era la entrega de números y estrategia sugerida de marketing; aunque de este tema se encargaba un experto, en Spring & Marsden se procuraba dar una asesoría integral. El

trabajo de Matt era verificar que la propuesta fuese coherente, coordinar el equipo humano de trabajo, supervisar cada etapa y tener el criterio para desechar o aprobar las gestiones, además de hacer la presentación al cliente, fungía como director y ejecutivo de publicidad al mismo tiempo. Victoria, como ejecutiva de la cuenta debía procurar que los puntos estuviesen claros y el cliente resultara satisfecho.

—Creo que esta semana me he dejado los ojos en las páginas y en el ordenador —expresó Simón echando la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del sillón que estaba frente a Victoria.

—Los próximos días todo se irá regulando. O al menos eso espero —sonrió ella—. Quiero trabajar con el equipo la próxima semana de dos a seis de la tarde, a diario.

—Victoria, Claire te tiene cierta animosidad, ¿lo sabes, verdad?

—No creo que sea tal cosa...

—El otro día escuché que le comentaba a Kathy, la de cobranzas, que ella se merece un ascenso a directora de alguna sección luego de tantos años de sacrificio, además que sus comisiones deberían aumentar un cinco por ciento.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Si ella habla de ti significa que está detrás de tu cabeza... Desde que la conozco ha intentado cobrar más relevancia de la que ya posee...

—Bueno, yo no le temo a los desafíos. Si ella me enfrenta, yo responderé con mi trabajo. Ella es una profesional muy competente por lo que he podido ver. Aquí se valora más eso, que las animosidades personales, claro, siempre y cuando que no influyan en los resultados. Hasta ahora, ella ha entregado su parte con eficiencia.

El chico asintió.

—Vale...—replicó antes de empezar a recoger los papeles para volver a su oficina—. ¿Necesitas algo más?

Victoria le sonrió.

—No, no te preocupes, Simón. Nos vemos el lunes.

Él asintió.

—Simón, aguarda un momento.

—¿Sí?

—En caso de que te enterases algo que consideres... esto... que tú creas que debo saber, ¿me lo dirás, verdad?

—Por supuesto —sonrió—, feliz fin de semana, jefa. —Luego salió, silbando.

El cielo de San Francisco estaba estrellado. Victoria no había llevado su coche, porque Chloe quedó en que pasaría por ella a la agencia. Eran las diez de la noche y nada que su mejor amiga hacía acto de presencia. Al menos en el lobby la acompañaba Rubén Parker, el guardia de seguridad.

Cuando era pequeña, su padre solía llevarla a la oficina durante sus vacaciones de la escuela, al regresar del campamento de verano. John prefería tenerla alrededor a dejarla sola en casa con una niñera. Por eso, cuando se encontraba con los antiguos colaboradores de su padre, la embargaba una gran alegría. Habían sido esos empleados quienes la atendían, le seguían la corriente en sus preguntas o la entretenían hasta que su padre se desocupaba de trabajar. Y a pesar de su renuencia constante de trabajar en la agencia, la verdad era que el ambiente y la sensación de pertenencia eran innegables, así como los recuerdos que había creado allí de pequeña.

El móvil vibró. Deslizó el dedo sobre la pantalla táctil. Chloe. *Lo siento, Tori. Me ha llamado un cliente de San José. Una fiesta y pasa por mí en un rato. Quiere presentarme sus amigos porque les gustó un cuadro que hice para él hace un año. Asuntos de trabajo. ¿Me podrás perdonar?* Ella le respondió que pediría un taxi y dejarían, por segunda ocasión, postergada su noche de chicas. *Gracias. Eres un sol. No sé si llegue a dormir a casa o me quede en un hotel. Dependerá de la hora. Adiós, Tori.* Se guardó el móvil en el bolso. «Ni modo.»

—Señor Parker, ¿puede llamar a UBER? Me he quedado sin minutos para

llamar.

El guardia de seguridad le sonrió. Trabajaba para la empresa desde hacía más de veinticinco años.

—Por supuesto, señorita Marsden.

Mientras esperaba, el ascensor se abrió.

—¿Victoria?

El corazón de ella se agitó al ver a Matthew. No quiso ir a su oficina para comprobar si continuaba o no en la agencia, pues dado que parecía ensimismado en otros asuntos, no quería ser ella la que lo interrumpiera. Estaba guapísimo. El cabello ligeramente despeinado, la sombra de una barba de dos días, y el traje ejecutivo a medida lo hacían más que apetecible para sus fantasías personales. Le provocaban ganas de correr hacia él y besarlo. Sí. Estaba sufriendo los efectos del agotamiento... o la falta de sexo, pensó para sí. «Te estás acostumbrado demasiado a él. Cuidado», le susurró una vocecita.

—Hola, Matt.

Él se quitó el auricular del iPhone y lo guardó en el bolsillo. Miró su reloj Jaeger-LeCoultre.

—Leí tu correo sobre los horarios, me parece bien. Tenemos todo listo, ¿no? — Ella asintió—. Si no trajiste tu automóvil, te llevo.

Claro, con esa indiferencia, ella prefería irse en UBER.

—Solo faltan las reuniones de trabajo grupal la próxima semana y ya. Y sobre tu oferta, no te preocupes, el señor Parker me ha ido a pedir un taxi.

—En absoluto. —Se dirigió hacia el counter de seguridad, intercambió unas palabras con el guardia y luego volvió con Victoria—. He cancelado tu taxi. Vamos, yo te llevo a casa.

Ella no se levantó del sofá.

—Me parece que no.

Matthew se pasó la mano por el rostro.

—He tenido un día complicado, Victoria. —Se acercó hasta ella, y le tendió la mano—. Vamos, yo te llevo a casa. ¿De acuerdo?

Contempló la mano grande y elegante. Lo miró a los ojos. La habitual mirada de Matt, aquella desenfadada, no estaba.

—¿Ha ocurrido algo...? —indagó, curiosa.

—Un día pesado de trabajo. Te lo acabo de decir —mintió. Pensó en estar a solas el resto de la noche para digerir mejor la noticia que había recibido. Pero al ver a Victoria frente a él, se lo pensó mejor. —Tema vetado, pensó Victoria, con el ceño fruncido—. Muero de hambre —dijo Matt, sonriendo en esta ocasión—, ¿me acompañas primero a cenar?

Ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Tomó la mano extendida. «Cansancio y hambre son dos asuntos que ponen irritable a cualquiera. No soy paranoica. Todo va bien», se dijo.

—Está bien.

Durante la cena, Matt se comportó tan ameno como siempre. Le tomó la mano entre las suyas, y a ratos acariciaba sus nudillos con la yema de los dedos, sin dejar de mirarla fijamente. El contacto de su mirada lo decía todo.

Pagaron la cuenta y viajaron en silencio. Estaban en una intersección. Él la miró, preguntándole con sus ojos verdes. Con una sonrisa, Victoria se soltó el cinturón de seguridad, se inclinó hacia él y lo besó.

—Imagino que es muy coherente —comentó Matthew profundizando el beso.

Llegaron al penthouse en veinte minutos. Apenas se cerraron las puertas del ascensor, Matt empujó a Victoria contra la pared de metal, y empezó a besarla como si no lo hubiese hecho jamás. Era un hombre privado de agua que acababa de encontrar su oasis en el desierto. Ella deslizó las manos por sus brazos, le acarició la espalda, mientras él devoraba su boca y la tomaba de las nalgas para elevarla y presionar pelvis contra pelvis. Ella enredó las piernas alrededor de su cintura sin

dejar de gemir.

—Opps... —dijo una voz.

Victoria y Matt se miraron. Ambos jadeantes y despeinados. Se echaron a reír.

Obviamente la persona que intentó tomar el ascensor se lo había pensado mejor, pues las puertas volvieron a cerrarse, y ambos continuaron el ascenso en solitario. Matt la tomó de la mano cuando llegaron a su piso. Abrió la puerta con rapidez. Una vez dentro lanzó las llaves sobre el sofá. Tomó a Victoria en volandas y la llevó hasta su habitación.

—Te he deseado todos los malditos días, ¿por qué has estado tan ocupada? —preguntó intentando quitarle la chaqueta. Ella lo ayudó, también empezó a desabrochar la camisa masculina, al tiempo que se besaban con frenesí.

—Tengo un jefe tiránico —replicó, riéndose cuando Matt le dio un cachete en el trasero, antes de que ambos estuvieran totalmente desnudos.

Cayeron en la cama en una mezcla de besos, gemidos y caricias.

—¿Es así? —preguntó envolviendo los pechos de Victoria entre sus manos, y lamiéndole los pezones. Ella elevó las caderas pidiéndole que la llenara con su virilidad, pero él se limitó a chupar y morder, hasta dejar las rosadas cumbres sensibles, y a su dueña, al borde de la desesperación—. ¿Es ese jefe tiránico en todos los aspectos? —preguntó ahogando un gemido, cuando ella tomó su sexo con la mano y empezó a acariciarlo.

—A ratos sí —susurró. Con un movimiento ágil, lo tomó desprevenido y giró hasta poner a Matt de espaldas, y ella se colocó a horcajadas sobre esos muslos de acero. Se inclinó hasta dejarle su boca cerca de la oreja—. A ratos, pues no... —murmuró besándolo, al tiempo que sentía cómo las manos fuertes la tomaban de las caderas ayudándola a encajar el portentoso sexo masculino en su interior. Con un suspiro, Victoria empezó a balancear los movimientos de sus caderas al compás de las penetraciones coordinadas de Matt, quien la incitaba a cabalgarlo más rápido. Ella echó la cabeza hacia atrás, y Matthew tuvo la erótica visión de sus pechos

moviéndose al ritmo de las embestidas. Era una imagen tan lujuriosa, que él no pudo contener sus manos. Mientras sus cuerpos chocaban entre sí, uniéndose en una asombrosa y húmeda profundidad, él pellizcaba los pezones, acariciaba el vientre y los muslos satinados que los fijaban a uno en el cuerpo del otro.

—Oh, Dios... nena, sí... muévete así... —jadeó cuando sintió que el orgasmo estaba pronto a arrasarlo. Con un gemido elevó la cadera y con una penetración contundente y profunda, pronunció el nombre de Victoria antes de sentir cómo las paredes íntimas lo apretaban dando cuenta de que ella también había alcanzado la liberación.

—Matt —susurró antes de caer sobre él. Las manos de Matthew le acariciaron la espalda un largo rato, hasta que las respiraciones de los dos empezaron a normalizarse.

Mantuvieron silencio. Ella aspirando el aroma masculino y dejándose envolver por la calidez de Matt, y él, sintiendo el delicioso peso de Victoria. Le gustaba tenerla así. Junto a él. Tan cálida, suave y fuerte al mismo tiempo.

—Me parece que asustamos a uno de tus vecinos.

Matthew se rio. Una risa grave y profunda. Ella sintió cómo el corazón le latía desbocado.

—La próxima vez seré menos considerado —la tomó de los brazos, hasta que tuvo el rostro arrebolado, cerca del suyo—, y te haré el amor en el ascensor.

—¿Una de tus fantasías? —preguntó acariciándole la barbilla con una sonrisa.

—Contigo tengo muchas —replicó besándola. Paladeando su sabor, la esencia tan especial y única que la diferenciaba de cualquier mujer. Le gustaba el sabor de sus besos—. ¿Te conté que tengo una tina de baño que jamás he compartido con nadie?

—Eso debe cambiar ahora mismo —comentó ella, incorporándose.

Él la miró embobado. Esa mujer tenía un cuerpo que haría ponerse de rodillas a cualquiera. Curvas sinuosas, piernas largas y una forma de entregarse al placer que...

Matthew no esperó dos veces, la tomó de la cintura, y entre risas entraron a la

ducha.

CAPÍTULO 11

Matthew dejó que Victoria terminara de cepillarse el cabello. Él aprovechó para hacer la llamada que había postergado durante toda la jornada. Quizá era algo tarde, pero estaba seguro que sería más que bien recibido. Se había debatido entre el resentimiento y la curiosidad, y quizá por eso dilató su decisión. Al parecer la curiosidad era la ganadora.

Miró hacia la habitación. «Las mujeres solían siempre demorarse en sus temas de belleza. No por algo tengo una hermana», pensó con una sonrisa.

Caminó hasta el balcón, abrió la puerta de vidrio corrediza y la cerró una vez que estuvo a la merced del silencio nocturno. Miró el teléfono móvil como si tuviera el poder de darle un empujón a tomar una acción, o exhortarlo a quedarse impávido. Buscó el número que había guardado en la tarde.

Estuvo a punto de colgar, pero al quinto tono de llamada contestaron.

—¿Hola?

La segunda vez en menos de veinticuatro horas que escuchaba esa voz. Una voz que había aprendido de memoria; a querer y a detestar. Una voz que también había anhelado escuchar de nuevo. Y finalmente ocurría, después de cuatro años de ausencia.

—Hola, Rosalyn.

—Matt... pensé... pensé que no me devolverías la llamada —replicó desde el otro lado de la línea una voz suave y melódica.

—Yo también lo pensé. —No mentía. De hecho, carecía de una certeza que pudiera explicar por qué diablos estaba llamándola, cuando tenía a pocos pasos a una mujer que era cien veces mejor que Rosalyn Brewster.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, y que después del modo en que te dejé no debería siquiera pedirte nada... ni haberte llamado —se rio forzosamente—, yo...

—¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad? —interrumpió. Se preguntaba si ella continuaría llevando el cabello largo hasta media espalda, y lacio, en una espesa cortina negra que rivalizaba con los penetrantes ojos color café. Rosalyn era una belleza. Descendiente de húngaros, con una mente brillante y con un cuerpo de infarto. La conoció durante una campaña para la fundación PETA. Ella era una estudiante con tendencia pro-cuidado animal y protección de especies en extinción. La organización la había enviado con otras tres personas para que contaran sus inquietudes y lo que creían era necesario para ayudar a la campaña de concientización que Spring & Marsden estaba trabajando.

El carisma y la sonrisa de Rosalyn lo cautivaron totalmente. Buscó cualquier excusa para verla y conseguir una cita. Pronto empezaron a salir. Con el tiempo, él pensó que Rosalyn era capaz de invalidar su idea de que era imposible ofrecerle a otro ser humano, en calidad de pareja, amor y afecto incondicional. Junto a ella creyó durante un tiempo que él era capaz de ofrecer algo, aparte de la parte sexual y económica, en una relación. Sin embargo, se llevó un gran chasco cuando el optimismo sobre el amor empezaba a resquebrajar su coraza de indiferencia y cinismo, el día en que ella le dijo, de la noche a la mañana, que había aceptado una oferta de trabajo en Brisbane. En ese mismo instante sus defensas volvieron a erigirse con más firmeza.

Rosalyn le devolvió el anillo de compromiso y él se sintió impotente, dolido, decepcionado. Había sido lo suficientemente estúpido para confiarse. Pero él había aprendido la lección. Después de Rosalyn, mantuvo su política de no atarse a nadie, ni prometer nada a ninguna mujer nada más allá del placer entre las sábanas.

—No lo tengo definido. He estado trabajando en un proyecto para el gobierno de California, y me invitaron a hacer una presentación aquí en San Francisco. Si todo sale bien, quizá me hagan una oferta para dirigir el proyecto...

—¿Qué pasó con Australia? —interrumpió.

—El proyecto para el que me contrataron se terminó, luego de que me recibí de bióloga; estuve dando clases en la universidad, hasta que encontré este concurso para la mejora de las condiciones de vida de la fauna marina en California. Mi propuesta es una de las elegidas, y, bueno... aquí estoy.

—Ya...

—Matt, sé que me fui abruptamente, sin darte tiempo a nada...

—No es momento de pedir disculpas —replicó con frialdad—. Solo quiero saber qué buscas al contactar conmigo.

—Me gustaría poder conversar y explicarte.

—No hace ninguna diferencia.

—Creo que mereces una explicación. No todo fue lo que pareció ser...

—Nunca lo es, Rosalyn.

—Cena conmigo mañana. Solo quiero explicarte. Luego no volverás a saber de mí...

—¿Para aliviar tu conciencia?

—Por favor... —pidió con la voz quebrada.

De repente, la puerta corrediza del balcón se abrió.

—¿Matt? —preguntó Victoria.

Él se giró. Y le hizo una seña con la mano para que aguardara un segundo.

—De acuerdo. Mañana te enviaré el sitio y la hora.

—Gracias —expresó Rosalyn con alivio—. Gracias, Matt. Hasta mañana.

—Adiós. —Colgó.

Victoria estaba preciosa. Sin una gota de maquillaje. Con una de sus camisas que le llegaba hasta las rodillas. Se había recogido las mangas hasta el codo, e iba descalza. Una sonrisa afloró a su rostro. Se acercó hasta ella, enterró los dedos en los cabellos suaves, sin perder la sonrisa, la atrajo de la nuca hacia él. Ella colocó las

manos sobre sus hombros para sostenerse.

—¿Matthew? —susurró cuando sus labios estaban muy cerca.

—Ajá...

—Tienes esa mirada —comentó con una sonrisa.

—¿Qué tipo de mirada? —Acarició el carnoso labio inferior con el pulgar, delineándolo. Ella mordió la yema del dedo y Matt rio. Una risa grave. Sexi.

—La que dice que quieres hacer el amor conmigo otra vez.

—Ah, *esa*...

—Sí...

—Así que ya sabes cuándo te deseo, ¿eh? —Ella sonrió—. Hay muchas formas de hacer el amor.

—¿Tú las conoces todas? —preguntó dándole un besó rápido fingiéndose sorprendida. Aunque por su cama no habían pasado demasiadas parejas, sabía reconocer un buen amante. Y Matthew Talley definitivamente era uno de esos que jamás olvidarías que estuvieron contigo.

Él prorrumpió en una carcajada.

—Algunas... Por ejemplo, la que voy a mostrarte en este instante es especial y diferente.

—No me digas.

—Sí.

—¿Y eso por qué?

La respuesta de Matthew fue un beso. Delicado al principio, pero empezó a convertirse en una intensa conquista. Victoria entreabrió los labios y se removió contra él, mientras era arrastrada a una dulzura que resultaba casi dolorosa. Matt la rodeo con los brazos y la llevó hasta el sofá. La recostó y continuó besándola, mientras sentía las piernas de ella enroscándose a su cadera, atrayéndolo, susurrándole que lo deseaba, y él respondiendo con las caricias de su lengua,

poseyendo esa cálida y dulce boca. Se besaron durante un segundo, un minuto, o quizá habría sido una hora. El tiempo cuando se tocaban, dejaba de existir.

Matt se deshizo de los primeros botones de la camisa que llevaba Victoria, e introdujo los dedos debajo de la tela para atrapar un pecho en la mano, y acariciarle el pezón.

—Matthew...

Él abrió la camisa del todo. Contuvo un gemido. Estaba completamente desnuda. La devoró con la mirada. En lugar de continuar besándola, le tomó las piernas con las manos y la abrió poco a poco, hasta dejarla totalmente expuesta para él.

—¿Qué haces?

—Acabo de hacerle el amor a tu boca, con la mía.

—No me refería hace un rato. Me refiero ahora. Es que yo nunca he... —se incorporó con los codos. Matt estaba con el rostro justo a la altura de su sexo, húmedo y palpitante por él, la miraba desde esa posición—, no sé si...

—Shhh —dijo sonriendo, antes de abrirla más e introducir un dedo constatando su humedad. Victoria cayó hacia atrás cuando él recorrió su vulva dando toquecitos suaves, que la encendieron—. No sientas vergüenza de mí. Déjate llevar, ¿vas a hacerlo?

—Con que sigas moviendo el dedo de esa manera...

Lo que él hizo a continuación fue reemplazar el dedo con su lengua. La probó toda. Cada pequeño recodo suave y rosado a la vista. La chupó, mordisqueó con ternura y presteza, mientras ella iba diciéndole cómo se sentía con cada lametazo. Se deleitó en su aroma y los ruiditos que Victoria emitía. Luego sus dedos acompañaron el trabajo de su boca, hasta que la tuvo suplicando que no se detuviera. Él solo deseaba que sintiera placer, y quería también sentirlo. Dejó la palpitante zona sur. Se deslizó el pantalón y el bóxer hacia abajo, para luego acomodarse y penetrarla lentamente.

—¡Maldición, odio cuando haces eso! —rezongó ante la lentitud de sus embates.

Él se limitó a reír. Empezó a bombear con tortuosa parsimonia, mientras la besaba, haciéndola probarse a sí misma. A medida que la embestia, los pechos orondos de Victoria se agitaban siguiendo un ritmo cadencioso.

—Tócate... —pidió contra la boca hinchada por sus besos—. Hazlo para mí, y para ti.

Sumida en un mar de sensaciones, experimentando un placer delicioso y con su amante llenándola profundamente, ella accedió. Mientras él afirmaba sus caderas con las manos y se introducía en su cuerpo, Victoria se acarició los pezones con los dedos. Los apretó como si fuera él quien lo estuviera haciendo. Acarició sus senos con las manos, los tomó ante la mirada lujuriosa de ojos verdes. Luego bajó la mano y frotó su clítoris simulando el ritmo de las embestidas de Matthew.

—Me matas... —gimió él antes de llegar al clímax y arrastrándola simultáneamente al mismo delicioso fuego que lograba consumir hasta la última partícula de sus cuerpos.

Jadeante, Matt se empezó a reír. Ella le dio un empujón. Él se incorporó con los codos, sin apartarse del cuerpo de Victoria.

—¿Por qué te ríes? —increpó.

—De alegría. Porque hacía demasiado tiempo que no me sentía tan libre con alguien —contestó frotando su nariz con la de ella—. Y esa fue otra forma de hacerte el amor: con mi boca en tu dulce sexo.

Ella se sonrojó. Algo que él encontraba adorable.

—Has tenido muchas amantes, Matt, no creo que...

—Ya hablamos de tus prejuicios.

Ella sonrió.

—Me gusta que no hayan sido tantas.

—No es eso lo que he querido decir —replicó—. ¡Ouch! —exclamó riéndose cuando ella le mordió el labio inferior con fuerza. Ambos se estiraron lentamente.

Ella se acomodó la camisa, que estaba echada a perder sin los botones. Matt la abrazó y la sentó en su regazo.

—¿Quién era? —indagó abrazada a sus hombros. Él la sostenía con firmeza de la cintura.

—¿El qué, preciosa?

—La persona que te llamó por teléfono. —Eso borró la sonrisa de Matthew. Ella lo sintió tensarse—. ¿Matt?

—Alguien de mi pasado.

Victoria frunció el ceño.

—¿Una mujer?

—Ajá.

—¿Vas a verte con ella mañana? —indagó al recordar el final de la conversación que había escuchado. Al notar la mirada impenetrable de Matthew, ella se retractó—: Lo siento, sé que no es de mi incumbencia...

—Mi relación con Rosalyn fue diferente.

«Así que tiene un nombre. Y me temo que no me va a gustar el resto», se dijo.

—Entiendo...

—No, no entiendes —le acarició la mejilla. Suponía que John no le había contado nada a su hija. La discreción decía mucho de él, pensó Matt—. Ella y yo estuvimos prometidos.

Eso no se lo esperaba. Matrimonio. ¿Eso había sido antes o después de que él decidiera que no quería ofrecer nada a ninguna mujer? ¿Aquella Rosalyn lo habría cambiado? ¿Por qué una mujer rechazaría a un hombre como Matthew Talley? Él era... Ay, no. No, no, no. La sola idea de que otra mujer hubiera estado cerca de tener a Matt a su lado para siempre, le revolvía las entrañas, y el motivo había estado tratando de llamarlo de distintos modos, pero no con el apropiado. No había querido aceptarlo con claridad. La verdad era que estaba enamorada de él. Quería a Matt.

Amaba a ese hombre. Desde siempre. Y quizá nunca dejaría de quererlo. El único problema era que él no le correspondía, salvo en la parte sexual. Tenía un gran, gran problema entre manos.

—Vaya...—expresó, más para ella misma.

—Me dejó hace cuatro años.

—Lo siento —mintió. Se alegraba enormemente—. Entonces, ¿vas a tratar de ver el modo de analizar cómo están tus sentimientos?

—Ella quiere hablar. Yo voy a escuchar. Es todo.

—Oh. —«Esa no es una respuesta», hubiese querido agregar, pero se quedó callada.

Él sonrió. Era evidente que Victoria sentía celos. Intentaba por todos los medios no mostrarlos, pero la forma inconsciente en que tensaba los brazos alrededor de su cuello era evidente. Se sintió complacido por esos celos, pero no era momento de análisis.

—¿Te incomoda que la vea?

Ella se bajó del regazo de Matthew, para ponerse de pie. Se cerró la camisa con las manos, y se abrazó de la cintura para no dejar su cuerpo expuesto.

—Es tu vida, tu pasado. Yo no tengo nada que ver con las decisiones que hubieras tomado o que quieras tomar ahora al respecto.

Matt se puso el bóxer, para acercársele. Si no se cubría con algo, lo más probable era que terminaran en esta ocasión haciendo el amor sobre la alfombra como posesos.

—Ahora estás conmigo. Tenemos la suficiente confianza para hablar. Quiero saber tu opinión.

Ella suspiró.

—Mi opinión es que no tengo ningún derecho a reprochar, exigir o pedir, en lo que a ti se refiere, aunque seamos amantes. Es tu vida personal. Tuviste tus motivos

del pasado para ser quien eres ahora. Imagino que ella fue la causa de que me dijeras que no haces promesas. ¿Verdad? —Él asintió—. Entonces quizá sea momento de enfrentarte a ese episodio de tu pasado y saber qué emociones te causa verla después de tanto tiempo. Ya sacarás tus propias conclusiones.

—Lo haré —repuso.

Esa respuesta sembró una inquietud en ella, ¿qué pasaba si Matt se daba cuenta que aún sentía cosas por esa mujer? La sola idea, le atenazó el corazón.

Él colocó el dedo bajo la barbilla de Victoria, para elevar su rostro y conectar con sus preciosos ojos azules.

—Quiero que me hables de lo que ocurrió en la oficina de Paul.

Eso la descolocó por completo. Un giro inesperado de tema. Creyó que él lo habría dejado pasar por alto.

—¿Qué quieres decir? —pretendió no entender, pero Matthew la conocía.

—Tu ataque de ansiedad. ¿Por qué se produjo?

Se mordió el labio inferior. Intentó apartar el rostro, pero él no se lo permitió.

—Una experiencia del pasado.

—¿Qué pensaste que me había ocurrido? —preguntó Matt, acariciándole la mejilla.

—Que... que tuviste un accidente o algo, porque no me contestabas el móvil.

—Me quedé sin carga... —Bajó las manos y las pasó sobre el brazo de Victoria con una caricia que no tenía nada de sexual—. ¿Por qué no confías en mí para contarme qué fue lo que motivó tu ataque de pánico en realidad?

—No te entregaría mi cuerpo si no confiara.

«Pero, ¿qué hay de tu corazón?», quiso preguntar él, sin poder creer que aquella pregunta se le hubiese cruzado por la cabeza.

—Sin expectativas ni...

—¡Al diablo con eso, Victoria! —exclamó soltándola—. Tuviste un ataque de ansiedad. Estabas pálida. Temblabas... Si no hubiese estado Paul en la oficina, yo hubiera postergado la reunión.

—Yo... Matthew...

—¿Tú qué?

Ella sonrió con tristeza.

—Ya te dije que estuve prometida. —Él asintió. La tomó de la mano y volvieron al sofá. Uno al lado del otro, mirándose—. Tú lo conociste... Devon Patroll.

—¿Tu mejor amigo? ¿Ese flacucho que babeaba por ti?

Victoria no pudo evitar reírse por la descripción. Sí. Devon siempre había demostrado su interés por ella, primero de un modo sutil, y luego, se declaró y todo empezó a tomar forma. Con el tiempo ese chico flacucho que Matt describía, se había convertido en un hombre guapo y maravilloso que ella siempre querría. Lastimosamente, solo estando con Matthew se daba cuenta que su amor por Devon era sincero, pero no profundo ni apasionado como el que sentía por Matt.

—Siempre estuvo para mí —replicó a cambio—. Tuvimos una gran discusión una noche cuando él no atendió una reunión importante de la agencia en la que éramos socios. Devon se fue enfadado. No supe nada de él. El móvil estaba apagado, y yo me moría de la ansiedad. Hasta que un rato después de que Devon hubiese salido de la casa, me llamaron los paramédicos. Tuvo un grave accidente de tránsito rumbo a Los Ángeles. Y yo me sentí culpable mucho tiempo por lo que ocurrió... —expresó con tristeza—. Si no hubiera discutido, si no hubiera...—se encogió de hombros—. Demasiados “si no hubiera”, ¿sabes?

Él asintió con pesadumbre. Entendía el sentimiento de impotencia.

—¿Falleció...? —se atrevió a preguntar.

Los ojos de Victoria se llenaron de lágrimas.

—No, Matthew. Devon está en coma desde hace once meses en el hospital.

Él se quedó impresionado. Y al verla llorar, lejos de sentir celos o rabia porque estuviera haciéndolo por otro, la entendía. La atrajo a sus brazos y la dejó llorar.

Ahora encajaban las piezas, pensó él. Por eso John le había pedido que le diera empleo. La pequeña agencia era de Victoria y Devon. Ella no volvería a abrirla. John le había mentado para que no se negara a su petición de darle un sitio en su equipo de trabajo. ¿Cómo creía John que él iba a negarle algo al mismísimo dueño? Indistintamente de lo que John le hubiese dicho, después de trabajar codo a codo con Victoria esos días, podía decir con sinceridad que estaba contento de haberla contratado. Era sumamente eficiente, organizada y creativa. Ahora ya no importaba cómo había terminado formando parte de la plantilla de la agencia, que, al fin y al cabo, le pertenecía a ella por herencia y derecho.

—Lo siento... ¿Qué pronóstico dan los doctores?

—No está en estado vegetal, así que podría despertar de un momento a otro... o no.

—¿Ese día de la pelea rompiste tu compromiso con él?

Ella negó con la cabeza.

—Yo... no. Antes de estar contigo me fui a despedir de él. Una tontería, ¿no te parece?

—No, al contrario. Me parece un gesto muy dulce de tu parte. A veces las personas en coma suelen escuchar, o al menos es lo que algunos médicos y familiares dicen con casos como el de Devon.

Victoria asintió.

—No podía continuar poniendo mi vida en suspenso. Ya no. Chloe, mi mejor amiga, estuvo intentado emparejarme —rio—, pero yo me resistía. Fueron meses de angustia, dolor y un profundo sentimiento de culpa, por eso no quería saber de nadie. Hasta que decidí continuar mi vida. Cameron fue parte de ese experimento, un gran error por supuesto... —se pasó la mano por el cabello—, bueno, en fin, me costó tomar esa decisión de dejar el pasado atrás, aunque sé que hice lo correcto. Sin

embargo, no deja de afligirme la situación de Devon. No es justo que esté confinado a una cama...

—Es muy comprensible, cariño —le acarició la mejilla—, pero la culpa no fue tuya. Él tomó la decisión de ir en ese estado de furia y tomar el volante. ¿Qué dijo John?

Victoria lo miró un largo rato, antes de empezar a contarle el motivo por el cual su padre y ella habían estado distanciados tantos meses. Entonces, la interrogante de Matt respecto a la relación padre—hija, se aclaró.

—¿Por qué querías ser independiente de John? ¿Por qué no empezar en Spring & Marsden? Esa es una curiosidad que me surge siempre.

—Porque disfruto de saber que soy capaz de conseguir logros por mérito propio. No me gusta estar a la sombra de mi padre en este campo en el que trabajamos. Quiero que se refieran a mí, porque he hecho un gran trabajo sin apoyo de nadie, más que el fruto de mi propia capacidad. Me siento orgullosa de ello. Por más que sean logros pequeños, pero son míos. No se lo debo a nadie. Y eso es indispensable para mí. Mi mundo alrededor puede caerse a pedazos, pero al menos tengo eso... Quiero llegar lejos y estoy dispuesta a todo para conseguirlo.

Eso le generó una sensación de culpa a Matthew. Pero le había prometido a John que no le diría nada. Al final, ¿qué riesgo existía de que ella se enterara? Ninguno. Por otra parte, ella ya estaba dentro de la compañía, el equipo la apreciaba y estaba haciendo un estupendo trabajo, que era lo que al final Victoria buscaba.

—Ven aquí, Tori —le dijo con aquel apelativo cariñoso, antes de besarla—. ¿Te parece si vamos a comer algo?

Ella sonrió.

—Me apetece mucho.

Victoria y Matt hicieron el amor de un modo pausado, silencioso y mirándose a

los ojos, al amanecer. Fue una conexión distinta, pero ninguno se animó a hacer comentarios al respecto. La noche anterior había sido como en los viejos tiempos. Cada uno conversando sobre sus vidas, sin preocuparse por más que exteriorizar y ser aceptado.

Ella bromeó un poco cuando lo vio salir de la ducha, y él llevaba puesto su uniforme de Karate - Do. Matthew le explicó un poco sobre su maestro, y las clases de los sábados. También el modo en que esas clases habían ayudado a moldear su carácter, pero prefirió omitir detalles sobre el verdadero motivo detrás de su llegada a Temple Ki.

—El día en que te atacaron en la calle me descontrolé por completo —confesó, mientras desayunaban—. Se supone que los karatecas tenemos que mantener disciplina y autocontrol. Pero esa fue una situación extrema.

—Siento haberte puesto en esa posición.

—No lo sientas, porque no fue tu culpa. No suelo perder el control salvo ciertas ocasiones —le hizo un guiño, y ella rio. Luego Matt se puso serio y continuó—: A veces perder el control por cosas que merecen la pena no debe lamentarse. Si no hubiese actuado como lo hice, quizá ese bastardo hubiera continuado atacándote. No podía permitirlo.

Ella le dedicó una sonrisa radiante, que a él le aceleró el corazón.

—¿Quieres que te pase dejando por tus clases de francés? —preguntó cambiando el tema.

—No, no. Me gustaría ir primero a casa a cambiarme.

—Vale.

—Por cierto, ¿qué pasó con Phillip?

Matt sonrió.

—Ese truhan ya está en casa de su tía, y ella está tramitando los papeles legales para adoptarlo. Los burócratas harán el tema algo lento, pero saldrá bien librado y se quedará de seguro con ella.

—Espero que le vaya bien.

—Yo también. Ahora termínate tu desayuno, nena, que llegamos tarde a nuestros destinos.

—Bueno, si no hubieras decidido que tienes especial debilidad en las mañanas por hacer... —se señaló a ella, y luego a él—, no hubiéramos...

Matthew se echó a reír, antes de inclinarse para besarla.

—Anda, pequeña provocadora, ve por tu bolsa.

A pesar de que Victoria había pasado una noche maravillosa con Matthew, no dejó de sentir un nudo en el estómago durante el resto del día, en especial cuando cayó la noche. Él no la llamó, ni escribió. Sabía que estaba con la tal Rosalyn, y eso no ayudó a mejorar su ánimo. De hecho, la idea contribuyó a que dormir se volviera una titánica batalla entre su cuerpo y su mente.

Con un vestido corto en un verde oscuro, que realzaba su estilizada figura, Rosalyn llegó hasta la mesa reservada por Matt. Él se puso de pie para saludarla.

Ella, a pesar de que se había cortado el cabello a la altura del mentón y se maquillaba tan perfectamente como siempre, lucía un poco agotada. Eso le extrañó a Matt.

—Hola, Matthew —saludó con una sonrisa diáfana.

Los labios pintados de rojo lucían voluminosos y atractivos. Unos labios que él había devorado tanto tiempo atrás. Rosalyn era una mujer cuya sexualidad era tan explosiva como generosa. Aunque no debería, al compararla con Victoria no podía decir que extrañara a su ex prometida de ninguna manera. Durante el trayecto al restaurante, pensó que al verla de nuevo sus sentimientos por ella, despertarían. No estaba ocurriendo tal cosa. Solo se daba cuenta de que no tenía ninguna emoción hacia Rosalyn. Ni siquiera desprecio, ni resentimiento. Era como si al verla nuevamente se hubiera activado el ensalmo para desintegrar los fantasmas y el dolor que le causó

cuando lo dejó sin más... «Interesante.»

—¿Te costó encontrar este sitio? —preguntó mientras le apartaba la silla.

Estaban en un restaurante muy cómodo y acogedor cerca de la bahía.

—Me vino perfecto. Vivo a unas pocas calles. Gracias por haber aceptado esta reunión. Estás estupendo —dijo tomándole la mano sobre la mesa. Él le apretó la mano, y luego retiró la suya. Rosalyn había temido ese encuentro, pero le debía la verdad.

El camarero se acercó y ordenaron algo ligero. Habitualmente ella solía comer con muchos condimentos, por lo que sorprendió a Matt que exigiera que apenas le pusieran nada que no fuese una pisca de sal.

—Tú también, aunque te has cortado tu idolatrado cabello —expresó.

Eso la hizo reír. Una risa que no causó los estragos de antaño en él.

—Han pasado cosas complicadas últimamente. Por eso quería verte. Estoy decidida a cerrar los capítulos de mi pasado, aclarar el presente y prepararme para lo que tenga que venir.

—Eso suena... interesante. Casi filosófico —repuso bebiendo la copa de vino blanco para acompañar el pescado que había ordenado.

Roselyn removió su risotto con el tenedor.

—Te debo una disculpa muy grande. No... espera. No me interrumpas. Por favor, déjame hablar. —Él cerró la boca, y asintió—. El día en que me pediste que me casara contigo fue el más feliz de mi vida. Empecé a planearlo todo con ilusión. Mis padres te adoraban... te adoran. —Matthew apretó la mandíbula, y continuó escuchándola—. Durante uno de tus viajes de trabajo, me hice uno de los exámenes médicos regulares. Estaba confiada en que todo iría bien, pero me equivoqué.

—Rosalyn...

—La pequeña bolita que sentía en el pecho derecho, y que yo creía que era fruto normal de mis periodos menstruales, en realidad resultó ser cáncer en etapa dos.

Matthew se quedó en blanco unos segundos, antes de volver a procesar.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando volví? ¿Por qué no me hablaste de esto? —preguntó consternado. Fue él, quien ahora tomó la mano de Rosalyn entre las suyas.

—No quería que te quedaras conmigo por obligación o por pena.

—¡Yo te quería, y te propuse matrimonio antes de saber todo esto! Y de habérmelo contado, nada habría cambiado, Rosalyn. Nada. —No podía creer lo que escuchaba. Era cínico, pero no estúpido. Una persona jamás haría una confesión de ese calibre, luego de tantos años, si no fuera cierto. De pronto, todo encajaba. La distancia de Rosalyn cuando le confesó que iba a Australia, su aparente apatía, y su insistencia en que no mantuvieran contacto. Y ahora, al verla de cerca, los cambios en detalles físicos eran bastante obvios si alguien la hubiera conocido años atrás. Como él.

Ella sonrió con tristeza.

—Eras un hombre muy vital y lleno de ambiciones. ¿Cómo crees que podría atarte a una enferma? Hubiera sido egoísta de mi parte.

—Dijiste etapa dos. ¿Y la quimioterapia?

—Me fui a Brisbane. —Se tocó el cabello—. No me lo corté —sonrió—. Ahora hacen las pelucas de excelente calidad. ¿No crees?

Matthew no podía creer lo que estaba escuchando. El brillo de las lágrimas en los ojos de Rosalyn le encogió el corazón.

—¿Entonces, la oportunidad de trabajo era una mentira? —preguntó con suavidad.

—Lo siento, Matthew —susurró.

Acababa de poner su mundo al revés con esa confesión. Eso significaba que... ¡Dios! Todos esos años odiándola, cuando lo que había hecho Rosalyn era tratar de ahorrarle una pena. Aunque en realidad lo que consiguió fue el efecto contrario.

—No sé qué decir... Me has dejado anonadado. ¿Cómo...? —No encontraba las

palabras.

Rosalyn suspiró.

—He estado acompañada de mis estudios, los amigos que hice en Australia, proyectos. Intenté darle la oportunidad a otra persona, pero no era tú. En todo caso, no hay mucho que pueda hacer. He luchado incansablemente todos estos años, pero el cáncer ha hecho metástasis.

—Dios... Rosie —expresó con el apelativo con que solía llamarla—. No tenías que haber tomado una decisión por ti sola, alejándome. Yo hubiera estado para ti. Todo este tiempo yo...

—Me has odiado —se anticipó a decir—. Lo sé. Me habría sentido del mismo modo si hubieran sido invertidos los papeles, pero el asunto es que elegí lidiar con tu odio a tu pena. Te amaba demasiado... —bajó la mirada—, quizá todavía te amo.

Matthew tragó en seco.

—Estaba dolido y resentido. —Se mesó los cabellos—. No voy a mentirte, pero ahora en realidad...

Rosalyn entendió.

—Ya no sientes nada por mí —completó la frase con una nota de tristeza en su expresión.

Con pesar, él asintió.

—Es más que comprensible, Matt. No esperaba algo distinto. De hecho, no pretendo cambiar nada, ahora. No es mi intención. Quería verte, porque necesitaba decirte la verdad a la cara, porque eres un hombre con un corazón maravilloso y siento que de algún modo, cuando empezabas a abrirte más emocionalmente, te corté las alas... te fallé. Y no sabes cuánto lo siento...

En ese momento se acercó el camarero para retirar los platos. Matthew pidió la cuenta sintiendo cómo el corazón le latía desbocado y su mente estaba hecha un lío.

Minutos después salieron del restaurante. Empezaron a caminar por las calles

iluminadas, aspirando en el aroma de la noche la esencia de las estrellas y los suspiros del universo que se condensaban en San Francisco.

En silencio, llegaron hasta una banqueta y se sentaron.

—Me han dado seis meses, Matthew —dijo rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos. Matthew la miró—. Por eso quería verte y pedirte disculpas por haber tomado una decisión unilateral. Por haberte lastimado —le tomó el rostro entre las manos—, y porque eres un hombre que merece ser amado y amar en plenitud. Habría esperado ver un anillo en tu dedo a estas alturas —dijo con una sonrisa—. Espero que no juzgues a las demás mujeres por cómo me comporté contigo al final. No te cambié por otra situación, ni desprecié tu amor, yo solo...

Él negó con cabeza y colocó las manos sobre las de Rosalyn, apretándolas contra sus mejillas. Ella tenía las manos suaves, ligeramente frías.

—Te habría cuidado. Sin importar nada —aseveró mirándola a los ojos—. Y no me he casado, porque no sentía que mereciera la pena arriesgarme de nuevo. Me sentía roto por dentro cuando te conocí, y dejé a un lado mis miedos cuando sentí que estaba a salvo contigo, pero luego, cuando te fuiste, fue como revivir esos temores que creía enterrados, y...

Rosalyn le acarició la mejilla con ternura y lágrimas en los ojos.

—Matt, fueron solo barreras que erigiste para protegerte y dado algunos episodios de tu pasado es comprensible. Pero ya no existen peligros emocionales. —Le delineó las cejas gruesas en una caricia, con los dedos—. Creciste, mejoraste y me regalaste momentos preciosos que siempre atesoré. De haber continuado a tu lado, hubieras sacrificado un futuro prometedor por un sentido del “deber”, y eso me habría roto el corazón. No quería quitarte la posibilidad de crecer profesionalmente por estar pendiente de mí. Sé que tu infancia fue dura. También que fueron etapas que te marcaron, y por eso yo no podía ser un impedimento para ti, lo hubiera sido de haberme quedado. —Le soltó el rostro sin dejar de mirarlo, mientras él le acariciaba el brazo con movimientos automáticos y con el semblante pensativo—. No elegí irme solo por ti, lo cierto es que lo hice también por mí. Para vivir un sueño. Siempre

quise ser bióloga, trabajar en la Gran Barrera de Coral y visitar Brisbane. ¿Recuerdas? —Matthew asintió, perdido en las palabras de Rosalyn que iban calándole muy profundo—. Quería hacer todo eso luego del diagnóstico, más que nunca, pero sin atar a nadie a la posibilidad de tener que cuidarme estando convaleciente. En un principio pensaron los médicos que el progreso iba viento en popa, para curarme, yo creía en lo mismo... sin embargo, con el paso de los meses el pronóstico empezó a complicarse. Unos meses estaba bien, luego decaía. Mis padres se encargaron de todo... Tuve enfermeras y un equipo de cuidados. Parte de mi familia es australiana, así que siempre tuve a alguien conocido a mí alrededor.

Matthew la abrazó con fuerza, y ella se aferró a su cuello.

—Dios, Rosie —susurró con la voz entrecortada—. Yo...

—Me tengo que ir —murmuró contra el cuello de Matt. Aspiró su aroma. Siempre había sido tan masculino y atractivo. Había roto la barrera del pasado y entre sus brazos se sentía a salvo. Como en mucho tiempo no le había ocurrido—. Gracias por acceder a verme... a escucharme.

—Dime qué puedo hacer por ti —pidió, sin poder quitarse el nudo que se le había formado en la garganta al escuchar la confesión de la hermosa mujer que tenía delante.

Ella se alejó, para mirarlo a los ojos.

—Perdonarme.

Matthew asintió.

—Ya lo he hecho. —Era una certeza que surgió de lo más profundo de su ser. Quizá no solo por la confesión que acababa de hacerle, sino porque, de algún modo, Rosalyn había dejado de existir en sus sentimientos pasionales para siempre. No tenía sentido continuar guardándole rencor. Enferma o no.

—Entonces sé mi amigo hasta...

Él puso el dedo sobre sus labios.

—No, no lo digas. Necesito asimilar lo que me has contado, pero no me vuelvas

a alejar. Llámame para lo que necesites, por favor. ¿Está bien?

Ella asintió.

—Te acompaño a casa, Rosie.

Rosalyn tomó a Matthew del brazo y empezaron a caminar.

CAPÍTULO 12

Durante las horas de trabajo en la agencia, Matthew había permanecido en una suerte de aislamiento emocional. No había miradas lujuriosas, o roces intencionados, ni tampoco guiños disimulados para Victoria. Ella no se atrevía a indagar sobre Rosalyn, pero sabía que la reunión de Matt con su ex prometida de algún modo lo había afectado.

Victoria se preguntaba si al final, Matt se había dado cuenta de que continuaba queriendo a su antigua novia. La idea dolía. Mucho. Solo podía fingir que no sucedía nada, que no la afectaba. Sin embargo, echaba de menos conversar con él, fuera de la oficina, abrazarse a su cuerpo y sentir el placer de sus caricias. Aparte de preguntarle si ella estaba bien, o si tenía ganas de comer algo o temas similares, Matt no había vuelto a abrirse en la conversación. Además de las noches que añoraba estar con él, sus pensamientos estuvieron cubiertos por el trabajo. Almorzaba con su padre, quien insistía en que utilizara los fondos que él continuaba depositándole en la cuenta bancaria y en que le diera el gusto de saber que se había comprado aunque sea un automóvil con ese dinero. Al notarlo tan insistente, ella le dijo que se lo pensaría. Eso pareció calmarlo un poco.

John le comentó que estaba un poco enfermo, pero que no era de gravedad. Ella no le creyó, y de tanto insistir en que le diera más detalles, él confesó que había sido diagnosticado con Parkinson.

—Aún está en las primeras etapas... —le había dicho sonriendo y bebiendo su vaso de agua— con el tiempo me convertiré en una carga para ti. Así que más te vale que contrates al mejor equipo de enfermeras de la ciudad —bromeó.

—Papá, prométeme que vas a cuidarte y a seguir las indicaciones del doctor.

—Vivo para complacer a los médicos —había resoplado. Como ella no se rio del sarcasmo, John aceptó seguir todas las instrucciones médicas y contarle cualquier

cambio que fuera sucediéndose con el tiempo.

—Por más pequeño que sea. Si el temblor de tu mano izquierda aumenta —le señaló la mano que temblaba imperceptiblemente en ese instante— o si crees que necesitas hablar con un profesional. Un psiquiatra, por ejemplo, o cualquier cosa, quiero que me lo digas. ¿De acuerdo?

—No necesito un maldito loquero, Tori. Estoy viejo, pero no decrepito.

—Papá...

—De acuerdo, de acuerdo.

El jueves por la noche, Gary invitó a todos a tomar un trago. Matthew se excusó diciendo que tenía que atender una reunión. Victoria frunció el ceño, preguntándole con la mirada si esa noche tampoco iban a pasar juntos, pero él hizo como si no entendiera. Matt despidió de todos, y luego se dirigió hacia el ascensor. Ella fingió no darse cuenta cuando él atendió una llamada, y en lugar del rostro afable y distante que había mantenido durante toda la semana con ella, esbozó una sonrisa. Una sonrisa de verdad.

«Al diablo con él», pensó Victoria, cuando salió con sus compañeros de la agencia. Inclusive la bruja de Claire estaba amable. Tanto así, que a ella le sorprendió que la rubia hubiera hecho sugerencias sobre el lugar más idóneo para ir a comer y pasarla bien. Simón rehusó asistir, porque tenía el cumpleaños de su mejor amigo. Victoria estaba satisfecha con el desenvolvimiento del chico. Simón era listo y mantenía atención a detalles que a ella, por la carga de trabajo, se le pasaban por alto. Tampoco rechistaba cuando había que quedarse horas extras en la oficina.

El resto del equipo no se sorprendió de la actitud afable de Claire, y Wanda, al ver a Victoria fruncir el ceño, le dijo que entre todos creían que la mujer tenía algún desorden con sus hormonas, uno muy severo, pues esos arranques de amabilidad no eran inusuales en ella. Le comentó que Claire solía ponerse —contrario a los pronósticos habituales en esos casos— más amable cuando el resto lidiaba con el estrés por una presentación o cuando se encontraban en las últimas etapas de una

licitación.

—Mejor disfrutemos antes de que Claire saque las uñas de Maléfica —susurró Beatrice, arrancándole así una carcajada a Victoria y a Wanda, una vez que llegaron al bar.

Matthew sabía que estaba comportándose como un imbécil con Victoria, pero no había terminado de asimilar la idea de que Rosalyn no solo le hubiese mentido sobre sus verdaderos motivos al romper su compromiso, sino que también estaba muriéndose. Las noches que había pasado con Victoria eran un remanso de placidez y calma. Sin embargo, tenía sentimientos encontrados. No quería dejar de estar con ella esos días, pero a la vez experimentaba un estúpido remordimiento al no poder evitar pensar en que mientras él vivía a plenitud, con éxito y una mujer preciosa en su cama, una vida se apagaba poco a poco. La vida de una mujer a la que algún tiempo atrás, llegó a querer.

Rosalyn le había pedido que fuera a cenar con sus padres esa noche de jueves. Siempre se llevó bien con Rudolph y Alanni, así que no pudo rehusar aceptar. La invitación del equipo de trabajo le sonó estupenda, pero a ellos podría verlos siempre y por eso la declinó; en cambio a Rosalyn, le quedaba poco tiempo...

El viernes en la noche, ni Victoria ni Matt hicieron intentos de comprender que sus cuerpos pedían a gritos tocarse, pues sus cerebros se rehusaban a claudicar ante el instinto del deseo. Un asunto de dignidad cerebral, pensó Victoria con sarcasmo mientras terminaba de enviar el archivo con los datos recopilados de la reunión de equipo de las cinco de la tarde. La presentación para Paul Harrington estaba terminada. Cada día que pasaba en la agencia se sentía más parte de ella. ¿Lo mejor de todo? Se lo había ganado con su trabajo.

—Hasta el lunes, señorita Marsden —dijo Rubén Parker con su habitual buen humor.

Ella le sonrió, y asintió antes de abandonar la oficina.

Victoria condujo por las calles de San Francisco. Llegó a casa y llamó a Chloe para decirle que la estaba esperando fuera. John las había invitado a cenar a ambas. Su amiga le había dicho que se alegraba de que hubiera decidido retomar la relación con su padre. Lo cierto era que Victoria también se alegraba, y más ahora que sabía que su padre la iba a necesitar más que nunca. Quizá él no estuvo para ella en un momento crítico de su pasado, pero no podía vivir atada a ese recuerdo; era su padre. Un llamado de la sangre.

—¿Conseguiste algún contacto bueno durante tu ida a San José? —preguntó a Chloe, girando en una curva cuando ya estaban de camino al otro lado de la ciudad.

—Como casi no duermes en casa, ya no te he podido actualizar nada —replicó la pintora, riéndose.

—Ja – Ja.

—Solo pasé un buen rato, más que contactos —dijo Chloe con una sonrisa—, conocí a un chico muy mono. Brandon. Se dedica a la construcción de proyectos hidroeléctricos por todo el país.

—¿Y qué tan lejos llegó esa conversación? —preguntó Victoria pinchándola. Si a Chloe le gustaba un chico, y este le daba las señales indicadas, no tenía reparos en pasar la noche con él. Pero cuando Chloe se enamoraba era otro cuento. Totalmente absorta en su relación, se perdía del mundo, y defendía a capa y espada la fidelidad. Un chasco, porque esos chicos que elegía no terminaban de tomarla en serio. Hacía casi seis meses que había sido la última vez que vio a su amiga realmente interesada en alguien—. Es decir...

Chloe se rio.

—Sé lo que quieres decir. Pero en esta ocasión fue distinto. Me fui con él a su departamento, estuvimos bebiendo un poco y charlamos hasta el amanecer.

—¿Nada de nada?

—¿Me vas a contar cómo es el sexo con Matthew?

—¡Vaaamos! Ese fue un golpe bajo —replicó, riéndose.

—Es cierto —manifestó Chloe—. Creo que Brandon es distinto... ¡No te atrevas a decir que siempre digo lo mismo!

—No iba a hacer tal cosa...—murmuró conteniendo la risa.

La morena se cruzó de brazos.

—Vale. Pues él dice que quiere conocerme un poco más... No pienso tener sexo con Brandon, hasta que sepa que sus intenciones son algo más que solo acostarse conmigo durante un tiempo y luego dejarme en la estacada. Y si no resulta esto de conocernos, digamos de un modo distinto al bíblico, pues a otra cosa mariposa. Estoy harta de tantos imbéciles..., aunque sean guapos —miró a Victoria—. ¿Qué es lo que pasa que tienes cara de que te hubieran dicho que te ganaste la lotería, para luego quitarte el boleto ganador?

—Es una historia algo extraña —repuso sonriendo.

—Oh, bueno, creo que finalmente tenemos tiempo para ponernos al día. Así que adelante, soy toda orejas —dijo encendiendo la radio en una estación de *Blues*.

Victoria suspiró.

—Aquí voy entonces... —dijo, antes de empezar a contarle lo que había vivido últimamente, hasta el capítulo de Rosalyn.

La casa en donde vivía Rosalyn era preciosa, tan delicada como ella que yacía en ese momento en la cama, junto a él. Le había pedido que la abrazara. Y aunque se sintió un poco extraño, a pesar del pasado en común, al estar abrazado a otra mujer que no fuera Victoria, se acercó a la cama y se recostó sobre el edredón. Ver los aparatos médicos alrededor y saber que la enfermera aguardaba afuera era un

recordatorio ácido de porqué, cuatro años después de aquella amarga noche en que rompieron su relación, se reunían.

Rosalyn llevaba un vestido azul que le daba un toque especial a su piel blanca. Ahora notaba las ojeras, la fragilidad de su figura. Él no dejaba de admirar la valentía con que sobrellevaba la enfermedad.

Había sido bueno charlar con los Brewster. Ambos ya encanecidos, pero sin perder la sonrisa a pesar de la sentencia que pesaba sobre su única hija. Los dos, arquitectos de profesión, le habían agradecido a Matt, antes de despedirse, el que hubiera aceptado reunirse con ellos a cenar.

—¿Qué piensas? —preguntó ella al notarlo silencioso.

Él le acarició el brazo con afecto.

—En el tiempo que he perdido —replicó mirando el techo.

—No lo entiendo.

Suspiró.

—Te alejaste pensando que todo lo que me importaba era mi profesión. —Ella lo miró con el ceño fruncido—. He perdido detalles importantes de la vida por creer que ascender en mi carrera lo es todo... —expresó con un matiz amargo haciendo alusión al abandono de la muchacha que tenía a su lado.

—Me alejé, Matthew, porque no quería ser un obstáculo para ti. No te hubieras dado cuenta lo que estaba pasando conmigo de ningún modo. No fue culpa tuya. Entiendo que la gente tiene prioridades distintas a cada etapa de sus vidas, y tú estabas en una muy importante. Además, tal como te dije, yo prefiero tenerte ahora, aquí, en lugar de haberte arrastrado estos años de hospital en hospital soportando mi enfermedad o sintiendo pena, o peor aún, perdiendo tus oportunidades que tanto merecías por tu esfuerzo. No hubiera sido justo para ti, y yo no me hubiera sentido bien.

Rosalyn tenía las piernas recogidas, la mano sobre el pecho de Matt y la cabeza en el hueco de su hombro.

—A veces los momentos de felicidad que duran dos segundos cuentan más y se aprecian en mayor medida, cuando se ha vivido toda una temporada de vicisitudes. Debiste al menos darme la oportunidad de decidir. Pudiste confiar en mí; debiste hacerlo. Sé que tienes un alma generosa, pero tampoco intentes venderme la idea de un altruismo desmedido.

Ella le acarició el cabello con tristeza. Luego volvió a poner la mano sobre los pectorales masculinos cubiertos por una camisa de Hermès.

—Yo hice una elección y eso te hirió. Fui egoísta desde ese punto de vista. Antepuse mis decisiones a las tuyas, cuando debí ponerlo sobre la mesa como un consenso. Pero era mi enfermedad, mi sentencia. Y yo elegí el modo de vivirla.

—¡Las parejas están para dialogar, no para tomar decisiones unilaterales en momentos cruciales que pueden poner a prueba el camino recorrido juntos! —exclamó.

—Sé que fue lo mejor...

—¿Para ti? —interrumpió Matt. Luego hizo una mueca y agregó—: Lo siento. Eso estuvo fuera de lugar. No tiene sentido darle vueltas al pasado.

—No pasa nada —dijo con suavidad—. Al final, cada uno ha vivido a su modo lejos del otro. Además, ¿cómo podría haber privado a esas chicas tan guapas de conocerte? —repuso sonriéndole, intentando aligerar la tensión.

—Fue una temporada complicada cuando te marchaste. Desde entonces yo...

—No haces promesas de tipo sentimental —completó. Vaya si lo conocía bastante bien. Él asintió—. Quizá ahora que has escuchado mi versión, puedas entender mi abandono a nuestros planes juntos.

—Lo sé. Ahora lo sé —dijo conteniendo una maldición. «Si ella se lo hubiera explicado...». Los “hubiera” no tenían sentido en la ecuación—. Gracias por haberme llamado. Intentaré recuperar el tiempo perdido.

—¿A qué te refieres?

Rosalyn conservaba ese brillo especial y comprensivo en la mirada. Como si

fuera capaz de leer en lo más profundo de los pensamientos de Matthew.

—Visitar a mi hermana y a mi cuñado. Pasar tiempo con mi sobrino, Peter, para crear recuerdos con él.

Ella asintió mirándolo con dulzura.

—¿Cómo está Lilly?

Matthew sonrió. Su hermana tenía un genio de mil demonios, pero sí, era dulce y encantadora cuando se lo proponía.

—Embarazada de su segundo hijo —comentó con orgullo. Le gustaba que Lilly y Dermont fueran un matrimonio sólido. Y ahora que conocía la verdad sobre Rosalyn, quizá su reticencia al compromiso pudiera disminuir. Quizá...

—¡Eso es maravilloso, Matt! Serás tío por segunda ocasión.

—Me hace mucha ilusión, la verdad.

—¿Has cambiado de parecer sobre tu idea de ser padre?

—No he vuelto a pensar en ello. —Miró el reloj. No quería hablar de ese tema—. Son casi las once de la noche. Creo que tu enfermera ya quiere echarme de aquí —rio poniéndose de pie, no sin antes dejar un beso en la frente de Rosalyn.

Ella lo tomó de la mano. Él se detuvo y apoyó una rodilla sobre la cama para equilibrarse.

—Gracias, Matt. —Él asintió. Rosalyn se sonrojó un poco antes de agregar—: Solo es curiosidad... La mujer que estaba contigo la noche en que te llamé, ¿significa algo para ti? —Él frunció el ceño—. Durante la última parte de la llamada alguien te habló —le explicó.

—Victoria Marsden.

La sonrisa de Rosalyn se ensanchó.

—La famosa Victoria. Al final, ¿habrías sido feliz conmigo estando interesado e intrigado por ella?

Eso hizo que Matthew soltara una carcajada.

—Nunca te hubiese pedido matrimonio si ese hubiera sido el caso.

Ella le restó importancia al comentario con un gesto.

—Siempre ha estado ahí —le señaló el lado del pecho en donde se aloja el corazón—, tan solo que lo has negado durante mucho tiempo hasta que te llegaste a creer esa mentira. Jamás dejabas de hacer algún comentario de pasada sobre ella, o lo que fuera que John te contara sobre su hija. Lo que no entiendo es el porqué de que jamás fueras a buscarla; el porqué de que no intentaras restablecer el contacto y te limitaste a verla desde lejos; o por qué dejaste pasar tantos años. Ella pudo haberse casado con otro. ¿Qué habrías hecho entonces?

«Ser miserable.»

—Esta conversación es un poco incómoda —replicó Matthew, soltándole la mano con suavidad.

—No, Matt. Esta conversación es lo más sincera posible —dijo con un guiño—. Nada tengo ya que perder. ¿Por qué molestarme en callar? Y por eso creo que también es justo que te diga que ella fue el otro motivo por el que decidí alejarme. —Matt abrió y cerró la boca, pero no la interrumpió—. Hubiera sido una agonía saber que, a pesar de que decías quererme y sabía que lo hacías a tu modo, una parte tuya sentía esa curiosidad no satisfecha y fascinación por ella.

Él guardó las manos en los bolsillos. No podía rebatir a Rosalyn. Era cierto. Aunque Victoria era una chiquilla tiempo atrás, siempre lo había encandilado. Pero su meta labrarse una carrera, le había impedido acercarse a ella. Ahora comprendía su renuncia a saludarla cuando la veía en algún evento, de aquellos en los que rara vez coincidían. No había sido consciente que esos comentarios escuetos sobre Victoria, hubieran llevado a Rosalyn a elucubrar y sacar conclusiones. Ninguna errada.

—No sé qué decirte...

Rosalyn cerró los ojos con una sonrisa.

—No dejes que tus miedos te inhiban de vivir experiencias maravillosas. —Ella

era una de las pocas personas a las que Matt le había contado sobre sus vivencias con Heath y la falta de una figura paterna positiva y constante. Nunca le dijo lo que había ocurrido con Sabrina—. Me ha dado sueño. Iré a cambiarme para descansar... —Él la ayudó a incorporarse, y Rosalyn llamó a la enfermera. Luego miró a Matt—: Ven a visitarme pronto, y piensa en lo que te he dicho.

—Lo haré. —Salió de la habitación con una extraña sensación en el pecho. De algún modo, Rosalyn acababa de liberarlo de sus prejuicios personales sobre el futuro. Y también elevar sus niveles de alerta con respecto a Victoria. Solo que era demasiada información para digerir en tan poco tiempo.

Quizá era un poco tarde, pero dado que el maestro Tanaka le había dado una copia de la llave de Temple Ki, decidió hacer lo que mejor se le daba cuando su mente estaba ofuscada. Practicar y practicar hasta que el cuerpo estuviera agotado, y las respuestas empezaran a caer una a una. O al menos, esperaba que en esta ocasión funcionara tan bien como las anteriores. No se trataba solo de su mente, pues también estaba implicado su corazón, y necesitaba deducir hasta qué punto. Subió a su automóvil y lo puso en marcha.

CAPÍTULO 13

La fiesta de Paul estaba en todo su esplendor. Estaciones de comida de un lado, bebidas del otro, camareros eficientes atendiendo por doquier y la música de una banda en vivo, conjuntamente con un dj que iba alternando la música, hacían las delicias de la velada. Un grupo selecto de doscientas cincuenta personas bailaban y departían en el extenso jardín de la mansión del millonario. La decoración en tonos dorados, blancos y malva, aportaban buen gusto y elegancia. Victoria empezó a adentrarse poco a poco en ese ambiente que no le era del todo desconocido, pues en muchas ocasiones había acompañado a su padre a eventos pomposos y con gente influyente.

Esa noche llevaba un precioso vestido rojo de Valentino que le sentaba como un guante. Lo había comprado en una de las tiendas de lujo de Union Square. El traje sencillo, pero provocativo, era un sueño. Tenía el cuello redondo de encaje, al igual que las mangas tres cuartos. La falda del vestido llevaba renglones combinados en tul, y los bordes del bajo que llegaban hasta la rodilla, poseían un delicado y sutil estampado de flores. Lo que más difícil le resultó a Victoria fue ajustarse el cierre de la cremallera invisible en la espalda; tuvo la ayuda de Chloe, quien a propósito del evento, le prestó unos fabulosos Jimmy Choo, negros. El cabello se lo arregló con un tocado informal y domó sus ondas con la pinza, aunque algunos mechones rebeldes se resistieron al aparatito, pero ya no pudo hacer más porque iba tarde. Aceptó que una de las amigas de Chloe la maquillara. El toque era tan natural como sensual.

Paul Harrington iba a hacer un anuncio importante esa noche que podría afectar a las dos agencias que competían por la cuenta. Victoria no podía imaginarse de qué podía tratarse. La mejor forma de mitigar la inquietud era hablando. Por eso cuando encontró a Beatrice se puso a charlar con ella y su esposo. Poco a poco el resto del equipo y sus parejas empezaron a reunirse en torno a una mesa, a reír y departir;

todos, excepto Matthew que no asomaba por ninguna parte. Simón estaba algo más callado de lo habitual, pero al ver una chica guapa que le hacía “ojitos”, su ánimo mejoró, haciendo sonreír a sus compañeros y gastarles bromas.

—Victoria —saludó una voz conocida detrás de ella.

Se giró.

—¡Brian! —exclamó y le dio un abrazo que fue correspondido. Volvió la atención a sus compañeros, quienes a pesar de sonreír, miraban a Brian algo recelosos—: Supongo que conocen a Brian Lewis, ¿cierto? —Todos asintieron, y por educación se saludaron e intercambiaron un par de palabras y chistes, hasta que el ejecutivo de la competencia tomó a Victoria del codo.

—Discúlpennos un momento, no puedo escuchar a la banda tocando una canción de John Legend, y no bailarla —dijo Brian—. ¿Me concedes el honor? —le preguntó a ella.

Ante tanta ceremonia, impropia de Brian, ella se rio.

—Claro —repuso, diciéndole con un gesto a sus compañeros de oficina que pronto volvería con ellos. Wanda frunció el ceño al verla partir, pero pronto Gary atrajo la atención de todos comentando que su mujer estaba esperando su tercer hijo.

Brian y Victoria se acercaron a la pista que estaba medio llena. El viento fresco corría acompañando a esa noche llena de estrellas en el cielo.

—Estás preciosa hoy, ¿te lo han dicho? —preguntó Brian, sonriendo, mientras la tomaba de la cintura y bailaba al compás de la música.

—Eres el primero, así que gracias —respondió riéndose. Era curioso, porque a pesar de que Brian era atractivo de un modo visualmente impactante, a ella la dejaba un poco fría. Ciega no era. Eso seguro. Pero no le causaba inquietud ni nerviosismo. No del modo en que lo hacía Matthew... El idiota de Matthew—. Ahora dime, ¿qué te traes entre manos? Te vi llegar con esa belleza pelirroja hace un rato. No me engañas.

Brian se echó a reír.

—¡Bah! Solo es Jud, la mejor amiga de mi hermana menor, Daisy. Supo que

Michael estaría en esta fiesta, y bueno, ¿quién crees que quiere conquistar al hijo del gran Harrington? Le estoy dando la oportunidad perfecta de estar sola y arreglárselas.

—Muy generoso de tu parte —dijo con ironía.

Dieron una vuelta.

—Egoísmo puro, la verdad. Lo cierto es que quería bailar y charlar contigo. Sabes que te aprecio, pero tengo mis sentidos bien puestos. ¿Cómo perderme la oportunidad de bailar con una mujer sexi e inteligente?

Victoria negó con una sonrisa.

—Deja la broma, Brian. —Él se encogió de hombros como si lo hubiera ofendido. Aquello hizo reír a Victoria—. Por cierto, Paul me presentó a su hijo hace un rato —continuó, cambiando el tema—, me pareció muy simpático, aunque con veintiocho años, no creo que la mejor amiga de tu hermana pueda echarle el lazo. Al menos parece bastante interesado en conversar con los ejecutivos de alrededor, en lugar de ligar —dijo, mientras observaba al apuesto heredero en cuestión.

—Ahhh, es que no conoces cómo es Jud —sonrió—. Cuando creyó que estaba enamorada de mí, me hizo una persecución digna del servicio secreto. —Eso arrancó una carcajada de Victoria—. En todo caso, cuéntame, ¿cómo te van las cosas en la agencia?

—¿No me estás intentando ofrecer trabajo de nuevo, verdad?

—Jamás —dijo haciéndole un guiño—. Lo pregunto sinceramente.

—Bueno, ya que lo pones así, pues me encanta mi trabajo. Espero ganarme el respeto de todos y si me dan la oportunidad, pues ir ascendiendo poco a poco. —Quizá Brian estaba enterado del accidente de Devon, pero era demasiado educado para preguntar.

—¿Quieres ser directora de cuentas?

—¿Quién no?

Giraron de nuevo. La banda tocaba ahora algo más animado; se separaron esta

vez para seguir el ritmo. Un poco de la magia de Maroon 5.

—Es cierto, pero en este caso es la empresa de tu familia. Deberías exigir que te den el cargo que por derecho mereces, Tori. Entiendo que siempre has ido por tu cuenta, pero es tu compañía... lo será al menos en un futuro cercano en todo caso. No importa lo que hagas, será tu imperio.

Ella se negó.

—Quiero ganármelo por mí misma. —Decidió cambiar el tema—: Cuéntame, ¿cómo van en tu agencia con la cuenta de Paul?

—Secreto de estado —dijo tocándole la nariz en una sutil caricia, con el dedo.

—Qué gracioso. No te he pedido detalles.

—Lo sé, preciosa, lo sé. Lo cierto es que nos falta ultimar un par de cosillas, pero nada que una reunión de ajuste de tuercas no consiga —sonrió—. Gracias por este baile. Creo que me toca rescatar a Jud, antes de que diga algo embarazoso. Caso contrario, Daisy me mata si se entera que he dejado que su mejor amiga se ponga en ridículo..., aunque no sé por qué, pues Jud es experta en eso —dijo dándole un beso en la mejilla a Victoria.

Victoria notó con el rabillo del ojo que sus compañeros de oficina le seguían el paso. Ella frunció el ceño. Quizá y pensaban que Brian no era un buen tipo, pero lo cierto es que se equivocaban. Ella lo conocía desde hacía bastante tiempo. Le agradeció el baile a Brian y luego fue con sus compañeros.

—Oye, Tori, no creo que al jefe le guste que estés hablando tan animadamente con la competencia —expresó Wanda con cierta timidez—. Ya sabes que es medio paranoico con esas cosas...

Se acomodó en la silla.

—Yo que lo conozco bastante bien —terció la «rubia plástica» de Claire—, puedo decirte que no solo que no le gusta, sino que le parecería un acto de deslealtad que departas tanto con ellos, cuando en realidad somos conscientes de que no hemos venido precisamente a divertirnos.

Gary puso los ojos en blanco.

—Claire, esto es una fiesta —respondió Victoria—, si quieres amargarte pensando en Matthew y sus conjeturas, erróneas o acertadas, entonces es tú problema. Brian es un buen tipo. Solo sabremos qué tiene planeado Paul cuando decida hacer su anuncio. Mientras tanto, al menos yo, pienso divertirme un poco. Ya hemos pasado días bastante difíciles. Baja la intensidad. ¿Sí?

El resto del equipo asintió, secretamente contento de que Tori hubiera respondido así a la pesada de Claire.

—Concuerdo contigo —dijo la voz de Matthew detrás de Victoria. Una voz que a ella le recorrió toda la espalda reviviendo huellas de noches pretéritas en su piel.

Lentamente, se giró.

Vestido con un traje azul oscuro, Matt irradiaba virilidad y fuerza. El cabello perfectamente peinado hacia atrás, no hacía más que destacar su apuesto rostro. No estaba solo. No. A su lado resplandecía una mujer delgada y elegante, con unos preciosos ojos cafés. Lucía un vestido verde musgo ceñido que parecía burbujear a su alrededor. El cabello lo llevaba corto, y le daba un aire bastante audaz a sus rasgos y pómulos altos. Verlo contra mujer solo aumentó su desasosiego. « ¿Ya estaba con otra, además de...? »

—Les presentó a Rosalyn Brewster, una gran amiga —expresó Matt, interrumpiendo los pensamientos de Victoria. En la mesa todos saludaron sonrientes. Excepto Claire, por supuesto. La rubia se esmeró en fingir una sonrisa, luego se disculpó para ir al lavabo. Wanda y Beatrice pusieron los ojos en blanco y animaron a Rosalyn a sentarse con ellas.

Victoria no pudo evitar quedarse mirando a la ex prometida de Matt, breves segundos. ¿Estarían esos dos en conversaciones de retomar las cosas...? Esa duda fue como si hubiesen vertido una gota de ácido en su estómago. Para colmo de males, quien estaba a su lado rozando su pierna desnuda con la tela de un traje masculino a medida, era Matt. ¿Por qué diablos había llevado a esa mujer? ¿Qué intentaba decirle? ¿Qué lo que fuera que hubieran tenido se había acabado? Pues no necesitaba

hacerlo, porque ella lo llevaba más que claro desde que él empezó a tratarla con indiferencia esa semana.

—Victoria —expresó Rosalyn con una voz suave y alegre—, me da gusto conocerte. Matthew habla muy bien de ti.

«Ajá, claro.» En ese momento la voz de Rihanna sonó con *Only Girl*, llenando el ambiente con la melodía. «Bonita canción», pensó Victoria, sarcástica.

—¿Ah, sí? —replicó sonriendo, aunque hubiera querido salir de ahí. Matt la miraba con aquella intensidad que le estremecía cada recodo de su cuerpo. Pero estaba con otra. En sus narices, y para más inri, se trataba de la mujer con quien había estado prometido—. Pues mira, siempre es bueno que el jefe conozca la capacidad de gestión de sus colaboradores. ¿Desde hace cuánto tiempo sales con Matt?

La mesa se quedó en silencio. El sonido de la banda, que volvía a la carga para que el dj tomara un receso, se mezclaba con las conversaciones de alrededor. En la pista varias parejas disfrutaban la música, ajenas al bochorno de Victoria. Al menos Claire no estaba presente, porque hubiera sido un desastre adicional.

«¿Ella había preguntado eso? ¡Que la tierra se abra, por favooooor!»

Se aclaró.

—Me refiero a que si es un tema de negocios... —murmuró, avergonzada, en un intento de salir del bache—. Lo siento, creo que me ha afectado bailar tanto con Brian —recalcó esto último, y se alegró cuando vio a Matt fruncir el ceño, pero al final, ¿a él qué le podía importar? Hipócrita—. Voy a saludar a unos amigos —dijo lo más dignamente que pudo, ante la mirada que tenía un innegable matiz de humor en los ojos verdes de Matthew. Se levantó y salió con paso lento hacia el interior de la mansión. Le habría gustado esconderse bajo la mesa más cercana.

—Bailar resulta tan divertido como agotador —comentó Rosalyn para romper el hielo.

Todos sonrieron.

—Cuéntanos, Rosalyn, ¿Qué carrera sigues? —preguntó Beatrice. Y con eso se

retomó la conversación, mientras Simón regresaba —de donde fuera que hubiera estado— y presentaba a una preciosa chica de grandes ojos marrones y cabello rizado. Nadie hizo comentarios sobre su tendencia a ser un Don Juan, y acogieron a la chica, Ingrid según dijo se llamaba, en el grupo.

Matthew había decidido hacer algo para que Rosalyn se divirtiera un poco. Estar todo el tiempo en casa no le parecía del todo idóneo. Así que aprovechando que Paul daba la fiesta, la invitó. Ella se había rehusado en un principio, explicándole que últimamente se cansaba muy rápido y prefería estar recostada. Él replicó que estaría a su lado y que se irían en cuanto ella necesitara descansar. Tanto argumentó al respecto, hasta que ella terminó aceptando. A Matt le alegró verla sonreír y arreglarse con esmero. El ánimo de Rosalyn era encomiable, a pesar de su delicado pronóstico.

Al entrar en la mansión de Paul, Matt no pudo evitar buscar con la mirada a Victoria. Necesitaba hablar con ella y explicarle su comportamiento distante durante la semana. Sabía, porque la conocía, que estaba más que enfadada con él. Ese enfado estaba justificado, lo aceptaba. Cuando avanzó hasta llegar al patio, al verla riéndose con Brian todas las ganas de hablar se esfumaron. Si no hubiera sido por Rosalyn, que le dio un apretón en el brazo, probablemente habría cometido una estupidez como acercarse a Brian, y partirle la cara. A duras penas esperó a que Victoria se sentara, para él aparecer con su acompañante, y saludar. La idea era sorprenderla, y lo había conseguido. También notó que estaba celosa de Rosalyn. Pues genial, así sentía lo que él, cuando la vio con Lewis.

—Matthew —le susurró Rosalyn al oído—. Regresa a la Tierra.

Solo en ese momento se dio cuenta que tenía la mirada fija en el camino que hacía varios minutos Victoria había recorrido para alejarse. Con ese vestido rojo estaba de infarto. La maldita tela le marcaba las curvas, y el corto del vestido dejaba sus piernas perfectas a la vista. ¿Por qué tenía que usar esos tacones y caminar de aquella manera que lo hacía prácticamente babear por ella? Al parecer sus sesiones nocturnas en Temple Ki no estaban surtiendo efecto.

—Eh, vaya... —replicó, sonriéndole—. ¿Quieres algo, Rosie? ¿Te apetece

bailar?

Ella colocó la mano sobre la suya.

—¿Por qué no vas a buscarla? Creo que se ha hecho una idea equivocada de los motivos por los cuales estoy aquí... —suspiró—, y estoy segura que toda la semana has estado distante con ella intentando ajustarte los pensamientos luego de lo que hemos hablado. ¿Cierto?

Matthew se terminó su vaso de vino.

—Me conoces demasiado bien.

Rosalyn le hizo un guiño. No era justo que él se quedara a su lado, cuando aún no se quitaba aquella espinita que siempre había sentido por Victoria Marsden, y menos ahora que la muchacha creía equivocadamente que él estaba jugando al doble rasero. No negaba que sentía un poco de tristeza al haber renunciado a Matthew, pero prefería saber que finalmente lo ocurrido en el pasado estaba claro entre ellos. No tenía alma caritativa, ni mucho menos. Sin embargo, durante esos años había aprendido a aceptar y a dejar ir. En ese último grupo estaba Matthew Talley.

—De algo debe servirnos eso, ¿verdad?

Matthew se inclinó y la besó en la mejilla.

—Siento tanto que...

—Shhh —le puso los dedos en los labios en un movimiento rápido y delicado—. ¿Qué te parece si me vas a dejar a casa y luego intentas solucionar las cosas con Victoria?

—Eres mi invitada, y acabamos de llegar hace poco —replicó con gesto serio—. Quiero que pases una hermosa velada. Así que venga, Rosie, vamos a bailar.

Ella accedió.

Cuatro canciones más tarde, él la llevó para que bebiera un zumo de frutas. Volvieron a la mesa y charlaron.

—Matthew, ya son casi las diez y media —dijo Rosalyn de pronto, en voz muy

baja—. La he pasado bien. Tus colegas de trabajo —señaló con un gesto de la barbilla al grupo que en ese momento se reía a carcajadas—, realmente son estupendos. —Él asintió, aunque se guardaba su opinión personal sobre Claire—. En todo caso, quiero descansar. Ha sido una velada preciosa... y me ha dado oportunidad de ponerme un vestido de fiesta y maquillarme —sonrió de aquella forma tan franca que a Matthew le partió el corazón. Porque sabía que dentro de poco no volvería a verla jamás—. Quiero irme a casa, por favor. Pero me gustaría que pudieras arreglar el mal entendido con Victoria.

Él soltó un gruñido.

—Si ella baila con otro, ¿por qué debe importarme lo que ella piense? —dijo más por celos que por convicción.

Rosalyn negó con la cabeza.

—Eso lo sabes solo tú —dijo con humor—. Anda, llévame.

A regañadientes, Matthew salió con ella de la fiesta, no sin antes decirle a Gary que estaría de vuelta lo antes posible. Tenía la intención de acompañar a Rosalyn y asegurarse con la enfermera de que estaba bien antes de él poder regresar a la casa de Paul. Rosalyn lo regañó diciéndole que no tenía por qué creerse responsable y que solo lo contactó porque necesitaba explicarle sus motivos, y quería estar en paz con él, pero no porque estuviera buscando un guardián cada día, aunque apreciaba de corazón su preocupación. Matt entendió el mensaje, y antes de regresar a la fiesta, la abrazó un largo rato.

Victoria vio salir a Matt con su *noviecita*. «Seguro iban a terminar en algún sitio privado lo que no podían hacer en público.» Habían estado tocándose con tanta intimidad como si nadie se diera cuenta. Pues bueno, ella *sí* se había dado cuenta. Matt se estaba comportando como un irresponsable que se largaba a hacer novillos cuando Paul podía decir cualquier cosa de un momento a otro.

Estaba terminándose un canapé delicioso de gambas, cuando Michael Harrington apareció a su lado. Ella le sonrió. Después de todo era el hijo del posible cliente, y además le había caído simpático cuando los presentaron momentos antes. Mike, como le gustaba que lo llamaran, tenía el cabello del color del trigo, los más impresionantes ojos aceitunados que ella hubiera visto y una risa varonil. La nariz ligeramente torcida, seguro alguna pelea juvenil, lejos de afeár su rostro, le daba un aire decidido y temerario. Quizá eso era lo que tenía a la amiga de Brian tan encandilada... si acaso no era su cuenta bancaria, claro.

—Una chica de rojo tan guapa y sin bailar.

—Ya sabes que no solo he venido a divertirme —dijo, y luego se limpió con una servilleta los dedos con los que había tomado el canapé.

—Es cierto, mi padre es bastante extravagante —dijo con humor—. Esta línea de lujo que les ha encomendado a las agencias es su preferida. La ha estado rediseñando desde hace un par de años, y quiere reconquistar los mercados del país y ampliarse a Europa. Pero eso ya lo sabes.

Ella asintió.

—¿Tienes idea de qué va el anuncio de esta noche? —preguntó fingiendo que era una consulta inocente.

Una media sonrisa asomó en la boca masculina.

—La verdad es que sí, pero si te lo contara, entonces mi padre perdería su oportunidad de dejarlos a todos un poquito inquietos.

—Eso es maldad —repuso Victoria con un falso tono ofendido.

—Me gustaría compensar mi ofensa, entonces —replicó con un brillo simpático en la mirada—. ¿Bailamos, Victoria?

¿Cómo decirle que no si era tan amable?

—Claro.

La conversación de Michael era amena y chispeante. Le contó un poco sobre sus

estudios en Oxford, luego su viaje sabático por Europa durante seis meses, y el modo en que poco a poco, desde pequeño, su padre le infundió la pasión por el negocio familiar. Estuvieron bailando, y luego él la presentó con varios empresarios, muy agradables. Victoria aprovechó para mencionar la agencia y hacerse un poquito de publicidad. ¿Por qué no? Su padre la hubiera aplaudido.

Con los pies algo doloridos abandonó el patio, y fue en busca de un poco de silencio en el interior de la mansión. La cena estaba sirviéndose, pero ella había estado picando esto y lo otro, así que no tenía hambre. Calculaba que luego de la cena escucharían de Paul Harrington el dichoso anuncio. Mike era un buen tipo, pero aunque intentó, el hombre no aflojó ni una palabra sobre lo que iba a decir su padre.

Se adentró por el primer pasillo que encontró. Las luces tenues le permitieron observar tres puertas a cada lado. «Quizá dentro de una de ellas habría algún salón o la biblioteca.» Así podría sentarse un rato. Eligió la segunda puerta de la derecha. Abrió con cautela. Luces apagadas. Tanteó en la pared un interruptor.

Estaba en la sala de piano. Una preciosidad. El suelo de madera. Un magnífico Steinway de cola color blanco sobre una alfombra persa era lo único que había en la estancia. Las paredes estaban decoradas con cuadros renacentistas y en una esquina estaba ubicado un sofá rojo. Era una decoración bastante espartana, pero conseguía su propósito: destacar el piano. En su niñez, ella había aprendido nociones básicas durante los tres años que estuvo en clases de música. Luego dejó el piano, pues no terminó de engancharse del todo al instrumento, no obstante, cuando tenía oportunidad de practicar, no se contenía.

Se acomodó en el asiento.

La primera pieza que se le vino a la mente era su favorita; la disfrutaba muchísimo. Claro de Luna de Beethoven. Se podría considerar una pieza clásica algo triste, pero a ella le inspiraba muchos sentimientos al mismo tiempo. Le parecía casi mágica. Intentaría disipar los pensamientos de su mente como solía ocurrirle de pequeña al tocar Claro de Luna. Tomó una respiración profunda y tocó con brío, hasta que poco a poco el mundo se desvaneció a su alrededor. Dejó correr los dedos.

Para cuando Matthew regresó a la fiesta, se había perdido la cena. Preguntó a Gary por Victoria. A esas alturas suponía que todo el equipo se había percatado, por el desliz de ella al preguntarle a Rosalyn sobre su tipo de relación con él, que entre ellos dos existía algo más que un vínculo profesional. Se preguntaba si Victoria era consciente de lo que había hecho. A él le daba lo mismo, siempre y cuando eso no afectara el clima laboral, pero ella estaba tan pendiente y preocupada de que no creyeran que estaba en la empresa por un asunto de conexiones familiares, que seguro la incomodaría.

Gary le comentó que la había perdido de vista.

—La última vez me pareció que estaba bailando con el hijo de Paul, Michael. Luego —se encogió de hombros— pues ni idea.

Él asintió y se hizo un espacio entre los invitados, buscándola. La visión de ella bailando con otro lo fastidió soberanamente. No solo porque hubiera sido Brian, o quien fuese, se limita al hecho de que *otro* la tocara. Solo él tenía derecho a hacerlo, maldición. Solo él tenía el derecho a acercarla a su cuerpo, a besarla, a tenerla a su lado para darle placer, para pincharla, reírse o conversar horas interminables de todo y nada.

Soltó una maldición. Se estaba convirtiendo en un estúpido enamorado.

«Enamorado.»

Casi se da de bruces contra un camarero. Le pidió disculpas y se adentró en la mansión. Se pasó la mano por el cabello, mientras caminaba. Asustaba la idea de sentir tanto por alguien. Sin embargo, la posibilidad de no quererla o no estar enamorado como un loco de ella, ahora se le antojaba inconcebible. Pero dado que había arraigado ideas de fobia al compromiso, necesitaba digerirlo poco a poco. No se sentía atrapado, tan solo algo asustado, a pesar de que ella, de alguna manera, le daba libertad de ser él mismo. Ninguna mujer lo conmovía, generaba una sensación

natural de querer protegerla y amarla, como Victoria.

Ese modo que tenía ella de sonreírle y provocarle ganas de poner el mundo a sus pies; la forma en que lo retaba intelectualmente; cómo sentía que el corazón parecía estar sufriendo una arritmia cardiaca cada vez que la tenía cerca; cómo lo ponía a mil solo la idea de besarla y seducirla, aunque si era sincero, lo excitaba todavía más cuando ella lo seducía a él... y a veces sin proponérselo. Síntomas había por todas partes. Los había obviado, porque era un cobarde y también porque ella no lo correspondía. ¿De quién fue la genial idea de *tantear el terreno* a ver dónde los conducía la atracción mutua? Lástima que no dieran premios a la imbecilidad. Peor aún, ¿cómo conseguir que *sintiera* algo por él, que no fuera solo lujuria? Porque al menos en ese plano ambos estaban más que claros. ¿Dónde se había metido ella esa noche? Si ese maldito Brian había intentado algo con Victoria...

Música. Una melodía algo triste, pero tocada con firmeza salía desde el pasillo que estaba a su derecha. La música acalló sus cavilaciones. Caminó con cautela. No quería que el músico se sintiera invadido. Aguzó la oreja en la puerta y se deleitó con la música. Colocó la mano sobre la manilla y la abrió con cuidado para no interrumpir.

No había más que una luz muy tenue que salía desde las dos esquinas del salón. Un sitio bastante austero, y al mismo tiempo ostentoso. Se quedó paralizado cuando vio la persona que estaba detrás del piano de cola. Con suavidad cerró la puerta tras de sí. La música no se detuvo. Con ese vestido rojo y totalmente concentrada en las teclas del piano blanco, Victoria creaba un contraste fulminante. Parecía una visión intocable. El corazón le dio un vuelco. Dios, estaba loco por esa mujer.

Minutos después, el sonido del piano se fue ralentizando poco a poco. La última nota estuvo acompañada de un sonoro suspiro, y una sonrisa. Esa sonrisa que le enredaba las neuronas.

Victoria levantó la cabeza y se quedó estática.

Con el cabello ligeramente despeinado y una penetrante mirada, Matthew la observaba.

—Ha sido precioso, no sabía que tocabas el piano —expresó con cautela. Ella no parecía enfadada. El ambiente silencioso y la luz tenue creaban una atmósfera apaciguadora—. No quise invadir un momento tan personal... pero no pude evitar acercarme al escuchar las notas por el pasillo, ni tampoco curiosear sobre la identidad del artista.

Ella asintió.

—Es la primera vez que toco en muchos años —confesó. ¿Había abandonado a su cita para escabullirse y buscarla? No sabía cómo interpretar eso. La música la ayudó a desahogar sus celos y también su rabia con él.

Matt se acercó hasta quedar junto al piano. Victoria no quería sentirse en desventaja física, así que cerró la tapa que cubría las teclas, y se incorporó. Se alisó el vestido. De pronto creía que estaba demasiado corto. La piel le ardía por la necesidad de que él la tocara, y los labios le cosquilleaban como si reconocieran al hombre capaz de someterlos a deliciosas caricias húmedas. Su cuerpo era traicionero. ¿La mente controla la materia? No en su caso. Luego de verlo con otra, y ahora experimentando esas reacciones, ¿dónde la dejaba eso? En ridículo, por supuesto.

—¿Por qué te alejaste de la fiesta? Pensé que estarías pendiente de lo que pudiera ocurrir, al fin y al cabo, hemos venido para eso —dijo Matt con suavidad. No era una crítica. Pero eso no lo logró comprender ella.

—Tocar el piano me relajó, pero ahora que sacas el tema a colación, quizá debería recordarte que no eres la persona más indicada para hablarme de responsabilidad o trabajo —repuso a la defensiva. Tomó impulso para salir. Él la agarró de la mano, reteniéndola, y la haló hasta que quedaron pegados el uno al otro.

Ella levantó la mirada.

—Suéltame.

—Antes de soltarte, quiero que me escuches —dijo, y con un ágil juego de manos la tomó en brazos y la colocó sobre el piano. De ese modo sus rostros quedaban casi a la misma altura. Matthew se ubicó entre las piernas de Victoria sin

darle oportunidad de impedirselo. ¿Otra de las cosas que amaba de ella? Que no era sumisa ni temía enfrentarlo.

Victoria achicó los ojos. No solo había conseguido diluir la alegría que le causó tocar Beethoven, sino que la acababa de hacer enfadar. De nuevo. Y esta vez con brío.

—No tengo por qué hacerlo, y me estás reteniendo contra mi voluntad.

—Sí, pero no me importa —dijo antes de inclinarse apoyando las manos, una a cada lado de los muslos de Victoria, sobre la madera blanca. Sus narices quedaron muy cerca—. No me gustó verte coquetear con otros hombres.

Ella abrió y cerró la boca. ¿Cómo se atrevía?

—¡Por favor! Tuviste el descaro de traer a tu *noviecita* y además te largaste sin más quién sabe a dónde a hacer novillos. No seas cínico.

La respuesta de Matthew fue una sonora carcajada. Ronca. Grave. De esas que ponen los pelos de punta, pero no precisamente de miedo. El peligro que subyacía era distinto, y muy letal para su equilibrio.

—¿Es Rosalyn el motivo por el que estás enfadada?

Ella se cruzó de brazos. Dado que no podía bajarse teniéndolo entre sus piernas y a un palmo de distancia, ese era su escudo defensivo.

—Toda la semana me has tratado con indiferencia. Entendí el mensaje, ¿sabes? No tengo ni un pelo de tonta —dijo con acidez girando la cabeza—. Ahora, déjame bajar.

Matt sonrió. Estaba adorable cuando se enfadaba.

—Nunca he pensado que fueras tonta. De hecho, eres una de las mujeres más brillantes que conozco. Y no te voy a dejar bajar hasta que hayamos hablado.

—Pues hablarás contigo mismo, porque dentro de nada se acabará el bufete y habrá que escuchar lo que tiene que decirle Paul —comentó fastidiada—. Y yo quiero estar.

—No me fui por irresponsable. Rosalyn se sentía mal y la llevé a su casa —

interrumpió sin perder el buen talante.

Ella resopló de un modo poco elegante.

—Bueno, pues sea lo que sea, los chicos están afuera. Ahora mismo deben estar cenando. Así que...

—Te pregunté por qué no estabas con ellos, solo porque tú eres la ejecutiva de la cuenta y encargada de vincularte directamente con Paul. Es todo. Tan solo pensé que te habrías...

—¿Escabullido a hacer morritos con Brian, quizá?

Matthew la fulminó con la mirada.

—No empieces por ahí.

Ella se acomodó el cabello detrás de la oreja. Enarcó una ceja con beligerancia. Si movía las piernas era probable que él lo tomara como una invitación, mas no como un intento de alejarse. Era peligroso moverse, y también tentador. Él estaba demasiado cerca, y ella era muy consciente de la corriente sexual que vibraba entre ambos.

—Ya te dije que entendí tu mensaje sobre lo que sea que teníamos. Así que soy libre de hacer lo que quiera con quien quiera, al igual que tú.

Matt respiró.

—¿Qué mensaje es el que has entendido? —preguntó ignorando el comentario.

Ella dijo una palabrota por lo bajo.

—Que se acabó lo que fuera que teníamos. No necesitabas traer a tu amor perdido para demostrarlo ni tratarme durante la semana como si jamás te hubieses acostado conmigo, así que...

—Suficiente, Victoria —dijo antes de tomarle el rostro entre las manos, y sellar su boca con un beso ardiente y seductor. Ella se debatió entre sus brazos, pero poco o nada podía hacer ante la firmeza de los músculos que le daban calor y la sostenían. Su traicionero cuerpo se rindió al sabor, al aroma y a la cercanía de Matt—. No estoy

con Rosalyn —murmuró contra los labios suaves. Ella iba a replicar, pero él se lo impidió cuando tomó sus pechos y empezó a frotar los pezones sobre la tela del vestido—. Y de verdad siento haber sido un idiota esta semana... —susurró paladeando el sabor de su boca.

Aquel condenado beso fue una invasión a todos los sentidos de Victoria. La desarmó por completo, pero se encargó de decirle con sus labios, mordiéndolo, que estaba tan furiosa como excitada. Él gimió, y ladeó la cabeza para profundizar su caricia, sin darle tregua. Era fuego, ardor y lujuria. Mientras con una mano le acariciaba un pecho, con la otra la sostenía de la cintura. La atrajo más hacia el borde de la tapa del piano y él se movió de tal manera que con sus caderas y piernas, separó las de Victoria lo suficiente para tener fácil acceso al punto donde ella explotaba en partículas de placer cuando le hacía el amor. No hizo amago de tocarla íntimamente. Solo dejó que el silencio y la expectación le llegaran como una ola de irreprimible deseo. Ella tembló. Si Victoria sentía deseo, él estaba a punto de explotar.

—Te odio...—alcanzó a decir Victoria cuando sintió cómo la mano que le rodeaba la cintura se deslizaba hacia abajo tomándole el bajo del vestido y empezando a subírselo. Era la caricia de la tela suave y los dedos de piel caliente de Matthew, lo que envió cientos de pequeñas descargas de anticipación por todo su cuerpo. A pesar de que llevaba bragas, el frío del aire acondicionado y el calor de la excitación, le agitaron la respiración. Estaba más que lista. «Cuerpo traidor.»

—Shhh —susurró él cuando llegó con su mano a la zona más íntima de Victoria. Ella emanaba calor, y que lo colgaran si acaso él no estaba a punto de desnudarse y penetrarla. No iba a ocurrir. No esta vez. Solo quería que el placer fuera de ella. No porque fuera una disculpa, porque el placer existía para sentirse, exigirse y compartirlo; en este caso era más bien una demostración, con sus manos y su boca, de su necesidad por ella, sin someterse a la vulnerabilidad de expresarle sus sentimientos. Sabía que estaba enfadada, y Dios, esperaba que esos celos tuvieran un trasfondo más profundo que solo el hecho de no querer compartir a un amante en una relación que —estúpidamente— había sido planteada “sin ataduras”.

Rendida a sus caricias, las manos de Victoria empezaron a vagar por el rostro

de Matthew, memorizando con sus dedos, le rodeó las caderas con las piernas y se contorsionó cuando los dedos de Matt hicieron hacia un lado la tela de seda de sus bragas, para llegar hasta su sexo. Despacio y con presteza entreabrió sus labios íntimos, palpando la humedad. Empezó a lubricarla de arriba abajo; acariciándola con deliberada lentitud. Victoria no dejó de besarlo, ni él de tocarla con los dedos, y asaltar sus sentidos con la boca.

—Ah...—gimió Victoria cuando él la penetró con un dedo, hasta lo más profundo que podía llegar. Apenas podía respirar. Estaba al borde del precipicio. Y él lo sabía, porque cuando estaba a punto de alcanzar la liberación, Matt abandonó su boca para inclinarse y, sobre la tela del vestido, morderle un pezón lo suficientemente fuerte para generarle un delicioso ardor, mientras un dedo, y luego dos, la penetraban sucesivamente—. Matt... —sollozó cerrando los ojos antes de perderse en una bruma deliciosa, mientras su sexo palpitaba alrededor de los dedos masculinos que no dejaron de tocarla, hasta que, varios segundos después, ella regresó poco a poco de ese viaje liberador.

Matthew se sentía a punto a explotar. Pero se controló. Verla así, tan expuesta, ruborizada, con los labios ligeramente hinchados, y jadeando, luego del orgasmo, casi lo hizo llegar a él y sin necesidad de que ella lo tocara. Así de fuerte era el efecto que ella le causaba.

Avergonzada. Así debería sentirse por haberse permitido ese desliz. Un delicioso desliz sexual. No lo negaba. Abrió los ojos, lentamente. Lo encontró observándola con sus increíbles ojos verdes. Unas gemas verdes que desprendían contención, sexualidad, inteligencia y pasión.

En un intento de recuperar la compostura, y temiendo que las piernas no la sostuvieran, lo empujó con las manos. Él no se resistió y la ayudó a bajar del piano. Con toda la altivez que pudo se ajustó el vestido. Miró sus pechos. No había dejado humedad en sus pezones, donde la había mordido sobre la tela varias veces. Sintió arderle el rostro. Sí, se había sonrojado. Apretó la mandíbula y se cruzó de brazos.

—Victoria —dijo Matt con suavidad. No la tocó. Metió las manos en los

bolsillos.

—Ha sido...

—¿Fantástico? —preguntó mirándola con una sonrisa. «Ego masculino en su esplendor», pensó Victoria poniendo los ojos en blanco—. Me habría gustado arrancarte el vestido y besar tu piel desnuda. Recorrerla con mi boca y mis manos, pero no creo que el público de la fiesta lo entendiese.

Ella torció la boca, aunque las palabras de Matt le crearon un cosquilleo en la piel. Era débil con las artimañas de seducción que él tenía, como si su cuerpo se hubiese sensibilizado a un nivel demasiado profundo ante el único hombre que había sido capaz de enloquecerla sexual y emocionalmente como si de un huracán se tratara. ¿Se daba cuenta de ello Matt, y por eso la torturaba?

—Ha sido una estupidez —replicó. Matthew negó—. Ahora tenemos que ir con los demás.

—No puedes evitarme para siempre. Trabajamos juntos, nos acostamos...

—Que haya dejado que me tocaras, no implica que te haya dejado pasar lo que me hiciste durante la semana. ¡Y estás con otra! ¿Cómo puedes ser tan descarado?

Matthew negó con la cabeza.

—No, Victoria. Jamás te habría tocado de ser esa la situación. Antes de hablarte del caso de Rosalyn...

—Ay, pues mira nada más, resulta que es tan importante que es un *caso* —interrumpió con retintín.

—...quiero disculparme de nuevo por cómo me porté estos días contigo —continuó—, ha sido una mala semana, no tenía por qué pagarla contigo. Tampoco debí actuar como si tus deseos no importaran. Y si de algo cuenta, no ha pasado un minuto en que no haya estado a punto de sacarte de la oficina o raptarte de tu casa para seducirte. Te he deseado con locura, y he echado de menos hablar contigo.

Matthew disculpándose era como un terremoto sacudiendo su determinación de pasar de él, porque lo peor de todo era que ella sabía que estaba siendo sincero.

Suspiró.

—¿Tanto me has deseado y echado de menos que pasaste de mí? ¿O es que estás haciendo una suerte de experimento de autocontrol conmigo, pero no con tu ex?

Él se cuidó de no sonreír. Sí. Estaba celosa.

—La situación de Rosalyn no tiene nada que ver con el sexo —dijo calmadamente.

«Ajá, cómo no.»

—Da igual. Se acabó, Matt. No quiero liarme más la cabeza.

—Victoria...

—No soy tu juguete. ¿Comprendes? Sí, hay química sexual entre nosotros. Disfruto acostándome contigo. —«Porque te amo», hubiera querido decirle, pero se cuidó de que esas palabras no se cruzaran en la conversación—. No me gusta que me traten como si fuera un objeto que se quita y se pone del medio. ¿Cada vez que tengas una mala semana, la vas a pagar conmigo? Pues no. Escucha, acepto tus disculpas —dijo cuando él fue a interrumpirla—, pero se acabó. No quiero tener nada que ver contigo es lo más sano para ambos.

Matt se acercó a ella. Le puso las manos sobre los hombros. Sin presionarla.

—Cariño, fui a dejar a Rosalyn a su casa. No se sentía bien. —La sintió tensarse—. No hay nada entre ella y yo. ¿Me crees?

—No.

Él bajó la mirada y la soltó.

—Victoria, Rosalyn está enferma. Sobre eso te quería hablar y explicarte que...

—No me interesa su condición de salud —irrumpió con acritud—. ¿No te das cuenta de que una norma básica, aunque sea solo un affaire, debería ser no hablar de otras mujeres con tu amante? Eres bueno convenciendo a la gente. Eso te lo garantizo. Pero yo me salgo de la ecuación. Donde hay dos, no debe haber tres.

—¡No es así, maldición! —exclamó con vehemencia—. Rosalyn se está

muriendo. Tiene cáncer. Está desahuciada —gritó con pesar en su voz.

Eso la dejó completamente anonadada. Abrió y cerró la boca. ¿Desahuciada? ¿Era por eso que Matt había estado preocupado y distante, o quizá era porque la amaba, y ahora que se había dado cuenta de ello al verla de nuevo, no sabía cómo actuar?

—La invité porque me pareció bien que saliera de su casa. Pasa encerrada todo el tiempo o sale a dar breves paseos, pero no se agita demasiado. Prefiere guardar fuerzas. Me pareció que esta era una buena oportunidad para que se sintiera alegre en un entorno distinto —continuó con dureza.

Victoria hizo un intento de ponerle la mano en el brazo, pero él se alejó. Victoria dejó caer la mano. Se abrazó a sí misma.

—Yo...

—Tú tienes la maldita costumbre de cerrarte en banda cuando crees que te están haciendo daño. Quería contártelo de otra manera, no soltártelo a bocajarro...

Ella se sintió como una lagartija de poca monta. ¿Había lagartijas de mejor categoría?

—Oh..., lo siento. Lo siento, Matt. Me apena saberlo —dijo con sinceridad—. Y tú...

—Yo estoy consternado, porque aunque las cosas entre ella y yo acabaron hace mucho tiempo, sin duda fue una persona con quien compartí una etapa de mi vida. —Entonces empezó a contarle a breves rasgos la conversación del sábado con Rosalyn, cuando aclararon las cosas entre ellos.

—Entonces, si ella te ha dicho que todavía te ama —tragó en seco—, ¿tú has pensado volver con ella durante el tiempo que le quede...? —preguntó con un hilillo de voz. ¿La sigues amando?, quiso preguntarle. Pero las siguientes palabras de Matt le dieron la respuesta.

—¿Te importaría si lo hiciera? —indagó a cambio. Quería saber si ella, además de lujuria, sentía algo más por él.

Para Victoria la sola idea de que estuviese con otra mujer le dolía como si estuvieran estrujándole el corazón. Pero si él estaba haciéndole esa pregunta era evidente que no era más que solo una posibilidad. Dios. Cómo dolía. Necesitaba protegerse.

—Yo... no. No. —En ese momento se escuchó a Paul por el micrófono. Un eco a lo lejos. Se quedaron mirando—. Será mejor que salgamos —dijo ella rompiendo el silencio, antes de emprender la salida o antes de quedar en ridículo diciéndole que lo quería, y preguntarle si había alguna parte de él que sintiera un poquito de amor por ella. No volvería a ser esa Victoria de años atrás, confesando sus sentimientos, mientras él pensaba irse con otra. No más de eso.

Matthew la siguió, pero era consciente de que había manejado mal la situación al hacerle una pregunta estúpida, en lugar de confesarle lo que sentía. Aunque al menos ahora se daba por enterado. Ella no lo quería. Vaya noche. Pero no iba a dejar las cosas así con ella. Iba a insistir y aclararlo todo en un sitio distinto, en donde no hubiese peligro de que los interrumpieran. Por el momento no le quedaba más que acogerse a la única pista para no dejarla escapar. Sus celos. Tenían que significar algo más que pasión... Rogaba que así fuera.

Antes de que llegaran al patio, la llamó. Victoria lo miró.

—Tenemos una conversación pendiente —dijo con el rostro serio.

Ella soltó un suspiro.

—No pienso dejar pasar el tiempo. Ya conoces mi experiencia de casi once meses con Devon, así que no me voy a hacer lo mismo. No alarguemos las cosas. Si es a ella a quien quieres, no soy quién para impedirte que la acompañes ahora que tanto te necesita. Sería egoísta de mi parte hacerlo.

—No es ella a quien q...

—¡Atención publicistas de la fiesta! —interrumpió la voz fuerte y alegre de Paul.

Matthew soltó una imprecación.

—No hay más que decir —acotó Victoria, encogiéndose de hombros.

Salieron del salón de música. Con seguridad, ninguno de los dos iba a olvidar esa estancia.

—Esto no va a quedarse así —expresó Matthew, enérgico, antes de caminar hacia la mesa de sus colegas de oficina. Victoria lo ignoró deliberadamente, mientras escuchaban el discurso del magnate. Dos mesas más lejos estaban algunos colaboradores del equipo de Brian Lewis.

Paul Harrington anunció formalmente su retiro profesional, ante el asombro de los invitados que eran en su mayoría amigos muy cercanos. Presentó a su hijo, Michael, como sucesor de la corporación familiar. Expresó que Michael estaría al mando de las empresas dentro de los próximos nueve meses, y que él continuaría asesorando a su hijo, pero desde fuera de las dependencias corporativas.

—Para los equipos de las dos agencias que esta noche participan en la fiesta, y a quienes agradezco que toleren mis extravagancias, el turno de la licitación final lo decidirán entre ustedes. Dos representantes de cada agencia deben buscar la copia del diamante Hope que está escondido en los alrededores del patio. El primero en encontrarlo gana el primer turno de exposición para su grupo.

Como director de la agencia, Matthew designó a Victoria y a Gary para que buscaran el dichoso diamante, cuya versión original reposaba en el Museo Nacional de Historia Natural, Smithsonian, de Washington D.C.

—¿Por qué no vas tú mismo a buscarlo? —preguntó Victoria en un susurro muy bajo, para que solo él la escuchara. Después de lo que había pasado entre ellos, por más profesionales que fueran, no le apetecía estar bajo escrutinio de extraños. Y si era ese el modo de Matt de mantenerla lejos para evitar una confrontación en público, pues era un cobardica.

—Porque yo soy el jefe, ¿recuerdas? Así que como la relación que tú y yo tenemos aquí en la fiesta es netamente profesional, te toca acatar mis lineamientos. A menos, por supuesto, que tengas ganas de terminar la conversación que dejamos inconclusa —dijo con el mismo tonto bajo y discreto a su oído. Estaba frustrado y

cabreado. Tenía ganas de sacar a Victoria de la fiesta y acabar con las malditas palabras no dichas y mal entendidos que se habían instalado entre ellos.

Ella iba a replicar algo ingenioso cuando Butler & Partners designó a sus representantes. Brian Lewis y Tamara Young.

—Fantástico, me gustará jugar a esto con Brian —expresó Victoria con voz melosa. Antes de que Matt pudiera decir algo, ella se incorporó y también Gary.

La búsqueda estuvo llena de risas. Risas de Victoria y Brian, según Matthew pudo notar con un regusto ácido en la boca. La culpa era de él. Debió prever que Brian iría él mismo.

Los invitados se habían sumado al acontecimiento inaudito de Paul y animaban a los cuatro publicistas. Quince minutos más tarde, Brian regresaba de una esquina con la copia del diamante Hope en mano. Victoria, en lugar de estar frustrada, se reía cuando Brian le susurró algo al oído. A Matt le pitaron las orejas. Apretó y apretó la mandíbula. Iba a quedarse sin dientes. ¿No debería ella acaso estar cabreada por haber perdido?

—No importa, Tori, nuestra presentación será mejor que la de ellos —dijo Wanda cuando Victoria regresó a la mesa—. Es bueno tener espíritu deportivo y no enemistarse por tonterías.

—Debiste hacerlo con más esfuerzo en lugar de reírte y flirtear con la competencia —dijo Matthew con dureza como si ella hubiese cometido un pecado imperdonable—. Si hubieras puesto más atención habrías conseguido la maldita copia de ese diamante.

Victoria lo ignoró. ¿Estaba enfadado? Pues se lo tenía merecido.

—Estoy de acuerdo con Matthew —terció Claire, quien había pasado la noche un poco extraña, entre idas y venidas. Generalmente le gustaba alardear de su ropa y sus logros ante el resto de los chicos cuando tenía ocasión. Algo que en este caso, no había ocurrido. Para el equipo fue un alivio no tener que aguantar las pretensiones de Claire.

Victoria contó hasta diez antes de contestar, pero no tuvo oportunidad de hablar porque Paul Harrington se acercó con Michael para agradecerles por su buen ánimo y colaboración. Les dijo que le gustaba contar con personas capaces de adaptarse a procesos poco convencionales, pues su empresa era distinta al resto y eso era algo que necesitaba que lo llevaran siempre claro. Michael se quedó un rato más charlando con Matthew, y Claire no dudó en desplegar su encanto, hasta que el heredero se alejó.

La fiesta continuaba, pero Matthew tenía un humor de perros.

—Chicos, estoy cansada. Nos vemos el lunes en la oficina —dijo Victoria, levantándose.

—Que vaya bien —dijeron Beatrice y Simón al unísono.

—¿Necesitas que alguien te lleve? —preguntó Brian cuando logró captar las últimas palabras de ella, al acercarse a la mesa también para despedirse. Más que por cordialidad, lo hacía para incordiar a Matthew, pues había notado que el hecho de que hubiese perdido, no le sentaba nada bien. Le gustaba enrostrarle a ese idiota sus fracasos, por más nimios y pequeños que fueran.

Matt se quedó mirando a Brian con cara de pocos amigos. Era obvio que Victoria no aceptaría irse con Lewis. Así que muy comedidamente, puso la mano sobre el hombro femenino.

—Ella puede ir conmigo.

Victoria le dedicó una sonrisa falsa.

—No, gracias, Matthew. No quiero molestar. Sigue disfrutando de la velada. Seguro que el fin de semana tendrás que trabajar bastante en las cuentas pendientes —dijo con una doble intención que solo él comprendería. A ella le habría gustado llevar su automóvil, pero había preferido un taxi. Ahora se arrepentía, porque de haber tenido su propio coche, no tendría que fastidiarse con otro encontronazo con Matt. Sentía la garganta irritada por las ganas de llorar y el cabreo que llevaba por la situación. Por segunda vez, con el mismo hombre, tenía el corazón roto. ¿Cómo era

posible?

—Ya hemos escuchado a la señorita, buenas noches —dijo Brian, llevándose a Victoria ante la mirada iracunda de Matt. El resto del equipo fingió no darse cuenta.

Claire soltó uno de sus típicos comentarios, diciendo que ella sí que aceptaría gustosa que Matthew la llevase a casa. Al notar la expresión torva de sus compañeros a modo de reacción, ella se fastidió. ¿Por qué tenían siempre que mirarla de forma crítica? Ella era una de las mejores publicistas de la empresa. Tenía clase, talento y ambición. Eso les había granjeado varios clientes a Spring & Marsden. Trabaja sin descanso y apenas le reconocían el esfuerzo. Con un suspiro acabó su copa de vino. La tonta de Victoria no podía encontrar con éxito una simple copia de un diamante. Elevó la mirada y se encontró con los ojos azules de Vladimir Dubrojev, un ruso con quien había bailado una hora antes. Con una sonrisa abandonó la mesa de sus compañeros. La suerte estaba echada para las agencias, así que ahora solo tenía como objetivo disfrutar de la fiesta. Y pensaba hacerlo con el apuesto constructor inmobiliario de San Petersburgo.

CAPÍTULO 14

La mañana del lunes, Victoria estuvo encerrada en su oficina trabajando codo a codo con Simón. La empresa encargada de la producción del vídeo había tenido un retraso, así que ella tuvo que ir a retirar la grabación, y comer algo en un *Subway*, antes de volver al trabajo. A su regreso recibió un correo en que Paul Harrington anunciaba la fecha de la licitación. El jueves a las cinco y media de la tarde.

—Ya tenemos la fecha del gran día —dijo Simón, mientras bebía una taza de café en la oficina de Victoria.

—¡Vamos a ganarla!

—Seguro —replicó con una sonrisa.

Cuando su asistente salió, ella decidió ir a ver a Matthew. Tenía que coordinar con él quién de los dos haría la exposición para Harrington. Dejar los temas personales a un lado era primordial, y a ella no se le daba mal separar una cosa de la otra. Menos cuando había trabajado tan duro y quería ganar ese cliente tanto como Matt.

Se ajustó la falda morada. Constató que la blusa de seda blanca y cuello redondo estuviera bien colocada. Los zapatos de tacón que llevaban eran un sueño a tono con la falda. Si sus emociones estaban contrariadas, al menos pretendía ponerles una buena cara. No se caracterizaba por ser una cobarde, y ya había tenido el fin de semana para digerir el hecho de que Matt quería estar con su ex.

Empezó a avanzar por el pasillo.

—Victoria —llamó Claire.

Fingió una sonrisa.

—Hola, Claire, ¿leíste el correo?

—Por supuesto. ¿Cómo vamos a organizarnos? Generalmente cuando hay presentaciones, Matthew se encarga de hacer la exposición, pero los últimos meses me ha delegado a mí hacerlo.

—Yo coordino esta cuenta. Así que no tienes por qué preocuparte.

—No lo hago, pero creo que sería conveniente que sepas que Matthew no está en su oficina. Lo vi salir bastante apresurado hace unas tres horas más o menos. —Se inclinó y bajó la voz—: Escuché rumores de que tú y él son algo más que colegas de trabajo. Sé leer muy bien las miradas, ¿sabes? —sonrió, y agregó—: Espero que el revolcón haya valido la pena. Matthew en la cama es...

Victoria le cruzó la cara de una bofetada. Resonó en toda la sala principal en donde se habían encontrado. Los murmullos empezaron a escucharse de inmediato, pero pronto cesaron, y el silencio fue bastante elocuente. Esperaban a ver cómo reaccionaría Claire.

—Será mejor que te dediques a trabajar si no quieres que los días que pases en esta empresa estén contados —sentenció Victoria, antes de girarse y empezar a alejarse. Era la primera vez que dejaba en claro que ella era la heredera de esa compañía. Y odió hacerlo. Pero no podía permitir que la arpía de Claire le faltara el respeto de esa manera.

Claire la miró, iracunda, pero al reparar en que Andrew Spring estaba por entrar en la sala, prefirió guardarse su réplica. Ella era más astuta que la zorra de Victoria. Y le acababa de dar una razón suficiente para poner en práctica una idea que tenía en la mente desde hacía un par de meses.

—¿Ustedes, qué? Póngase a trabajar —les dijo con fastidio a algunos de sus compañeros que se habían quedado mirándola, mientras ella se frotaba la mejilla—. Mediocres —murmuró por lo bajo y se dirigió al servicio de mujeres.

Victoria estaba deseosa de ir a su oficina a rumiar el coraje, pero antes tenía que coordinar con Matt sobre la presentación. No entendía cómo Claire podía ser tan

cambiante. A ratos trabajaba estupendamente, hasta charlaba, pero de un momento a otro salía con alguna idiotez. ¿Hasta cuándo tenía que toparse con las mujeres del pasado de Matt? Se le había agotado la paciencia. Caminó hasta la oficina del pupilo de su padre, y abrió la puerta sin llamar una vez que Marla le dijo que él estaba en su despacho.

Entró con brío, pero a los pocos segundos se detuvo en seco.

Lo encontró con el rostro pálido, hablando por teléfono, y caminando de un lado a otro. Él ni siquiera se fijó que había otra persona en la oficina. Respondía con monosílabos, pasándose las manos por el cabello. Se había sacado la chaqueta y la camisa azul se le pegaba como una segunda piel. El cinturón de cuero le quedaba perfecto en su pantalón a medida. Un perfecto ejecutivo. Elegante y con clase. No fue esa imagen la que hizo que se le contrajera el corazón, sino ver el rostro de Matt, abatido y contrito. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Le habría ocurrido algo a su hermana o su sobrino?

Después de lo que Victoria creyó que eran diez minutos, durante los cuales estuvo contemplándolo ir y venir de un lado a otro, Matt terminó la llamada. Levantó la mirada. Luego la observó. Como si fuera la primera vez que lo hacía.

—Tori..., no, no te oí.

Ella frunció el ceño. En la oficina, él difícilmente la llamaba de ese modo. Su tono le sonó apagado y resignado. Dejó el resentimiento de lado, cerró la puerta con seguro y se acercó a él. Quería ayudarlo en lo que fuera que le estuviese ocurriendo en esos momentos.

—¿Qué sucede? —preguntó con suavidad.

Él se quedó en silencio. Mirándola.

—¿Matt?

—Ven aquí —le pidió abriendo los brazos. Ella no dudó y lo abrazó. Lo sintió aprisionarla con fuerza, como si temiera no volver a verla.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué ha pasado? —dijo contra su pecho. Aspirando su

aroma. Sintióse abrigada e intentando que él se sintiera igual con ella.

—Rosalyn...—la sintió tensarse e intentar apartarse—, no, no te alejes. No es lo que crees.

—Entonces aclárame, por favor, porque estos días me has dejado confundida.

Él suspiró. La abrazó más fuerte, si acaso era posible.

—Acaba de morir, Tori. Rosalyn acaba de morir —dijo con la voz cargada de pesar—. Estaba al teléfono hablando con su madre.

Ella se alejó un poco, dejando sus manos suaves y pequeñas sobre los brazos de Matthew. Lo miró, impactada por la noticia. Apenas cuarenta y ocho horas atrás, la había visto reírse y charlar como si todo estuviese perfecto. «Y Rosalyn era tan joven. Qué desgracia.»

—¿Qué dices?

—Aquel sábado que cené con ella por primera vez, yo... yo no quise hablar contigo luego sobre ese tema. Ni sobre las visitas que le hice entre semana... yo... Dios...

—Estás en shock y confuso por las emociones que sentías por ella y habías empezado a redescubrir. —¿De dónde sacaba esas ganas de consolarlo, cuando sufría por otra? No podía atribuírselo, sino al amor que sentía por él. Quizá era un idiota... quizá no. Pero sobre todo se trataba de la muerte de una persona, e indistintamente de la relación de esa persona con Matthew, si él estaba contrariado y afligido, ella no podía dejarlo solo.

Victoria lo tomó de la mano y lo llevó hasta el sofá de cuero. Se sentaron y ella se acurrucó a su lado, con las piernas recogidas en la comfortable superficie.

Él empezó a contarle sobre la lucha de varios años de Rosalyn contra un cáncer de seno que desaparecía y reaparecía. Luego la metástasis. También le explicó que la noche en que no fue a la cena con los demás, su ex prometida lo invitó a comer con sus padres.

—Los hombres solemos manejar este tipo de huracanes de otro modo. En ese

sentido no soy distinto al resto —dejó escapar una larga exhalación antes de continuar—, lo he manejado muy mal contigo. Necesitaba espacio...

Victoria elevó el rostro hacia él.

—Matt... cuánto siento lo de Rosalyn —susurró—. Entiendo que no me debes explicaciones, pero las agradezco porque ahora puedo entender...

Él asintió.

—Le habían dado seis meses. Al parecer su cuerpo no resistió más tiempo. Tuvo un paro cardíaco esta mañana —dijo con un nudo en la garganta—. No se quiso casar conmigo porque dijo que mi carrera era lo más importante para mí, y no quería quitarme eso. Se alejó cuando más me necesitaba, ¿puedes creerlo? Mientras yo me pasé todos estos años despreciándola...

—Al menos tuviste oportunidad de despedirte. Se fue feliz de haber hablado contigo. Estoy segura.

Él la miró.

—Siento haber sido un imbécil —murmuró besándola en la frente.

Odiaba verlo abatido.

—Siempre hemos sido amigos..., a pesar de que han pasado muchos años sin vernos. Me habría gustado saber lo que te estaba ocurriendo, pero te entiendo.

—Cuando se trata de emociones no soy el mejor manejándolas —negó—. Dios. Estoy hecho un lío. Tenía un pronóstico de vida de seis meses, y de la noche a la mañana, ¡pum!, ya no está...

Victoria se colocó sobre el regazo de Matt y lo abrazó, mientras él se mantenía callado. Luego le puso las manos sobre los hombros para mantener el equilibrio. Enlazó su mirada azul con aquellos preciosos ojos verdes que estaban tristes.

—Gracias por escucharme ahora —dijo rompiendo el silencio. Le tomó el rostro entre las manos con ternura. Sorteó la breve distancia y la besó. Un beso largo, profundo y sentido. Ella se dejó ir, compartiendo con él la pasión y el consuelo. Matt

se separó de sus labios, y agregó—: Mis sentimientos por Rosalyn murieron hace tiempo. Creo que has malinterpretado todo... —le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—, y es culpa mía.

—Ahora mismo no creo que sea lo más idóneo conversar sobre lo que ocurre entre los dos, Matt —suspiró—. No quiero lidiar con las confusiones emocionales de nadie, Matthew. Esa es la verdad. El sábado te dije que estar separados quizá era lo más aconsejable para ambos.

—Lo dijiste porque pensabas que seguía interesado en Rosalyn. Y acabo de decirte que no hubo tal cosa. No me apartes de tu lado, sin antes haber escuchado todo lo que tengo que decirte, Victoria. Pero no aquí. No en estos momentos. Realmente hace falta poner algunas cosas en perspectiva. —Le colocó las manos en la cintura. La mirada de ella era comprensiva, y le producía una sensación de sosiego. Esa mañana había pensado en resarcir lo ocurrido con Tori en la fiesta de Paul, invitándola a cenar y decirle que la amaba, y preguntarle si ella podía al menos intentar descubrir juntos si podía llegar a corresponderle. Pero todo se fue al garete cuando regresó a la oficina de un desayuno corporativo y recibió la llamada de la madre de Rosalyn, consternándolo con la noticia del deceso—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo...—dijo sin mucha convicción.

Con cuidado, Victoria se apartó de las piernas de Matt, y él se incorporó.

—Tori, sé que es demasiado pedirte, pero... No tienes ninguna obligación, y... —se pasó las manos por el cabello, despeinándose todavía más—, ¿crees que...?

—Te acompañaré a su funeral —dijo intuyendo lo que él quería pedirle.

Él sonrió con tristeza, y le acarició la mejilla con dulzura.

—Gracias, cariño.

Ahí estaba esa palabra. Y más que la palabra en sí, era el modo en que él la decía. Con ese tono ligeramente grave, con pizcas de profundidad y fuerza. Lamentablemente, Victoria sabía que no significaba nada más que deseo.

Victoria y Matt habían establecido una suerte de tregua luego del emotivo sepelio de Rosalyn. Él la invitó a cenar el martes en la noche como había planeado, pero tuvo que cancelar cuando Marla le recordó que debía dar una conferencia en una universidad en Los Ángeles con la que se había comprometido tres meses atrás. Durante ese lapso de ausencia apenas hablaron, porque Victoria también estaba ocupada organizando todo para la licitación, y su padre le había pedido que lo acompañara a una cena con algunos de sus amigos empresarios el miércoles en la noche.

El jueves en la mañana se reunió el equipo al completo. Matt decidió que solo él y Victoria irían a las oficinas de Paul para participar en la licitación.

—Es un poco injusto, Matthew —se quejó Claire mirando a su jefe con resentimiento.

—Victoria es la ejecutiva de la cuenta, y Matt es el director de todos los clientes VIP. ¿Dónde está la injusticia? —preguntó Beatrice, mientras movía el lápiz entre los dedos. Todos estaban enterados de la escena del lunes y la bofetada de Victoria a Claire. Todos, menos Matt. Nadie sabía los motivos, pero se alegraban de que hubieran puesto en su sitio a la rubia.

—Pues que debería ser más participativo.

Victoria mantuvo la boca cerrada. Ya experimentaba suficiente ansiedad con la demostración que tenía que hacer de su valía profesional, como para aguantar a Claire. Si sus compañeros estaban enterados de lo suyo con Matthew, ninguno hacía comentarios ni murmuraba por lo bajo. A diferencia de Claire, el resto continuaba comportándose igual de cordial y colaborador como desde el principio.

—No es una consulta, Claire —contestó Matt—. Es una orden. Por eso soy el jefe.

Hacía casi media hora que Brian y Tamara estaban en la sala principal de Harrington Jewelry Incorporated. Mientras tanto, sentados en una preciosa antesala con vistas a la ciudad, Matthew y Victoria aguardaban que sus colegas de la competencia salieran del lujoso salón de juntas para finalmente hacer la presentación que con tanto esmero habían trabajado.

—No tienes que estar preocupada —dijo Matt, mirando el perfil de Victoria.

Ella giró el rostro hacia él.

—¿Por qué crees que lo estoy?

—Recuerdo que cuando eras una adolescente te quedabas en un absoluto silencio cuando algo te ponía nerviosa o te preocupaba más de lo usual —sonrió.

Victoria se encogió de hombros, sin evitar sentir regocijo ante la idea de que él recordara aquellos pequeños detalles.

—Este proyecto me gusta, pero también es una gran responsabilidad.

—Lo es, pero tú has sido competente, y no me arrepiento de haberte hecho un espacio en el equipo de trabajo.

Ella sonrió.

—Vaya. Gracias...

Se quedaron mirando, y poco a poco empezaron a acortar la distancia que los separaba.

Estaban a punto de besarse cuando se abrió la puerta, sobresaltándolos. Victoria se rio, y él negó con la cabeza también con una sonrisa. Se sintieron como dos adolescentes a quienes hubieran estado a punto de descubrir haciendo novillos.

Paul y su hijo, Michael, acompañado del equipo de Butler & Partners, aparecieron en el umbral de la puerta. Brian, al ver a Victoria, se acercó dándole un efusivo abrazo. No solo alabó lo guapa que estaba, sino que le deseó suerte en su presentación. Tamara, una mujer negra bastante parecida a Oprah Winfrey, les obsequió una sonrisa, Victoria tenía entendido que era una ejecutiva de cuentas

despiadada. Matt saludó con reticencia a Brian.

Cuando se cerró la puerta del salón de juntas, Victoria hizo la introducción, y luego fue Matt el que realizó la exposición. Paul escuchaba atento, mientras su hijo hacía preguntas cada tanto. Preguntas que fueron respondidas eficientemente. El reloj corría, y Victoria se sentía cada vez más aliviada al notar la cara de interés del cliente.

—Ha sido una presentación inmejorable. Me ha gustado —dijo Paul cuando acabó la exposición—. Calidad impecable. Han escogido exactamente los puntos que yo necesitaba ver. Las tácticas, los textos y los medios donde piensan trabajar el contenido son idóneos. Vuestro planteamiento es más que coherente —dijo con un tono cauto que hizo fruncir el ceño a Victoria.

—Gracias —repuso Matt.

Michael y su padre intercambiaron una mirada algo preocupada.

—¿Ocurre algo? —se atrevió a preguntar ella.

—No sé cómo decirles esto, chicos —empezó Paul—. Lo que me acaban de presentar es otra versión de la propuesta que me hizo el equipo de Butler & Partners, solo con ciertas modificaciones...

—¿Cómo es eso posible? —reaccionó Matthew sin contener su desconcierto.

—Lo siento. No sé qué es lo que ha ocurrido, pero la cuenta es de Brian Lewis.

Matthew creyó ver todo rojo. Se giró para mirar a Victoria, ella estaba tan asombrada como él. «¿Qué demonios?»

—Imposible —agregó ella—. Conociste la presentación que te hicimos, Paul. Ya tenías una idea de lo que podías recibir de Spring & Marsden. No tiene sentido...

—Una idea de lo que vendría, tú lo has dicho. No lo suficiente para ahondar y conocer todo el plan —se cruzó de brazos—, los de Butler & Partners me hicieron una presentación más escueta que la de ustedes al principio, pero lo que vi hoy me dejó impresionado. Siendo sincero, espero que puedan descubrir por qué las ideas de ambas son tan similares. No puedo despedirlos y hacer un nuevo proceso desde un

principio porque mi tiempo es dinero, y yo no desperdicio recursos —levantó las manos en un gesto de resignación—, en todo caso, puesto que Brian presentó primero, pues no me queda de otra que contratarlo. —Se puso de pie. Matthew apretó tan fuerte la pluma fuente que tenía en la mano que creyó que iba a romperla—. Gracias por el tiempo y por haber accedido al proceso. Estoy francamente desconcertado, pero tengo que avanzar. El problema ya es entre agencias. Como cliente, pues solo me interesa el resultado.

Victoria no podía creer lo que estaba ocurriendo. Alguien había pasado la información a la competencia. Empezó a recoger sus documentos y a guardarlos como una autómatas en su maletín, ante la mirada de disculpa de Michael, quien se despidió pronto pues él y Paul tenían una reunión al otro lado de la ciudad. Victoria sentía la garganta seca y una gran desazón.

En medio de un silencio incómodo, Matthew terminó de colocar la portátil en el forro y luego la introdujo en su maleta. Le estaba costando muchísimo contenerse. Habían robado el proyecto. La respuesta sobre quién era la persona que pasó la información era tan obvia, que no entendía cómo demonios se había permitido enturbiar su juicio.

—Matt... —dijo ella con suavidad al verlo tan enfadado y contenido. Quizá ella más que furiosa, se sentía decepcionada.

—Ahora no —replicó con brusquedad. Y sin decir nada más, abandonó la sala.

En el pasillo estaba Brian conversando con un amigo. Al verlo, y sin pensárselo dos veces, Matthew se acercó y le propinó un puñetazo que lo envió al suelo.

—¡Matthew! —gritó Victoria mientras Matt se alejaba hacia el ascensor. Ella se acercó corriendo hacia Brian, que en ese momento se limpiaba un hilillo de sangre que le salía por la nariz.

—Vaya que tiene un buen puño el malnacido —dijo Brian incorporándose con la ayuda de Victoria y el ejecutivo con el que segundos antes había estado charlando.

Alrededor se elevaron murmullos y algunas secretarias se acercaron para ver

qué ocurría. Victoria no podía creer que Matthew hubiera sido tan mal perdedor, pero también era consciente de que Brian había conseguido el plan de trabajo de Spring & Marsden de algún modo. Poco honesto, por supuesto. Justificaba el cabreo de Matt, pero no la agresión física.

—¿Cómo demonios te hiciste con nuestro proyecto? —gruñó Victoria, cuando Brian se limpió la sangre con un pañuelo—. Cometiste un acto deplorable al robar propiedad intelectual.

La miró, mientras se acomodaba el traje. Les dijo a las personas de alrededor que no pasaba nada, y estas se alejaron.

—Oh, Tori, ¡por favor! Yo no he hecho tal cosa. “Robar” es un verbo muy muy feo. Lo que te puedo decir es que la información llegó a mí. Eso no es robar.

—¡No me hables como si fuese tonta! —replicó con hastío.

—Será mejor que vayas a ver al imbécil de Talley, si no quieres quedarte sin trabajo —dijo, ignorando el comentario anterior de ella.

—Pensé que eras una mejor persona —dijo con desprecio.

—Y yo que tu empresa sabía contratar personal honrado. Un punto para mí. Creo que deberías trabajar en la mejora de los incentivos en tu agencia. No todos están tan contentos como esperas. De hecho —dijo en voz baja—, son bastante sobornables —sonrió, sardónico.

—Voy a llegar al fondo de esto. Vas a arrepentirte, Brian.

En respuesta, él se echó a reír.

—La cuenta es nuestra. A *mí cliente* lo que le importa es que ha obtenido lo que buscaba. La mejor propuesta. Y esa, la hizo Butler & Partners.

—Imbécil. —Ahora entendía la clase de persona que era Brian. Pensaba que eran solo celos profesionales de Matthew. Finalmente veía todo claro. Para mala suerte, ya era tarde.

Él se encogió de hombros.

—Siempre has sido demasiado ingenua.

—Piérdete, Lewis —dijo con desprecio antes de ir hacia el ascensor. Dado que Matt y ella había ido en el mismo automóvil, le tocaba calarse el mal humor de él.

Matt había perdido los estribos. Y eso lo hacía sentir una rabia tal, que quería descargarla de alguna manera. Hizo todo lo posible por ralentizar su respiración al salir del salón de juntas, pero cuando vio a Victoria avanzar hasta Brian perdió su determinación. Ese gesto de Victoria le confirmó sus sospechas. ¿Quién si no ella, le había pasado la información a la competencia? Era tan obvio, que no haberse dado cuenta resultaba patético.

—Matthew, ¿estás bien? —preguntó Victoria, acomodándose el cinturón de seguridad.

El cielo empezaba a oscurecer.

Él no respondió. Empezó a conducir como un loco por las calles. Regresar a la oficina no era una opción. Maldición. Acababa de perder su anhelado ascenso por culpa de la mujer que estaba sentada a su lado fingiendo que se preocupaba por él. ¡Patrañas!

—¿Me puedes decir qué fue lo que ocurrió en ese pasillo? —continuó Victoria.

Matt se detuvo en un semáforo, y la miró. Apretó los dedos alrededor del volante, hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Le di su merecido a Brian. Y como soy un caballero, no puedo hacer lo mismo contigo. ¿Satisfecha?

Lo miró boquiabierto.

—¿Qué significa eso? ¿Crees...? —Se tapó la boca con la mano, luego la bajó—. ¿Crees que he sido yo la que le dio una copia de nuestro proyecto a Brian? —chilló.

—Ahórrate el asombro.

—Eres un bastardo. Aquí me bajo —dijo con los dedos en la manilla de la puerta y bullendo de rabia. Pero en ese momento el semáforo cambió a verde, y Matthew arrancó, impidiéndole abrir la puerta del Cadillac Escalade.

—A menos que quieras que me acusen de homicidio o imprudencia al conducir, haznos un favor e intenta mantener tus instintos suicidas a raya —dijo él con sarcasmo.

—Estás acusándome injustamente —gritó. ¿Cómo se atrevía a acusarla de algo así?

Él se limitó a encender la radio en una estación de Rock en alto volumen.

—Muy maduro de tu parte —le gritó Victoria y se cruzó de brazos, poniendo atención a las calles que iban pasando con vertiginosa rapidez a su derecha.

Matthew condujo hacia el norte por el Golden Gate. Al finalizar el puente tomó la salida en Alexander Avenue y subió la colina. Continuó un poco más arriba, lejos de los primeros miradores en donde cientos de turistas solían ir cada día para tener una panorámica de San Francisco. Lo que menos le apetecía era tener contacto con otras personas. Su carrera profesional acababa de recibir un esquinazo.

Estacionó de mala gana dejando al automóvil cerca de un árbol. Se bajó dando un portazo y avanzó hasta el borde del apartado mirador. Una sábana de luces se levantaba ante él, iluminando la preciosa ciudad que tantos visitantes recibía desde diversos puntos del globo. San Francisco era un destino para románticos, paganos, aventureros, y cosmopolitas en general.

Matt introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y trató de mitigar su enfado y también su decepción. Se sentía un tonto, ¿cómo había podido perder de vista su objetivo principal? La cuenta Harrington era el motor de empuje para lograr ser socio de Spring & Marsden. Y ahora esa posibilidad se había esfumado. «Por no mantener la bragueta en su sitio», pensó, cabreado.

Victoria contemplaba a Matt desde el asiento del automóvil. Con el fondo del

cielo naranja en declive, más que un hombre cabreado, Matthew lucía como esos modelos de ropa de diseñador. Suspiró. ¿Cómo podía siquiera haber considerado que ella robaría a su propio padre la posibilidad de cerrar un trato millonario? Lo que era más importante, ¿cómo creía que ella, en su afán de demostrar su valía profesional, iba a cometer semejante idiotez? Quien fuese la persona que había pasado la información a Brian, iba a pagarla ante los tribunales.

Cansada de esperar para aclararlo todo, Victoria abrió la puerta y salió del coche. Caminó con paso decidido hasta llegar a la orilla del mirador en donde Matt contemplaba la ciudad. Se quedó en la misma línea, pero a varios pasos de distancia. Durante largos segundos ninguno de los dos dijo nada. Estaban absortos en la vista esplendorosa y hechicera, pero sin dejar de estar conscientes de la presencia del otro.

El viento soplaba con fuerza, despeinó a Victoria y agitó la ropa de ambos.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Matt rompiendo el silencio con un tono sospechosamente suave, manteniendo la vista al frente. Balanceaba hacia adelante y hacia atrás el zapato izquierdo sobre una base de cemento de apenas quince centímetros que protegía el contorno del borde del mirador.

—Mejor replantea la pregunta. ¿Por qué no me consultas si tengo la sospecha de quién pudo haberlo hecho? —replicó, cabreada. Estaba intentando controlar su temperamento. No era en absoluto sencillo y sabía que de un momento a otro iba a explotar.

Se giró hacia ella.

—Supongo que actuaste con resentimiento.

—¿De qué hablas? Yo no tengo nada que ver —replicó.

—Fue el modo de desquitarte conmigo por dejarte a un lado, porque quizá una parte tuya sigue resentida conmigo. Aquella parte que se quedó en los diecisiete años.

Lo miró asombrada.

—Pero, ¿es que estás loco o qué? Lo único que la chica de diecisiete años, que alguna vez creyó apreciarte más de lo que debía, se pregunta en este momento es, ¿por

qué diablos le gustaba un completo cretino?

—...Y todas esas palabras de aflicción y consuelo. ¿Qué fueron? ¿Para que no sospechara? ¿Desde cuándo te acuestas con Brian? —preguntó implacable y como si ella no hubiese hablado—. Te dije que este proyecto era sumamente importante para mí. ¿Qué haces para desquitarte? Me lo sacas del camino. ¿Ahora estás contenta? Además, ¿qué ganas con esto? Porque seguro sabes que tu padre ni loco te pone un juicio por robo de información. Aunque no podría decir lo mismo de Andrew Spring, él no tendría reparos. No eres su hija.

«Respira, Victoria. Respira.» Y es que sus pulmones no eran precisamente la parte del cuerpo que estaba doliéndole. Cada acusación de Matt parecía una daga certera que iba desgarrándola de a poco. ¿No se daba cuenta de cómo la hería su desconfianza? No. No se daba cuenta, porque él ignoraba lo que ella sentía. Con menos razón pensaba decírselo alguna vez. Ni loca.

—Me parece que tu juicio está nublado —replicó casi escupiendo las palabras—. Y no tengo por qué seguir escuchando una palabra más de la sarta de estupideces que salen de tu boca —agregó, tragándose el ardor que sentía en la garganta por las lágrimas que no quería derramar—. Y aunque seguramente no vas a creerme, Brian y yo no nos hemos acostado juntos. Lo vi dos ocasiones. En ambas has estado conmigo. Y para mí está mi padre en primer lugar en todo este asunto. ¿Cómo podría robarle a él la posibilidad de conseguir un cliente con tantos millones anuales en beneficios? Por más ambiciosa que fuera, ¿no te parece estúpido querer perjudicar un negocio que al final del tiempo será mío? ¡Piensa un poco!

—Porque estás resentida. Esa es la respuesta. —¿De dónde le salía tanta estupidez?, pesaba Matthew a medida que hablaba. Lo peor era que no podía contenerse. «Maldita semana.»—. Porque a veces las personas actuamos movidas por la revancha. Y creo que es lo que has estado fraguando estos últimos días.

Lo quedó mirando. Parecía una escena de alguna dimensión desconocida. ¿Era en serio? Maldición. Se tuvo que secar una lágrima. Era el peor momento. Peor frente a él. Pero su rabia ni su impotencia entendían. Menos su dolor.

—¿Sabes qué es lo que creo, Matthew Talley?

Al ver las lágrimas de Victoria, algo dentro de Matt le dijo que quizá estaba equivocado. Pero otra parte de él, le gritaba que no volviera a dejarse embaucar. El ego. El maldito ego. El único problema era que en esta ocasión parecía no querer replegarse, al contrario, parecía herido, como si lo hubiesen acicateado hasta hacerlo saltar a la superficie. El maestro Tanaka estaría muy decepcionado, pero, ¿estaba la carrera del maestro suspendida en el limbo? ¿Estaba la carrera del maestro estancada por las acciones de terceros? No.

—Ilumíname —replicó cruzándose de brazos.

—Que no solo acabas de perderme como amiga, también acabas de echar por tierra cualquier posibilidad de continuar juntos. Del modo que sea. No me acostaría con alguien que tiene un concepto muy bajo de mí. Si el sábado te dije que habíamos terminado. Créeme, es así. No hay nada de qué hablar. —Se ajustó la chaqueta negra como si con ese gesto pudiera proteger su corazón—. Ahora, llévame a casa.

Los ojos verdes brillaron con un inequívoco matiz que presagiaba una discusión más extendida, de la que ella, por supuesto, no tenía ganas de participar. Lo ignoró y volvió al automóvil. Se sentó y esperó a que él regresara. Estaba decepcionada, pero más podía la rabia que sentía por la persona que había traicionado al equipo. Habían trabajado incansablemente. Inclusive madrugadas para tener todo a tiempo. Ella tenía una clara idea de quién era la responsable. Enfrentaría a Claire al día siguiente. ¡¿Cómo él no se daba cuenta que era Claire?!

Matthew se sentó detrás del volante a los pocos segundos. El interior olía a cuero, mezclado con el perfume de Victoria y adrenalina. Una combinación bastante explosiva. Colocó el brazo en el respaldo del asiento del copiloto. Ella continuó ignorándolo.

Él hizo exactamente lo que no debía: seguir sus instintos básicos. Ella parecía echar por los aires su autocontrol. Era la única mujer capaz de volverlo loco. En todos los sentidos posibles de la expresión. Matt echó hacia atrás el asiento, desabrochó el cinturón de seguridad que ella ya se había ajustado, y la sorprendió

tomándola en brazos y colocándola en su regazo. A Victoria no le quedó de otra que empujarlo, y en el forcejeo él logró ponerla a horcajadas sobre sus piernas. Le tomó las manos y las apresó con las suyas, hasta que sus rostros quedaron prácticamente pegados el uno al otro. Ella respiraba agitadamente. Él sonreía.

—Entonces, ¿no te acostaste con él? —preguntó con un tono de voz que no dejaba dudas sobre su sentido posesivo. Exactamente como actuaba o sentía con todo aquello que consideraba suyo. Y aunque estaba muy cabreado, Victoria seguía siendo suya.

—Cree lo que quieras —gruñó girando la cara.

—Creo que me deseas tanto como yo a ti.

—Estás enfermo —espetó con rabia—. ¿Tienes algún grado de bipolaridad o qué?

Ignoró el comentario.

—Si te suelto las manos, ¿me prometes que no vas a hacer algo tonto como golpearme?

—No creo que sea algo tonto. De hecho, sería brillante. Porque te lo mereces.

—Mala respuesta —dijo, antes de besarla vorazmente.

Ella intentó protestar para descargar su furia contra él, y apenas Matt le soltó las manos, lo golpeó con los puños, mientras las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas. A través de la camisa le arañó el pecho, al tiempo que él conseguía seducir sus labios, logrando que los entreabriera para así conquistarla con su lengua pecaminosa. Con un gemido, mitad rabiosa y mitad ansiosa, Victoria igualó la furia con la que Matt la besaba, con tal ímpetu que sus dientes chocaron entre sí. Estuvieron luchando con sus bocas un largo rato, hasta que Victoria sintió que la tensión y el dolor de la duda de Matthew, la abandonaban. En lugar de continuar resistiéndose, apretó los dedos agarrándole las solapas de la chaqueta negra, con fuerza. Poco a poco fue soltándolo y subió las manos, hasta enterrar los dedos en el espeso cabello negro.

Matthew suspiró contra su boca, mientras sentía el sabor salado de las lágrimas de Victoria mezclarse con los gemidos de pasión y mordiscos de rabia, en un ensamble poco común rociado con deseo, decepción, furia y amor. Él le tomó el rostro con ambas manos, grandes, diestras y cálidas, le echó hacia atrás la cabeza para observarla. Sus miradas conectaron a un nivel que los hizo temblar. Victoria, aturdida, confusa y con la respiración agitada, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el pecho de Matthew.

—Victoria...—dijo con un tono contrito y agitado.

Ella sollozó y le golpeó el pecho débilmente.

—Lléva... llévame a casa —susurró. Fue un balbuceo entrecortado, arrepentido y dolido—. Llévame —insistió apartándose en silencio y ajustándose su cinturón de seguridad, como si pudiera protegerla de sí misma. Y de él.

Él no terminaba de entender lo que acababa de pasar. Tomó una respiración profunda.

—Yo...

—Cállate. De verdad, Matthew. No quiero saber de tus acusaciones, ni de tus reflexiones. No quiero saber de ti. —Se limpió el rastro de lágrimas—. Ya he tenido suficiente como para continuar soportando tus sin sentidos.

—Solo no llores. No soporto verte llorar —pidió con arrepentimiento. ¿Cómo diablos había volado su autocontrol por los aires hasta este punto?

Ella lo miró como si hubiera llegado de un planeta alienígena.

—Y ni se te ocurra pensar que lloro por ti, idiota. Puedes seguir en tu gran nube en donde tu ego es el rey —dijo entre dientes, ahogando un sollozo—. Vete al diablo.

Matthew condujo en silencio. Victoria no lloraba por él. Eso lo tenía claro. Ella era una mujer dura, y solo cuando sentía rabia o impotencia, lloraba. No era fácil quebrarla. Por eso se sentía canalla. ¿Iba alguna vez hacer algo a derechas con ella? Una parte de su cerebro, diría que el noventa y nueve por ciento, le decía que Victoria no solo era inocente, sino que acababa de perder toda posibilidad de estar juntos. Y

el uno por ciento restante lo consideraba un completo asno.

Si se sinceraba podía decirse a sí mismo que perder la cuenta Harrington no significaba nada comparado con perderla a ella. Esa era una certeza que cambiaba totalmente su forma de ver la realidad a la que tantos años había estado acostumbrado. Victoria no solo había puesto su mundo al revés, sino que había logrado atraparlo en sus hipnóticas redes; él se sentía incapaz de salir de ellas..., de hecho, no quería siquiera intentar hacerlo, porque sabía que era inútil. «Cuando más procuramos encasillar un tema en la categoría equivocada, con el paso del tiempo la factura que nos pasa la auto-indulgencia se desborda y nos hunde.» Una vez más, las palabras del maestro Tanaka tenían sentido. Y una vez más ocurría cuando él ya estaba hundido. «Vaya situación.»

CAPÍTULO 15

La tensión que se respiraba en la sala de reuniones de la agencia era asfixiante. A pesar de que Matthew le envió a su equipo la noche anterior un correo electrónico notificando que Butler & Partners había conseguido la cuenta, no tenía el mismo efecto que escuchar la explicación ampliada de Victoria de que alguien había pasado el proyecto a la competencia y por eso la línea *The Dolphine Shine* no les pertenecía. De algún modo todo el equipo esperaba que fuese un mal entendido, y que el cliente rectificaría de un momento a otro.

—Cuando empecé a trabajar en esta compañía y a vincularme con ustedes, jamás imaginé que algo así pudiera ocurrir —dijo Victoria sin ocultar la decepción en su voz; caminaba de un lado a otro, mirándolos uno a uno al hablar—. El equipo de informática está revisando en estos momentos vuestros ordenadores. No me importa pasar dos o tres horas más aquí esperando a que los técnicos me den los resultados. Aunque ustedes pueden empezar a confesar quién es el culpable... o culpables.

Beatrice, Simón, Gary y Wanda miraban contritos a Matthew, quien no ocultaba su mal humor, y también observaban la dureza de la que Victoria se había recubierto para tratarlos. Claire, a diferencia del resto, miraba a la hija de John Marsden con fastidio, y a Matthew, con una sonrisa sardónica.

—Espero que encuentren al responsable —dijo Beatrice—. Nunca había ocurrido algo de esta magnitud. —Gary hizo una mueca.

Matthew se limitaba a hacer comentarios escuetos. No solo había dormido mal, sino que el insomnio le había servido para aclarar su desviado juicio y reafirmar que Victoria era inocente. Ahora, ella lo trataba como si fuese una piedra en el zapato. Peor aún, lo trataba con la misma frialdad y estoicismo con que se presentó durante la entrevista de trabajo. Sus ojos azules tenían un inequívoco brillo indiferente. ¿El culpable? Solo él. Tendría suerte si lograba que lo escuchase una vez que salieran de

ese embrollo con Harrington Jewelry Incorporated.

El incómodo silencio se apropió de la sala varios minutos. Aunque ninguno expresaba verbalmente sus sospechas, todos lanzaban miradas recelosas a Claire. Fueron casi quince minutos de miradas furtivas e incómodas, bebiendo de la máquina de café, cambiando de asientos, murmurando.

—¿Nadie va a hablar entonces? —preguntó Victoria, sin ocultar su fastidio ante el silencio de todos. No esperaba que Matt hablara, al fin y al cabo, él no tenía culpa de que hubiese un ladrón en el equipo. Y la reunión la había convocado ella, le tocaba liderarla—. Perfecto, entonces me toca intentar aclarar este enredo a mí, hasta que vengan los de sistemas. —Miró a Claire—: ¿Por qué lo hiciste?

Nadie se inmutó por la súbita arremetida.

La rubia achicó los ojos. Se levantó con parsimonia. Apoyó las manos sobre la mesa y la miró con desdén. Victoria enarcó una ceja y se cruzó de brazos. Matthew pensó en intervenir, pero ya la había embarrado lo suficiente, así que dejaría que Victoria hablara.

—¿Me estás acusando? Porque si lo estás haciendo tengo testigos que seguro gustarán mucho de declarar a mi favor cuando entable una demanda de difamación y acoso laboral.

Victoria se echó a reír.

Todos en la mesa contenían la respiración mirando a una y otra.

—No me digas —dijo con un tono peligrosamente suave y evitando responderle directamente—. ¿Y qué te hace pensar que alguien querría declarar *algo* en tu favor, Claire?

La rubia sonrió con pretensión.

—Es más que evidente que mi trabajo habla por mí.

—También tus acciones. Así que, a pesar de que no me gusta repetirme, responde. ¿Por qué lo hiciste?

—Creo que se te ha subido el ego. No por ser la hija de uno de los dueños creas tener el derecho a interrogar cuando se te viene en gana y...

—¡Cállate! —le gritó—. Estoy aquí porque, a diferencia tuya, tengo integridad. Jamás vendería a mi compañía por quién sabe qué.

—Victoria... —dijo Matt con suavidad.

Ella le lanzó una mirada heladora. «¿Pensaba acaso defender a Claire?», se preguntó, colérica.

—No te metas.

—Soy el director...

—¡Y yo soy la maldita dueña, así que te callas!

Los rostros de asombro se extendieron en toda la sala. Incluida Claire, quien ya no sonreía. Jamás nadie se había atrevido a hablarle de esa manera a Matthew. Jamás.

Matt y Victoria se quedaron mirando con una intensidad que cortaba el aire. Él estaba presto a responderle cuando Simón se puso de pie.

—Por favor, cálmense...—Wanda lo agarró de la manga de la chaqueta para que se sentara. Él se deshizo de su agarre—. Esto no debe continuar.

—Siéntate —ordenó Matt sin desviar la atención de Victoria.

Simón negó con la cabeza y empezó a temblar.

—Yo... yo lo hice... yo entregué el proyecto a Brian Lewis. ¿De acuerdo? ¡Fui yo!

Las miradas se clavaron en el joven, y las expresiones de asombro fueron cambiando hasta convertirse en máscaras de furia y descontento.

—No tienes que echarle la culpa para terminar esta reunión, Simón —dijo Victoria.

—Estoy diciendo la verdad —replicó con voz estrangulada y un tono arrepentido. Matthew y Victoria fruncieron el ceño, atónitos. Claire y los demás

tampoco salían de su asombro—. Brian llamó un día a Victoria, pero ella no estaba en la oficina, así que yo atendí —empezó a explicar—, le dije que era el asistente y mano derecha. Me preguntó en qué condiciones de trabajo estaba. Y pues le respondí que era un pasante, que llevaba año y medio... Me ofreció conversar. Yo no le vi nada de malo.

—Dios... —gimió Victoria y se sentó cubriéndose el rostro con las manos. Matthew, a pesar de que estaba cabreado por el modo en que le había hablado ante su equipo, le colocó la mano en el hombro. Era tal la rabia de Victoria que ni lo notó—. No me puedo creer esto.

—Vaya telita —murmuró Claire por lo bajo. Nadie le hizo caso.

—Prosigue —expresó Matthew. Le resultaba decepcionante aceptar que ese muchacho, en quien había confiado, hubiese cometido semejante canallada.

Simón tragó en seco.

—Me... me dijo que me pagaría el equivalente al salario de un publicista senior, una beca completa para hacer una maestría y estabilidad laboral en Butler & Partners. Solo quería echarle un ojo al plan, no se lo di en físico ni en digital... Se lo mostré, lo leyó... eso fue todo...

«Claro, por eso los técnicos llevaban horas intentando encontrar correos comprometedores, sin éxito», se dijo Gary. Jamás pensó que el chico pudiese ser capaz de una trastada como esa. Siempre tan colaborador, tan correcto. Pero ahora unía cabos. Sus ausencias en la fiesta. Cuando lo vio conversando con Brian más tiempo de lo normal en lugar de un saludo de meros conocidos como se suponía que eran. Pequeños detalles que todos habían pasado por alto.

—¿Acaso no te tratamos como uno más del grupo?! ¿Acaso no te dimos la oportunidad de aprender, codearte con clientes de alto perfil? Te pagamos lo que alguien de tu nivel de formación merece, lo conforme a la ley, a tu estatus, a tu situación —le gritó Victoria—. Te dije desde el primer día que lo más importante para mí era la lealtad, pero mira nada más...

—Lo...lo siento... —balbució con pesar.

—¿Lo sientes? —preguntó Matthew con hastío. Rodeó la mesa y se acercó hasta Simón. Se irguió en toda su altura, intimidándolo—. ¿Sabes lo que has hecho perder a esta empresa maldito desagradecido?

—Yo... yo...

—Estás más que despedido, Simón. Y mientras yo trabaje en la industria publicitaria, créeme, recordarás lo que has hecho. Así que mejor te vas a buscar otra carrera, porque quemaste todos tus barcos por tu ambición. Una estúpida ambición, cuando tenías un gran futuro con nosotros. ¿Acaso no te han enseñado que lo que fácil llega, fácil se va?

—Brian me ofrecía un empleo con una paga mejor que la que he recibido aquí... Solo dijo que quería echarle un vistazo...—insistió en su débil excusa.

Claire lo miró como si tuviera cinco cabezas.

—¿Eres estúpido o qué? ¿Se te fue el cerebro a la cloaca? *Obviamente*, que si un hombre como Brian, que es la competencia y aparte está en busca de nuestro mismo objetivo, quiere “ver” algo, implica que solo le basta una pequeña leída para hacerse a la idea. Es uno de los publicistas más brillantes —miró a Matthew—: sin ofender.

Matt la ignoró.

—¿Qué pasará conmigo...? —quiso saber Simón. Estaba pálido. Nervioso. Sabía que iba a pagar muy cara su falta.

—Te vas a hacer cargo de tu culpa. Vas a buscar todas las pruebas que confirmen tu historia y luego vas a presentarte en el salón privado de John y Andrew. Hoy. Así que sal en este momento y empieza —ordenó Matt con firmeza.

—Yo... lo siento. Lo siento tanto —murmuró, antes de mirar con arrepentimiento a sus compañeros y abandonar el salón.

Victoria se sentía muy mal. Qué terrible cuando querer llegar lejos se hacía pisoteando o perjudicando a los demás. Lo peor no era eso, sino que era consciente de que Simón tenía mucho talento... y acababa de echar por tierra un brillante futuro.

Estaba segura de que Matthew no iba a dejarle respirar si se topaba en su camino.

—Vaya... Ha sido... —empezó Beatriz sin ocultar desconcierto—. Me he quedado de una pieza...

—¿No me deben todos una disculpa? —preguntó Claire, poniéndose de pie—. Imagino que ya ha terminado esta reunión o inquisición.

—La reunión ha terminado —confirmó Matt, sin hacer caso a los comentario de Claire.

—Sé reconocer cuando me equivoco —interrumpió Victoria mirando a la rubia de sinuosas curvas—. Así que lamento haberte acusado.

—Bien —dijo torciendo el gesto—. Soy ambiciosa, pero no estúpida para labrarme un precedente de fraude o desconfianza en una profesión que me gusta. Y la demanda legal...

—¡Basta, Claire! Continúa por ese camino y créeme que antes de que termine el día no solo estará despedido Simón, sino tú también —le dijo Matthew. Luego miró a su equipo—: Solucionaré este asunto. Pueden salir. Lamento si se han sentido ofendidos por esta situación.

—No pasa nada, Matt. Lo entendemos —dijo Beatrice.

—Todo bien —replicó Gary—. Es comprensible...

—Espero que todo se aclare con Paul —continuó Wanda.

Claire los miró a todos sobre el hombro y salió primero. Suponía que con este escamoso tema de Simón sus planes de entablar una demanda contra Victoria por la bofetada o cualquier otra cosa que pudiera ocurrírsele quedaba descartada. Su siguiente paso sería pedir un aumento salarial del treinta por ciento. Si no lo conseguía tenía toda la intención de ir a buscar una nueva agencia. O abrirse una propia. Estaba harta de no liderar su propio equipo de cuentas como se merecía. Y puesto que Matthew había encontrado un interés sexual con mucha influencia en la agencia, ella no iba a rogarle. Además, el ruso que había conocido en la fiesta de Harrington estaba como un caramelo, y era más que obvio que ambos podía congeniar

en los ámbitos que ella necesitaba.

Una vez solos, Matt encaró a Victoria.

—Jamás te atrevas a desautorizarme como acabas de hacerlo ante mi equipo de trabajo.

—Acepto que estuvo fuera de lugar.

—¿Es esa tu disculpa?

—Tómalo como quieras, Matt.

Él no quería extender la discusión, porque eso implicaría ampliar la brecha entre los dos. Ya había dejado aclarado su punto.

—Hablaré con John y Andrew. Te llamaré dentro de un rato, y apenas Simón haya encontrado lo que le pedí.

Victoria asintió.

—Y sobre lo que ha ocurrido desde ayer...—empezó Matt, pero ella lo calló con un gesto sutil de la mano.

—Te dije que no me interesa —expresó, mirándolo—, y continúa de ese modo. Quedaré pendiente de tu correo o tu llamada para reunirme en la oficina de los socios más tarde. —Dicho eso se alejó, con Matt siguiéndole los pasos, pero sin ánimo de retomar el diálogo. Cada cual se dirigió a su oficina.

Cabizbajo, Simón entregó copia de los correos electrónicos intercambiados con Brian que incluían escuetas pero reveladoras conversaciones, así como una declaración firmada de lo ocurrido. Dijo que se sentía tan mal que a pesar de que sabía que podía conseguir un abogado, él prefería mediarlo directamente con los socios. Aquel era un buen síntoma de enmienda de conducta, a juicio de Andrew Spring, quien, con su tono severo, le dijo a Simón que era una verdadera decepción para el equipo.

Victoria se limitó a escuchar las intervenciones de su padre, de Matthew y Andrew. Una parte muy pequeña en su interior, sintió pesar por el grave proceder de su ahora ex asistente. Pero la parte práctica y profesional estaba conforme con que fuera sancionado.

—Creo que perder este puesto y el hecho de que las puertas de grandes agencias dudarán mucho en elegirte, ya te dará bastante escarmiento —dijo John—. Recoge tus pertenencias. Ruega que podamos enmendar la situación o de lo contrario te enfrentarás a una querrela legal.

El corazón de Simón saltó por las nubes y el aire se le atoró en los pulmones. Dios, si Spring & Marsden no lograba recuperar la cuenta, entonces sus días en libertad estaban contados. Solo pedía que por esta ocasión, el universo no conspirara en su contra. Estaba verdaderamente arrepentido por haber sido tan estúpido.

—Sí, señor... lo siento, lo siento... de verdad —murmuró el muchacho antes de abandonar la oficina, rogando mentalmente que los socios logran traer a Paul Harrington.

—Victoria —dijo Andrew. Desde que la hija de su socio era pequeña le había tomado aprecio. Lamentaba que su hijo hubiese preferido dedicarse al negocio hotelero, en lugar del publicitario—. ¿En ninguno momento lo viste actuar de modo extraño?

Ella negó.

—Trabajábamos en conjunto. La verdad es que me ha dejado totalmente sorprendida.

—Tendremos que analizar nuestra política de becarios —sugirió Andrew, y John, asintió—. Antes de venir a esta reunión llamé a Paul. Es un buen amigo de la familia, a pesar de que nunca hemos hecho negocios juntos. Le expliqué brevemente la situación, tal como tú nos la comentaste Matthew. —El aludido asintió—. Me dijo que si encontrábamos una sola prueba de que Brian hubiese estado involucrado en este asunto podría reconsiderar su decisión de haberle dado la cuenta a Butler & Partners.

—Eso sería fantástico —dijo John.

—Así es —intervino Victoria con alivio. En ningún momento miró a Matt. Él lo notó, pero estaban en una reunión de trabajo, y no tenía sentido lanzarse miradas admonitorias o mensajes cifrados enarcando las cejas o desafiándose con las miradas.

—Matthew, me gustaría que fueses a hablar personalmente con Paul y negocies —pidió Andrew.

—Dalo por hecho —replicó Matt, aliviado. ¿Eso significaba que si Paul les daba la cuenta, al fin, iba a conseguir su ascenso?

John pareció leerle el pensamiento.

—Si nos traes la buena noticia de que tenemos este cliente en nuestra cartera, ya sabes cuál es tu compensación.

—Absolutamente —respondió con una resplandeciente sonrisa. «No se había ido todo al garete. Iba a ser socio de Spring & Marsden.» Era una sensación agri dulce dada su situación con Victoria.

—¿Cuál es la compensación? —preguntó Victoria.

John sonrió.

—Será socio de la compañía.

—Vaya... —expresó ella. En esta ocasión miró a Matthew—: Ahora entiendo el porqué de tu absoluta dedicación por esta cuenta. Enhorabuena.

Hizo un brusco asentimiento de cabeza.

—Gracias.

Andrew se puso de pie.

—Señores, señorita, me retiro. Tengo que preparar maletas para el viaje a Chicago —dijo antes salir de la pequeña, pero ostentosa sala de reuniones que compartían los dos socios.

Matthew se incorporó al mismo tiempo que Victoria.

—Matt, quédate. Hay algo que quisiera conversar contigo —pidió John.

—Supongo que estoy de más —dijo Victoria—. Iré a tomar un poco de fresco. Ha sido un día demasiado complicado.

—Nunca estás de más, hija —repuso John, mientras Matt volvió a acomodarse en la butaca—. Y una salida de la oficina te vendrá bien.

Cuando la vio alejarse, John soltó un suspiro. A lo largo de los años que llevaba trabajando en la compañía había conocido diversos tipos de empleados. El caso de Simón lo apenaba. Una mala decisión acababa de hundir su futuro en una compañía importante. Una compañía en la que mensualmente recibían más de dos mil carpetas tan solo para optar a ser pasantes de la agencia. El chico había decidido inclinarse hacia el camino más fácil, y ruin. Perjudicar a otros para obtener un beneficio.

—Supongo que estás decepcionado porque elegí un mal candidato —empezó Matt.

—Tú estabas tan ensimismado ante la idea de un ascenso que perdiste de vista a un elemento importante. La elección de Simón como becario fue buena. Lamentablemente no podemos predecir a las personas. La idea de Andrew de reforzar nuestras políticas de contratación de pasantes o becarios es acertada, y nos servirá para mejorar, pero no es una ayuda para saber a ciencia cierta el comportamiento de quienes elijamos en la plantilla, a pesar de que pasen los test psicológicos que se hacen en todas las empresas. —Matt asintió—. Por otra parte, quizá, en el caso de este chico en específico, quizá debiste dedicarle la misma atención que tienes cuando conversas con los que ya son experimentados. No solo a modo de control, porque sé que eres muy exigente, sino para entender sus expectativas. Bien conoces que el talento, el bueno, no se encuentra con facilidad, y San Francisco es una ciudad más competitiva que ninguna.

—Tienes razón. Debí estar un poco más pendiente en ese sentido. Pero aprendemos una lección cada día. Ya tengo la mía.

—Solo que te quede claro que no ha sido culpa de nadie, más que del mismo Simón. Harrington es un buen empresario y verá quiénes merecen su cuenta. Estoy

apenado de que esto haya ocurrido, pero sé que no hemos perdido dinero, tú te encargarás de que así sea. Convince a Paul. Ese es tu trabajo.

—Entiendo perfectamente —replicó con determinación.

John tomó un vaso de agua y empezó a beber. La mano le tembló ligeramente. De modo casi imperceptible, pero Matt lo notó.

—¿Lo sabe Victoria? —preguntó John, cuando terminó de beber.

—No le he dicho que tienes Parkinson si es lo que crees...

El jefe de Matt negó.

—No me refería a eso. Lo de mi enfermedad se lo dije hace varios días. Supongo que con ese carácter terco que tiene mi hija, era el de su madre, me tendrá muy vigilado.

—Te gusta la idea, porque la has echado de menos los meses que estuvo lejos de ti, y saber que la tienes a tu alrededor de nuevo alivia un poco tu culpa del pasado. ¿Verdad?

John dejó escapar una bocanada de aire.

—¿Te ha contado ella por qué nos distanciamos casi un año?

—Lo hizo, sí.

—Ya veo... Han retomado la amistad de hacía tanto tiempo atrás, ¿no?

—Algo por el estilo —dijo, cauto. En este momento no estaba hablándole su jefe, sino su amigo y también el padre de Victoria—. ¿Para esta charla era que querías que me quedara? ¿Quieres preguntarme algo directamente? Sabes que puedes hacerlo, John.

El empresario entrelazó los dedos y apoyó los codos sobre la mesa de caoba. Se inclinó hacia adelante, ligeramente.

—Siempre he sabido que entre ustedes existe una suerte de... llamémoslo química. Creo que eres tan obstinado como ella y mutuamente se llevan al límite. — Matt se removió en su asiento, incómodo. Era extraño estar hablando en esos términos

con John—. No hay que ser un genio para darse cuenta que tú y ella están muy enfadados. Quiero saber por qué.

—Me lo preguntas como jefe o como amigo.

—Oh, Matthew, no me vengas con juegos de preguntas tontas. ¿Qué está pasando contigo y con mi hija?

El guapo publicista de ojos verdes se pasó una mano por el cabello. Vaya conversación para embarazosa.

—No creo que te deba interesar el trasfondo. Y en cuanto a tu última pregunta, y solo porque te debo mucho, te responderé. Ella y yo tenemos una relación —dijo con parquedad. Amantes o novios, cualquiera de las dos vinculaciones con Victoria implicaban una relación. Omitió comentarle que ella la había dado por terminada, y por ende obvió mencionar que era su culpa, mas no de Victoria.

—Supongo que la hostilidad es...

—Un mal entendido —interrumpió Matt, cada segundo más fastidiado. Odiaba los interrogatorios, pero en esta ocasión se trataba de John. La persona que no solo le había permitido abrirse camino en el mundo profesional, sino que le había abierto las puertas de su casa y en donde conoció a la mujer que amaba. Una mujer bastante obcecada, pero, ¿quién era perfecto?

—La cuenta Harrington —dedujo John.

Matt asintió.

—Escucha, hijo, Victoria ha pasado unos meses muy malos antes de venir a trabajar aquí. No te voy a preguntar qué sientes por ella, porque lo he sabido desde siempre. Sé que la quieres. Soy algo viejo, pero tengo mis ojos bien puestos —comentó con convicción. Matt se limitó a escuchar—. ¿Sabes? Incluso cuando me presentaste a Rosalyn, años atrás, supe que estabas cometiendo un error. No. No me interrumpas. No estoy criticando tus decisiones, no tengo derecho, lo que hago es participarte mi punto de vista... desde fuera. —Matt se resignó a mantenerse callado—. Aunque Devon es el hijo de mis mejores amigos, no creí que ella pudiera ser feliz

con él. ¿No te das cuenta, Matt? Entre mi hija y tú tienen una conexión que pertenece a esos amores únicos en la vida —expresó con nostalgia. Luego pareció recuperarse del recuerdo y miró con ojos duros a su ex alumno—: Si la lastimas vas a conocer un lado que jamás he tenido que mostrarte. —Luego sonrió. Como si no hubiese dicho más que el cielo era azul y el agua del mar, salada.

—Vaya... yo que empezaba a ponerme sentimental —replicó con sarcasmo—. Ya sabes que te aprecio muchísimo, pero no pienso discutir este tema contigo.

John sabía cuándo estaba pasando la línea. Giró el rumbo de sus opiniones, pero no dejó de hablar de su hija.

—¿Se ha adaptado bien a tu equipo? No es que lo dude, pero siempre el juicio de un padre orgulloso se nubla.

—Es una profesional de primera línea.

John sonrió.

—Ya sabía que no podía ser de otra manera. Sé que nunca me darías una opinión falsa o por compromiso —dijo sonriente. Matt correspondió el gesto—. ¿Sospecha algo sobre su contratación?

—No, nada. Y la verdad es que no creo que le siente bien saber que su padre llamó para pedir que la pusieran en la compañía con un proceso de selección inexistente y una llamada “casual” luego de tantos años sin vernos. Así que no. Te dije que no iba a decírselo, y planeo mantener la promesa.

Victoria se quedó helada y con la mano sobre el pomo de la puerta que estaba entreabierta al escuchar eso último. Había regresado de comprar un café, y cuando estuvo en su oficina, recordó que tenía que pedirle una autorización a su padre para contratar un nuevo becario. Era optimista. Sabía que Paul, al conocer la verdad, le daría la cuenta a ellos. Había mucho por hacer ahora

No había sido su intención escuchar tras la puerta, que en el apuro de salir minutos atrás ella había dejado entreabierta, pero cuando se acercó y escuchó la pregunta de su padre a Matt, sobre su desenvolvimiento en la compañía no pudo

apartarse. ¿Cómo había Matt y su padre llegado a ese punto de la conversación?

Jamás esperó escuchar que no solo estaba en Spring & Marsden porque su padre le había pedido a Matthew que la incorporara al equipo, sino que no podía sacarse de la cabeza que Matt era capaz de cualquier cosa con tal de tener la maldita cuenta Harrington. Cualquier cosa como mentirle. Él, que se jactaba de ser honesto y directo. ¡Já! Podía disculpar a su padre, porque al final no tenía ganas de pelearse con él, pero Matt... La pelea del día anterior no se comparaba en absoluto con el sentimiento de traición que experimentaba en ese instante. Él conocía cuán importante era para ella valerse por sus propios méritos. Después de lo que habían vivido todas esas semanas, Matthew había sido incapaz de ser sincero en un aspecto que era importante para ella. Entendía que no hacía promesas, que no existían compromisos, pero un mínimo de consideración, al menos por los años que se conocían, hubiera sido de agradecer.

—Pues mira que no has tenido que lidiar con tu conciencia ni un segundo más, porque ahora ya lo sé —dijo Victoria con voz gélida, al abrir la puerta por completo, sorprendiéndolos a los dos—. La próxima vez, me aseguraré de cerrar bien las puertas. Aunque, espera... ¿Cómo podría enterarme de que ustedes dos me han estado mintiendo y yo he estado a mi vez haciendo el ridículo pregonando a los cuatro vientos que estoy aquí por méritos propios y no porque mi padre es socio de esta agencia publicitaria?

John se puso de pie, igual que Matthew. Ambos empezaron a acercarse hablando al mismo tiempo. Las expresiones de los dos denotaban angustia y arrepentimiento.

—Ahórrate cualquier palabra que pretenda salir de esa mentirosa boca que tienes Matthew Talley, y mejor explícame. ¿Por qué demonios me has ocultado la verdad todo este tiempo? —preguntó furiosa y con la voz agitada—. ¿Por qué lo ocultaste cuando sabías lo importante que era para mí valerme por mis propios esfuerzos? ¿Por qué? —le gritó.

Matthew abrió la boca para replicar, pero Joh se adelantó.

—Hija, pensé que era lo mejor para ti. No quería verte angustiada, sin empleo, apenada por lo de Devon. La culpa no ha sido de Matt, yo le pedí que te llamara... —

explicó con suavidad, mientras se acercaba a ella—. Siendo su jefe, no tenía cómo rehusarse a hacerme el favor.

Victoria negó con la cabeza. Sus cabellos se agitaron ligeramente.

—No estoy enfadada contigo, papá. Al final, supongo que intentabas hacer lo mejor para mí. Y, por Dios, no lo justifiques a él. Cuando a Matthew le ha dado la gana de desafiarte abiertamente, siempre lo ha hecho; ha sido así desde que lo conozco. Así que imagino que esto tiene mucho que ver con su ambición profesional. —Se giró hacia Matt—: La idea supongo fue la de no contrariar al jefe y seguirle el juego hasta conseguir la cuenta. Y cuando supiste mi posición férrea de que no me gustaba aceptar favores que me beneficiaran por ser hija o amiga de alguien, no te importó. Porque para ti, una vez más, siempre has sido tú y tú. ¿Verdad? ¿Qué pensabas? ¿Despedirme una vez conseguida la maldita cuenta? ¿Ascender a Claire, quizá?

—No, no pensaba despedirte. Me gusta tu trabajo. Esa no es una mentira —contestó Matt—. Y no digas que no me importó, porque...

—¡Vamos! —dijo soltando una risa cínica—. Hoy irás a hablar con Paul. Él leerá la declaración firmada de Simón aceptando su culpa, verá la impresión de los correos electrónicos, y, ¡voilà! La cuenta es tuya. El puesto de socio también será tuyo y habrás conseguido tu mayor ambición profesional.

—Victoria, creo que será mejor que hablemos en otro lugar... —continuó Matt, procurando mostrarse sereno. No tenía salida. Estaba arruinado con ella. Dios, cómo dolía esa idea—. ¿Por favor?

John miró a uno y otro.

—Será mejor hablar de este tema cuando se hayan serenado —sugirió John.

Victoria ignoró a su padre. Sentía el corazón partiéndosele en pedacitos. Definitivamente lo suyo con Matthew no tenía pie ni cabeza. Él no tenía respeto por sus convicciones y le había mentado. No podía lidiar con eso.

—¿Sabes lo que has hecho, Matthew? —preguntó en un tonto dolido.

No era necesario que le dijera que acababa de arruinar cualquier posibilidad entre ellos. Romántica o sexual. Él no se consideraba un hombre que dejara de luchar por lo que quería, pero en ese momento decirle que la amaba sería como lanzar un diamante al mar. Se perdería en la inmensidad; caería en el olvido. «¿En qué momento se había torcido todo?», se preguntó, frustrado, mirándola con una mezcla de emociones en sus ojos.

—Lo sé. —«Te he perdido.» La frase quedó flotando en el imaginario. Un imaginario que Victoria comprendía perfectamente.

Ella apretó los puños a los lados. No había nada peor que el dolor de la traición.

—Me alegro entonces. Pasaré por tu oficina a dejarte mi carta de dimisión.

—No lo hagas —la detuvo Matt, cuando ella se disponía a abandonar la oficina. Ella miró la mano que tantas veces la había acariciado con pasión y dulzura. Una mano que ya no era bienvenida para tocarla—. Tú eres capaz de separar un ámbito de otro. Mereces estar en esta agencia. No por ser una Marsden, sino porque tu trabajo es impecable. —La soltó.

—Me gusta trabajar en un ambiente honesto, en especial a nivel profesional. Pensé que ser amigos implicaba más respeto y le daba un plus a trabajar aquí. He cometido un error de juicio terrible contigo. En todos los sentidos. —Él apretó los puños y sintió como si estuvieran drenándole la sangre de las vengas—. Me mentiste en un tema medular para mí... —emitió un suspiro cansado—, yo no quiero ni puedo continuar teniéndote por jefe. Te enviaré formalmente mi carta de renuncia a la compañía.

—Será una gran pérdida para la empresa —dijo. No iba a argumentar diciéndole que era su herencia y que más pronto que tarde tendría que replantearse volver, porque eso habría aumentado el rencor en ella hacia él.

En respuesta, Victoria se encogió de hombros. Si continuaba atenta a aquella mirada cargada de arrepentimiento de Matthew corría el riesgo de perdonarlo. Y no quería hacerlo. Ya había sido demasiado estúpida con él. Dos veces. No era posible

que Matthew hubiera cortocircuitado todos sus sistemas de raciocinio. ¡Qué fastidio!

Miró a su padre.

—Después de todo entiendo la naturaleza protectora de los padres, pero aunque en este momento me siento decepcionada, no me volveré a alejar como hice un tiempo. —John respiró, aliviado—. Empezaré a buscar empleo. No te preocupes por mí, y por favor, haz que me envíen mi último cheque de trabajo a mi cuenta del Wells Fargo. —John asintió, resignado—. Hasta pronto.

Matthew se quedó contemplando la puerta con una calcinante desazón, aún cuando ella ya no se encontraba en la estancia.

—Lo siento, muchacho, nunca pensé...—empezó John segundos después—. Lo siento —insistió, apesadumbrado.

—Supongo que tarde o temprano todo sale a luz —dijo esbozando una sonrisa que no alcanzó a ser completa—. Sé que Paul nos dará la cuenta. Organizaré una cita con él —se encogió de hombros—, al final conseguí lo que quería.

John lo miró con tristeza.

—¿Es así, Matt?

Matthew no respondió. No era necesario. Ambos conocían la respuesta.

CAPÍTULO 16

Habían pasado tres semanas desde la renuncia de Victoria. Tres semanas en que Matt había intentado verla, pero ella no le respondía las llamadas ni los mensajes, y las dos ocasiones en que se presentó en su casa, Chloe, con una sonrisa de disculpa, le dijo que su amiga estaba ocupada y no podía atenderlo. Frustrado, descargó toda su impotencia en la oficina. Sus subalternos prácticamente huían de él, salvo cuando tenían una reunión obligatoria.

Una tarde, Claire se acercó a su despacho para quejarse de que el departamento de diseño no prestaba atención a los detalles de corrección que ella pedía y que le parecía justo que los multaran.

—¿Sabes qué me parece más justo? —preguntó. La noche anterior no había dormido. Aunque aquello estaba volviéndose casi habitual. Las jornadas de entrenamiento extenuantes a las que se sometía en Temple Ki no lograban que su cerebro dejara de pensar y pensar. Tener la cuenta Harrington y todo el proceso que conllevaba empezar a poner en marcha el plan, tampoco le producía la satisfacción que había esperado. Sin embargo, Gary le había comentado que Brian Lewis estaba sometido a una suerte de comité en Butler & Partners, aquello había ocurrido luego de que Paul se quejara del tiempo que lo habían hecho perder cambiando de una agencia a otra, y también por la falta de profesionalismo de Brian. Así que lo más probable era que al imbécil aquel lo despidieran. Sí. Aquello complacía su necesidad de justicia.

—Dime —sonrió Claire, ladeando la cabeza y consiguiendo con esa pose lucir angelical. Como si él no conociera sus aburridos trucos.

—Despedirte. Así que en este momento acaba tu contrato con Spring & Marsden.

El rostro afable de la mujer se convirtió en una expresión ácida y furiosa.

—¡No puedes hacer eso! —gritó, rabiosa. Tenía años aportando lo mejor de su talento y Matt la despedía—. ¡Soy una de tus mejores colaboradoras!

—Pretérito, Claire. *Eras*. —Llamó al departamento de recursos humanos diciéndole que Claire no trabajaría más en Spring & Marsden por comportamiento hostil y que llamaran a los abogados. Dicho eso volvió la atención a la rubia y le dijo —: Debí echarte hace tiempo. El equipo está cansado de tus demandas sin sentido y desdén al tratarlos. Nadie es indispensable. Ni siquiera una ejecutiva de cuentas con talento en ramas como la economía y marketing. Si quieres puedes ir a quejarte como habitúas con Andrew, pero ahora yo también soy socio. Y no necesito autorización para despedirte.

—Esa mujer te has trastornado —dijo, refiriéndose a Victoria—. Desde que se largó estás irascible. ¡Mis abogados van a exprimir hasta el último centavo con la demanda que voy a ponerles por despido intempestivo!

—Haz lo que quieras hacer, pero sal de mi oficina. —No era noticia que, desde que Victoria abandonó la compañía, él parecía un jaguar enjaulado. Pero que Claire se refiriera a su relación con Victoria, lo enfadó.

—Idiota.

—F-u-e-r-a —expresó con lentitud.

Claire salió dando un portazo.

Con un suspiro cansino, Matt se mesó los cabellos. Claire era eficiente, pero su energía resultaba tóxica. Saber que no estaría dándole vueltas a las cosas o haciendo sentir mal a los demás con sus comentarios pretenciosos era un gran alivio. Había tardado demasiado en despedirla.

Victoria había tomado la decisión de regalarse dos meses de vacaciones. El dinero que había ganado en la compañía de su padre y el cheque de liquidación le habían permitido pagarle a Chloe la renta, y también cancelar cada pequeña deuda

que poseía. Era, financieramente, más libre que nunca.

Durante las tres semanas que llevaba fuera de Spring & Marsden, no solo se dedicó a recorrer los mercadillos de la ciudad, asistir a conferencias de cualquier cosa que no tuviera que ver con su profesión, ir de bares los fines de semana con Chloe y sus amigos, sino que hizo un esfuerzo descomunal por no responder los mensajes de Matthew. El sonido de esa voz profunda y grave, mientras él conversaba con Chloe intentando que lo dejara entrar, casi doblegó su determinación de ignorarlo en aquellas las dos ocasiones que se presentó en su casa. Lo extrañaba a rabiar, pero estaba enfadada por lo que ella consideraba una traición a su confianza. Odiaba que le hubiese ocultado la naturaleza de su contratación en la compañía.

La idea de Chloe de salir un poco más, le pareció estupenda. Su amiga le presentaba chicos, o estos se acercaban a ella en los bares. Pero cuando las cosas se ponían algo “serias”, y ellos hacían un intento de besarla, Victoria los apartaba. La posibilidad de que otro la besara o la tocara se le hacía poco digerible. Así que terminaba la noche con los pies matándola de tanto bailar, un evidente relax luego de dejar en la pista sus frustraciones, pero su corazón maltrecho continuaba en el mismo estado: insalvable.

—¿Lista? —preguntó Chloe, acercándose al espejo para comprobar su aspecto. Esa noche también irían de fiesta.

Victoria se alisó el vestido corto color azul, con las manos. Tenía un corte en A, y era strapless. El escote daba la ilusión que de un momento a otro sus pechos podían quedar al descubierto. Era un estilo arriesgado, y que de algún modo trataba de reflejar su deseo de sentirse despreocupada. Llevaba el cabello suelto y con la pinza se había domado las ondas. La raya negra del delineador, para darle a sus ojos una forma de almendra, creaba un efecto impactante con sus ojos azules. Los tacones eran casi de vértigo. Esa noche se sentía osada. No importaba lo que le dijera su conciencia o su estúpido corazón, si conocía a alguien en ese bar que le pareciera guapo, pensaba besarlo y si algo más surgía, pues entonces...

—¿Hola? ¿Tori está en la Tierra o en el planeta Talley? —preguntó Chloe,

cruzándose de brazos con una sonrisa burlona.

—Muy graciosa —dijo lanzándole una mirada severa—. Vámonos. —Empezó a bajar las escaleras con su amiga siguiéndole el paso. Cuando llegaron al rellano, Chloe le dio un toque en el hombro, y Victoria se giró—. ¿Sí?

—Por favor, si un chico guapo quiere ligar contigo no comiences a contarle la historia del jefe que no sabe respetar los principios de sus colaboradores y que se cree un regalo del Cielo, para luego soltarle que tienes novio y por eso no puedes besarlo o irte a casa con ellos a pasar la noche, y después terminas la jornada en casa quejándote de Matt. Este es el tercer sábado que salimos de fiesta. ¿Inténtalo, vale?

Victoria resopló de un modo poco elegante.

—Yo no...

—¿Por favor? —insistió Chloe en un tono que no admitía réplica—. Aunque sea bésalo. No te digo que te vayas a la cama con el primer hombre guapo que veas como justificación por no querer saber de Matt ni escuchar sus intentos de explicarte su punto de vista de las cosas. Hazte un favor a ti misma y besa a alguien. Hazlo por despecho, por placer, o por lo que quieras, pero no puedes ir por la vida pensando que si no es Matthew no es nadie, y al mismo tiempo no querer verlo. ¿No notas la ridícula contradicción?

Victoria asintió.

—Un beso...

—Eso es. Ahora mueve el trasero que el taxi está afuera esperándonos.

La música de Calvin Harris sonaba en el bar. Los cuerpos se movían al ritmo de *Feel so close*. El sitio era exclusivo y tenía una decoración estrambótica, con colores fuertes y los tragos rodaban como agua en manantial. La mayor parte de los clientes eran del círculo de Chloe: artistas, inversores o amantes del arte en general. Victoria había aprendido a apreciar el lado excéntrico de su amiga y la pasión por la pintura; no podía negar que Chloe conocía los mejores sitios para pasárselo bomba.

Mientras Chloe bailaba con Brandon, al parecer el hombre estaba haciendo

méritos, Victoria se entretenía con un moreno guapísimo. Jordi Ballester. Un español que, entre trago y trago, le contaba que estaba de vacaciones en San Francisco, pero como periodista *freelance* del área de Cultura de un famoso diario con sede en Madrid, aprovechaba para conocer las tendencias de la gente en la ciudad. El hombre era un diez. Alto, con una barba muy sexi, el cabello peinado hacia atrás, los ojos negros y unas cejas que le daban un aspecto de chico malo. Pero lo que la mataba era el acento. Cada vez que decía su nombre sentía unas ganas locas de besarlo. ¿O tenía que ver con la cantidad de alcohol que llevaba en su sistema? ¿Ocho tequilas y tres cocteles? ¿O eran trece tequilas...? Debió aprender la lección tiempo atrás. El alcohol y ella hacían una pareja inmejorables, pero con resultados poco idóneos.

—¿Viniste sola? —preguntó Jordi, mientras la tomaba de las caderas y ella se contorneaba al ritmo de la música.

—Con mi mejor amiga —replicó, y señaló a Chloe que se reía con Brandon a pocos pasos de donde ellos estaban bailando.

Time of my life de los Black Eyed Peas animó más el ambiente con su ritmo contagioso, en una mezcla de luces y roces de cuerpos dispuestos a divertirse. Sonrisas, toques discretos, y otros descarados, eran la fórmula de la noche. A nadie le importaba más que pasarla bien.

Jordi la acercó a él tomándola de las caderas, hasta que sus rostros quedaron muy cerca. Ralentizaron el ritmo de sus movimientos. Con la respiración agitada, Victoria lo miró, y el español sonrió. Empezó a inclinarse hacia ella, pero antes de que alcanzara a su boca, Victoria sintió arcadas. Él pareció notarlo y se alejó como si le hubieran echado repelente.

—Creo que has bebido demasiado, *guapa* —dijo con cautela.

Ella se colocó la mano en la boca y sin mediar palabra se acercó hasta Chloe. Su amiga, primero frunció el ceño y luego, prácticamente se la llevó a rastras hacia la salida al verla con cara de desazón. Jordi y Brandon las siguieron.

El aire de la calle golpeó a Victoria en el rostro. Se sentó en una banqueta cercana y cerró los ojos. Poco a poco las arcadas cesaron y a continuación llegó un

ataque de risa.

—Victoria —dijo Jordi con las manos en los bolsillos. Tenía toda la intención de ligar esa noche, y si esa belleza no podía irse a la cama con él, puesto que apenas era la una de la madrugada, le quedaba mucho tiempo por delante para conseguir a otra—. Será mejor que te deje en manos de tus amigos. Yo... —se encogió de hombros—, un gusto conocerte.

Tori hizo memoria de una de las pocas palabras que recordaba de su viaje a Barcelona.

—*Capullo* —gritó cuando lo vio desaparecer tras la puerta.

—¡Victoria Marsden! —dijo Chloe muriéndose de risa—. ¿Cómo le has llamado?

—No sé, creo que es una palabra que significa que es un imbécil... o algo peor —sonrió, con la cabeza aún echada hacia atrás y los ojos cerrados. Dios, todo le daba vueltas. Era patética. Había estado a punto de besar a ese bombón y, ¿qué había sucedido? Su cuerpo la sabotó.

Brandon le dijo a Chloe que iría por el coche.

Cuando se quedaron solas, la pintora se sentó junto a Victoria.

—Hey —dijo con suavidad—. ¿Por qué has bebido así? La idea no era que te murieras ahogada en alcohol. Solo unos tragos como las otras ocasiones. Un sábado divertido. Mañana vas a jurar contra todo el mundo cuando la cabeza te explote.

Finalmente, Victoria abrió los ojos. Con los brazos sobre la panza, emitió un suspiro, antes de girar la cabeza, lentamente, para no marearse.

—Matthew... —susurró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Él ha querido hablar contigo, cielo. No puedes continuar haciéndote esto. ¿Por qué no hablas con él?

—Porque dudó de mí, porque no me ama y porque me mintió —respondió con cierta dificultad al hilvanar las palabras—. Matt sabía lo importante que era para mí

no depender de mi padre. No depender de nadie —dijo con un puchero.

Chloe le dio una menta. Victoria se la metió en la boca.

—Yo no creo que no te ame. Los ojos de corderito degollado que tenía, mientras me pedía que por favor lo dejara pasar para hablar contigo, me dijeron otra cosa.

—¡Es un manipuladorrr!

—Vamos, acepta hablar con él.

—Essss obstinado.

—Como tú.

—¡Pero yo ssssí lo amo! —gritó. El sonido de la música, ahogada por la puerta del bar, llegaba hasta ellas. El área era muy concurrida, y nadie reparaba en si había un borrachito de más o de menos. Cada cual iba a su aire.

—Haz algo al respecto.

—¡Nooooo! —volvió a gritar y luego empezó a reírse, y luego, a llorar.

—La próxima vez, recuérdame que eres una borracha gritona —dijo Chloe entre risas. Miró hacia su izquierda. Brandon se acercaba. Volvió la atención a Victoria—. Mira, ahí viene...—No tenía sentido continuar hablando. Su mejor amiga estaba dormida.

Chloe se incorporó y tomó una decisión. Estaba cansada de ver a Tori desolada, mientras aparentaba estar bien y en una zona de confort anti-dolor. Le quitó el bolso y rebuscó en el interior. «Menos mal no ha puesto clave en el iPhone», se dijo cuando encontró el directorio telefónico. Le hizo una seña a Brandon para que se sentara a su lado, mientras ella hacía la llamada.

Veinte minutos después, apareció un elegante Cadillac Escalade frente a ellos. Matthew se bajó del automóvil. Saludó a Chloe y a Brandon.

—¿Qué pasó? —preguntó mirando a Victoria, plácidamente dormida en el hombro de Chloe. A pesar de que la posición de Tori era poco elegante, no pudo dejar de notar sus piernas esbeltas con esos tacones altísimos. ¿Desde cuándo usaba

tacones tan altos?, se preguntó. Luego reparó en el escote del vestido. La llamada de Chloe lo había sacado de la cama. Soltando una maldición se quitó la chaqueta que apuradamente se había puesto y se la colocó a Victoria para cubrirla. Ella no se inmutó.

Chloe sonrió.

—Digamos que estaba divirtiéndose y se olvidó el efecto que causa el tequila o lo que sea que haya estado tomando. Será mejor que tú te hagas cargo.

—¿Con quién vino? —preguntó en tono que no dejaba lugar a dudas de que la idea de que Victoria hubiera estado con otro hombre le agradaba tanto como lanzarse desnudo al Ártico.

—Conmigo y Brandon. Solo ha bailado... —se encogió de hombros— y coqueteado un poco. Ya la conoces que no es de las que suele andar con otros si tiene una pareja —comentó haciéndole un guiño al ver el ceño fruncido del publicista.

—Pareja, sí claro —gruñó Matt, pensando en que era todo menos eso en lo que a Victoria se refería—. Gracias por llamarme.

—Seguro. Llévala a tu casa, porque bueno —miró a Brandon—, creo que tengo un par de cosas por hacer. Haz que la bronca que me va a echar Victoria por haberte llamado valga la pena —dijo Chloe, antes de alejarse del brazo de Brandon.

Matthew tomó a Victoria en brazos. Ella no se despertó. Cuando la colocó en el asiento del copiloto, ni cuando le ajustó el cinturón de seguridad. Borrachita, enfadada, dulce, sexi o trabajando, ella solo tenía que mover un dedo para tenerlo a sus pies. «Suerte que no supiera el efecto que le producía. Al menos no todavía.» Si sus amigos supieran hasta qué punto su idea de las promesas y compromisos había cambiado, sería el centro de las bromas un largo tiempo.

Condujo en silencio, y en cada semáforo se aseguraba de que Victoria estuviera bien y el cinturón de seguridad no la incomodara. Aunque en el estado en el que ella se encontraba, seguro y le daba lo mismo. A él, no.

Victoria no era tonta. Sabía quién era la persona que estaba a su lado, y que la

había tomado en brazos. Pero temía abrir los ojos y que las náuseas volvieran. Lo que no lograba entender era en qué momento su amiga había llamado a Matthew. Aunque la cabeza le diera vueltas y tuviese el estómago revuelto, las neuronas conectaban bastante bien y recordaba que Matt no tenía modo de saber dónde encontrarlas a menos que alguien se lo dijera, y ella, obviamente, no había sido. Luego se encargaría de ajustar cuentas con Chloe.

Dejó que Matt la llevara en brazos hasta el elevador. Se sentía confortada por su cercanía, y como en teoría estaba pasada de copas, podía intentar convencerse a sí misma de que el hecho de que no reclamara o pidiera que la dejara en el suelo era porque le dolían los pies. Cuando entraron en el penthouse, Matthew la dejó recostada en el sofá, y fue a la cocina. Ella sintió tanta comodidad que intentar estar alerta se convirtió en un objetivo olvidado.

—Cariño, me gustaría que te tomaras un poco de café —dijo Matt con suavidad y tratando de animarla. Movi6 con la mano libre el hombro desnudo. Luego le toc6 la mejilla; era tan suave...—. Venga, abre los ojos.

Lo cierto es que Victoria se moría por un poco de cafeína que le asentara la panza. Poco a poco abrió los ojos. Dios. ¿Es que ese hombre no podía ser menos guapo? Su corazón dio un salto olímpico y aterriz6 en una situación precaria; tal como ella se encontraba. Conectar con la mirada verde, cauta y preocupada fue como enchufarse a la única fuente de calor que podía darle calidez a todo su cuerpo.

—Hola...

—Hola, Tori —susurr6, acucillado a su lado. El vestido azul se le había subido un poco más arriba de lo normal. Intentaba no fijarse en esas piernas deliciosas—. ¿Así que ahora vas de fiesta los fines de semana, eh? —pregunt6 sin poder contenerse.

—Por tu culpa no pude besar a ese guapo ezzzpañoletee —dijo. Luego soltó una risa.

Matthew frunci6 el ceño.

—Victoria, entiendo que te hayas tomado no sé cuántas copas, pero no me hace gracia saber que has estado coqueteando por ahí.

—No soy de tu propiedad...

Él decidió no continuar el asunto. Era inútil discutir con ella en ese estado. Pero al menos lo tranquilizaba saber que no tenía que ir a buscar a algún imbécil y partírle la cara.

—¿Te tomarás este poco de café?

—Gracias. —Se incorporó despacio. ¿Por qué tenía que girar todo como si estuvieran en la curva de una montaña rusa? —. Creo que perdí un poco la cuenta...— ¿Era suya esa voz horrible que siseaba y alargaba las palabras? —. De... de lo que bebí.

Matthew sonrió.

—Eso se ve. Toma, bebe —dijo llevándole la taza a los labios. Ella obedeció.

Entre ambos se instaló un cómodo silencio.

—¿Matt? —dijo cuando terminó el café. Él dejó la taza sobre la mesita de centro. Le apartó el cabello del rostro con suavidad, y luego le sacó los zapatos.

—No debiste ir a verme, me las estaba arreglando bastante bieeen...

«Sí, claro.» La posibilidad de que hubiera estado coqueteando con otros lo tenía realmente cabreado y celoso. Le debía una a la amiga de Victoria, por haberlo llamado.

—Me preocupó que te pudiera pasar algo. Como aquella otra ocasión en el bar mexicano.

Ella se encogió de hombros.

—Chloe y Brandon se habían peleado, ¿sabes? Pero ya se reconciliaron hoy... eso es... fue hoy mismo —dijo como si fuera importante.

—Bien por ellos.

—¿Matt? Creo... Oh, no... —se puso la mano en la boca y fue medio tambaleándose hasta llegar al cuarto de baño de la primera habitación que encontró. La de Matthew.

Para su mayor vergüenza, Matt le recogió el cabello, mientras ella dejaba esta vida y la próxima en el retrete. Con paciencia, él le pasó una toalla húmeda para que se limpiara la boca.

—Maldición... —susurró Tori, mientras se inclinaba sobre el lavabo para echarse agua fría en el rostro. Él le extendió un cepillo de dientes nuevo. Victoria se cepilló a conciencia y luego utilizó el enjuague bucal. Se sentía ligeramente mejor, pero la cabeza continuaba dándole vueltas. ¿O era el mundo que giraba y ella permanecía estática? «No más tequila.» Luego recordó el motivo de que estuviera experimentando una borrachera. Matt. Él era el culpable. Ni siquiera había podido besar a... ¿Juan? ¿Jorge? «Rayos.» Hasta la memoria le fallaba. Eso también era culpa de Matt. Lo miró, furiosa. Pero algo le pasaba a sus ojos, porque se empañaron. ¿No se iba a poner a llorar, verdad? ¡Solo eso le faltaba! Es que estaba tan triste...

—¿De qué tienes ganas? —lo escuchó a Matt preguntarle.

Ella dejó a un lado la toalla con la que se había limpiado el rostro. Lo miró.

—De odiarte —le respondió. Cuando sintió que las lágrimas inevitablemente empezaron a rodarle por las mejillas, se las secó con un movimiento rápido. Lo miró con rencor—: ¿Cómo pudiste dudar de mí? ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué?

Matthew apretó los labios, sintiéndose culpable.

—No, mi amor, no llores —le pidió acercándose, pero ella se apartó y caminó hasta el centro de la habitación. Se abrazó a sí misma, rodeándose la cintura.

—¡No soy tu amor!

—Victoria... Tori... lo siento. Lo siento mucho. Creo que no dejo de equivocarme contigo...

—Porque eres un idiota —replicó. ¿Qué le pasaba con la letra “s”?

—Al parecer sí. Lo cierto es que cuando te vi con Brian todo pareció cobrar un

sentido tal que no pude evitar...

—¿Qué? ¡Te dije que era un amigo! Bueno, ex amigo ahora. Una persona rastrera, pero no compartiría nada con otro hombre que no seas tú. Ni siquiera pude besar a... —hizo un gesto con la cabeza—, ya ni lo recuerdo.

Él se quedó mirándola. Lucía tan vulnerable en el medio de su habitación... y muy enfadada.

—No compartirías nada con otro hombre que no sea yo, dices... ¿Y eso por qué? —se atrevió a preguntar con el pulso acelerado.

—Porque soy una idiota... —expresó con fastidio pasándose la mano por el párpado y manchándose así de rímel el contorno del ojo.

Matthew se acercó y le tomó el rostro entre las manos. Ella intentó zafarse, pero él no se lo permitió.

—Respóndeme la pregunta anterior. ¿Por qué?

Ella lo fulminó con la mirada. Si acaso con las copas que llevaba encima era posible “fulminar”. Lo más probable es que estuviera bizqueando.

—¿No sabes preguntar otra cosa? Tonto... ¡Porque te amo! ¡Por eso! Y me has lastimado de un modo que ahora mismo solo deseo odiarte y olvidarte... —le gritó sorbiendo las lágrimas. ¿Se podía ser más patética?

Matthew, a pesar de lo ridícula de la circunstancia, sintió un alivio indescriptible, y el corazón le latió henchido de alegría. La tomó en brazos, y se sentó en el borde del colchón de la cama king size. La abrazó con fuerza. Ella se recostó en su hombro. Él sintió un par de lágrimas caerle en la mano. Suspiró.

—Yo también te amo, dulzura. Te amo con locura y me aterra sentir de este modo tan intenso, tan descontrolado, cuando lo que siempre he procurado es contenerme, pero no puedo ni quiero evitarlo contigo... —Ella permanecía en silencio. Seguro la había tomado por sorpresa—. ¿Victoria? —La acomodó para mirarla.

Se había quedado dormida.

Parpadeó. La cabeza le dolía como si se hubiese dado de bruces contra el pavimento. Al menos no tenía náuseas. Poco a poco se sentó. Giró la cabeza hacia un lado y contempló el espacio vacío. Se deshizo de la sábana. Estaba en bragas y sujetador.

Las imágenes de la noche anterior le llegaron bastante nítidas. Demasiado nítidas para su gusto. ¿Los diálogos? Oh, sí, recordaba exactamente haberle dicho a Matt que lo amaba, y segundos después, todo se volvió oscuro y la atrapó el sueño.

En la mesita de noche había un par de pastillas, un vaso de agua y varias rodajas de naranja. Ya sabía quién era el responsable. Su corazón saltó desbocado. Odiaba a Matt cuando tenía ese tipo de gestos, especialmente porque estaba cabreada con él.

Consumió todo. No veía su vestido por ninguna parte, ni tampoco los zapatos. Se envolvió con la sábana y salió de la habitación. Avanzó hasta la sala. Matthew estaba en el sofá con la portátil.

—¿No deberías estar haciendo ejercicios de Karate - Do o algo así? —preguntó recordando el relato de Matt sobre las artes marciales. No era el saludo más cordial para la persona que la había cuidado la noche anterior.

Él dejó de mirar la pantalla, y le sonrió. Ella frunció el ceño.

—¿Cómo te sientes? —respondió ignorando la pregunta.

—Como si un camión me hubiese pasado encima. Y seguramente luzco igual — se quejó.

—Para mí estás muy guapa.

—Entonces debe ser que no tomaste tu dosis de cafeína.

Matthew se rio.

«¿Tenía Matt derecho a poseer esa risa que deshacía sus huesitos?», se preguntó

conteniendo un gemido de frustración.

—Tu amiga, Chloe, se pasó hace un par de horas. —Victoria miró el reloj de pared. Doce de la mañana—. Dijo que a las nueve tenía que viajar con Brandon a San José y que quizá necesitarías algo de ropa —señaló una pequeña bolsa a su lado—, toda tuya.

Victoria se acercó a recoger la bolsa, procurando que la sábana no se le deslizara. Una ridiculez cuando Matt había hecho mucho más que solo verla desnuda.

—Gracias... —murmuró a regañadientes.

—No tienes de qué, por cierto, ¿recuerdas algo de lo que me dijiste anoche antes de quedarte dormida?

—Que te odio.

Él tuvo la osadía de reírse.

«¿Se habría dado cuenta de que estaba fingiendo no entender a qué se refería?», pensó Victoria, algo inquieta.

—¿Solo eso? —preguntó él con la sonrisa bailándose en aquella boca tentadora.

Ella decidió mantener el atajo fácil. Pretender que no recordaba nada.

—Nada más... —suspiró. Al reparar en el modo en que Matt la observaba, sintió que estaba siendo totalmente injusta. Cambio su tono, a uno más suave antes de agregar—: Gracias por cuidar de mí anoche, no tenías que hacerlo... Lo que dejaste en la mesita de noche me ayudó mucho. Hará efecto poco a poco.

Él asintió con una sonrisa.

—De nada.

—Lo que no te agradezco es que me hubieras quitado el vestido.

—Eso lo hiciste tú solida —repuso Matt, riéndose.

Ella se sonrojó. ¿Sería posible que no se hubiera acordado de una noche de sexo con Matthew? Le sonaba imposible para ser sincera, porque cada ocasión que había pasado en sus brazos resultó memorable.

—Esto... ¿Tú y yo...? —se señaló a sí misma, y luego a él—. Es decir... ¿Nosotros, anoche...?

—Tengo que terminar este informe —repuso volviendo la atención a la pantalla. Que fingiera no recordar que le había confesado que lo amaba, sí le escocía, así que en compensación iba a dejarla con la duda sobre ellos.

Victoria lo miró con fastidio y fue a darse su tan merecida ducha. Su cuota de idioteces estaba completa. Cada vez que bebía de más cometía una tontería. Primero, su virginidad. Ahora, decirle al hombre que la deseaba, pero no la amaba, que bebía los vientos por él. Para más inri, sus dos “momentos célebres”, habían sido impulsados por las emociones que Matthew Talley causaba en ella. «Lindo panorama», pensó con sarcasmo, antes de abrir el grifo del agua.

Cuarenta minutos más tarde, Victoria podía decir que se sentía persona. Con el jean azul, la blusa amarilla y las deportivas a tono con la blusa estaba más que cómoda. «Al menos, Chloe, tiene sentido de los colores.»

—¿Quieres comer algo? —dijo Matt en el umbral de la puerta de la habitación, sorprendiéndola—. Puedo preparar un plato sencillo.

—Creo que ya he causado suficiente incomodidad aquí. Me gustaría llamar un taxi...

Matthew avanzó un poco más, y ella evitó retroceder. No tenía sentido hacerlo porque tenía dos opciones: arrimarse a la pared o a la estantería de libros de colección. Prefería quedarse en zona neutral.

—Han pasado tres semanas en las que has estado evitándome. Creo que es momento de hablar. Bien sea que continúes o no dolida y enfadada conmigo.

Victoria soltó un suspiro.

—Ha sido una noche bastante... inusual. De verdad, Matthew, no tenemos nada de qué hablar. Tú has dejado claro que no confías en mí, y no puedes ser sincero, porque ante todo para ti está tu éxito profesional. —Él fue a interrumpir, pero Victoria negó, pidiéndole que la dejara proseguir—. Y lo entiendo, de verdad. ¿Sabes? Creí

que podía manejarlo...

—¿De qué hablas? —preguntó

—Si no puedes tener expectativas, ni yo, es absurdo, porque no conozco otra manera de relacionarme y fue un error creer que podía hacerlo... Mi culpa —suspiró—. En todo caso, no hay nada que deba hablar contigo. Tú tienes una relación laboral con mi padre, y una amistad de años, no quiero dañarla más, por favor... —pidió, mirando el brillo decidido en los ojos verdes—, déjalo estar.

Matt acortó la distancia entre ambos. Ver en sus ojos esa resignada frialdad no le sentó nada bien. Entendía ahora el motivo. Creía que no era correspondida. Le puso la mano en la mejilla y le sonrió. Ella frunció el ceño.

—¿Quieres dejar de lado nuestra relación?

—No tenemos...

—Amantes, novios, esposos, amigos, cualquiera de esos títulos implican una relación. Así que llámalo por su nombre. Relación.

Ella colocó sus manos sobre las de Matt que ahora sostenían sus mejillas, y se las apartó con suavidad. Se había portado como un idiota al acusarla y desconfiar de ella, pero luego tenía esos malditos y adorables gestos de cuidarla y envolverla con la profunda cadencia de su voz. ¿Cómo podía ella ser implacable o continuar resentida?

—Déjalo estar. Tú no quieres comprometerte con nadie. Y yo necesito encontrar el modo de volver al ruedo profesional dentro de un par de semanas. Por ahora me estoy tomando un descanso, y créeme, no quiero complicarme la existencia. Fue maravilloso lo que hemos vivido, pero prefiero...

—¿Cómo puedes saber lo que quiero y lo que no quiero si no hemos tenido esta conversación anteriormente? —interrumpió mirándola, furioso.

—La tuvimos. Acordamos sin expectativas.

El telefonillo del penthouse de Matthew empezó a sonar.

—Victoria, las cosas han cambiado. Nuestro vínculo va más allá de las

sábanas...

—Claro, el terreno profesional —completó.

—Victoria...

—Ve a ver quién es, yo ya tengo que irme. De pronto y podemos hablar mañana —dijo sin tener verdadera intención de ello, intentando zafarse de Matt. Lo cierto era que pensaba tomar un avión e irse a Santa Bárbara al día siguiente. Claudia, una de sus amigas de la universidad, siempre solía invitarla, pero como generalmente estaba ocupada en algo y se veía obligada a declinar la invitación. Pues bien, ahora estaba de vacaciones, así que podría irse una semana fuera de San Francisco.

—¿Sabes que no voy a dejarte escapar sin aclarar esto, verdad? —preguntó como si le hubiese leído el pensamiento.

El telefonillo volvió a sonar.

—¿Puedes contestar de una buena vez? —Odiaba sentirse acorralada.

Él le hizo una seña que aguardara. Fue a atender. El portero le anunció que Roger estaba esperándolo. «Maldita la hora en que no se me ocurrió cancelar la sesión de remo de este domingo.»

Para cuando terminó de hablar, encontró a Victoria en la sala, con la bolsa al hombro y el cabello recogido en una coleta.

—Es mi amigo, Roger —le anunció—, viene para salir juntos a remar. Luego tengo una invitación de su esposa para cenar. Te invitaría, pero estoy seguro que dirás que no, ¿o me equivoco? —Ella negó—. Bien. Voy a pretender que estás cansada y no que eres cobarde. —Victoria lo miró con fastidio—. Si mañana no me abres la puerta de tu casa, cuando salga de la oficina y vaya a buscarte, créeme que encontraré el modo de verte. Y si pretendes ponerlo difícil intentando que Chloe me dé excusas, entonces puede que tus vecinos tengan que llamar a la policía.

—¿Me estás amenazando?

—Totalmente —dijo conteniendo las ganas de tumbarla en el sofá para devorarla a besos, y decirle que la amaba, asegurándose de que esta vez lo escuchara,

pero Roger ya estaba subiendo en el elevador. No quería apurarse con algo tan importante. Si ella no se hubiese quedado dormida anoche...

Victoria se encogió de hombros.

—A veces puedes ser bastante cavernícola.

Matthew acortó lo que quedaba de distancia, tan cerca estaba que ella percibió no solo el aroma varonil, sino también la fuerza contenida en un hombre capaz de enloquecerla.

—Mañana hablaremos —dijo entre dientes. No pudo resistirse a tomarla de la cintura y apretarla contra él. Ella siseó—. Hay algo importante que no escuchaste anoche, porque te quedaste dormida. Te lo diría ahora, porque me muero por hacerlo, al igual que tengo ganas de quitarte esa expresión resentida del rostro a punta de besos hasta arrancarte gemidos de deseo, pero para este tema en especial, no me gustan las prisas ni las interrupciones.

Ella tembló imperceptiblemente ante la idea de que Matthew la tocara. Era débil, sí. Se moría de ganas por besarlo y sentir cómo recorría su cuerpo, cada recodo, con sus manos hábiles, su boca tentadora, hasta penetrar en su parte más íntima, para hacerla explotar de placer.

—Pues dímelo ahora —exigió tratando de mostrarse indiferente, mientras los dedos de Matt le quemaban la espalda baja. Se vio obligada a sostenerse de los hombros masculinos.

La sonrisa ladina de Matthew le aceleró la respiración.

—Dijiste que mañana, pues te tomo la palabra. Será mañana.

—Sabes que soy curiosa, así que dejarme con la intriga es un truco sucio.

Él le hizo un guiño con el ojo. Se inclinó y le mordió el lóbulo de la oreja. Luego su mano libre se colocó justo debajo del pecho derecho de Victoria, y ejerció una ligera presión. Tentándola, pero sin hacer nada en realidad.

—Se llama estrategia, cariño —susurró, antes de subir la mano para llenársela con el generoso seno, mientras su boca devoraba la de ella. Con un gemido,

sintiéndose irremediabilmente embrujada por él, lo aceptó. Ambos se perdieron en un beso apasionado. Las manos de Matt le acariciaron los pechos, le pellizaron los pezones erectos, y bajaron por su cintura, le cubrieron las nalgas, mientras la apegaba más a él, para que fuera consciente de su erección. Ella mordió su boca, mitad castigo, mitad placer. Se tocaban por todas partes como si el tiempo se fuera a acabar de un momento a otro.

Y eso fue precisamente lo que ocurrió cuando el timbre de la puerta principal sonó de forma insistente, interrumpiéndolos. Se miraron, jadeantes, excitados y con las manos donde los habían pillado. Los dedos de Matt en el botón del jean de Victoria, y las manos de ella, en el trasero de Matt. Él sonrió, complacido.

—Supongo que nuestros cuerpos saben conversar de un modo estupendo —dijo Matthew, complacido al verla sonrojada.

Victoria, sintiéndose enfadada consigo misma, se arregló la coleta de mala gana. Sentía el centro de su cuerpo cálido y húmedo, latiendo a la espera de un alivio que no iba a llegar. Los pechos le pesaban y los pezones pujaban contra la tela de la seda del sujetador, como si estuvieran rogándole a Matthew que los consintiera y los liberara del confinamiento; como si quisieran su boca para calmarlos. La piel le ardía. Suponía que él era perfectamente consciente del efecto que le causaba. Solo bastaba que la tocara para que cualquier decisión firme de dejarlo y olvidarse de él, se esfumara.

—Pues nuestros cuerpos deben separarse ahora mismo —replicó—. Ha sido un error de juicio hacer esto.

—¿Tuyo o mío? Porque aquí en este departamento —se señaló el evidente bulto que pujaba contra la bragueta del pantalón— no estamos de acuerdo en que tocarte sea un error.

—Idiota —dijo encaminándose hacia la puerta.

Él la tomó de la muñeca y la giró.

—El mismo efecto que causo en ti, causas tú en mí —confesó mirándola—. No

tienes porqué sentirte vulnerable —dijo con suavidad.

—¿Quién te ha dicho que es así? —La mirada de Matthew le dijo que la conocía, y no solo en el sentido bíblico de la palabra—. Que tengamos una conexión física no significa que...—Él enarcó una ceja, esperando a que continuara; si acaso se atrevía a hablar de amor—. No significa que nos dejemos llevar cuando sabemos que no tiene caso continuar —dijo tratando de mostrarse ajena, cuando la piel de la muñeca parecía quemarle por el toque de los dedos masculinos.

—Aunque quisiera hacerte el amor ahora mismo, Roger está detrás de esa puerta. —Y como si lo hubiesen invocado, el timbre volvió a sonar—. No pienses en huir de mí.

Cansada de ese tira y afloja, ella asintió. Matt achicó los ojos y al notar en esta ocasión la sinceridad en la mirada de Victoria, le soltó la mano.

Victoria sabía que podía pasarse el resto del año dándole evasivas, pero Matthew era un hombre persuasivo y recursivo. No iba a librarse de él, hasta que le diera la oportunidad de escucharlo. No tenía salida. A menos, claro, que al día siguiente se fuera a Santa Bárbara, sin decírselo a nadie. Estaba aplazando lo inevitable. Tenía ganas de continuar cabreada y resentida. Su lado dramático agradecería jugar al tira y afloja indefinidamente, pero su corazón sufriría ante la zozobra. No quería más de eso.

—No soy cobarde. Solo que no le veo sentido a... No importa. Puesto que he accedido a hablar contigo, entonces, haz tu parte y llama a un taxi.

—Mañana —insistió Matt, antes de abrir la puerta y dejar pasar a Roger. —Hicieron las presentaciones rápidamente, y mientras Matt llamaba al taxi, Roger se dedicó a contarle brevemente a Tori sobre el tiempo que llevaba practicando remo, y le enseñó fotografías de sus hijos. Cuando Matthew estaba presto a regresar a la sala, Roger le dijo a Victoria que le daba gusto saber que estaba saliendo con su amigo y que conocía que ella había sido siempre un interés romántico que Matt no se había atrevido a explorar. Cuando Victoria fue a preguntarle al respecto, Matthew se acercó y le dijo que la acompañaría hasta el elevador.

Roger dejó escapar un silbido de apreciación masculina, cuando su amigo regresó con el rostro impregnado de frustración.

—¡Uau! Así que esa es la famosa Victoria Anne Marsden —dijo, cuando ambos estuvieron dentro—. No es que no apruebe que hayas decidido retomar tu vida sentimental, de hecho, si quieres saber mi opinión...

—Cállate —repuso el publicista de mal humor—. Si no hubieras interrumpido...

—¡Uy! Creo que será una larga jornada de remo —dijo Roger con una sonrisa, cuando Matt le digirió una mirada de advertencia—. La próxima vez llámame a cancelar si estás en medio de algo. ¿No debe ser tan difícil, verdad? A menos que tu cerebro se haya eclipsado por una mujer tan guapa que...

—Deja de parlotear idioteces. Vámonos.

Efectivamente, Matt se desquitó con el ejercicio, y dado que Roger no era partidario de dejar pasar un desafío abierto de resistencia física se involucró en el ejercicio al ciento por cien. No remaron una hora como estilaban, sino cuatro.

Terminaron molidos.

Cuando llegó la hora de la cena, mucho más relajado, Matthew se disculpó con Roger, quien restó importancia al tema. Él odiaba comportarse como un idiota, así que a modo de resarcimiento llevó postres para los niños de los Murdock y un delicioso licor para compartir con los adultos durante la comida.

Victoria llegó a casa y lo primero que hizo fue marcar el número de su mejor amiga. Chloe dijo que estaría de regreso a las nueve de la noche y que esperaba que ella y Matt hubiesen arreglado las cosas. También se disculpó por haber tomado una decisión sin su consentimiento, pero Victoria le dijo que no pasaba nada.

La verdad era que Matthew se había portado maravilloso. La cuidó, le aguantó su pataleta de borracha con falta de experiencia, y soportó su mal humor de la

mañana. Lo amaba demasiado como para no darse cuenta de que era una gran ofrenda de paz y una clara intención de demostrarle que realmente era importante para él tener una conversación con ella. Tampoco quería ser esclava de su orgullo. Así que tendría que dejar pasar la idea de ir a Santa Bárbara.

Fue hasta su habitación. Cerró las cortinas para que la luz del día no se filtrara. Encendió el acondicionador de aire y se metió bajo las sábanas. Estaba presta a cerrar los ojos, cuando su móvil empezó a vibrar. En medio del silencio, el aparatito generaba un molesto sonido contra la madera de su mesa de noche.

De mala gana, contestó.

—Diga.

—¿Señorita Marsden? —preguntó una voz desconocida.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Mi nombre es Felicia Wintley, enfermera del hospital donde se encuentra internado el señor Devon Joseph Patroll.

Victoria tragó en seco. Se sentó.

—¿Pasó... pasó algo? ¿Devon está...? —preguntó con ansiedad.

—Tranquilícese, por favor, señorita. Son buenas noticias. —Victoria se llevó la mano al corazón—. El señor Patroll despertó del coma hace un par de horas. Está en observación. Las primeras palabras que salieron de su boca fue su nombre. Y dado que usted estaba en el listado de familiares a contactar, la he llamado.

El mundo de Victoria dio un giro de trescientos sesenta grados.

—Ahora mismo salgo hacia el hospital, gracias por avisarme —replicó en un estado de aturdimiento absoluto. Salió de entre las sábanas, se cambió de ropa y corrió escaleras abajo para tomar las llaves de su automóvil. Estaba tan nerviosa que las manos le temblaban. Se lo pensó mejor, y prefirió, por seguridad, llamar a un taxi.

CAPÍTULO 17

La presencia de Julianne en el hospital solo conseguía que toda la culpa sobre el accidente, y de la cual a Victoria le había costado mucho deshacerse, volviera de súbito. Los padres de Devon estaban viajando desde Kansas, en donde tenían unos amigos a los que solían frecuentar por negocios.

—Así que finalmente te has decidido dar una vuelta por aquí —le dijo Jules cuando se encontraron en el pasillo. Su tono ácido dejaba claro que no le gustaba la presencia de Victoria—. Me dijeron las enfermeras que los últimos dos meses apenas te has paseado por estos pasillos. Seguro que ya encontraste quién te caliente la cama, ¿eh?

Victoria, con todas las emociones chocándose en su interior, sacó prudencia de donde no quedaba, para mirarla. Estaba en un hospital y tenía que contenerse. «Paciencia, paciencia.»

—Hola, Jules —saludó con una forzada amabilidad, llamándola por el apelativo por el que solían conocerla—. Dentro de quince minutos me dejarán pasar a verlo. —Prefirió no responder a la provocación.

La mirada altiva de la hermana de Devon no dio tregua.

—¿Acaso esperas que mi hermano retome las cosas contigo luego de que recupere sus sentidos al cien por ciento y recuerde que por causa de una pataleta tuya ha estado casi un año en estado comatoso?

—No entiendo tu animadversión hacia mí. Solíamos llevarnos bien... —Le hubiera gustado recalcarle que a pesar de que intentó ser su amiga, ella la rechazó porque odiaba compartir la atención de su hermano. Julianne era demasiado mimada. Algunas peleas con Devon, antes de ser novios y durante su noviazgo, fueron causadas porque este justificaba las exigencias absurdas que le hacía su hermana para quedarse

en la empresa de sus padres más tiempo del que podía, además, cuando Julianne cometía algún error, Devon se apresuraba a defenderla por más culpable que fuese su gemela. La mayor pelea fue cuando Victoria se esmeró un año en organizarle a Devon una fiesta sorpresa por su cumpleaños, y Julianne lo llamó a su hermano expresamente para decirle que le parecía injusto que a ella la excluyeran de festejarla también en la sorpresa, arruinándole así a Victoria todo el trabajo que le tomó coordinar en secreto la fiesta de Devon. Jules había sido una bruja, sin embargo, su gemelo la defendió. Esa fue una de las peleas más fuertes entre Victoria y Devon; se resintió con él dos largas semanas.

—¡Hasta que se te ocurrió enamorarte de mi hermano!

—¿Acaso eso es un crimen? Me parece muy desubicada tu postura.

—Tú siempre has sido impulsiva, dejando a tu alrededor un pequeño caos, eres una devora hombres...

Eso le quitó a Victoria toda la intención de ser condescendiente.

—Si te estás refiriendo al estúpido francés que decías que estaba enamorado de ti y tú de él, déjame quitarte la venda de los ojos, Julianne —dijo con voz muy seria—, Avenel estaba casado. Era quince años mayor a ti y solo quería llevarte a la cama.

La mirada furiosa de la rubia se enardeció.

—¿Entonces preferiste sacrificarte en mi lugar y disfrutar de él?

Victoria apretó la mandíbula.

—Nunca me acosté con él. Nunca tuve un romance con él —la apuntó con el dedo índice enfatizando sus palabras—, lo que viste en esa fiesta de cumpleaños de Trisha fue a Avenel intentando manosearme. Le di su merecido, pero supongo que esa parte te la perdiste. ¿No se lo preguntaste a Devon, acaso?

Julianne soltó una carcajada.

—Por supuesto, y fue tiempo perdido. Devon siempre te ha defendido y nunca hablaría mal de ti. Ha estado ciego toda su vida en lo que a ti respecta.

Victoria soltó el aire.

—Me parece infantil que luego de tres años continúes guardándome resentimiento por algo que jamás sucedió. Era solo un hombre que estaba de paso.

—¡No ha sido solo por Avenel! Cada hombre que me gustaba, a pesar de que tú estabas con mi hermano, siempre babeaban por ti.

—¿En serio, Julianne? Madura un poco. No estoy para aguantar tus pataletas. Si tu autoestima es lo suficientemente baja para creer que no mereces la atención de un hombre, porque siempre se van a fijar en otras y no en ti, entonces deberías buscar ayuda. Estoy cansada de recibir tus dardos envenenados y fingir que todo está bien en consideración a tu hermano. Si crees que eres fea. Bien. Eres fea. Pero si algún día te decides a mirarte en el espejo y a dejar de sentir lástima por ti, entonces, ese día, quizá, puedas ver el error que cometes conmigo y con cada chica que crees que es un impedimento para que otros se fijen en ti. ¿Cuántas amigas has alejado de tu lado por creer que te van a arrebatarse a un novio o un posible ligue, o acaso el afecto de tu hermano o tus padres? Piénsalo. —Sorprendentemente Julianne se quedó muda. Era cierto que cuando Victoria estaba visitando la casa de Devon y estaban varios amigos, estos le solían prestar atención, pero no había coqueteos de su parte o insinuaciones porque todos sabían que tarde o temprano Devon y Tori acabarían juntos. Lamentablemente, los padres de Devon habían mimado demasiado a Julianne, convirtiéndola en una arpía necesitada de atención. Cuando Victoria empezó a salir con Devon en plan romántico, Jules dejó de ser el centro de atención de su adorado hermano, y cuando se veían en familia, las indirectas y frases incómodas no dejaban de hacer presencia. Victoria le tenía aprecio, pero estaba cansada de tolerar sus celos sin razón—. Estoy al tope con tus recriminaciones cada dos por tres, y no las merezco. Ya tengo suficiente con lo que lidiar.

—¿Señorita Marsden? —interrumpió una voz a sus espaldas.

Las dos jóvenes se callaron para encontrarse con una enfermera muy alta y rubia de aproximadamente sesenta años.

—Soy yo —replicó Victoria.

La mujer sonrió.

—Mi nombre es Felicia Wintley, la llamé hace un rato.

—Oh, claro. ¿Cómo está Devon?

Julianne puso los ojos en blanco.

—Ha empezado a responder muy bien. —La enfermera miró a Jules—: ¿Le gustaría pasar ahora o prefiere hacerlo cuando lleguen sus padres tal como me comunicó hace un rato?

—Prefiero esperar a mis padres, gracias.

Victoria sintió un gran alivio de librarse de Julianne. Ya había dicho lo que llevaba guardándose demasiado tiempo. Si le parecía bien, genial, sino, pues mal para Jules.

Sintiendo un vacío en el estómago y el pulso a mil, siguió a la enfermera por el pasillo. Hacía varias semanas que no visitaba el hospital. La enfermera le empezó a comentar que los pacientes que despertaban del coma solían tardar un tiempo en recuperarse, y cuando había traumatismo craneoencefálico, como el caso de Devon, a veces la recuperación no solía ser completa. Le aseguró que Devon estaba bajo supervisión y lo estaría varios días más hasta saber el nivel del daño causado por el accidente.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Victoria colocó su mano sobre el hombro de Felicia.

—¿Puede darme un segundo antes de abrir la puerta?

—Claro —dijo al verla nerviosa, y fingió hacer un par de anotaciones en su libreta médica.

Victoria tomó varias respiraciones. Sentía que una vez que entrara a la habitación, su vida iba a cambiar completamente. Dar ese paso implicaba una renuncia. Olvidar a Matthew. La sola idea de no volver a tocarlo, a besarlo, a retarse mutuamente y disfrutar de su compañía, la hacía arrepentirse de no haber aclarado las cosas con él esa mañana. Le habría dicho cuánto lo amaba, sobria y con sus cinco

sentidos, a pesar de saberse no correspondida. Su amor por él no contemplaba el paso de los años, y estaba convencida de que no podría amar a otro. Hubiera querido arriesgarse, por Matt. Y si la hubiese rechazado de nuevo, en esta ocasión no habría huido; al contrario, habría insistido hasta convencerlo de que estar juntos era lo mejor. Al final, aunque la mentira de Matt le había dolido mucho, era consciente de que la palabra de ese hombre era intachable; mantener el secreto sobre su contratación fue un compromiso con su padre y Matt jamás delataría a un amigo que le había hecho una confidencia. Eso decía mucho de la lealtad de la que era capaz. Después de todo, primero le hizo la promesa a su padre; mucho antes de que supiera cuán importante era para ella ganarse un espacio por sí misma. Ahora tenía el corazón dividido y era doloroso.

—Entiendo que sea difícil para usted luego de tanto tiempo. Me gustaría quedarme un poco más, pero tengo rondas que hacer, señorita Marsden —dijo la enfermera en tono de disculpa, sacándola de su triste reflexión.

—Sí..., sí. Lo lamento.

—Procure no tardar más de diez minutos, por favor. —La enfermera comprobó los signos vitales y luego salió sigilosamente.

Victoria se quedó, silenciosa, cerca de la puerta. Devon tenía los ojos cerrados. No era justo que le mostrara la tormenta que se desarrollaba en su interior, así que decidió continuar y mostrar su mejor actitud. Él la merecía. Ambos la merecían.

Caminó, sigilosa, hasta quedar cerca de la cama.

—Hola... —dijo con suavidad, expectante.

Poco a poco, los ojos de Devon se abrieron. Victoria no pudo evitar reírse de alegría, y las lágrimas también se unieron. Le tomó la mano entre las suyas. Aquellos ojos tan familiares la miraron. Ahí estaba la persona que jamás la había abandonado cuando más lo necesitaba. El amante considerado y el cómplice de sus locuras juveniles. Su mejor amigo.

El aspecto de Devon continuaba siendo frágil, pero Dios, estaba despierto.

¡Despierto!

—Tori... —replicó con vos rasposa—. Hola, preciosa...

—Devon —sonrió.

—Supongo que me he perdido el Super Bowl de este año —bromeó. Vaya, qué bien se sentía ver una cara conocida. La enfermera le había dicho que sus padres estaban en camino, y su gemela esperaba afuera. Pero él, a la única persona que quería ver era a Victoria.

—Supones bien —replicó—. Me has hecho mucha falta —dijo. Era sincera. Quizá no como pareja, pero había echado mucho de menos su consejo, su compañía. Estiró la mano y le acarició la mejilla.

—¿Me puedes contar los detalles del accidente? La enfermera dijo que no me apresurara y que las respuestas irían llegando con el tiempo. —Ella le dirigió una mirada triste—. Por favor... Siento la necesidad de saber los detalles que se me escapan. He estado tratando de recordar muchas cosas, pero en algunas partes tengo vacíos.

—Ay, Devon, ¿podemos dejarlo para después? —pidió con dulzura—. Poco a poco.

—Tori...

Ella suspiró, acercó una silla y se inclinó hacia él. Le tomó la mano izquierda entre las suyas. Apoyó los codos sobre el colchón y besó los nudillos de Devon. Sonrió. Le hizo un resumen brevísimo, evitando hacerlo sentir mal o culpable por el asunto del cliente. Fue lo más sincera posible, pero no entró en detalles que consideró innecesarios.

—Vaya. Si hubiera sido más responsable organizándome con el tiempo no habríamos peleado y...

—Fue culpa mía —interrumpió. Lo miró a los ojos—. Lo lamento tanto.

—Por supuesto que no fue tu culpa, tesoro —replicó—. Fue una estupidez fanfarronear con irme en coche a Los Ángeles. Son más de quinientos kilómetros

desde San Francisco. Estoy seguro de que habría regresado, sin importar las horas en la autopista, para disculparme contigo e intentar de algún modo recuperar a ese cliente... Fue un impulso muy estúpido el que tuve haberme ido así...

—Estás despierto y es lo que importa ahora —dijo—. ¿Sabes? —sonrió— vine cada día a verte. Te hablaba, porque creía en eso que las personas en coma a veces pueden responder a los estímulos de sus familiares o seres queridos... Supongo que todos los casos son distintos.

—Me hubiera gustado escucharte para despertar más rápido. Entonces, ¿ayer también viniste a visitarme? ¿Encontraste algún indicio de que fuera a despertar, o algo distinto de las veces anteriores que estuviste aquí?

Ella se sintió tan mal. Había decidido avanzar sin él. Y él la miraba con tanta dulzura y anhelo que le partía el corazón, al tiempo que acrecentaba su sentimiento de culpa. ¿Por qué no había esperado un poco más...? Quizá de ese modo no tuviera el corazón roto, ni las emociones divididas entre dos hombres. «Porque necesitabas volver a *vivir*».

—No, Devon... Yo...

Él pareció comprender, pero a su modo.

—Un año en coma, tú trabajando... No hace falta que lo expliques. Hay que trabajar para conservar la agencia. Venir tan frecuentemente como lo hacías en un principio hubiera descuidado el trabajo. Está bien si dejaste de venir todos los días. Imagina esa zozobra sin saber si algún día despertaría o no...

«¿Por qué tienes que ser tan comprensivo? Dejé de venir porque amo a otro.»

—Devon... la agencia... —suspiró— tuve que cerrarla. Lo siento.

—¿Por qué?

Ella se lo explicó. La falta de liquidez. Los gastos, el personal, la falta de clientes y su desatención por estar pendiente de él, aunque lo dijo de un modo suave para que Devon no sintiera como si ella estuviese culpándolo o acusándolo, porque no era así.

—Oh...

—Julianne está fuera.

Devon sonrió.

—¿Sigues dándote la lata? —preguntó sin dejar su tono jocosos.

Para Victoria era tan agradable escucharlo de nuevo y sentir cómo su voz le infundía calidez. Pero tan solo reconocer que en realidad no había amado a Devon, y que no podría amarlo como él merecía, le partía el alma. Él había sido un amor cauto, calmo y afectuoso. No tenía nada que ver con el huracán de emociones, la pasión desenfrenada y el latir loco de su corazón cuando estaba con Matthew. ¿Cómo iba a decírselo a Devon? ¿Debería confesarle lo que había ocurrido con Matt esos meses, una vez que estuviese recuperado del todo?

—Creo que antes de entrar a verte he dejado mi postura clara con Jules. Ya había tardado en hacerlo, así que me despaché a gusto. Demasiado había tardado.

Devon esbozó media sonrisa.

—¿También le aclaraste lo de Avenel?

Victoria abrió y cerró la boca. Que ella supiera nunca habían tratado ese tema. Y conociendo lo víbora que solía ser Jules, habría sido un golpe para su orgullo confesarle a su hermano que un chico no se sentía atraído por ella.

—¿Sabías...?

—Es mi hermana gemela. Solemos tener cierta conexión —rio. Intentó moverse e hizo una mueca—. Me siento algo mareado... pero verte... me anima.

Ella sonrió.

—La enfermera me dijo que tomará un tiempo tratar de que todo se encauce. Pueden ser seis meses o más... o menos. Por ahora necesitan tenerte unos días en observación, y luego será asunto de determinar los cuidados de acuerdo a cómo vas evolucionando.

Devon asintió ligeramente.

—Lo haremos juntos —dijo con su voz cargada de esperanza y dulzura. Frunció el ceño cuando acarició la mano de Victoria, fijándose en sus dedos delicados—. Siempre he pensado que somos la pareja perfecta... —murmuró—, ¿fui muy estúpido como para olvidar pedirte que te casaras conmigo antes del accidente?

—Imagino que terapia del lenguaje no vas a necesitar —replicó con un nudo en la garganta. Devon rio, pero mantuvo la mirada expectante. Para Victoria, tratar aquel tema, en ese preciso momento, era difícil. Aunque al final, ¿qué otra cosa hubiera esperado? Era evidente que ese asunto del matrimonio, tarde o temprano, saldría a colación—. El anillo está guardado en una caja fuerte. A buen recaudo.

—¿Tenemos fecha?

—No, no... Ese día que te accidentaste se suponía que íbamos a hablar de los detalles. Pero ahora no es momento de ponernos en eso, me gustaría que primero te recuperaras del todo y...

—Quiero estar contigo —dijo con firmeza, interrumpiéndola—. A menos que creas que seré una carga para ti. Estoy seguro que necesitaré rehabilitar mis piernas... un año sin moverme... mis brazos... Lo entenderé. Has sido más que maravillosa al estar pendiente de mí todo este tiempo.

Ella le apretó la mano. «Si tú supieras...»

—Estaré a tu lado —aseveró. Se lo debía. Aunque le dijera que el accidente no había sido su culpa, lo cierto era que continuaba sintiéndose responsable.

—Bien... —sonrió—. Eso me hace feliz... Tú siempre me has hecho feliz —suspiró—. Quisiera dormir un poco ahora. Y déjame ver ese anillo en tu dedo la próxima vez que vengas. Así cuando pase algún médico y venga a revisarme, si se encuentra contigo sabrá que eres una preciosura, pero que tienes dueño —le hizo un guiño.

«Ay, Dios, pero si el verdadero dueño de mi corazón jamás estará conmigo. Ya no.»

—Por supuesto —dijo devolviéndole la sonrisa. No tenía idea de dónde le salía

la voz firme y optimista. Tenía unas ganas locas de salir y correr lejos. De escapar. La opresión en el pecho era como una boa constrictora—. Llamaré a la enfermera.

—No hace falta. Ya vendrá —la miró con ternura—. ¿Volverás pronto?

Ella asintió. Le soltó las manos y se incorporó.

—Mañana.

—Victoria —llamó.

—¿Sí?

—¿Sigues viviendo en la casa que compartíamos?

—No... Me mudé con Chloe Reynolds.

—¡Chloe! La pintora —sonrió—. Dile que se pase por aquí en algún momento.

—Lo haré. Esa historia de mi mudanza te la contaré en otra visita. —Miró el reloj. La enfermera le había dicho que no más de diez minutos. Llevaban hablando cerca de quince minutos—. Ya nos pondremos al día, poco a poco. ¿Te parece?

Él asintió.

—Te amo, Tori.

«Madre mía.»

Ella le sonrió. Siempre que pudiese evitaría responder esa declaración, porque era la única frase que no estaba dispuesta a confesar a otro hombre que no fuera el que verdaderamente causaba esos sentimientos tan fuertes y arraigados en su alma. Y no porque no quisiera a Devon. De hecho, lo adoraba. Pero el sentimiento de amor era diferente. Lo que sentía por Devon era sincero, pero tan solo como un gran amigo del alma; no había más... y nunca lo hubo en realidad. Un año atrás pensó que ese cariño sería suficiente, pero luego de Matt...

—Descansa —alcanzó a murmurar antes de abandonar la habitación.

Cuando Victoria salió, Devon abrió los ojos. Suspiró mirando el techo de la habitación. Se sentía como un *alien* dentro de su propio cuerpo y moría por despertarse del todo físicamente. Había un factor importante que se le escapaba sobre

esa pelea con Victoria. No podía recordarlo. Algo dentro suyo le decía que el único culpable del accidente era él, y no tenía nada que ver con la imprudencia de haber salido disparado y manejando como un bólido. Si tan solo pudiera acordarse...

—¿Está bien, señor? —preguntó la enfermera.

—Sí... sí. ¿Las lagunas en mi memoria son irreversibles?

—No puedo decírselo con certeza. Muchos pacientes recuperan los recuerdos poco a poco. A veces simplemente esos eventos que se olvidaron... pues quedan para siempre en el limbo. Otras ocasiones, hay circunstancias o personas que pueden desencadenar los recuerdos faltantes. Su amnesia no es total, lo cual es muy positivo. Necesita hablar más tarde con el doctor y consultarle sus dudas, pero de mi experiencia de casi treinta y cinco años, es lo que puedo decirle. —Le tomó la presión—. La jovencita que salió estaba muy preocupada por usted. Yo soy nueva en esta planta, pero mis compañeras me dicen que siempre venía a visitarlo.

—Es mi prometida —dijo sonriente.

—Enhorabuena, joven. Por cierto, su hermana quiere pasar...

—¿Mis padres?

—No han llegado aún.

—Entonces, esperaré a que estén todos juntos. Mi hermana a veces es algo intensa.

La enfermera sonrió.

—Comprendo. Ahora, intente dormir. Ya se ha agitado bastante.

El lunes en la mañana, Matthew se volcó a trabajar en la oficina. Sostuvo una reunión con John y Andrew, explicándoles sobre el despido de Claire. Ambos socios se mostraron un poco sorprendidos, no porque Claire fuera una persona inolvidable, sino porque profesionalmente era muy competente. Andrew le dijo que era preciso

contratar de inmediato un reemplazo. Así que ahí estaba Matt, entrevistando candidatos. Uno peor que otro. ¿Dónde estaban los buenos profesionales?, se preguntó casi al final de la tarde.

—Marla —dijo por el interfono a su asistente—, llama a recursos humanos. Lanus Higgins es el profesional que necesito para que cubra la plaza de Claire. Ocúpate de todo, por favor.

—Oh, aguarda, Matt. Estabas ocupado cuando te llamó un señor... —leyó el papelito donde tenía anotado el nombre—, Tanaka Shudan. Me ha dicho textualmente que cree necesario que vayas a hablar con él esta misma tarde.

—Bien. Gracias. Hoy me retiro temprano. Vete a casa, Marla —replicó cerrando la comunicación.

Qué curioso. El maestro jamás lo llamaba a su oficina. ¿Le habría pasado algo? Miró el reloj en su ordenador. Seis de la tarde. Cerró la sesión en su MAC. Agarró la chaqueta y salió de la oficina rumbo a Temple Ki.

Abrió la puerta principal con apuro, y se dirigió con paso ágil al interior de la academia. El maestro se encontraba en el jardín trasero. Estaba sentado en posición de flor de loto en una piedra muy grande sobre la que solía meditar. Para llegar al jardín, primero había que cruzar un corredor de paredes de cristal, a través de las cuales se podían observar a algunos chicos practicando en las colchonetas; la mayoría del grupo que estaba trabajando en ese momento era cinturón amarillo.

Matthew abrió la verja y salió al jardín zen. El cambio de energía fue inmediato. Como un golpe brutal a su agitada mente. Solo ver a su maestro meditando lo sosegaba. No necesitaba hablar, él sabía que Tanaka había reparado en su presencia.

—Nunca te llamo, a menos que sea importante —dijo Tanaka, como si hubiera conocido la interrogante de Matt.

—Buenas tardes, maestro. Sí, lo sé —respondió descalzándose para caminar. Se quedó sentado a un metro de distancia de donde estaba el maestro. A su lado derecho, una pequeña fuente creaba sonido con el golpear del agua contra las pequeñas rocas

de alrededor. El resto era silencio. Como si el ruido de San Francisco no existiera en ese lugar. Era su sitio favorito cuando terminaba de entrenar y quería meditar. El modo en que había sido construido era extraordinario. Un oasis en medio de la locura de una ciudad agitada y con ruido por doquier—. Me preocupé.

—Ah, uno de los errores de la juventud y del mundo. Inquietarse por cosas o situaciones que no pueden cambiar, y creen que preocupándose aportan en algo. Craso error —replicó con su voz serena y sin mirar a Matt.

—Supongo..., sí. ¿Por qué quería verme?

—Has venido estas últimas tres semanas más veces de lo habitual. Tal como te ocurría cuando empezamos a trabajar juntos, muchacho.

Matthew respiró profundamente. No iba a preguntarle cómo sabía que había practicado como loco cada noche desde que Victoria no quería saber de él. Tanaka le respondería con una enigmática sonrisa y luego cambiaría de tema.

—Han sido días complicados.

—Supongo que tienen que ver con aquella “persona” con la que estabas saliendo y que no era “nada”.

—Sí. Mucho.

—¿Ahora sí me vas a dar la razón?

—Suelo dársela siempre... —repuso encogiéndose de hombros. Se puso de pie y empezó a caminar con lentitud bordeando un caminito de piedras blancas y negras. El maestro continuaba sin moverse—. Estoy enamorado de ella. La amo.

—La chica Marsden.

—¿Cómo sabe...?

—Eres fácil de leer. Cuando viniste aquí por primera vez, nunca me hablaste de ella. Pero el único momento en que lo hiciste tu mirada cobró un brillo distinto. Entonces lo supe. Lamento que te hayas dado cuenta demasiado tarde.

—No creo que haya sido...

—Si no hubiese intervenido el destino, ella quizá estaría casada. ¿Qué hubieses hecho entonces?

—¿Cómo sabe...? No. Olvídelo. —Tanaka no solo era un hombre con preparación en Karate - Do en su más alto grado. Además era maestro Reiki y su energía vital era muy fuerte y sanadora. Por eso su sola presencia le generaba de modo casi automático una sensación de calma. Los conocimientos espirituales de Tanaka Shudan eran muy profundos, a un nivel que Matthew jamás llegaría ni siquiera a comprender. Le estaba profundamente agradecido a su maestro por haberle enseñado a controlar su mente, y convertir su rabia y resentimiento con el mundo en energía productiva capaz de llevarlo a tomar decisiones asertivas. Tan solo que no había estado jamás preparado para el impacto de enamorarse a tal punto que el autocontrol parecía una palabra impronunciable y un ejercicio inviable. Todo el férreo control tan duramente trabajado no funcionaba con Victoria.

—Eres un buen hombre, muchacho. El orgullo y el ego son dos alimañas de la misma familia disfrazadas bajo el concepto de dignidad.

—Yo...

—Toma medidas que el tiempo corre.

—No sé a qué...

—También quería despedirme —dijo interrumpiéndolo. Matt terminó de calzarse.

Levantó la mirada para encontrarse con los ojos sabios de Tanaka que lo miraban fijamente.

—Mañana volveré a mi país. Mi tiempo en Estados Unidos ha terminado. La academia la dirigirá otro maestro; es el tiempo de él

—Vaya —dijo impactado.

—Sé que es importante para ti, el asunto del autocontrol —dijo incorporándose con lentitud. Caminó despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo (y lo tenía), hasta llegar a Matthew. Le puso una mano en el hombro. En su pequeña estatura, el

aura de fortaleza y vitalidad de espíritu hacían que los demás lo percibieran como un gigante—. Matthew, enseña a otros a controlar la mente y cuerpo con las artes marciales, a defenderse bajo los principios de nuestra escuela y a llevar una vida mejor, pero no intentes controlar el corazón. Amar no tiene barreras, si las eriges dejas de amar. El amor es expansión. No lo restrinjas. Ha sido un placer conocerte.

—¿Volveré a verlo? —consiguió preguntar, cuando el impacto de las palabras de Tanaka se procesó en su sistema.

El hombrecito solo sonrió.

—Saluda a esa joven, Matt. Te deseo felicidad. Aún estás a tiempo. No la dejes ir en esta ocasión.

Matthew hizo algo que Tanaka no permitía a ningún alumno. Le dio un abrazo al anciano. Este le devolvió el gesto, sorprendiéndolo. Una vez más.

—Gracias por todo, maestro. Lo echaré mucho de menos.

Tanaka esbozó su enigmática sonrisa.

—No me echés de menos, muchacho. Solo guarda los aprendizajes. —Le dio una palmada en la espalda antes de salir.

Chloe la miró como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Tori, no puedes hacer esto —dijo con un tono incrédulo, mientras veía cómo su amiga guardaba varias pertenencias en cajas—. Devon despierta ayer, y hoy en la mañana decides que vas a vivir con él de nuevo, a cambiar tu vida, cuando las dos sabemos que es una gran equivocación. Y ahora estás aquí, casi las siete de la noche, con todas estas cajas.

Victoria dejó de empacar las chaquetas. Estaba acuclillada en el suelo. Miró a su amiga.

—No es justo que él tenga que recuperarse solo, cuando la pelea la inicié yo.

—¡No es verdad! Devon fue un irresponsable. Él decidió por sí mismo tomar las llaves del automóvil y salir a toda prisa. Yo he discutido muchas veces con todos los novios locos que he tenido, pero, ¿cuántas de esas me he lanzado yo como una loca a hacer una idiotez? ¡Jamás!

Victoria se quedó en silencio consciente de que Chloe no iba a dar tregua. Ella tampoco.

—La decisión está tomada.

—Madre mía. —Se pasó la mano por el rostro—. Tori... ni siquiera tienes dónde ir.

—Mi padre sabe que Devon ha despertado...

—¿Piensas vivir con Devon en casa de tu padre? ¿Es que has perdido la chaveta del todo?

—No. Mi padre me regaló hace tiempo un departamento. Como no lo he querido utilizar, él lo tenía alquilado a un matrimonio. Me dijo que ese matrimonio salió hace dos semanas, así que el sitio está libre.

—Bueno, entonces, ahora me vas a dejar en la estacada —comentó con tristeza.

Agotada. Victoria se sentó en el suelo con desgano. Se abrazó las rodillas y miró a Chloe.

—Sabes que no es así —sonrió, pero la alegría no surgió en su rostro.

La pelinegra se acercó y se acuclilló a su lado.

—Tori, tú sabes que eres importante para mí. Siempre te he apoyado en todo, pero creo que en esta ocasión estás cometiendo un error gravísimo. Tú no amas a Devon del modo en que amas a Matthew.

—Ya no hay ningún Matthew. En el momento que entré en esa habitación del hospital, estos dos meses con Matt, no existen más. No le puedo hacer eso a Devon.

—¿Qué es esto? ¿Un melodrama?

—Chloe...

La muchacha se puso de pie. Se sacudió el polvo invisible de los jeans desgastados. Contempló la sala de su casa. Llena de cajas. Unas cerradas, otras por cerrar. Victoria con una sudadera morada, un short descolorido y el cabello recogido en forma de cebolla. En lugar de parecer una mujer que iba a enfrentarse a una feliz aventura de reencuentro romántico, parecía una condenada a muerte, resignada a sobrellevar una sentencia inmerecida. ¿Por qué diablos su amiga era tan necia?

—Lo siento. No apoyo lo que estás haciendo. Te recomiendo darte un baño. Luego baja a comer algo. Yo hago la cena hoy.

—Matthew vendrá cuando salga de la oficina...

Chloe la miró en silencio. Negó con la cabeza.

—Haré un poco de pasta —dijo sin decir comentarios respecto a su decisión sobre Matt y Devon. Pero esa no era su lucha, si no la de Victoria—. Echaré de menos vivir contigo.

—Chloe...

—¿Sí?

—Es lo mejor que puedo hacer por Devon.

—¿Estás tratando de convencerme a mí, o convencerme a ti? —suspiró—. Espero que no sea demasiado tarde cuando te des cuenta el dolor que te estás causando injustamente. —Lanzo las llaves de una mano a otra—. Por cierto, nos hemos quedado sin salsa bolognesa. Iré al *Whole Foods* a comprar. Vuelvo dentro un rato. Y por favor —la miró fijamente— intenta repensar lo que estás haciendo. —Dicho esto salió de la casa.

CAPÍTULO 18

El agua fría de la ducha le templó los músculos. Estar de un lado a otro bajando cajas y embalándolas era un trabajo cansado. Una considerable cantidad de cosas pensaba donarlas a la caridad. Habría personas que necesitaban más que ella.

Victoria se aplicó crema humectante en la piel, luego de depilarse. Se vistió con una falda azul corta y una blusa de tirantes finos color blanco. Lo más cómodo para estar en casa. Se calzó unas sandalias doradas y bajó a cenar con Chloe.

Su amiga evitó tratar de nuevo el tema de su relación con Devon y empezó a contarle sobre Brandon. Lo atento que era y que inclusive la había sorprendido diciéndole que, a sus treinta y tres años, la idea del matrimonio no le parecía inconveniente. Mentira o no, Chloe aseguró que al menos era un buen intento de parte de Brandon, de darle a entender que estaba dispuesto a comprometerse en una relación.

Limpiaron la vajilla y la pusieron en la lavadora automática. Bebieron una taza de café.

—La sala está llena de cajas y papeles. ¿Seguro que no quieres contratar un camión de mudanza? A ver, que Brandon y yo te ayudaremos no lo dudes, pero me parece más práctico hacer un solo viaje.

—Sí —sonrió—. Lo consideraré.

El timbre de la casa sonó.

—¿Pensaste en lo que vas a decirle a Matthew?

—Ya no trabajo para él, ni con él; tampoco tenemos ningún tipo de relación...

—Yo que pensaba que la cafeína iba a ayudar a tus neuronas —dijo Chloe con sarcasmo. Le quitó la taza a Victoria y la dejó sobre el mesón—. Será mejor que

vayas a atender. Yo quedé con Brandon para salir un rato.

—Suerte.

—Creo que hoy te cedo mi ración de suerte del día. La vas a necesitar más que yo.

Cuando Victoria escuchó que los saludos entre Matthew y Chloe cesaron en la sala, abrió la puerta corrediza de la cocina y salió.

Matthew había ido a casa a cambiarse y ducharse luego de salir de Temple Ki. Uno de los chicos que estaba practicando y que lo conocía, le había pedido que hiciera una clase demostrativa sobre un par de movimientos. Él no tuvo reparos. Se sacó los zapatos y fue por un uniforme que solía guardar de repuesto en su casillero. Cuando se trataba de Karate - Do, Matthew volcaba sus cinco sentidos al completo. Los veinte minutos iniciales se convirtieron en una hora. Y al finalizar los ejercicios estaba empapado de sudor. Tenía el uniforme de repuesto, pero no ropa de emergencia.

—Hola, Tori —dijo con una gran sonrisa. Frunció ligeramente el ceño al reparar en el caos que había en la sala, pero no era su asunto—. Supongo que tuve suerte que Chloe saliera, así no tengo que echar abajo la puerta, ¿cierto? —preguntó con tono bromista. Comprendía que Victoria estuviese algo reticente. De todas maneras, no le había dado opción. Ella lo conocía, sabía que no le daría tregua hasta que pudieran hablar.

Ella le devolvió la sonrisa. Matthew se había afeitado la barba de dos días que solía llevar. Lucía imponente. El cabello húmedo peinado hacia atrás era tan solo un detalle que lo caracterizaba. En bermudas, en pantalón de oficina, y qué mejor, desnudo, él era una fantasía femenina andante. «*M i fantasía particular*», pensó posesivamente... a pesar de que ya no podía tenerlo...

—Sí, supongo que has tenido suerte.

Matthew la recorrió con su ardiente mirada, desde la punta de los pies que tenían una perfecta pedicura color rojo, hasta el cabello tan húmedo como el suyo. Se

moría por tocarla toda. Hacerle el amor. Tres semanas sin Victoria y ya estaba volviéndose loco. Era la culpable de su insomnio, de la sed de su cuerpo por el de ella y de que su cerebro estuviese más pendiente de pensar en ella que en la empresa. Algo que jamás le ocurría.

—Ven aquí —pidió con suavidad estirando la mano hacia ella.

Victoria lo miró con recelo.

—¿Sigues enfadada conmigo? —preguntó, cuando notó que Victoria no se movió de detrás de un par de cajas bastante grandes que lucían pesadas.

—Yo... no —murmuró.

—Entonces, acércate. A menos, claro, que tengas miedo de que me abalance sobre ti... o tú sobre mí, según se mire. ¿Quieres que empiece desde ahora mismo a ser sincero? —preguntó avanzando hasta ella, sin esperar respuesta. Empujó, sin dificultad, las cajas que le impedían estar cerca. Victoria no se movió, no podía; estaba hipnotizada por la pasión y la convicción que veía en esos hermosos ojos verdes—. Veamos —susurró cuando se quedó de pie frente a ella. Miró a la derecha. El sofá estaba libre. «Menos mal», pensó Matt, antes mirarla a los ojos—. Llevo tres malditas semanas deseándote. Cada noche iba a dejarme la piel en la academia de Karate - Do para intentar que las ganas de poseerte disminuyeran. Cada ocasión que recordaba tu cuerpo desnudo bajo el mío me ponía duro. ¿Me has deseado tanto como yo a ti?

—Matt... no hagas esto. No acepté verte para...

—¿Dejarte seducir? ¿O intentar seducirme?

—Yo no intento seducirte —protestó.

La risa ronca de Matthew brotó como agua de manantial. Fresca y estimulante recorriéndole la columna vertebral a Victoria. Estaba atrapada en la magia de su voz, en el aroma de su perfume y en la fuerza de su presencia.

—No necesitas hacerlo. Nunca has necesitado hacerlo. —Sin mediar más se inclinó, la tomó en brazos y la recostó sobre el sofá. La atrapó con su cuerpo forjado

a base de ejercicios y disciplina. Ella no lo rechazó y para Matt era un buen síntoma —. Ahora —dijo prácticamente contra sus labios—, cuéntame. ¿Me deseas tanto como yo a ti?

—Matthew...

—Contesta, Tori.

Batalla perdida. Podía protestar, empujar y retorcerse todo lo que quisiera, pero no tenía sentido cuando su cuerpo clamaba por él, como un sediento en medio del desierto. Sería la última vez que estaría con Matt. Luego... Luego solo estaría Devon.

—Mucho más allá de solo deseo —respondió con ardor cuando sintió la mano de Matt subiéndole el bordillo de la falda. Le acarició el muslo con firmeza y cuando llegó al vértice donde se escondían sus secretos más íntimos, apenas le rozó la seda que cubría su pubis; desvió la caricia hacia los lados. Ella se estremeció.

—Mmm. ¿Ves que fácil es ser sinceros? Tu cuerpo lo entiendo muy bien —dijo antes de posar su boca hambrienta sobre la de ella. Dios, qué bien sabía. Ese sabor tan único le hacía hervir la sangre. La devoró y ella se contorsionó bajo su cuerpo, mientras enterraba los dedos en sus cabellos espesos y cortos. Matt delineó la boca sensual con su lengua. Iniciaron un baile descarnado con sus bocas. Como si compitieran por decidir cuál estaba más ávida de placer. Con un movimiento ágil, las manos de Matt le sacaron la blusa por la cabeza. Ella no puso objeción, y contuvo la respiración cuando los ojos verdes brillaron con un inequívoco deseo ardiente al contemplar sus pechos cubiertos por el sujetador blanco de delicados encajes. Los pezones pugnaban por salir. Con media sonrisa y deliberada lentitud, en lugar de soltar el broche delantero del sujetador, él deslizó hacia abajo las copas que cubrían los deliciosos pezones rosados; primero descubrió un pecho, luego el otro. A medida que llevaba a cabo la sensual tarea escuchaba complacido cómo Victoria tenía dificultades para contener sus gemidos y controlar la respiración. Trazó en cada pecho, con el pulgar, el contorno de la areola y luego tomó cada pezón entre dos dedos y lo apretó con presteza, haciéndola sollozar de placer. Apretó, sedujo y atormentó hasta que ella arqueó la espalda, elevando así los preciosos pechos hacia

su boca.

—Matthew...

—¿Sí? —preguntó él contra su boca, al tiempo que movía las caderas para que ella sintiera la firmeza de su sexo contra el de ella sobre la braga. Los pechos firmes y con los pezones erectos apuntando hacia él, en conjunto con la seda de las bragas y la falda subida a la altura de la cintura, era una visión muy erótica. Los ojos de Victoria lo miraban con más intensidad y lucían más azules que de costumbre.

—Chúpalos.

—¿El qué? —insistió, mientras fingía no entender; no solo se excitaba a sí mismo al privarse de disfrutar con su boca de esas deliciosas cumbres coronadas por dos exquisitos botones rosados, sino que sabía que esa anticipación también la excitaba a Victoria, provocando que ese anhelo se transformara en más de aquella cálida humedad que se anidaba entre los sedosos muslos en los que él añoraba perderse. Continuó moviendo la pelvis, tentándola, y ella, elevando las caderas para seguir su ritmo y recibir la fricción sobre la ropa interior.

—Eres... ¡Ah! —gimió cuando Matthew apretó de nuevo los dedos alrededor de sus pezones. Una mano, en cada pecho—. ¡Chupa mis pezones..., *ahora!*

Él sonrió con picardía, antes de abandonar sus dulces labios.

—Tus deseos son órdenes. —Hizo gala de su presteza con la lengua, haciendo círculos, chupando, lamiendo y succionando los pezones. Luego de consentirlos lo suficiente, o al menos por el momento, se dedicó a repartirle besos en los contornos. Deslizó la mano derecha hasta el pubis, presionó e hizo un movimiento circular—. Mmm... me parece que estas braguitas están molestando. ¿Verdad?

—Provocador...—susurró mientras sentía cómo sus braguitas eran arrancadas con una pasmosa facilidad; pronto, lo único que cubría su sexo eran los dedos expertos de Matthew—. Oh, sí...

—Te deseo demasiado.

—No quiero que ocurra lo mismo que en la casa de Harrington... —consiguió

decir ella, mientras la boca de Matthew la besaba en los pechos y luego en la boca, el cuello, los párpados, las mejillas, al tiempo que los dedos de él continuaban haciendo magia en su zona sur...—No quiero ser solo yo la que tenga placer...

Matthew sonrió recorriendo con la lengua desde el delicado canalito que separaba los generosos pechos de Victoria, hasta el ombligo. Le mordisqueó un costado de la cintura con delicadeza, luego el otro, absorbiendo el perfume de su piel suave; besó el abdomen suave y plano; mordisqueó aquel punto sensible que unía el muslo derecho con la cadera, la lamió y besó como si fuera el más exquisito dulce que hubiera probado. Y ella, lo era para él.

—No tengo problema con eso. —Acto seguido sacó un preservativo del bolsillo trasero del pantalón. Ante la mirada atenta de Victoria, le explicó—: Pensaba primero hablar contigo y luego intentar seducirte. Pero supongo que nuestros cuerpos preferían comunicarse inicialmente de otra manera. No es que lo hubiese dado por hecho... —murmuró, antes de incorporarse rápidamente para sacarse el pantalón, el bóxer y ponerse el preservativo, para luego volver con ella.

—Pretencioso...

—En absoluto. Lo que ocurre es que me nublas el juicio, me enloqueces y prefiero estar preparado —confesó antes de penetrarla con una potente embestida que la hizo jadear. Ella lo atrajo más profundamente al colocar las piernas alrededor de su cintura. Matthew emuló sobre la boca de Victoria, lo que hacía al mismo tiempo con su portentoso miembro—. Estás empapada... —gimió saliendo de ella, tan solo para volver de inmediato a hundirse por completo en su calidez. Luego empezó a marcar el ritmo. Lento y luego rápido, alternando con caricias por todo el cuerpo curvilíneo de Victoria, mientras ella salía al encuentro de sus embates sexuales con sus caderas, lo acariciaba en los hombros, los brazos musculados, recorriendo con las uñas las abdominales definidas. Matt era grande, fuerte y viril; a su lado se sentía especialmente femenina. Le encantaba el modo en que toda esa fuerza la cobijaba y la hacía volar en mil partículas de placer. Con Matt se sentía protegida; se sentía especial.

—Eres tan guapo... —dijo con un suspiro, cuando él apoyó la frente contra la suya. Los movimientos de Matthew eran rítmicos, seductores y hábiles; mientras la besaba y la embestía con pasión, le frotaba el clítoris con los dedos de modo reverencial. «Siempre es así con Matt.» Todo fuego, pasión y desenfreno, pensó ella sintiéndose colmada. Ambos lo dejaban todo en cada beso y en cada caricia. El vaivén de las caderas de Matt mientras la poseía y el sonido de sus cuerpos al chocar en consonancia con sus respiraciones agitadas, creaban una melodía que solo ellos dos eran capaces de reproducir cada vez que sus cuerpos se encontraban.

Ninguno de los dos habló durante un buen rato. Se dedicaron a sentir, a tocarse, a morderse, a besarse. Matt supo el preciso instante en que Victoria estaba dispuesta a dejarse ir, entregándose a él. Como siempre había sido, como siempre debía ser.

—Más... más rápido —pidió ella cuando el orgasmo estaba a punto de envolverla como una ola furiosa, potente y demencial.

—Me vuelves loco... —consiguió decir Matthew entre jadeos. La besó con ansiedad y amor; con ternura y reverencia; descarnada y apasionadamente, mientras sentía cómo las paredes íntimas de Victoria apretaban su miembro arrancándole un rugido de placer cuando ambos alcanzaron la cúspide del placer. Gritó el nombre de Victoria, y pronto la escuchó a ella pronunciando el suyo.

Permanecieron largos segundos pegados junto al otro. Él tan dentro de ella como pudiera ser posible, y Victoria complacida y saciada. Cuando Matthew salió de su interior, ella sintió la pérdida de la calidez del contacto.

Él se movió y acomodó a Victoria sobre su cuerpo. Le sonrió con toda la dulzura de la que era capaz. ¿Cómo había podido pasar todos esos años sin acercarse a ella, evitándola cuando la había visto en una reunión a lo lejos? ¿Cómo había podido ser tan imbécil para haber pensado casarse con otra, cuando sentía que una parte suya necesitaba saber si lo que sentía por Victoria era un capricho estúpido o algo más profundo? ¿Cómo pudo pensar que ella no era también una prioridad en su vida? Ella había roto sus barreras, completamente.

—Me encanta el modo en que gimes mi nombre —dijo Matt acariciándole el

cabello.

Ella sonrió. Le gustaba sentir la piel caliente de Matt contra la suya.

—Debe ser porque eres el único hombre capaz de crear magia en mi cuerpo. No creo que yo sea especialmente buena en la cama, tú has tenido más experiencia que yo.

—¿Buscando cumplidos?

Victoria dejó escapar una carcajada.

—Para nada. Soy bastante justa en ese sentido. Solo recalco un hecho.

Él le hizo un guiño.

—Bueno, aun si no los buscas, déjame decirte que con ninguna mujer me he sentido tan conectado y pleno como contigo. Ese también es un hecho —dijo, y le dio un cachete suave en el trasero desnudo. Ella no se molestó en acomodarse la falda que estaba enredada alrededor de su fina cintura. Sentir sus pechos en contacto con los músculos de Matt era demasiado agradable como para privarse de ello, vistiéndose.

—¿Ni siquiera...? No. Olvida que dije eso...

—No, ni siquiera con ella —expresó, comprendiendo que se refería a Rosalyn—. Tori, creo que Chloe no tiene hora de regreso, pero no me gustaría que nos encontrara retozando en la sala, porque yo no me detendré si voy a tener otro orgasmo como el de hace un momento.

Victoria abrió los ojos de par en par.

—¡Chloe! Sí, vaya, es verdad —rio. Estaba segura que su amiga haría de la vista gorda, pero ella se moriría de la vergüenza. Le indicó a Matthew donde estaba el baño, cuando él se lo preguntó, pero antes de apartarse le dejó con fervor la impronta de sus besos en los labios que aún latían por él.

Victoria se acomodó la ropa en silencio. Tenía los pechos y la piel sensibles, y su sexo, empapado. Mientras Matthew estaba en el aseo ella fue a su habitación para ponerse unas bragas; las suyas estaban echadas a perder. Las lanzó a la basura.

Ni siquiera iba a cuestionar lo que acababa de ocurrir.

Bajó a la sala y encontró a Matthew cómodamente sentado. Como si no hubiese ocurrido nada entre ellos hacia solo cinco minutos. Lo único que lo delataba era esa mirada felina y posesiva que le dedicó. Parecía un león saciado descansando en su territorio.

Él le sonrió, y ella se acercó. Matthew la atrajo de la muñeca con suavidad para que se sentara a su lado.

—Creo que ahora estamos un poco menos tensos que antes —dijo dándole un beso en los labios—. ¿Estás bien? —preguntó al notarla ligeramente tensa.

—Sí... —susurró, mirándolo a los ojos.

—Cariño, me nublas el juicio. Siempre ha sido así.

—¿Desde que era una mocosa? —pregunto con la risa bailando en sus ojos.

—Quizá. Eras la única chica que se atrevía a contradecirme y defender apasionadamente sus puntos de vista sin importarle si yo podía o no enfadarme.

—Solo me importaba hacer notar mi opinión. Lo sigo haciendo ahora.

—Una de las cosas que me gustan de ti.

Ella rio.

—Ahora que tenemos los cinco sentidos puestos, quiero disculparme contigo por lo que ocurrió en la empresa. Estaba obsesionado por la cuenta Harrington y luego los celos me cegaron cuando te vi con Brian. En general, la idea de verte con otro me deja muy mal. —Ella tragó en seco, pero no interrumpió—. Fue un error de juicio el que cometí al no confiar en ti y haberte tratado como lo hice. —Victoria asintió—. Lo siento, cariño. Y sobre tu contratación...

Victoria le puso los dedos en los labios.

—Entendí los motivos de mi padre para pedírtelo, y ahora ya no importa. Él acudió primero a ti, y habían pasado muchos años sin vernos. Supongo que nunca traicionarías la confianza de un secreto. Ahora que han pasado un par de semanas, sé

que no me mentiste deliberadamente, pero en su momento me dolió que me lo ocultaras. —Aunque lo más importante era que lo quería y por eso intentar ver razones se le había hecho muy difícil, porque lo amaba.

—Me apena que te haya lastimado ese tema, pero tal como dijiste: yo nunca traicionaría la confianza de una persona revelando algo que no me compete. Además, en este caso no sentí que pudiese dañarte irremediablemente más que a tu orgullo y tu sentido de lo que considerabas algo intocable.

—Sí, ya... Lo tengo claro —murmuró.

—¿Sabes? —le tomó la barbilla y elevó el rostro hacia él—. Te he extrañado. No tiene que ver solo con un tema físico.

—Matt...

—La otra noche no nos acostamos.

—Lo sé.

—¿Sí?

—No creo que una noche contigo sea fácilmente olvidable —dijo—. Pero no quiero que se te suba el ego —se apresuró a añadir.

Matthew se rio.

—Cariño, ninguna noche contigo es fácil de olvidar tampoco. Así que en ese aspecto estamos bastante empatados. —Le acarició la mejilla con dulzura. Y ella se estremeció. Matthew tenía una imagen pública de hombre autosuficiente y duro de roer, pero con ella, a través de sus manos, su cuerpo y sus ojos, le transmitía una dulzura que la conmovía. Sabía que de algún modo era especial para él. Eso le gustaba. Mucho. Por otra parte, su corazón latía inquieto. Sabía que tenía que decirle a Matt, más pronto que tarde, sobre Devon, pero la idea de que él la odiara era como morir mil veces. Aunque hubiese podido detener sus avances de seducción esa noche, al final se habría rendido a él de todas maneras, porque no podía evitarlo porque lo amaba, y no existía conciencia en el mundo que hubiese podido apartarlo de ella. Lo necesitaba como el aire para respirar. Por eso renunciar a él era devastador. A estas

alturas no le importaba ser solo su amante si así podía conservarlo a su lado y contentar a su propio corazón. No importaba nada más que continuar disfrutando de su voz, sus conversaciones, su pasión y todo cuanto él era. Le parecía maravilloso que Devon hubiese salido del coma, pero era una situación que la ponía entre la espada y la pared. No podía dejar a su mejor amigo a la deriva.

—Me dijiste que había una parte de la conversación que no alcancé a escuchar porque me quedé dormida. ¿Qué fue?

Él le dedicó media sonrisa y sus ojos verdes brillaron con una emoción que últimamente ella notaba mucho en su mirada, pero que no lograba descifrar. Matt le tomó el rostro con las manos. En un gesto impregnado de sinceridad, y la miró a los ojos.

—Te confesé que te amo y que estoy muy enamorado de ti. —«Dios mío, cuando escucho las palabras que tanto tiempo había necesitado de los labios de Matt, todo ha cambiado», pensó con angustia—. Te amo —repitió con firmeza—, y no había encontrado el momento para decírtelo. Pensé que ayer... —sonrió—. No tenía intención de atarme a nadie de ningún modo, pero contigo ha sido inevitable. Si cuando eras una adolescente te rechacé fue porque no me sentía capaz de dar nada a cambio y temas profesionales. El tiempo ha pasado, yo he crecido y aprendido. Me alegra haber experimentado las vivencias que tuve, porque ahora puedo decirte con certeza que te amo, sin temor a creer que estoy equivocado o que no tengo nada que ofrecerte. No estoy roto por dentro como creí durante mucho tiempo. Llegar a ti ha implicado llenar aquellos vacíos que no creí que existieran. Cuando estoy contigo siento que puedo ser un mejor hombre. Tú me completas, y así luz a aquellos sitios oscuros de mi alma.

«¿Cómo era posible que ese hombre tuviera la capacidad de derretirle el corazón de esa manera?» Al mismo tiempo se sentía en un punto de quiebre. La vida se burlaba de ella. Le estaba dando lo que siempre había anhelado, y al mismo tiempo se lo quitaba al crearle una conciencia culposa por Devon.

—Oh... Matt... yo...

—¿Tú? —preguntó. Estaba siguiendo el consejo de Tanaka. No estaba permitiendo que su orgullo ni ningún otro aspecto del ego lo inhibiera de expresar algo tan importante para él. Aquellas dos palabras: *te amo*, las había pronunciado durante su noviazgo con Rosalyn; le habían salido con facilidad y supuso que era lógico decir las; pero ahora caía en cuenta de que en realidad no lo sintió; la quiso, pero no la amó. Sin embargo, confesárselo a Victoria le había tomado muchísimo tiempo. Y eso solo tenía una explicación. Cuando algo tenía un nivel verdaderamente alto de valor sentimental era muchísimo más difícil expresarlo. Confesarle a Victoria sus sentimientos era algo que su alma le gritaba hacer.

Ella se puso de pie, desconcertándolo. Él se incorporó con lentitud, mientras Victoria se quedaba a unos pasos de distancia.

—Todo eso —señaló el espacio invadido de cosas y papeles— es mío.

Él no entendía el brusco cambio de tema, y sintió que la ansiedad lo carcomía.

—¿Redecorando? —se aventuró a preguntar con media sonrisa. Si ella lo amaba, tal como se lo confesó el día anterior, ¿no debería estar con una sonrisa en el rostro, en lugar de esa expresión contrita? ¿Qué estaba sucediendo?

Victoria lo miró con impotencia.

Un mal presentimiento se apoderó de Matt. No se tenía por fatalista, pero en esta ocasión algo no iba en el rumbo naturalmente esperado ante una declaración como la que acababa de hacer. No cuando se sabía correspondido.

—Devon despertó ayer —dijo con una voz cargada de tensión y los ojos llenos de angustia. Él no se movió. Entendía que el despertar del coma de Devon la hubiera sorprendido, al menos luego de todo cuanto ella le había contado de ese episodio, pero no lograba encajar la expresión ansiosa de Victoria sobre el tema con los sentimientos que él acababa de confesarle.

—Y...—dijo animándola a continuar.

—Yo... yo me voy a mudar con él a un departamento.

La sonrisa de Matthew desapareció.

—Victoria. —Se acercó, la agarró de los hombros para que lo mirara. Ella estaba temblando. «¿Qué diablos?»—. Mírame.

Ella lo hizo. Tenía los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

Él dejó escapar una maldición por lo bajo.

—¿Qué sientes por mí?

—Matthew, no...

—¡Dímelo! ¡Repite lo que me dijiste anoche!

—Si ya lo escuchaste ayer, ¿para qué quieres oírmelo decir de nuevo? —susurró.

Matt la sacudió con suavidad de los hombros.

—Necesito que seas sincera —exigió con voz peligrosamente suave—, y que me lo digas a la cara sin ningún efecto que no sea el de tus sentimientos y no fruto de una noche de fiesta. Aquí estamos tú y yo. Sin máscaras.

Ella lo miró.

—Te amo...—confesó al fin—. Te adoro, y siempre ha sido así... Nunca fue un capricho adolescente. No es un capricho ahora...

Matthew la miró fijamente. El ardor que corría por sus venas se convirtió en hielo y una furia ciega hizo presa de él con una fuerza que lo estremeció. Lo amaba, ¿y qué demonios la llevaba a irse a vivir con otro?

—Victoria —dijo con voz mortífera—, lo que hicimos en ese sofá, ¿qué fue? ¿Un desahogo? ¿Echar un polvito antes de largarte con ese mequetrefe?

—Tú sabes que no... —repitió con la voz rota.

Él apretó la mandíbula.

—¿Qué crees que siento ahora mismo al saber que estás enamorada de mí y que piensas estar conviviendo con otro que no sea yo?

—Matt, no es tan simple —expresó con desasosiego.

—¡Explícame entonces! —gritó, desesperado. Se pasó la mano por el cabello. La vena del cuello le latía. Le costaba centrarse y filtrar la furia por otro canal que no fueran las palabras. No quería decir algo de lo que luego pudiera arrepentirse—. Explícame, porque ahora mismo mis neuronas tienen un grave conflicto para entender.

—Porque se lo debo a Devon —dijo en un susurro.

—¿Se lo debes? ¡¿Se lo debes?! El tío acaba de despertar ayer. Me dijiste que habías ido a despedirte de él cuando empezaste a estar conmigo. ¿De qué va todo esto?

—Yo...

Jamás había sentido un miedo tan grande a algo como lo era la idea de quedarse sin ella. No podía perderla. No quería.

—Sé mi esposa, Tori —pidió con ojos cargados de sinceridad. Quizá era el peor momento y el peor modo de pedírselo, pero en cuanto esa proposición salió de su boca supo que era lo correcto—. No nos hagas esto. No cuando nos ha tomado tantos años llegar a este punto. Cásate conmigo.

Lo miró boquiabierto.

—¿Qué...? ¿Qué has dicho? —logró preguntar como si no hubiese escuchado las palabras que desde adolescente soñaba oír del hombre que amaba. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? Se sentía tan alegre como miserable. No podía dejar a Devon a la deriva. No después de ese horrible accidente. Él había sido siempre leal. No podía dejarlo. No esta vez.

—Mi cuerpo tiene la impronta del tuyo. No nos lleves a un punto sin retorno. Lleva mi anillo y mi nombre; hazme ese honor. Y aunque me den unos celos de mil demonios, respetaré si deseas ayudar a ese idiota de Patroll. Tori, por favor, sé mi esposa —dijo con el corazón latiéndole a mil, y más nerviosa de los que jamás había tenido, pero con la firme convicción de que despertar junto a Victoria el resto de su vida era todo lo que necesitaba para que las sombras de su vida no existieran.

—Matthew...—susurró cuando él se inclinó para besarla. No fue un contacto

lujurioso. La boca de Matt supo dejar una estela de amor y ternura que ella devolvió. Lo abrazó como si temiera que desapareciera de un momento a otro. Iba a perderlo. Lo sabía. Dolía como si estuviesen aplicándole un hierro ardiente en la piel.

Cuando Victoria se separó, Matthew tomó las manos delicadas entre la suyas y apoyó la frente contra la de ella.

—¿Cariño?

Ella se alejó.

—No puedo casarme contigo —susurró como si alguien estuviera rasgándole el pecho con una daga.

—¿Por qué? —preguntó apartándose.

—Porque le di mi palabra a Devon.

—¿Qué demonios le prometiste en menos de veinticuatro horas de que volviera al mundo de los conscientes? —preguntó con sarcasmo y rabia—. ¿Es que no has escuchado ni una palabra de lo que he dicho? ¿Es que no te importa? ¡Dime! ¿Qué diablos le prometiste? —rugió sin contenerse.

—Que me casaría con él —dijo con la voz rota.

—¿A pesar de que me amas a mí? —preguntó apretando la mandíbula.

—No se trata...

Él soltó una risa amarga.

—A *ninguna* mujer le he abierto mi corazón como lo acabo de hacer contigo. —Avanzó en dos zancadas hasta ella, la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo sin contemplación. Ella soltó el aire. Matt presionó la espalda de Victoria hacia adelante, así que ella no tuvo más remedio que apoyar sus manos en el pecho masculino y elevar la mirada. Los ojos verdes estaban muy oscuros, como si dentro de cociera una tormenta. Inclino la cabeza hasta que sus alientos se mezclaron—. Creí que eras una mujer valiente. —Victoria lo miraba con angustia y pesar—. Me equivoqué.

—Si tú fueras mi amigo y me necesitaras, yo no te dejaría —replicó con voz

temblorosa—. No cuando hubiésemos estado prometidos y ese fuese el único recuerdo inmediato que te diera esperanza. No cuando...

—¡Yo no soy tu maldito amigo, yo soy el hombre que amas y te ama por todos los demonios! —gritó interrumpiéndola. No pudo soportarlo más y la soltó. Ella se tambaleó hacia atrás, pero logró conservar el equilibrio. Él se pasó la mano por el cabello. Dio una patada a una de las cajas volcando todo su contenido por el suelo.

—Quiero que entiendas que hay una persona que acaba de salir de un estado comatoso y que perdió un año de su vida postrado en una cama. Lo último que recuerda es una pelea que tuvo conmigo; que estábamos prometidos. ¿Cómo le niegas a tu mejor amigo, al hombre que ha estado contigo cuando más lo necesitabas desde tu niñez, lo único certero que conoce y puede ayudarlo en su recuperación? —preguntó con fiereza.

—¿Casándote con él es la respuesta? ¿Estás dispuesta a estar con alguien por compasión?

Ella cerró los ojos con fuerza y se frotó las cienes.

—No se trata de compasión —dijo, mirándolo—. Mi mundo se ha puesto patas arriba en menos de dos días. Tengo que arreglar mi pasado, Matt. Entiéndelo... yo... — ¿Cómo habrían llegado a ese punto de inflexión?, pensó desconsolada—. Necesito tiempo.

—¿Y qué esperas? —preguntó Matthew cruzado de brazos. Parecía un gladiador con traje, dispuesto a sitiar, rodear y conquistar si ella se lo permitía de nuevo. Pero si tocaba a Victoria otra vez haría una idiotez. Era capaz de tomarla de cualquier forma; por detrás, contra la pared, en el suelo, con tal de demostrarle cómo reaccionaba su cuerpo en contacto con el suyo. No podía hacerle eso; no podía ensuciar el modo en que se amaban actuando solo con los instintos. Mierda. Había seguido el consejo de Tanaka; no había intentado controlar el amor. Estúpida ironía. Ese amor se le había ido de las manos a tal punto que sentía que estaba partiéndose en dos—. ¿Pretendes que ponga mi vida en suspenso por si en algún momento tu mente se ilumina y decides olvidar esa estúpida idea de casarte con otro por compasión? ¿Qué

quieres, acaso que yo espere a ver si luego de un tiempo de casarte con otro, quizá, y te divorcies y decidas que has cometido un error e intentar volver a mí? ¿Quieres que esté a la voluntad de la recuperación de otro hombre? —dijo con un tono acerado y cada palabra que decía se disparaba como una ametralladora—. ¿Por quién me tomas, Victoria? No soy un petimetre aniñado.

Ella intentó acercarse esta vez, pero Matthew la rechazó. Eso le dolió.

—Yo... necesito tiempo —insistió—, al menos hasta que Devon pueda asimilar todo de nuevo, y entonces entienda mi necesidad de...

—Victoria, contigo lo quiero todo o nada. Ese es el nivel de mi apuesta. No se ama a medias tintas. ¿Puedes estar en equidad de condiciones?

—Me siento entre la espada y la pared, yo... no puedo... Devon y tú son importantes para mí de un modo diferente cada uno, pero...

Él rio sin alegría. Se acercó hasta la mesilla en donde había dejado las llaves del coche. Las tomó y empezó a balancearlas entre sus dedos. Apretó con fuerza la pieza de metal. Ella era la única persona capaz de herirlo con una certera estocada. Jamás había sentido un dolor tan lacerante como era dejarla ir, pero no podía vivir los aprendizajes de Victoria, aunque quisiera.

Matthew se acercó a Victoria como un jaguar estudiando su presa. La única diferencia era que en esta ocasión, no pensaba hacer nada más que observarla.

—Haz una pequeña concesión, *princesa* —dijo con burla. Ella tragó en seco. Nunca había visto ese lado de Matthew... pero lo había herido. Victoria sentía un nudo en la garganta y una desazón terrible, pero no podía abandonar a Devon cuando lo ocurrido era en gran parte su culpa. Tenía que reparar el daño... aunque esa reparación le estuviera costando lo que más deseaba—. No me pongas en la misma oración que ese imbécil.

—Matt...—dijo con voz quebrada.

—Yo estoy dispuesto a mirar hacia adelante —dijo, tajante—. Tú acabas de hacer tu elección y has preferido apostar por tu pasado, entonces, vívelo. Adiós,

Victoria Anne. —Se alejó y salió de la casa.

CAPÍTULO 19

Nueve semanas después...

El vestido de novia de Victoria resplandecía con la luz del medio día. Era un traje sencillo en corte sirena que marcaba sus curvas de un modo delicado y sofisticado. Llevaba el cabello recogido en un tocado que permitía incrustar un precioso broche de diamantes, obsequio de la madre de Devon. ¿El día más feliz de su vida? Francamente, se sentía una estafa.

Iba a marcar su destino por una promesa que no la hacía feliz. Cada día había sido un tormento, porque no podía sacarse de la memoria su última noche con Matthew. Aquella expresión de su rostro; primero ilusionada y cálida, luego fría, furiosa y decepcionada. Estuvo a punto varias veces de marcar el número del móvil de Matt; a punto de tomar las llaves del coche e ir a buscarlo, pero al final, siempre desistía. ¿Qué sentido tenía si ella misma había tomado la decisión de apartarlo? Matthew era encantador y con un sentido del humor especial, y bien sabía ella que más de una mujer babearía por tener algo con él. La sola idea escocía. Y si él ya había pasado la página, no podía culparlo... ella lo había impulsado al rechazarlo.

A pesar de su tristeza por Matthew, se alegraba por su mejor amigo. Devon se mostraba ameno y divertido desde su salida del hospital, pero ella sentía que algo no iba bien. Lo atribuía al proceso de recuperación física con las terapias tediosas que él hacía para recobrar del todo la movilidad de las piernas, pero ni ella lograba convencerse de esa excusa. Los ejercicios habían surtido efecto, no obstante, las visitas al médico continuarían para evaluar el proceso. El doctor de cabecera les informó que el caso de Devon era uno de los pocos en los cuales luego de tanto tiempo en coma, la recuperación de la memoria era completa, y la reinserción del paciente en su vida diaria se daba con pasos acelerados.

Por otra parte, Julianne chilló e insistió en que su hermano viviera en la mansión de la familia, argumentando que el golpe emocional para todos solo podía superarse conviviendo. Devon, en su afán de retomar su vida con normalidad, no puso objeción, pues lo que más había querido era largarse del hospital. Victoria no se opuso a Jules.

Aunque adoraba a los Patroll, Jules era un incordio, así que vivir en el departamento sola, no estaba nada mal. Victoria insistió en pagarle el alquiler a su padre y este accedió. Chloe, cuando supo del berrinche de Julianne, le dijo a Victoria que deshiciera sus cajas y se quedara en casa. Tori se sentía más que agradecida con su amiga, pero vivir en su propio departamento en esos momentos le parecía vital.

Había empezado a trabajar medio tiempo como consultora publicitaria independiente. Con Devon tenían establecida una suerte de rutina. Él se enfrascaba en retomar su vida profesional, y ella lo ayudaba a poner en orden los trámites durante su tiempo libre. Los fines de semana salían juntos a cenar o compartían tiempo yendo al béisbol o a algún partido de jockey. Más allá de tomarla de la mano o un beso rápido, Devon no intentó hacer algún avance físico; tampoco le sugirió la posibilidad de quedarse a pasar la noche con ella. Siempre, de los dos, él había sido el que solía estar más entusiasmado ante la idea de hacer el amor, por eso su forma de actuar ahora, no dejaba de resultar extraña.

El matrimonio se empezó a organizar dos semanas después de que Devon saliera del hospital. Lauren Patroll dijo que ver juntos a Victoria y Devon era algo que no podía continuar aplazando, pues los dos se merecían ser felices luego de esos meses aciagos. Contrario a lo que Victoria hubiese esperado, el padre de Devon, que solía ser bastante mesurado o callado, intervino diciendo que no podía apresurar las cosas y que dejara a los chicos en paz. Lauren no dio tregua, y Victoria pensó que daba igual que fuera antes o después, casarse con Devon era algo que iba a ocurrir de todos modos. Así que ahí estaba. El día de su boda. Más triste que nunca, y la única aliviada en ese rollo, era su conciencia.

—Hija —dijo John desde el otro lado de la puerta del pequeño cuartito al que el sacerdote le había dado acceso a Victoria para que esperara al novio, pues estaba

algo retrasado. La iglesia estaba preciosa. Los invitados sentados, y al completo, ya aguardaban a los novios. Chloe era la dama de honor, y había ido a buscar una botella de agua helada para Victoria—. ¿Puedo pasar?

—Claro, papá. Entra.

Ataviado con su esmoquin, John lucía sus años con estilo.

—Vicky, cariño, estás maravillosa. Cómo me hubiera gustado que tu madre estuviese contigo en este día tan importante —expresó emocionado al ver a su única hija—. Eres la novia más hermosa de todo el mundo —dijo con un nudo en la garganta. Aunque Victoria tuviese veinte, treinta o cuarenta años de edad, para él siempre sería su pequeña niña.

Ella le sonrió como si leyera la emoción en los ojos de su padre, tan azules como lo eran los suyos.

—Gracias, papá. —Aceptó el abrazo que el dueño de Spring & Marsden le dio. Y sin motivo alguno, cuando su padre estaba presto a alejarse, ella lo retuvo. Se quedó abrazaba a él. Con fuerza. Como si no quisiera dejarlo ir nunca.

—¿Vicky? —murmuró contra el cabello de su hija. Era un poquito más baja que él. Le frotó la espalda como cuando era niña y tenía pesadillas—. Princesa mía, ¿qué ocurre?

Victoria no dijo ni una palabra y continuó aferrada a su padre.

John la entendió. En realidad había pretendido seguirle el juego de que casarse con Devon era lo mejor. Él se sentía contento de que los Patroll tuvieran de regreso a su hijo, pero no de que su testaruda Vicky estuviese cometiendo una gran equivocación.

—Si no quieres casarte con él, a mí no me importa anunciar que has decidido declinarla —dijo con suavidad—. Lo que otros digan u opinen no debe importarte. Esta es una decisión crucial en tu vida personal, así que solo cabe lo que tú quieras o necesites.

—Yo... —replicó alejándose de su padre, sin soltarlo del todo. Sentía un nudo

en la garganta—. Yo prometí...

John suspiró.

—Victoria, hay algo que debes saber, cariño. ¿Recuerdas cuando eras pequeña y te contaba cómo nos habíamos conocido tu madre y yo? —preguntó interrumpiéndola.

—Sí...

—Omití un detalle muy importante —confesó colocando las manos sobre los hombros de su hija, para que lo mirara—. Y necesitas conocerlo.

Victoria tenía los ojos cargados de lágrimas sin derramar. Hasta ella llegaban los murmullos de la gente conversando en la iglesia. Sabía por Chloe que Devon había tenido un retraso por el tráfico y por eso ella estaba en esa habitación pequeña y agradable. Después de todo, el novio no debía ver a la novia antes de la ceremonia. Daba mala suerte.

—Tu madre estuvo a punto de no casarse conmigo. Sus padres le habían impuesto un matrimonio de conveniencia con el dueño de unas bodegas de vino de Italia que tenía pensado invertir en Estados Unidos, y también tenía un negocio discográfico. Un partido, según tu abuela, muy conveniente.

—La abuela no me pareció nunca una persona de ese estilo. ¿Qué dijo mamá?

—Ella creía que seguir los consejos de su familia era importante, aunque me quisiera a mí.

—¿Cómo afrontaste eso...? —quiso saber, intrigada.

John sonrió recordando aquellos años.

—La hice elegir entre una vida llena de dinero donde todo era socialmente correcto. O una vida de altibajos con un hombre como yo que la amaba demasiado y estaba dispuesto a comerme el mundo con tal de ponerlo a sus pies. Así que ella canceló el compromiso con ese italiano una semana antes de la ceremonia, cuando todas las invitaciones ya habían sido repartidas. Su familia no le habló durante dos años después de que nos casáramos. Hasta que naciste tú. Pero tu madre siempre dijo

que enfrentarse a sus padres, por algo que su corazón pedía, fue la mejor decisión de su vida, porque te tuvo a ti, y porque fuimos felices juntos.

«Y yo que me he creído valiente. No soy ni la sombra de ello», pensó Victoria decepcionada de sí misma.

—Matthew fue a verme hace un mes a mi oficina. Me dijo que te ama y que te pidió que te casaras con él —continuó John, sin poder contenerse. Conocía muy bien a Matthew, y la mirada de frustración y desasosiego que tenía cuando fue a verlo fue muy reveladora, pues prácticamente había visto su evolución como profesional y persona desde sus tiempos universitarios. Habían hablado durante un largo rato de todo un poco. Ahora podía finalmente ponerle a su hija los hechos sobre la mesa, no solo lo hacía porque fuese justo, sino porque no podría soportar verla cometer un error de esa magnitud sin antes haber hecho el intento de abrirle los ojos—. También que rehusaste su propuesta. El muchacho es poco expresivo, pero creo que no necesitaba decirme nada más para que entendiese.

El corazón de Victoria se agitó. Empezó a caminar de un lado a otro. Matt era un hombre sumamente reservado. Claro que conversaba con su padre, pero saber que le había dicho lo que sentía por ella...

—Me siento tan desesperada, papá. Por un lado está Devon, mi amigo de toda la vida y su recuperación del accidente. Y por otro, Matthew que es...

—El amor de tu vida —completó John con una sonrisa compasiva—. Siempre lo he sabido hija. Por algo soy tu padre.

—Nunca me hiciste ningún comentario... Ni siquiera cuando me comprometí con Devon...

—Lo más probable es que hubieras seguido el lado opuesto de lo que te hubiese dicho. Tenías que darte cuenta por ti misma. Tarde o temprano. —Se encogió de hombros.

—¿Por eso le pediste a Matthew que me contratara?

John sonrió con culpabilidad.

—Cuando él me contó que esa Rosalyn lo había abandonado, años atrás, que el cielo me perdone, pero me alegré, porque sentía que aún había esperanza de hacer algo. Nunca te comenté de la vida de Matthew, al menos no ese capítulo en especial, porque tú estabas viviendo otra etapa y no soy cotilla...creo. —Victoria rio—. ¿Sabes? Cuando te comprometiste con Devon no me preocupé demasiado porque es un buen muchacho, pero sabía, y sé, que hubiera sido un matrimonio aburrido. Demasiado plano, sin retos, sin la emoción que sé que existe cuando una persona te desafía a ser mejor.

—Así que cuando me quedé sin empleo y sabías que el camino era tan fértil profesionalmente en esos meses... interveniste —expresó riéndose—. Ah, papá.

—Oportunidad y destino —dijo John con una sonrisa—. Solo empujé un poquito.

Victoria negó con una sonrisa.

—Te amo, papá —dijo con lágrimas en los ojos, mientras John la abrazaba y la consolaba—. Siento tanto haberme enfadado contigo, haberme distanciado todos esos meses...

—Tú eres todo lo que tengo, y te amo más que nada en el mundo, hija. No pasa nada, princesa, me equivoqué y te lastimé. Ahora todo estará mejor. No llores, Vicky, no llores. Se te va a arruinar el maquillaje y nadie quiere una novia llorona en las fotos —dijo con una sonrisa, mientras ella tomaba el pañuelo que su padre le ofrecía y se limpiaba el rostro.

—Gracias...

—La decisión que tomes, yo la respetaré. Si quieres casarte con Devon, sin importar tus razones, porque son muy tuyas, te acompañaré por ese pasillo. Si decides cancelar el matrimonio, también estaré a tu lado.

—La decisión más difícil ya la tomé, supongo. Fue dejar a Matt...

—Te enseñé el valor de la lealtad y el de una promesa hecha a otros, mas no te enseñé a vivir y a decidir basándote en un sentimiento de culpa. Eso no. Hija, la

mayor lealtad es la promesa de ser fiel a ti misma y a tu corazón.

—Oh ... —dijo con voz entrecortada—. Matthew me dijo que yo había elegido el pasado. En realidad, lo que elegí fue no ser fiel a mí misma... —sollozó mirando a su padre—, no solo lo lastimé, sino que también lo alejé para siempre de mí. —Se cubrió el rostro con las manos—. Él no es del tipo de hombre que luego de abrir su corazón y ser rechazado dé segundas oportunidades ...

—¿Piensas darte por vencida sin antes haber empezado a hacer algo respecto?

Ella negó.

—Claro que no —aseveró—. Mañana iré a verlo a la oficina y lo perseguiré hasta que me escuche.

—Matt renunció a la compañía hace un mes, Vicky —dijo con un matiz de pesar en la voz.

Lo miró boquiabierta.

—¡Qué dices, papá! La compañía y el ascenso era todo lo que él siempre buscó. Lo que siempre quiso...

—Al parecer la vida ha dado giros importantes en la vida de ambos. Estaré afuera decidas lo que decidas, tesoro —comentó antes de salir.

Segundos después entró Chloe con su sonrisa característica y el cabello negro moviéndose al compás de sus gestos. Ataviada con un vestido corto color verde agua, Chloe estaba preciosa. Tan exótica como lo eran sus pinturas. Cuando vio que Victoria empezaba a rebuscar en su pequeño bolso de mano el móvil, como si no hubiese objeto máspreciado, se acercó.

—¿Qué haces? Devon ya está bajando del automóvil. Tienes que salir. Vamos...

Victoria dejó el bolso a un lado.

—Iba a llamarlo —tomó de las manos a su amiga—, menos mal llegó. Tengo que cancelar la boda.

—¿Tienes temperatura? —preguntó la morena con el ceño fruncido—. Entiendo

que estés nerviosa, pero todos tus invitados ya están listos, el sacerdote le ha hecho una seña a tu papá de que está todo en orden para la ceremonia, y lo más importante, el novio está a segundos de entrar en la iglesia.

—No puedo casarme con Devon —dijo abriendo la botella de agua que le llevó Chloe. Bebió tres tragos seguidos, aliviando su sed—. Chloe, ¿te gusta el papel de dama de honor?

—¿Victoria? ¿Qué dices? Te has gastado tanta energía para organizar esto a la perfección, gente de alto perfil está esperando fuera y casi toda la plantilla de la agencia. Sabes que tu padre invitó a muchos de sus colegas y amigos... —tomó una bocanada de aire, al recordar la pregunta—. Sí que me gusta el papel, después de todo puedo diseñar mi propio vestido. Además, no es esta la primera vez que se casa una amiga mía y hago de dama de honor. Creo que todas ustedes se creen que porque soy artista mi paciencia es infinita.

Victoria la abrazó, riendo.

—Eres única y por eso te quiero. Ahora, ve y dile a Devon que quiero hablar con él.

—Solo dime por qué quieres cancelar la boda.

—Porque mi mejor amigo no es el hombre que mueve mi mundo y amo.

Fue ahora el turno de sonreír de Chloe.

—Pufff, menos mal que has entrado en razón —dijo—. Estabas tan obcecada en tu ridículo sentimiento de culpa que no me escuchabas. Así que no tenía otra opción que apoyarte hasta que te dices cuenta...

—Acabo de tener una charla con papá. Como esas que no tenía desde hacía muchísimo tiempo. Él es el mejor.

Chloe sonrió.

—Vamos a arreglar este enredo juntas. Tenemos que pillar a Devon en la entrada, antes de que se presente por el pasillo. Caso contrario, tu querida amiga Julianne empezará a chillar. Hasta esas instancias mi papel de dama de honor no sería

placentero.

Estaban dispuestas a salir cuando la puerta se abrió de pronto. No solo entró Devon, sino también una mujer que Victoria había visto en el hospital la ocasión en que fue a despedirse de su mejor amigo.

—Vaya, eh, hola —dijo Victoria algo confusa—. Tú eres la mujer del hospital... Amelia, ¿cierto?

La guapa muchacha, asintió.

—Sí...

La mujer de preciosos ojos en forma de almendra, parecía algo nerviosa. Estaba vestida con un conjunto sencillo, pero resaltaba sus rasgos exóticos. Que Victoria recordara, tampoco estaba en su lista de invitados. Ni en la de Devon.

—Tori —empezó Devon evitando que el diálogo entre ambas empezara. Se acercó y tomó de las manos a su amiga de toda la vida. La miró con preocupación —. He sido un imbécil y no te merezco —expresó.

—¿De qué hablas? —dijo frunciendo el ceño.

Chloe se quedó en silencio en una esquina fingiéndose invisible luego de cerrar la puerta. «Esta va a estar buena.»

—Yo... —soltó el aire—, yo no he sido sincero. El día del accidente tuve que retrasarme, porque recibí una noticia que me cambió la vida por completo. Por eso no fui a la reunión con el cliente. Lo recordé apenas hace unas semanas, pero no me sentía capaz de hablarlo contigo. Yo...

—Por favor, dime ya, ¿qué es lo que ocurre? —exhortó inquieta.

—Sé que esto va a herirte mucho, y me siento un verdadero asno. Tú has sido una amiga infalible y...

—No quiero rodeos. Si vas a decirme algo que deba saber dímelo sin más, Devon.

Él asintió. Dejó caer los hombros.

—Una noche, hace más de dos años, tú y yo tuvimos una pelea muy fea. Recuerdo que bebí mucho y estuve de juerga con unos amigos. Conocí a Amelia y... —negó con la cabeza—. Esa noche tuvo consecuencias. Me enteré pocos meses antes de que tuviera el accidente que era padre. Intenté pensar que no era cierto, porque solo fue una vez, con una desconocida que pudo haber estado con muchos antes o después, y... —se mesó los cabellos—, hasta que acepté hacerme la prueba de ADN, luego de que Amelia no cesara en el intento de conseguirla. Ese día del accidente mi padre abrió por equivocación parte de mi correspondencia, una que yo había dejado en su compañía. Eran los resultados del laboratorio. Discutimos de un modo muy feo. Yo estaba verdaderamente cabreado, porque ese día tú y yo íbamos a organizar los detalles de nuestro matrimonio, aparte teníamos ese cliente. Amelia me dijo que si no le daba mi apellido a mi hijo, reconociéndolo, entonces no lo volvería a ver jamás. Cuando recordé la primera vez que vi a Leo... Dios. No podía fingir que no era mi propia sangre. —Se pasó las manos por el cabello—. El accidente fue culpa mía. Todo el dolor que he causado fue provocado por mi falta de sinceridad contigo, con mi familia, con Amelia, con mi propio hijo... Por intentar pintar que todo estaba bien, cuando no era así.

Esto no puede ser cierto, pensó Victoria. No podía creérselo. Devon. El amigo que creyó que era sincero y leal. El amigo por el que había estado dispuesta a cumplir una promesa, cuando él, desde hacía dos años, había roto la suya. La había engañado. Sin embargo, la sensación de traición y dolor no se podría asemejar jamás, si, por ejemplo, quien estuviese contándole todo eso hubiese sido Matt. Una prueba más para ella de que no amaba a Devon. Una prueba más del grave error de juicio que cometería si se casara con él.

Como si su mano hubiese tenido vida propia, Victoria le cruzó la cara de una bofetada.

—¿Sabes lo que has hecho, Devon? —preguntó con los ojos chispeantes de coraje.

Devon no se enfadó. Sabía que lo merecía. Eso y mucho más.

Amelia se apartó de la puerta cerrada y se acercó a Victoria, no sin cierto temor de cómo reaccionaría teniéndola tan cerca ahora que sabía el motivo por el que una desconocida iba a visitar a Devon junto con un pequeño niño.

—Victoria, lo siento tanto... Siento tanto el dolor que te está causando enterarte de esto justo hoy... No podía permitir que Devon se casara contigo sin que tú supieras esto, peor cuando tenemos un hijo —dijo Amelia con angustia en su voz—. Si yo hubiese estado en tu lugar, me habría gustado saberlo. No podía hablar de esto en el hospital, yo... Lo siento muchísimo.

—Entiendo que no lo sabías esa noche en que te acostaste con él, pero luego, al retomar el contacto lo dedujiste, ¿o vas a negarlo? —Amelia bajó la mirada—. Tampoco entiendo qué diablos haces aquí —explotó Victoria—. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos, mientras él y yo estábamos prometidos?

—Cuando supe que estaba embarazada yo ya me había mudado a otro estado por trabajo. Y me fue imposible localizar a Devon, porque él apenas era un conocido de un amigo en común. Cuando Leo cumplió un año decidí reemprender la búsqueda. Soy huérfana y, aunque nunca supe quiénes fueron mis padres, quería que mi hijo al menos fuera reconocido. Quizá me pasé un poco al exigirle a Devon su apellido... —al ver la expresión airada de Victoria decidió acortar el relato—, el asunto es que volví a California. Él y yo nos veíamos de vez en cuando por Leo. Devon insistía en que no era su hijo, pero yo sabía que era miedo. Porque Leo había irrumpido en su vida. Mi hijo es lo mejor que me ha pasado y solo lamento que esta situación haya creado, directa o indirectamente, aflicción. Y respondiendo a tu pregunta... siete meses antes del accidente empezamos a... Las visitas de Devon a casa para estar con Leo... No necesito decirte más... yo...

Tori se desentendió de Amelia, y miró a Devon.

—Así que siete meses siendo amantes, y aun así tenías el descaro de estar conmigo, Devon. Finalmente comprendo tu irresponsabilidad con nuestra agencia, las peleas, los retrasos. He estado tan ciega contigo. —Victoria se quitó de mala gana el broche de diamante y lo lanzó al suelo. Se sacó el velo corto que tenía colocado hacia

atrás y lo dejó caer—. No contento con eso me mentiste en el hospital diciendo que querías estar conmigo. Me llevaste a prometerte que continuaría con el tema del matrimonio. Y aun cuando estas semanas recordaste la causa exacta de tu maldito accidente, no me lo dijiste. ¿Tienes idea de lo que me has hecho? —dijo con voz letal—. Eres un completo imbécil. He llevado una culpa que no tenía por qué asumirla, cuando es evidente que la parte ofendida he sido siempre yo, sin saberlo. Estuve varios meses lamentándome por ti, dejando mi vida en suspenso —se cruzó de brazos—, hasta que Chloe me convenció de que estaba mal hacerlo. ¡Tuve que rehacerlo todo *yo sola* cuando había sido tu maldita responsabilidad, Devon! —gritó.

—Te he fallado. Lo siento tantísimo... Tori, lo siento de verdad... —replicó con dificultad al verla tan furiosa—. Y ahora sé que no puedo casarme contigo... Todas estas personas... Tú tampoco me aceptarías luego de lo que te acabo de contar y...

Entonces Victoria prorrumpió en carcajadas. Le dio un ataque de risa tal, que las lágrimas empezaron a salir de sus ojos. Chloe se acercó de inmediato, pero cuando Devon hizo un intento de consolarla, Victoria lo apartó de un manotazo.

—Primero, quiero que sepas que sí me duele que me hayas mentido —consiguió decir Victoria cuando se calmó—, porque eres mi mejor amigo. Lo has sido desde siempre. Mi cómplice en estupideces y aciertos. Pero me duele que no pudieras tener los pantalones de enfrentarte a mí. —Luego miró a Amelia—: Un hijo es un hijo, Amelia. Créeme que no siento rencor hacia ti. Al final, ¿cómo sabías que este idiota estaba prometido con alguien? —respiró hondo y luego dejó escapar el aire—. En todo caso, ¿lo amas?

Amelia la miró como si estuviera cantando una canción al revés.

—¿Qué?

—Quiero saber si lo amas.

—Yo... —giró la cabeza hacia Devon—. Sí. Yo lo amo —confesó.

Victoria agarró del brazo a Devon y lo llevó junto a Amelia, quien, ante el

estallido de risas de Tori se había apartado mucho.

—¿Tú la amas?

—Victoria...

—¡Responde, maldición!

Chloe no entendía qué demonios estaba haciendo Tori.

—Sí, Victoria. Amo a Amelia y también a Leo.

La reacción más extraña para todos los que estaban en esa sala se operó en Victoria. Sonrió. Una sonrisa verdadera.

—Estupendo. Ahora, Devon, te voy a responder la pregunta que no has sabido contestar. *Lo que has hecho* no es solo traicionar mi confianza, crearme un infierno de culpa y llevarme a hacer una promesa que me ha robado la posibilidad de ser feliz. Has hecho mucho más que lastimarme, Devon. Conseguiste que el único hombre al que he amado se alejara de mí lado, porque yo preferí ser leal a ti. A una promesa. Pero que sepas que, antes de que entraras por esa puerta con Amelia, yo iba a buscarte para cancelar esta boda. Me pudiste haber ahorrado todo este proceso estúpido contándome la verdad. Pudimos haber hecho esto en privado... en otro momento —resopló sintiendo que el vestido la ahogaba—. En todo caso, al menos llevo claro que tú y yo no nos amamos, y que nos hemos detenido antes de precipitarnos a una equivocación épica. Qué pena que hayas arruinado nuestra amistad de esta manera tan ruin, Devon.

—¿El hombre que amas? ¿Es que tú también tuviste una aventura? —se atrevió a preguntar él, ignorando lo más importante que era que estaba siendo excluido definitivamente de la vida de los Marsden.

Victoria puso los ojos en blanco. Y se giró hacia Chloe que parecía haber encontrado especial interés en la viga de un armario en donde al parecer se guardaban las sotas.

—Devon, pedazo de idiota, ¿te acuerdas de Matthew Talley?

—Yo... sí... Sí, claro. Lo conocí, y tú me comentaste alguna vez que...

—Bien. Perfecto. Mi dama de honor aquí te va a contar brevemente una pequeña historia que te hará entender por qué a partir de ahora no quiero saber absolutamente nada de ti. No hay nada más que decirnos.

—La boda, los invitados...

Victoria sonrió de un modo misterioso a Devon y Amelia.

—Aclarado el asunto será mejor que se preparen.

—¿Para qué? —preguntó Amelia con el ceño fruncido.

La respuesta de Victoria fue un encogimiento de hombros, y luego salió de la pequeña habitación. Caminó con paso decidido hasta donde se encontraba el sacerdote, levantando un murmullo incrédulo a su paso. Tomó el micrófono y anunció que esa mañana iba a haber un ligero cambio en la ceremonia. El nombre de la novia era Amelia Parks y el novio continuaba siendo Devon Patroll. Luego dejó el micrófono, ante un sacerdote boquiabierto y unos invitados que no entendían nada. Deshizo el camino del pasillo sintiéndose ligera, libre y sin ningún remordimiento por el pasado.

Se encontró con su padre a las puertas de la iglesia.

John abrió la puerta de la limusina y antes de cerrarla escucharon la marcha nupcial de fondo.

—Estoy orgulloso de ti, hija.

Con una sonrisa, Victoria cerró los ojos. Necesitaba dibujar el futuro que siempre imaginó. Solo había un modo: enfrentando su presente.

CAPÍTULO 20

Cuando creyó tenerlo todo, su mundo había colapsado como si fuese una baraja de naipes echada al aire. La única mujer capaz de mover su corazón como ninguna otra, lo había rechazado. Trabajar, ganar y ascender profesionalmente dejó de ser un aliciente, una motivación. Tantos años dedicados a la publicidad, horarios matadores, sueldos exorbitantes y una reputación de oro, ya no eran suficientes. Cuando le comunicó su renuncia a John, luego de hacerlo con Andrew, su antiguo profesor le dijo que perderlo como colaborador iba a costarle considerablemente a la empresa, pero que respetaba su decisión; John tampoco desaprovechó para decirle que lamentaba que la situación con Victoria se hubiese terminado, porque le habría gustado mucho que fuese su yerno. Matt solo respondió con un asentimiento.

En su último día de trabajo, Marla entró en su despacho.

—Así que dejas a esta pobre vieja a su suerte —le dijo con una sonrisa.

Matt rio.

—Mi ciclo terminó, Marla.

La mujer dejó sobre el escritorio de Matthew una tarjeta.

—Quizá aún estás a tiempo de recuperarla. —Matt frunció el ceño. Tomó la tarjeta y la leyó. Luego soltó un gruñido y dejó a un lado el papel.

—Te tengo un aprecio muy grande, pero creo que estás entrometiéndote demasiado. —Lo que menos le apetecía era conocer la fecha del matrimonio de Victoria. Suponía que, por deferencia a su padre, muchos colaboradores antiguos de la compañía estaban invitados a la ceremonia. Él no esperaba recibir una tarjeta y de haberlo hecho no sabía cómo hubiese reaccionado. Imaginaba que, quien fuese el organizador de la distribución de tarjetas, había sido perfectamente aleccionado para que ninguna llegara a sus manos. Aunque seguramente ese organizador no contaba con

la cotilla de Marla.

—Ah, muchacho —dijo con las manos en las caderas. «Los chicos de ahora»—. Quizá no conozca la historia, pero con toda la familia de locos que tengo, he aprendido a leer rostros y miradas. Cuando ustedes dos estaban en el mismo espacio... —se secó un sudor invisible de la frente—, bueno, hijo, el ambiente se caldeaba y no precisamente por las altas temperaturas ambientales. —Eso le arrancó una carcajada a Matt. «Sí, con Victoria siempre era así. Inclusive cuando él no quería admitirlo»—. Esa chica es una mujer hecha para un solo hombre. Y no creo que sea ese tal Patroll.

Matthew tomó la chaqueta que estaba sobre la percha y se la puso.

—Me comentó John que iba a reubicarte. Espero que tu nuevo jefe sea soportable —dijo cambiando el tema—. Eres la mejor. Gracias por tantos años de trabajo. —Dicho eso le dio un abrazo que la canosa mujer correspondió—. Adiós, Marla.

La mujer asintió con una gran tristeza. Apagó la luz y empezó a organizarlo todo porque al día siguiente empezaría a trabajar como asistente de Sam Ferguson, el reemplazo de Matthew. Iba a necesitar mucha suerte. Ferguson tenía fama de ser irascible.

A Matthew, abandonar la compañía no le resultó una decisión tan dura como él esperaba. Había trabajado arduamente durante años, dejando de lado temas personales para imponerse a la cicatriz de un pasado caracterizado por carencias y malos tratos. Y lo había conseguido; había logrado dejar atrás el fantasma de la pobreza, la inseguridad y el temor subyacente de no lograr amar ni ser amado. Lamentablemente, la vida parecía ir un paso por delante.

Conforme pasaron los días, la furia que sintió al salir de la casa de Victoria fue disipándose. Pero no podía recordarla sin evitar sentir como si en una herida profunda y abierta, vertieran alcohol. Escocía. Y ese dolor le recorría todo el cuerpo. Las imágenes de Victoria con otro, le parecían vomitivas. Eran un trago amargo y corrosivo.

Aparte de ese ácido episodio con Victoria, sentía que por primera vez en varios años no tenía agenda, reuniones o fiestas por temas de clientes. De alguna manera resultaba tan refrescante como desconcertante. Su adrenalina, tan entrenada para estremecerlo ante nuevos retos, parecía haber dejado de procesarse en su sistema. No estaba habituado a tener tiempo libre, al menos no demasiado. Pero había tomado una decisión y él estaba acostumbrado a lidiar con las consecuencias de sus decisiones.

Era miércoles por la noche y estaba en bóxer frente al televisor viendo deportes. Algo que disfrutaba enormemente. Su alrededor estaba en silencio, salvo por la voz del comentarista. Su móvil permanecía sin vibrar y la pantalla del iPhone, apagada. Cuando terminó el programa en ESPN, apagó el televisor presto para dormir. Al día siguiente tenía pensando conocer al maestro que reemplazaría a Tanaka. Durante ese tiempo había reemplazado momentáneamente Temple Ki por el remo. Todas las mañanas, al amanecer, tomaba su equipo e iba a remar durante una hora, pues mantener su rutina diaria de salir solo a correr ya no conseguía eliminar del todo la frustración que llevaba dentro.

Desde su renuncia había estado investigando para hacer inversiones en negocios de tecnología. No por algo tenía en los alrededores a Silicon Valley, la tierra de los genios. Había varios proyectos que le llamaban la atención, por ello se dedicaba a conversar con los creadores de cada uno, analizaba un poco temas financieros con asesores e iba aprendiendo en el camino para tomar la mejor decisión sobre su dinero y los réditos a futuro. Descubrió que la inversión tecnológica y el mundo de las finanzas eran bastante interesantes.

Estaba llegando a su habitación, cuando el teléfono de casa sonó. Frunció el ceño, pero no dejó que saltara la contestadora como usualmente estilaba.

—Diga.

—¡Vaya, hermanito! Respondiendo tú mismo y al primer timbrazo. ¿Es Navidad acaso?

Matthew se rio al escuchar el sarcasmo.

—Hola, Lilly. Iba a dormir. ¿Cómo estás?

—¿Dormir un miércoles a las diez de la noche? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano gruñón y adicto al trabajo?

—Renuncié a la oficina. Así que técnicamente estoy de vacaciones... indefinidas.

Durante varios segundos no se escuchó ruido alguno desde el otro lado del teléfono. Matthew sabía que su hermana estaba rumiando la información.

—Hace mucho tiempo que no me dejabas sin palabras. Me pondría a chillarte, pero lo cierto es que Peter se ha dormido y esta vez me ha costado bastante conseguirlo. Ahora, dime, ¿qué está pasando? —preguntó inquieta.

—Se acabó mi ciclo en la empresa.

—¡Pero si hace poco me mandaste un mensaje diciéndome que eras socio! —Matt suspiró—. Esto es serio. Desde que éramos adolescentes tu mayor anhelo ha sido escalar y escalar. Y no puedo creerme que ahora que lo consigas decidas renunciar a todo lo que ser socio de una agencia tan grande como Spring & Marsden implica. Ya sabes que voy a darte la lata, así que o hablas de una buena vez o me vas a escuchar atormentándote con mensajes de voz. ¿Cuál es el verdadero asunto detrás de tu decisión?

Matt puso los ojos en blanco. «De esta no me escapo», pensó resignado. Se arrepintió de no haber dejado saltar la contestadora.

—Estaba saliendo con alguien. Las cosas no se dieron como esperaba, así que esa relación me hizo replantear un poco mi vida.

—¿Saliendo, *saliendo*, en serio?

—Sí, pequeña cotilla.

—¿Y quién es esa pobre mujer que tiene que soportarte?

—He hablado en pasado...

—Oh, oh... En todo caso, el asunto es, ¿quién era esa pobre mujer?

Él rio sin alegría.

—Victoria...

—¿Marsden?! ¿*Nuestra* Victoria? —indagó aferrando el auricular con la mano sin poder contener una sonrisa. Desde que había conocido a Victoria, le gustó. Sabía que algunas de sus amigas estaban enamoradas de su hermano, no podía dejar de reconocerle que el muy testarudo era guapo, pero Matt no solía tener tanta paciencia para tratar con otras adolescentes que lo miraban con adoración, como tenía con Victoria. Ella no era tonta y en un par de ocasiones pilló a Victoria observando a Matthew como si no hubiese otro hombre en la faz de la Tierra. Y, aunque su hermano sabía disimularlo muy bien, su modo de tratar a la hija de John Marsden era más sutil y atento que con sus amigas—. ¿Es que al final te diste cuenta de que ella es perfecta para ti?

—No sé de dónde sacas esa de que “al final me di cuenta”...

—No intentes hacerme la pelota, Matthew. Era obvio que entre ustedes había una suerte de química diferente a la que solías tener con tus amigas bobas esas. Imagino que la Victoria cauta y elocuente de años atrás te ha hecho ver estrellas.

Matthew masculló una maldición.

—Es más complicado que eso...

—Todavía no me explico por qué te prometiste con Rosalyn, que en paz descanse, y no fuiste capaz de ir por Victoria —continuó sin escuchar a su hermano—. De verdad que los hombres son bastante tontos.

—Lilly... ¿Cómo llevas el embarazo?

—Ah, no, querido. No vas a cambiar de tema. —Se escuchó un grito. Peter llamando a su mamá—. El diablillo que tienes por sobrino se ha despertado. Te has salvado de esta, por ahora. Si no tienes nada que hacer, ¿por qué no me vienes a visitar a Boston? Dadas las circunstancias puedes convertir esta visita en tus vacaciones o en un tiempo para cambiar de aires. Me has prometido tantas veces venir y nunca lo cumples. Dermont también necesita un poco salir con sus amigos. Amamos a Peter, pero siempre es bueno cambiar la rutina. Le vendrá bien a mi esposo

verte y pasar un rato como los viejos tiempos.

—¿Lo tienes encerrado en tu mazmorra? Pobre Dermont, ya le advertí en su momento que casarse contigo era una pésima idea.

—Ja – ja. Tonto. Tengo siete meses de embarazo, y ni una foto de barriga contigo —dijo con voz lastimera—. ¿Es acaso justo? No puedo viajar, me duele la espalda y mi único hermano es incapaz...

—Ya, ya —la interrumpió—, mira que eres melodramática.

Lilly se echó a reír. Y la voz de Peter sonó más fuerte esta vez al llamarla.

—Dermont fue a comprarme un calmante para el dolor de espalda a la farmacia, y tengo que ir a ver a tu sobrino. ¿Te hago instalar un cómodo sofá de cuero verde en esa suite tan bonita que tengo sin usar y a disposición?

Matt suspiró. Era el mejor momento para alejarse de todo. No quería estar en la ciudad cuando Victoria se casara con otro. Pero lo más importante era que deseaba ver al pequeño Peter, consentir un poco a la mocosa de su hermana menor y charlar de hombre a hombre con Dermont.

—Sí..., supongo que es tiempo de que te haga entender quién es el que hace las preguntas aquí —dijo con una sonrisa. Lo cierto es que era la ocasión perfecta para retomar aquello que había estado postergando: su familia—. Compraré un boleto para mañana en la noche a Boston.

—¡Fabuloso! Anota mi nueva dirección —dijo. Matthew apuntó en un papelito mientras se la dictaba—. Nos cambiamos a un barrio clásico. Queremos tener una familia grande así que compramos una casa señorial. Comparado con el departamento que nos costaba como tres mil dólares la renta al mes en Bay Village, esto es más que fabuloso. Decidimos que mejor nos endeudamos con una casa en lugar de estar cada mes pagando para otros...—suspiró—, creo que el embarazo me ha puesto parlanchina. —«Más que de costumbre», pensó Matt—. ¿Sabes que la compramos con una pequeña suite independiente en la parte trasera? Así que tendrás toda la privacidad del mundo. ¡La acabé de decorar la semana pasada! Ven a estrenarla.

Aunque, hay un pequeño problema.

—¿Cuál sería si ya tienes la casa perfecta? —preguntó con ironía, pero sin perder la sonrisa. Se sentía feliz por su hermana. No podía haber encontrado mejor esposo que su mejor amigo. Lo único que lo apenaba era que se habían mudado al otro lado del país por el trabajo de Dermont, que trabajaba como abogado en una prestigiosa firma. Lo habían trasladado de California hasta Massachusetts con el triple de sueldo. ¿Cómo iban a negarse?

Lilly rio.

—No tiene cocina. Así que si te da hambre tendrás que llevar provisiones o venir a la parte principal de la casa. Hay mucho silencio, salvo si Peter grita a todo...

—¡Ve a atender a Peter! Nos vemos mañana —interrumpió.

—Genial. Mañana iremos por ti al aeropuerto. ¡Quiero saberlo todo sobre Victoria y tú!

«Esperarás sentada, hermanita.»

—Adiós, Lilly. —Cortó la comunicación justo cuando el pequeño Peter lanzaba otro grito ensordecedor.

El viaje directo de cinco horas y treinta minutos desde San Francisco hasta el Aeropuerto Internacional Logan de Boston, siempre valía la pena. La ciudad donde vivía Lilly tenía de todo un poco en sus alrededores. No por algo era una de las ciudades más antiguas de Estados Unidos y con mucha historia.

Beacon Hill resultó un área que parecía provenir de otra época. Veredas de ladrillo, árboles de sombra y residencias amplias. Muchas de aquellas casas habían sido construidas entre los años mil ochocientos y mil ochocientos cincuenta. Aunque era la primera vez que Matt tenía la oportunidad de deambular por ese barrio, el entorno lo cautivó. Se había emocionado cuando encontró una magnífica tienda de antigüedades en la calle Chesnut. En esa zona había varias, pero la del señor Miles

Theroux, lo hizo volver varias veces durante las semanas que ya llevaba viviendo en la suite que había dispuesto su hermana para él.

—Tu sobrino te ha echado de menos —dijo Lilly, cuando él llegó de hacer la compra. Puesto que estaba quedándose con su hermana una temporada, aportar con los gastos era más que justo, a pesar de que ella y Dermont no querían aceptar nada.

Matthew sonrió y tomó al niño en brazos. Era una monada. Tenía los ojos miel de su cuñado y el cabello rubio de su hermana. Iba a ser un rompecorazones, sin duda. A veces cuidaba unas horas a Peter hasta que llegaba la niñera. En un principio sintió pavor de no saber cómo lidiar con el pequeño, pero poco a poco, y con la paciencia de su hermana, fue perdiendo el recelo.

—Bueno, ahora que el tío Matt estará un par de semanas más por aquí no se le va a ocurrir olvidar que tiene un pequeñajo tan guapo —comentó sonriéndole a su sobrino.

—Llevas tres semanas con él —dijo Dermont. Se mantenía en plena forma y continuaba mirando a Lilly con los mismos ojos de cordero degollado que cuando le dijo a Matt que iba a casarse con ella porque la amaba—. Más te vale que vengas más seguido, Talley. No me gusta ver a Lilly preocupada por ti.

Matthew sonrió y asintió.

—Dame a este muñeco —pidió Lilly tomando a su hijo en brazos—. Pronto tendrá un hermanito, pero mamá lo querrá igual que siempre. —Besó las mejillas rechonchas del niño.

—¿No quieres que te ayude, princesa? —preguntó Dermont con una sonrisa.

Lilly negó y empezó a caminar hasta un salón pequeño con mecedora en la planta baja, y en donde solía arrullar a su hijo hasta que Dermont iba por él y lo acostaba en la habitación del segundo piso. Se detuvo a la mitad del camino y se giró hacia Matt.

—Ustedes dos necesitan una conversación de hombre a hombre. ¿Verdad, hermanito?

—No.

Lilly rio.

—Anda. Ya que no quieres decírmelo a mí, ¿por qué no le cuentas a tu mejor amigo sobre esa chica que te trae por la calle de la amargura?

—Lillian Marie, no te pases —advirtió Matt llamándola por su nombre completo. Lilly sonrió y desapareció por el pasillo, ante la mirada curiosa de Dermont.

—¿Una cerveza luego de un partido de básquet?

Aquella era la pregunta que solían hacerse en la universidad como una oferta para sentarse a hablar.

Matthew se encogió de hombros.

—Supongo que estaría bien.

La partida de cuarenta minutos la ganó Matthew. Dejaron el balón a un lado y se sentaron en silencio. Bebieron un par de cervezas, mientras Matt hablaba con detalles escuetos sobre su renuncia a la compañía, pero principalmente su asunto con Victoria. Charlar con alguien que lo conocía de toda la vida le sentó bien.

—Lo que tú ves como un rechazo quizá no lo sea tanto, hay un punto positivo de todo esto —dijo Dermont, mientras lanzaba la botella al cesto de basura.

Estaban sentados en la banqueta del patio trasero, a un metro de distancia de la suite que ocupaba Matt.

—No lo veo por ningún sitio —replicó secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa—. Prefirió casarse con otro y seguir su estúpido sentimiento de deberle algo a ese idiota.

—Te demuestra que es una mujer con un alto sentido del honor. Que realmente le importan las personas a las que quiere, aun a costa de su propia felicidad.

—¡Me dijo que me amaba! —exclamó mirándolo con fastidio.

—Escucha, Matt —repuso con calma—. Si es un error, ella se dará cuenta. Si tú

crees que dejaste todo...

—Le dije que quería casarme con ella, y le dejé claro lo que sentía por ella, tal y como te lo acabo de contar hace un rato. ¿Qué más que eso? Me conoces y sabes que hablar de mis emociones no es mi deporte favorito.

Dermont asintió.

—¿Cuándo se casa?

Matthew se inclinó hacia adelante, colocó los codos sobre las rodillas y dejó las manos caídas, mirando al frente. Un punto vacío.

—Ya lo hizo. El maldito sábado que pasó —dijo sin ocultar su desazón.

—Vaya... —le dio un palmada en el hombro—. Lo siento, Matt.

—Yo también.

—Te conozco y me parece que es poco propio de ti no haber ido hasta la iglesia prácticamente a raptarla...

—Victoria es testaruda. Le puse en la mesa todas las cartas y ella eligió. —Se encogió de hombros—. Ahora ya está casada, así que no tiene sentido discutir sobre lo que habría hecho o no...

Dermont asintió. Era la primera ocasión que tenía de ver a Matthew como si hubiese perdido una batalla monumental. Aunque intentaba mostrarse tan controlado como siempre, la decepción y la furia en su mirada eran evidentes.

—¿Qué planes tienes? Espero que no se te ocurra irte sin antes haber estado en el parto de tu hermana. Te mataría. No ha hablado de otra cosa durante días.

Matthew sonrió. Su hermana tenía las hormonas como locas. Una tarde, sin querer, la había escuchado chillarle a Dermont porque este se había olvidado de echar a la basura unas cáscaras de limón. Su amigo, con paciencia, le explicó que no es que fuese desconsiderado, sino que estaba apurado y se le pasó por alto. Así estuvieron en un tira y afloja, hasta que Lilly empezó a llorar y Dermont la consoló diciéndole que la amaba y que trataría la próxima ocasión de tener en cuenta los

detalles que podían molestarla. Luego, Matthew la escuchó decir algo y empezar a reírse. Pocos momentos después los dos desaparecieron escaleras arriba.

Matthew envidiaba la compenetración que ese par tenía. Porque ya la había experimentado y sabía lo maravilloso que era contar con alguien en todos los sentidos. Pero ahora estaba solo. «Quizá en un futuro... »

—Intentaré quedarme por aquí hasta que Lilly dé a luz, aunque no te garantizo nada. De repente y me voy a San Francisco, y regreso a Boston unos días antes del parto. —Giró la cabeza para relajar un poco el cuello—. ¿Sabes, Dermont? Quizá sea buena idea empezar algo por mi propia cuenta en California. He estado analizando también un poco las inversiones y el panorama pinta interesante. Es momento de rehacer mi vida. Por cierto, ¿conoces algún lounge donde vayan mujeres guapas y solteras? —preguntó esto último cambiando de tema.

Dermont frunció el ceño.

—Desde que estoy casado...

—Tienes amigos que conocen Boston mejor que tú mismo. La hipocresía no te sienta. Aunque eso sí, si te atreves a serle infiel a Lilly te corto las pelotas.

Dermont rio.

—¿Estás seguro que quieres saltar a otra mujer cuando...?

Ante la mirada de advertencia de Matt, Dermont le mencionó un sitio de moda.

—Algunos sábados suelen hacer una fiesta *rave* con espuma y no sé qué otras idioteces. Los asociados más jóvenes de la firma suelen ir; es exclusivo. Dicen que cerca de la una de la madrugada es una locura. Aunque quizá el sitio en realidad no sea lo que tú...

—Eso es precisamente lo que necesito: una mujer que caliente mi cama y no espere nada de mí. Una mujer saca del sistema a otra mujer, y ya me he tardado demasiado en hacerlo. He decidido cambiar las políticas de la casa —se señaló a sí mismo— por un tiempo. Victoria pasó la página. Así que haré lo mismo con cero remordimientos. —Apuntó con la mano hacia la entrada de la suite—. Se agradece mi

espacio privado de soltero. Procuraré no hacer ruido. Aunque estamos bastante alejados de la casa —dijo riéndose.

Dermont negó con la cabeza, sonriendo. ¿A quién creía Matt que engañaba? Nunca lo había visto tan dolido.

—Lilly me mata si se entera que te he hablado del bar. Tiene esa vena romántica incurable que cree en los finales felices...—Se puso de pie, y Matt lo imitó.

—Lo siento. A estas alturas no acepto devoluciones por ese defecto en su chip. —Con una carcajada compartida dejaron la cancha de básquet y cada cual se fue por su lado.

Un rato más tarde, Dermont acostó a Peter, y luego fue hasta su propia habitación. Lilly tenía la lamparilla de noche encendida, esperándolo. Le sonrió de aquel modo que a él le aceleraba el corazón.

—¿Y?

Él se metió debajo de las sábanas del otro lado de la cama. Se inclinó y le dio un beso largo y apasionado a su esposa. Luego besó su abultado vientre diciéndole a su hijo que se moría de ganas por verlo. Lilly quería ponerle Joe. No tenía objeciones al respecto.

—Yo también te quiero —dijo Dermont, riéndose cuando Lilly lo miró enfurruñada, aunque no por eso menos sonrojada por el beso.

—Dermont...

—Le hablé del maldito bar. ¿Qué más quieres? Conoces a tu hermano al dedillo. Reaccionó tal y como me dijiste que lo haría.

—¡Já! ¿Cómo no habría de conocer al tonto ese? Jennifer estará allí.

—Lilly, vas a meterte en un gran embrollo.

—Hay cosas que las hermanas tenemos que hacer por la felicidad de nuestros hermanos.

—¿O porque te cae bien cierta personita de apellido Marsden?

—Mis hijos tienen que tener una tía inteligente y creativa. Y que quiera mucho a su tío Matt, sin duda le suma mil puntos. Si Victoria ha logrado que mi hermano se replantee toda su vida es porque tiene la felicidad de Matt en sus manos, entonces no voy a permitirle alejarse de él sin arreglar este embrollo. Además, cuando ella me llamó su voz no sonaba precisamente esperanzada. Dejó caer un comentario de que tenía la creencia de que quizá Matthew ya podría estar saliendo con otra, aunque no sea nada formal.

—¿Y tú no respondiste a esa pregunta implícita? ¿La dejaste con su miseria?

Lilly se encogió de hombros, y Dermont rio. Ante todo, su esposa era leal con Matthew.

—Quizá debiste decírselo.

—Quizá necesite aprender de sus errores —repuso en sus quince.

Dermont suspiró. «Batalla perdida.»

—¿Cuándo hay que recoger a Victoria en el aeropuerto? —preguntó a cambio.

—Mañana en la noche.

—Pero mañana es sábado, y Matt estará en ese...

—Jennifer sabe que debe tontear con Matt y alejarlo de las mujeres que se le crucen enfrente mañana de noche. Acostarse con él no está en su trato —dijo interrumpiendo.

—¡Es una prosti...!

—Shhhh. No grites. Jennifer es una *acompañante*. No tiene sexo con sus clientes. Me está haciendo un favor especial.

Dermont puso los ojos en blanco.

—Eres imposible, Lilly.

—Ah, pero me quieres así.

Dermont le acarició la mejilla.

—Sí, princesa. Por cierto, la próxima vez no me hagas mentirle a Matthew.

—Fue una mentirijilla blanca.

—Ocultarle que la mujer que ama no se casó el sábado pasado, y que su hermana ha confabulado para que dicha mujer se quede a dormir aquí en lugar de hacerlo en un hotel como tenía previsto, pues no me parece muy honesto. ¡Además has contratado a esa prosti... a esa acompañante! Definitivamente, este embarazo ha hecho de las suyas con tu cabecita.

Lilly se echó a reír. Victoria la había llamado esa tarde cuando su hermano estaba haciendo la compra en el supermercado. Su amiga quería saber si acaso Matt estaba hospedándose con ella o en un hotel. Victoria le aseguró que era muy importante para ella hablar con Matt, pero más importante aún era que él no supiera que iba rumbo a Boston. Y fue entonces cuando a Lilly se le ocurrió un maravilloso plan. Le dijo a Victoria que podía quedarse con ellos el fin de semana y que cuando Matt regresara el domingo en la noche de un tour en los alrededores podrían hablar sin interrupciones. Le dijo también que tenía una habitación desocupada y no le perdonaría si luego de todos esos años prefería un hotel a su casa recién estrenada. Luego de su insistencia, Victoria aceptó.

—Anda, ven aquí. No seas quejica —susurró antes de tomar el rostro de su esposo con dulzura y besarlo—. Lo del falso tour fuera de Boston fue una gran excusa, ¿a que sí?

—Creo que usted señora Jackson merece un severo castigo —dijo antes de empezar a desnudar a su esposa. No importaba cómo fuese cambiando el cuerpo de Lilly, él sabía que la vida que crecía dentro de su mujer era la consecuencia del amor que se tenían. Era perfecto.

CAPÍTULO 21

Después de trabajar con Chloe en la devolución de los obsequios de su matrimonio fallido, Victoria se reunió con Lauren y Darrel. Les agradeció a ambos por todo el cariño y también se disculpó por su abrupta salida de la iglesia y su intervención para que Amelia y Devon se casaran. Los Patroll le dijeron que siempre la querrían como una hija y que lamentaban que su hijo no hubiese sido honesto, y que no había nada por lo cual pedir disculpas. Al final, pensó Victoria, Devon estaba con la persona que amaba y tenían un hijo. Los Patroll no habían tenido pérdidas en la ecuación. Ella, en cambio, era otra historia. Había perdido a su mejor amigo para siempre, y corría el riesgo de que Matt no quisiera saber de ella...

Cuando sintió que había dejado todos los pendientes saldados, y su mente estuvo más despejada fue a casa de Matthew. Había ensayado un discurso para pedirle disculpas por el dolor que le había causado. Realmente ella intentaría reparar el daño si le daba una oportunidad de luchar por ellos. El espejo era su mejor amigo en esos momentos. Al menos no se hostigaba de mostrarle el rostro de una mujer desesperada, enamorada y preocupada, ensayando las mismas palabras como grabadora de oficina.

Pensó que la mejor opción era sorprenderlo y así no darle tiempo a rehusarse a recibirla. Ella había hecho su investigación en todos los sitios posibles. Fue al área de remo el domingo. Solo estaba Roger, pero le dijo que no había visto a Matt en las últimas semanas. Lo cual le pareció extraño. Luego de buscar la dirección, fue a Temple Ki; se quedó maravillada con la belleza arquitectónica en medio de la locura que era San Francisco. El encargado de la academia le dijo que Matthew no había asistido en varias semanas. «¿Qué tanto había cambiado él su rutina que ni sus amigos más cercanos sabían de su destino?» Durante el camino al penthouse, los nervios no la abandonaron.

Con paso firme se bajó del automóvil y habló con el recepcionista del lujoso

conjunto de departamentos. Le pidió que la anunciara.

—¿Me repite el apellido?

—Talley.

El hombrecito buscó algo en una libreta de anotaciones.

—Lo siento, señorita. El señor Talley salió de la ciudad hace poco más de tres semanas.

Tragó en seco.

—¿Cómo dice?

—No se encuentra. —Al ver el rostro pálido de Victoria, agregó—: Aguarde. —Buscó en su libretita de nuevo—. Dejó un número para emergencias, pero...

—Oh, esto es una emergencia.

El hombrecito la miró algo dubitativo.

—Verá señorita, no acostumbro...

—Por favor, en serio, es una emergencia y tengo que hablar con él. ¿Sabe a dónde fue?

—No, lo lamento. —Anotó el teléfono en su libreta y arrancó la hoja—. Aquí tiene —se la entregó—, la persona de contacto es la señorita Lilly Jackson.

«Boston. Matt estaba en Boston.»

—¡Gracias! —Sonrió mirando el papelito como si fuese una pieza de oro.

Se tomó un par de horas antes de llamar a Lilly. En esta ocasión, su espejo escuchó ensayar una y otra vez lo que podía decirle a su antigua amiga. ¿Cómo se hacía para sortear la brecha incómoda de años sin contactarse, ahora que quería pedirle información de su hermano? No tenía idea de si acaso Matt le habría contado lo ocurrido entre ellos, y tampoco le apetecía discutirlo con terceros. Al final, una hermana siempre se pondría del lado de su familia.

Alrededor de las seis de la tarde de ese viernes, marcó el número. Las palabras

se le atoraron cuando la cálida voz de Lilly le contestó al tercer timbrazo. Al identificarse, su antigua amiga lanzó un grito de alegría y empezó a parlotear dándole así tiempo para serenarse.

Además de cotillear brevemente sobre sus respectivas vidas, Lilly la invitó a quedarse con ella y su familia. Victoria tuvo que asegurarle que ya tenía reservación para el fin de semana en el hotel InterContinental Boston. Lilly no cedió y le dijo que si lo que le preocupaba era estar hospedándose en el mismo sitio que Matthew sin antes haber conversado con él, no tenía motivo porque él estaba en un viaje turístico fuera de Boston y regresaba el domingo al anochecer.

—Lilly, yo no quisiera incomodarte. Si llamándote nada más, ya me siento...

—¡Tonterías! Mi hermano está ahora en el supermercado, así que podemos hablar con calma. Por favor, quédate con nosotros. Quiero que conozcas a mi bebé. Peter es una delicia, de dos años, y no lo digo porque sea su madre.

Victoria rio.

—Debe ser un bebé hermoso, no lo dudo.

—Anda, di que sí. Matt se está quedando en una suite fuera de la casa principal, así que si no quieres cruzártelo créeme que no vas a hacerlo; al menos no, hasta que lo decidas.

—Yo... Vale, gracias, Lilly.

—¿Me envías los detalles de tu vuelo para pasar por ti en el aeropuerto?

—Tomaré un taxi.

—En absoluto. Mi marido y yo iremos a recogerte.

—Es muy generoso de tu parte. Gracias de nuevo.

—No me las des. Tu padre hizo mucho por mi hermano, y por ende también conmigo. Matt ha sido siempre un pilar de apoyo en todos los sentidos para mí. Espero que luego me cuentes qué es lo que ha ocurrido exactamente para que el irascible de Matthew haya finalmente decidido venir a verme.

—O sea que no te ha contado que...

—¿Qué lo dejaste por otro?

—Oh...

Lilly rio.

—No pasa nada. Solo me ha dicho eso, no ha entrado en detalles, y créeme que me costó arrancarle las palabras. Ya sabes que ser hermético es su especialidad. Pero, si me dices que quieres hablar con él es porque...

—Cancelé mi matrimonio.

—Siempre has sido una chica lista. Espero que puedas arreglar las cosas con Matt. Te espero mañana.

—Yo.... Sí, gracias. Hasta pronto, Lilly.

El capitán del avión les dio la bienvenida a bordo. Victoria respiró cuatro veces, hasta que se tranquilizó. Le gustaba viajar, pero los aviones solían ponerla algo inquieta durante el despegue. Se acomodó el cinturón de seguridad. Intentaba pensar que cuando tocara tierra en Boston, todo iría mejor. Tenía que ir mejor. Iba a luchar por lo que quería y en ese caso era Matt. No iba a perder la esperanza.

Y como si hubiera echado un ensalmo, un hombre guapísimo se le acercó para acomodarse. Quizá era una buena señal de que el sexo masculino no estaba confabulado contra su felicidad. «Seguro que le toca en uno de los dos asientos a mi lado», pensó. Al menos tendría alguien con quién conversar. Ella, para variar, tuvo que sentarse en el puesto de la mitad, entre el pasillo y la ventana.

Cuando el alto y joven muchacho de piel canela la miró con unos sonrientes ojos azules, ella le devolvió la sonrisa.

—¿Está ocupado? —preguntó él.

—Errr...no, no está ocupado.

Una voz femenina apareció de pronto. La dueña de esa voz era una pelirroja con un anillo de matrimonio. Ahora que Victoria se fijaba, el desconocido también llevaba uno.

—Vamos cariño, nos hemos confundido de asiento —señaló la mujer, mirándola con una ceja arqueada en son de mofa, mientras se llevaba del brazo a su sonriente marido. El hombre tuvo la audacia de dedicarle una mirada de disculpa.

«Un caballero en extrañas circunstancias o un tonto redomado que le gustaba flirtear.»

El vuelo transcurrió sin turbulencias, los asientos contiguos al suyo no los ocupó nadie, y el avión aterrizó a tiempo.

A pesar del cálido recibimiento de los Jackson, los nervios de Victoria estaban destemplados. No tenía idea de cómo tomaría Matt el que hubiese ido verlo. El gesto de Matthew de salir de San Francisco y abandonar la empresa era un claro indicio de que él había pasado la página. Se sentía en zozobra porque tampoco sabía si acaso le brindaría la oportunidad de hablar o si terminaría echándola de la casa de su hermana nada más verla. Matthew era un hombre tan generoso como tajante en sus decisiones. Si él la rechazaba, tal como ella había hecho, estaría perdida. Porque esa herida no iba a cerrarse, ni por más que encontrara otro hombre que le pusiera el mundo a sus pies. Ella deseaba el mundo con Matt, el resto... «No puedo ponerme pesimista. Vamos Victoria. No has hecho un viaje de tantas horas para rendirte antes de empezar.»

—Estás muy callada, Tori —dijo Lilly que en ese momento dejó de conversarle sobre su carrera como profesora de niños, y lo que le había costado vivir en Boston luego de ser una chica californiana. Boston era una ciudad que Victoria no conocía, pero a medida que el automóvil de Dermont iba serpenteando las calles de la urbe, ella quedaba maravillada con las zonas que las luces de la calle dejaban entrever.

—Lo siento, atravesar el país sin saber qué esperar me causa un poco de ansiedad... Te agradezco tu hospitalidad. Y a ti también, Dermont.

—No es nada —replicó el abogado, mientras presionaba el botón que abría las

puertas automáticas del garaje—. No te apures. Matthew no está en casa.

—Sí, me lo comentó Lilly. Un tour en Salem, ¿verdad?

Dermont miró a su esposa como si estuviera diciéndole “¿cuándo vas a decirle la verdad?”. A lo que Lilly respondió con la mirada “yo soy la que armé el plan, déjalo estar. Confía en mí”. Así que ambos salieron del automóvil sin responder a Victoria más que con un murmullo.

—Has traído poco equipaje —comentó Dermont con una sonrisa, bajando los dos *carry-on*—. Peter ya debe estar dormido, pero espero que puedas saludarlo mañana. Menos mal hemos contratado una niñera muy eficiente para cuando tenemos reuniones o eventos en las noches, sino nos sería imposible poder salir de casa.

—Qué suerte. Encontrar alguien de confianza no es nada fácil.

—En absoluto. Victoria, sé que vas a disfrutar mucho de Boston en estos días. Te va a gustar recorrerla. Hace buen tiempo. Lilly y yo te podemos dar *tips* de los mejores sitios de comer, los atardeceres, museos. La verdad es que esta ciudad es magnífica.

Victoria sonrió.

—Me encantará conocer a Peter —sonrió—. No quiero molestar por aquí demasiado, he pensado marcharme el lunes por la tarde —comentó entrando a la casa, guiada por los Jackson. Se fijó en su alrededor. Era un sitio acogedor. Se trataba de una antigua casa reformada y conservaba el aire señorial de otra época. Le gustó notar el entendimiento y compenetración que tenían los Jackson, y no podía evitar sentir gran nostalgia de su relación con Matt... Al final, ¿quién había echado todo a perder por cobarde? «Yo.»

—Oh, Tori, puedes quedarte el tiempo que necesites. Esta casa es grande y a nosotros nos gusta tener amigos alrededor —dijo Dermont, cuando llegaron hasta la segunda planta—. Voy a ver a Peter, te dejo en manos de mi esposa. —Luego se alejó.

Lilly le mostró la habitación que estaba justo al girar a la derecha de la escalera.

—Espero que te sientas cómoda aquí —dijo abriendo la puerta y encendiendo la luz—. Mi habitación está algo más lejos. Sigues al final del pasillo y giras a la izquierda. Justo al lado está el dormitorio del bebé. Dermont adora a Peter, ya viste que corrió a verlo nada más entrar —sonrió—. Disculpa su abrupta despedida.

—No pasa nada es normal. Ya quiero conocer a tu niño.

—Oh, mañana seguro su llanto te llega a las seis de la mañana.

Victoria rio.

—Tienes una casa maravillosa.

—Me alegra que te guste. Por cierto, ya te enseñé la cocina, así que si te apetece comer algo, no te restringas. Bajas y tomas lo que desees. Hay zumos, frutas y un montón de cosas. —Lilly le tomó las manos a Victoria con afecto—. Realmente me gusta haberte visto de nuevo después de tanto tiempo. Espero que en esta ocasión no dejemos de mantener el contacto. —Tori asintió—. Ya me voy a dormir que me espera mañana otra rutina de cuidados maternos. Tú intenta descansar que has tenido un largo viaje. Ya hablaremos.

—Hasta mañana...

Con un guiño, Lilly cerró la puerta tras de sí.

La habitación que le habían asignado era preciosa. Estaba pintada en un tono verde pastel, muy bajito, y la cama matrimonial parecía llamarla a dormir. El ajetreo del viaje la había dejado exhausta. Desempacó rápidamente. Se desnudó y se metió en el cuarto de baño.

Treinta minutos después, su cuerpo le agradecía. Se secó el cabello con el secador, se aplicó crema hidratante y luego se puso el conjunto de seda que era su pijama: short corto y la blusa azul de tirantes. Entre más ligera de ropa y más cómoda para dormir, mejor. Esa noche intentaría no agobiarse. Ya tendría la mañana para repensar el modo en que enfrentaría a Matthew. Apagó la luz de la habitación, y luego se deslizó bajo las sábanas.

El bar era un sitio exclusivo al que Matt entró acompañado de un par de amigos de Dermont, que eran asiduos clientes. El lugar era ostentoso, la música fantástica y la gente se divertía sin inhibiciones. En una esquina había un show de striptease. En otro ambiente se vivía la fiesta de espuma que Dermont le había mencionado, salvo que obvió un detalle: las mujeres estaban en topless bailando como si fuese el último día de vida humana. El centro de la pista estaba a rebosar. La barra de bebidas era extensa y tenía cabida para al menos veinte personas sentadas a lo largo y contaba con siete *barman* trabajando.

—Vaya —dijo Charles, un abogado especializado en litigios—, hoy está mejor que nunca. Bueno, Matthew, que te aproveche. Si no me encuentran, créanme estaré sano y salvo en la casa de alguna belleza. —Dándole una palmada en el hombro a Matt, y sonriéndole a Oliver, el otro amigo de Dermont, desapareció entre el gentío que bailaba con *Safe and Sound* de Capital Cities.

Matt rio.

—Un grupo de amigos me espera, ¿quieres que te presente o vas por tu cuenta? —preguntó Oliver. No era abogado, pero conocía a Dermont y Charles. Se dedicaba al negocio de importaciones de materiales agrícolas.

—Vamos.

Conversar fue lo que Matt menos hizo. El ruido, la adrenalina y la música lo envolvieron. Se dejó llevar por el ritmo y las mujeres que se le acercaban, y a las que él se aproximaba también. Se aventuró a la fiesta de espuma. Bailó muy pegado, acarició y se dejó acariciar. Solo tenía un grave problema. Cada que lo hacía, la sensación de estar traicionando a cierta sirena de ojos azules era más fuerte y no lo dejaba disfrutar del todo. ¡Él era libre por todos los demonios! No entendía cómo podía seguir afectándolo cuando ella estaba casada y seguramente disfrutando de la cama con otro. Ese último pensamiento lo incitó a tomar a su compañera de baile, atraerla de la cintura, pegándola más a su cuerpo. La acarició, pero a pesar de que sus

hormonas le pedían hacer algo más al respecto aprovechando la oscuridad, el perfume de la mujer le resultó demasiado fuerte.

—¿Te gustaría venir a mi departamento? Está muy cerca —le susurró la mujer al oído—. Soy Mónica, por cierto. —Él no le había preguntado el nombre. Solo quería ser un anónimo más en la fiesta—. ¿Tú eres...? —Le paso la mano por el trasero, sonriendo.

—Por ahora voy a beber algo —replicó sin contestar a su última pregunta.

La chica hizo un mohín, pero pronto se recuperó del sutil rechazo y encontró a otra pareja para que la acompañara en su baile desenfrenado con miras a pasar una noche ardiente.

Aquella era la tercera mujer en la noche que le insinuaba a Matt querer salir del bar para hacer algo más que intercambiar besos y manoseos, pero no tenía ganas de analizar los motivos que lo impulsó a rechazar a cada una de esas tres mujeres. Salió del ambiente en donde se llevaba a cabo la loca fiesta de espuma, y fue hasta la pista central. El efecto del licor le causaba una sensación similar a la alegría. Era una ilusión, por supuesto. Luego de bailar un buen rato volvió con los amigos de Oliver a la mesa reservada.

Estaba terminándose su Heineken, cuando a su lado se sentó una mujer muy guapa con exóticos ojos negros. La melena corta le enmarcaba un rostro de pómulos altos y labios sensuales pintados de rojo. Toda una invitación.

—Hola —dijo. Llevaba un vestido azul con un escote de infarto, y lo bastante corto como para dejar poco a la imaginación—. Te he visto muy animado toda la noche.

Él sonrió. Dejó la cerveza sobre la mesa. Necesitaba aliviar la contradictoria sensación que llevaba dentro. No iba a rechazarla a una mujer esta vez, se dijo.

—Es un sitio bastante interesante —replicó mirándola. Los ojos negros eran impactantes—. Decirte que eres muy guapa sería caer en un cliché. Pero lo eres.

Para hablar tenían que acercarse mucho debido al ruido de la música.

Ella rio.

—Soy Jennifer —dijo poniéndole la mano en el muslo de acero—. ¿Y tú?

Era su última oportunidad de la noche para terminar con el fantasma de Victoria en su cama. Estaba a miles de kilómetros de distancia de ella, pero sentía como si estuviese impregnada en su cuerpo. Llevaba su perfume en la piel de un modo que no podía explicarse. Casi podía sentirla a su lado. Odiaba saber que estaba con otro.

En la academia le habían enseñado el valor del honor. La rabia y los celos no eran emociones honorables, pero no podía evitar experimentarlas. Se sentía como una marejada contenida por un muro que cada vez se resquebrajaba más... Tenía que hacer algo para dejar el recuerdo de ella atrás. No con licor, no iba a empezar a convertirse en su padre ni en su padrastro tratando de dejar los problemas con el alcohol. No. Él, en ese preciso momento, necesitaba sexo. Y aunque su mente le pedía que no lo hiciera, la desoyó.

—Matt —replicó con una amplia sonrisa, mientras su mano se quedaba exactamente en la curva baja de uno de los orondos pechos de la chica—. Un placer conocerte, en todo el sentido de la palabra —dijo con su mejor sonrisa. Sí. Era esa sonrisa que sabía que conseguía que las mujeres le prestaran la atención que necesitaba. Una sonrisa que cuando la ponía en práctica en los negocios le granjeaba confianza y respecto de sus futuros clientes.

—Aquí no podemos conversar mucho —dijo tomando la mano de Matt y poniéndola sobre su pecho para que lo sintiera al completo. No llevaba sujetador. En un movimiento reflejo, él lo apretó y acarició el pezón de la mujer hasta que lo sintió fruncirse entre sus dedos. Ella gimió, se inclinó y le mordió el lóbulo de la oreja antes de decirle—: ¿Te parece mejor ir a un sitio más íntimo, Matt? Estoy de paso por la ciudad, así que quizá...

—Vámonos —dijo él poniéndose de pie. No necesitaba nada más. Esa mujer era

perfecta para olvidar a Victoria. Estaba de paso por la ciudad, no buscaba compromisos y además iba directo a lo que a ambos les interesaba: sexo—. Tengo un sitio fantástico para esa conversación que tenemos tantas ganas de empezar.

—Perfecto —susurró Jennifer aferrándose a la mano de Matt, mientras se hacían un espacio entre la multitud y salían al abrigo de la noche.

CAPÍTULO 22

En el silencio de la noche, Victoria escuchó unos ruidos extraños en la planta baja. Ella estaba en la habitación cerca de la escalera y le llegaban más claramente los ruidos que a los Jackson. Frunció el ceño, pero volvió a acomodar la cabeza sobre la almohada. De repente sonó un “clic”. Con los dedos se frotó los párpados. Se sentó adormilada y de mala gana. Ahora escuchaba una suerte de murmullos. Y en ese momento su estómago rugió, recordándole que había llegado tan agotada del viaje que se acostó sin cenar.

Con un suspiro decidió bajar a ver qué encontraba en la nevera. Quizá un zumo y frutas. Algo ligero para poder volver a conciliar el sueño o al menos intentarlo. No se molestó en calzarse, porque la casa tenía la escalera alfombrada.

Se aproximó hasta la cocina y observó la luz encendida. «No, no me estaba volviendo loca», pensó con una sonrisa. Seguro era Lilly con sus antojos del embarazo. Cruzó el umbral, abrió la puerta y ahogó una exclamación ante la escena que tenía ante sus ojos.

Quería creer que estaba alucinando, pero era imposible que confundiera a Matthew con otro hombre, menos cuando él tenía una mano en la puerta de la refrigeradora, y la otra en la cintura de una exótica mujer que lo abrazaba como si tuviese todo el derecho a hacerlo. Victoria lo miró a los ojos, sin darse cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Pensé... yo... —empezó con voz trémula—. Pensé que Lilly... yo...

—¿Victoria? —susurró Matthew verdaderamente sorprendido de verla. Estaba en blanco y se olvidó de lo que estaba haciendo, así que solo por el chillido de Jennifer, que trastabilló cuando él dejó de sostenerla con el brazo, recordó que acababa de llegar del bar e iban a buscar provisiones para la noche. Una noche de

sexo desenfrenado. Ni en sus más remotas cavilaciones habría imaginado encontrarse con Victoria. Menos aún, vestida con un pijama que dejaba sus piernas bastante expuestas y una blusa tan ligera, que se adhería a sus pechos de un modo que debería ser prohibitivo. Lo más importante de todo: ¿Qué hacía ahí, cuando se había casado con otro apenas siete días atrás?

—Oh... —Se llevó instintivamente la mano al lado del corazón—. Lo... lo siento... No sabía que... Me voy. —Prácticamente subió corriendo las escaleras. Cerró la puerta de su habitación, apoyó la espalda en ella con la respiración agitada y una sensación de dolorosa desesperación que le robaba la capacidad de contener el sollozo que pugnaba por escapársele de la garganta. Lilly le había dicho que Matt estaba fuera. Lo más probable es que él hubiera regresado antes, y no tenía que rendir cuentas a nadie de cuándo llegaba o cuándo decidía cambiar de opinión sobre sus salidas. «Ni con quién lo hacía...»

Se cubrió el rostro con las manos. Era lógico que, después de todo, Matthew hubiera pensado en rehacer su vida. Sin embargo, aun siendo consciente de que él en realidad era libre de estar con quien quisiera, no podía evitar sentir un dolor lacerante ante la imagen de otra mujer pegada a él con la evidente intención de hacer algo más que solo tomar un tentempié nocturno. La estúpida e ingenua esperanza que la había llevado a cruzar el país de costa a costa se evaporó. Ya era demasiado tarde.

Con resignación, avanzó hasta la cama y se desplomó en ella, derrotada.

Se mordió el labio para no llorar, abrazándose a la almohada como si fuera su tabla de salvación. Su parte impulsiva hubiera empezado a hacer la maleta, pero a esa hora no iba a ponerse a buscar un vuelo de regreso a San Francisco. Tampoco podía abandonar la casa en medio de la madrugada, no después de cómo se había portado Lilly. Al final, ¿qué había esperado? ¿Quizá que Matt se mantuviese soltero? ¿Qué estuviera lamentándose en los rincones? «Sí», pensó tratando de sonreír con esa respuesta tan infantil. Seguro y lo que creía una sonrisa no era más que una horrible mueca. «Patética.» Se abrazó con firmeza a la almohada.

Cerró los ojos e intentó dormir. Apretó los párpados con fuerza como si de ese modo pudiese evaporarse la imagen de la escena que acababa de ver. ¿Por qué no podía dejar de cometer errores? ¿Qué clase de ridículo karma estaba pagando?

Cuando Victoria salió de la cocina, él la siguió con la mirada. Obviamente Lilly sabía que ella vendría a Boston. Si no estuviera Dermont en casa, a Matt no le habría importado ir a despertar a su hermana y hacerle confesar qué demonios se traía entre manos. No por algo conocía a Lilly al dedillo, y era una cotilla. Y eso que apenas le había contado nada sobre Victoria y él.

—¿Es ella, verdad? —preguntó la mujer que estaba junto a Matt, interrumpiendo sus pensamientos.

Él se giró hacia Jennifer. Sí. Físicamente era perfecta. Pero no serviría de nada intentar acostarse con ella. Victoria lo había convertido en una suerte de eunuco con otras mujeres, y eso que durante la noche realmente hizo lo que más pudo para complacer su libido. La situación iba a peor ahora que acababa de ver a su némesis con tan poca ropa...

—No entiendo —dijo Matthew frunciendo el ceño.

Jennifer no era tonta. Trabajar como acompañante de muchos hombres importantes le había dado la habilidad de leer a la perfección el lenguaje masculino. Siendo ella una mujer, las señales femeninas eran todavía más obvias.

—Quizá no debería decirte esto, pero el dolor que vi en los ojos de ella... —se encogió de hombros—, no pensé que hubiera sido algo tan intenso. Pero supongo que tu hermana no se equivocaba.

—¿Mi hermana? —preguntó achicando los ojos.

No era política de Jennifer dar a conocer a terceros los acuerdos con sus

clientes, pero era más que evidente que ese hombre andaba por la calle de la amargura. Otro hombre, ya la hubiese intentado tomar sobre el mesón o besarla como loco en el automóvil, un *rapidito*, como ella solía decirle al sexo en el coche. Por supuesto, ella se habría negado porque su tarifa y servicio no incluía más allá de un par de manoseos sin llegar a un acto sexual.

Jennifer le contó a qué se dedicaba, y le explicó lo inquieta que estaba Lilly cuando la llamó para exponerle su plan.

—Lo cierto es que no suelo hablar de mi trabajo con otras partes ajenas a quien me contrató, Matthew. Sé que la señora Jackson tenía buena intención y también por eso acepté. Los líos de pareja prefiero evitarlos, mis clientes habitualmente son hombres solteros o divorciados. A ese target se limita mi trabajo como acompañante de lujo —suspiró—. En fin. Creo que ya he cumplido mi propósito.

—¿Traerme a casa? —preguntó con sarcasmo y bullendo de rabia. ¿Cómo se había atrevido su hermana a hacerle esa niñería?

Ella negó sin perder la sonrisa. Tratar con el sexo opuesto era su especialidad.

—En realidad, el propósito era que fueras al bar, yo me acercara y consiguiera que me invitaras a tu casa. Emborracharnos un poco, o cansarnos hablando de todo o de nada, quedarnos dormidos y levantarnos a la mañana siguiente para que así te encontraras con la chica —se encogió de hombros—, supongo que las cosas se han dado de otro modo. En todo caso soy, como te dije, una acompañante. Coqueteo, toco un poco, pero no hay sexo.

Matt apretó la mandíbula. Odiaba saberse manipulado.

—¿Y quién te garantizaba que no iba a tener sexo contigo? Lo hubiera querido, Jennifer. Siempre consigo lo que quiero.

Ella sonrió.

—Tú no eres un hombre que insistiría acostarse con una mujer por más caliente que estuvieses, si ella te dijera que no.

—Esto es demasiado enrevesado, inclusive para Lilly.

Jennifer se rio. Tenía una risa agradable.

—Lo que sucede es que los hombres son demasiado simples, y las mujeres... — se encogió de hombros—, digamos que somos un poco más detallistas. Ya me pido un taxi. Mi trabajo ha terminado.

—No me puedo creer esto... —masculló Matthew pasándole las manos entre el cabello. —A Matt se le ocurrió una idea de pronto. Seguro no la más brillante a esa hora, pero una idea al fin y al cabo—. ¿Sabes, Jennifer? Vas a tener que terminar todo el trabajo.

Ella frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Vas a dormir en mi suite, tú en la cama y yo en el sofá. Y seguiremos exactamente lo que te pidió la metomentodo de mi hermana, hasta mañana en la mañana.

—Pero...

—Te pagaré el doble de lo que te ofreció Lilly por esta charada.

—Me gusta mucho el dinero, no te lo niego. ¿A quién no? Pero...

—Estoy dispuesto a triplicar lo que fuera que te hubiese pagado mi hermana.

—Lo siento. —Sin más, le dio una palmadita en el hombro a Matt—. Suerte con la chica de arriba. —Luego salió silenciosamente de la casa.

Matt soltó una palabrota. No se podía creer semejante bobería que su hermana había orquestado. ¿Eran así todas las mujeres embarazadas cuando se les disparaban las hormonas? ¿Iba de la mano con que se les fuera también un poco la chaveta, o se trata de que Lilly fuese un caso especial y aislado? ¡Una acompañante por todos los cielos! Su hermana iba a escucharlo más pronto que tarde. Y no solo ella, porque bien

sabía que donde estaba Lilly estaba el taimado de Dermont.

Apoyó las manos sobre el mesón frío, agachó la cabeza. Cerró los ojos y respiró. Intentó recobrar la calma. No podía actuar movido por la rabia. Inhaló y exhaló. Pasaron treinta segundos. Un minuto. Cinco. Diez.

La única habitación que no estaba llena de los trastos de su hermana estaba junto a la escalera. Primero tenía que meterse a la ducha. Olía a perfume de otras mujeres y noche de juerga. No era justo hacerle eso a Victoria, por más una parte suya creyera que se lo mereciera. La escena con Jennifer había sido más que suficiente, y él ni siquiera la había planeado. Salió y fue hasta su suite.

Victoria miró el reloj de la mesa de noche por enésima vez. Las cuatro de la madrugada. Volvió a cerrar los ojos. Su almohada estaba húmeda. Llorar había sido inevitable. Lo único que le quedaba para no volverse loca era su empleo al regresar a California. Era el recurso para evitar pensar en Matt y encausar su tristeza haciendo algo productivo. Luego viajaría hacia algún destino paradisíaco, y poco a poco se empezaría a recuperar. O al menos lo intentaría. Trabajar dando capacitación y asesoramiento a ejecutivos de alto nivel era entretenido, pero no la llenaba por completo. Necesitaba crear, mas no instruir a otros sobre cómo hacerlo ni tampoco trabajar con proyectos pequeños como ejecutiva externa en una agencia. Eso no le causaba estimulación profesional.

—¿Victoria?

«Ahora escucho su voz. Cerebro traicionero.» Metió la cabeza bajo almohada. En esta ocasión sonó la puerta. Tres golpes suaves, pero con firmeza.

—Victoria, abre la puerta. Tenemos que hablar.

«¿Hablar? ¿Ya había terminado su sesión de sexo y ahora quería hablar? No gracias.» Permaneció en silencio. Observó cómo el segundero recorría la

circunferencia del reloj.

La puerta sonó de nuevo.

—Si no abres, aunque adoro a mi sobrino y respeto el sueño de mi familia, no me va a importar empezar a forzar la puerta. Tienes diez segundos para dejar de fingir que estás dormida... Uno...

«¿Pretendía obligarla a hablar? Que se vaya con viento fresco.»

—Dos...

Además, ¿qué podía decirle? Era evidente que solo iba a preguntarle para qué estaba allí. Ella le respondería que ahora no importaba y que se fuera al diablo. Y él también se cabrearía y se terminarían pelando de nuevo. No, gracias.

—Tres...

La imagen de aquella mujer enroscada como pulpo a Matt, y la manera en que la tenía sostenida tan posesivamente de la cintura, no se le iba de la cabeza. Mucho menos olvidaba la camisa medio abierta y la mirada intensa, como si...

—Cuatro... Cinco... Seis...

Maldición. Sabía que Matthew era capaz de cumplir su amenaza. Se incorporó de la cama. Sentía el corazón bombeando más de prisa. Apretó la mandíbula. No encendió la luz. No quería que la viera con los ojos rojos. «El muy tonto.»

Abrió la puerta.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con un tono sereno.

—Me alegro que hayas recapacitado y abrieras.

El olor a limpio de Matt le llenó las fosas nasales. ¿Se bañó después de tener sexo con esa mujer, o se habían bañado juntos, o...?

—Tiene más que ver con la consideración a los dueños de casa.

Matt frunció el ceño. Apenas veía nada, pero las sombras dejaban entrever que la mano de Victoria estaba apostada contra el marco de la puerta y la otra sostenía el pomo desde dentro, como si quisiera darle en las narices de un momento a otro. La voz aparentemente tranquila escondía incomodidad y rabia. La conocía muy bien. Estiró la mano, tomó la de Victoria que se apoyaba sobre el marco, y la haló hacia él.

—No tienes anillo —dijo pasando su pulgar sobre el desnudo dedo anular femenino. Un gran alivio lo invadió por completo. Eso le permitió calmarse del todo por lo que había pasado en la casa de Chloe semanas atrás. Ahora necesitaba respuestas claras—. No te casaste —afirmó.

Victoria se soltó.

—Eres un verdadero genio. Ahora, déjame en paz, mañana tengo que tomar un vuelo a San Francisco. Así que vete. —Empezó a cerrar la puerta, pero él interpuso el pie y su mano firmemente, impidiéndoselo.

—Soy más fuerte que tú... no puedes impedirme pasar.

—¿Qué quieres? ¿No tienes asuntos que atender abajo?

Él no sonrió. Se quedó en silencio mirando el perfil de Victoria a la sombra.

—¿Podemos hablar..., por favor?

Ese tono de voz la hizo dejar de lado la posición defensiva, pero no la cautela. Soltó el aire y se apartó de la puerta. La figura de Matt pareció llenar todo el espacio del cuarto con su presencia. Era lo suficientemente alto y fuerte para inspirar respeto, pero a ella siempre le había generado una sensación de protección. Cuando estaba él alrededor, se sentía protegida. Aunque en ese preciso instante, no.

—Supongo que no tengo otra salida —dijo de mala gana.

Él encendió la luz, haciéndola pestañear y taparse los ojos.

—¿Puedes apagar eso?

—No. Creo que esta conversación es cara a cara. No con media luz, ni a oscuras. No creo que hayas viajado tantos kilómetros para esconderte de mí. ¿Cierto que no? —Sin ser invitado se sentó en la cama.

Consciente de que estaba desnuda bajo la ropa de dormir, Victoria se acomodó sobre el colchón, lo más lejos posible de él. Agarró una sábana y la colocó sobre las piernas.

Matthew se fijó en los ojos rojos, el cabello despeinado y el modo en que apretaba las manos entrelazadas sobre el regazo. No le gustaba en absoluto verla así.

—Vine a visitar a Lilly. No sabía que estabas aquí en la casa, y...—rio, nerviosa—. Debí rechazar su oferta de hospedarme... En todo caso al amanecer buscaré un vuelo de regreso a casa.

—Mentirme no sirve de mucho, ¿sabes? —Se incorporó ligeramente, tan solo para acercarse más a ella que estaba replegada en una esquina. Victoria no se movió. ¿Dónde podía escapar? No tenía salida—. Mejor dime, ¿por qué no te casaste? —preguntó con suavidad.

Ella se mordió el labio inferior mirando hacia un lado. Apretó los dedos de las manos, unos contra otros. Estaba segura que tenía los nudillos blancos.

—Digamos que Devon no era precisamente el hombre que merecía que yo cumpliera una promesa... —Apretó los dientes. Confesar que había cometido un grave error no era fácil, aun cuando ese era el propósito del viaje, entre otras cosas. Pero ahora que él estaba con otra... Ni siquiera entendía el porqué de Matt de molestarse en querer hablar con ella—. Me fue infiel, Matthew. De esa situación surgió un niño: Leo. Lo supe el mismo día que iba a celebrarse la boda... No fue el momento más agradable, pero al menos me enteré de la verdad. A tiempo.

Matt colocó su mano grande sobre las dos de Victoria, y con la otra le elevó el mentón hacia él.

—¿Por eso cancelaste la boda?

—Entre otras cosas...

—¿Como cuáles?

—De verdad que no tengo ganas de hablar sobre ese tema...—miró la puerta—. ¿Me podrías dejar ahora? Quisiera intentar descansar un poco antes de hacer el equipaje para...

—No me acosté con Jennifer —confesó, interrumpiéndola—. Se fue cuando tú subiste las escaleras.

—Matt, no me debes ninguna explicación. —«Pero te la agradezco infinitamente porque mi corazón estaba a punto de tener una taquicardia.»

—Estuve en un bar hace un rato, allí conocí a... En fin. Hubo unos tanteos con un par de chicas. —Su necesidad de explicarle iba ligada a la angustia que experimentaba al ver el dolor en sus preciosos ojos azules. Amaba a Victoria. Un amor como el que sentía no podía evaporarse con ninguna otra mujer como estúpidamente creyó, ni tampoco ese amor se desvanecería con el paso del tiempo. Había cosas que simplemente estaban destinadas a ser —. No sabía que estabas en Boston, tampoco que no te habías casado... Así que hoy pensaba... —rio sin alegría —, no importa.

Ella lo miró con tristeza. Reprimió las lágrimas. La idea de Matt tonteando, besándose, o lo que fuera, con otras mujeres, le causaba dolor. Pero era un dolor consecuencia de su decisión de no ser leal a sí misma, a su amor por él, y dejarse llevar por la culpa. Tenía que asumir que estaría siendo injusta si la reclamaba...

—Vivir la vida de soltero —dijo con un nudo en la garganta—. Es lógico, después de todo. Yo elegí alejarme.

Él le acarició la barbilla, y luego la mejilla con suavidad.

—Intenté olvidarte... —negó con la cabeza—, una absoluta imbecilidad. Lo cierto es que no ha habido nadie después de ti...

«Dios.» Cuánto lo había echado de menos. Su voz, su piel, todo él. Lo llevaba grabado en la piel y en el alma. Y que ahora le dijese eso...

—Yo... —soltó un suspiro—. Lo mismo digo —susurró.

—¿El imbécil de tu ex y tú, no...?

Victoria apretó la mano de Matthew, y él entrelazó los dedos con los de ella. En el silencio de la madrugada las voces resonaban en la habitación. Cada sonido era perfectamente audible para el otro, en especial cuando el ritmo de sus respiraciones cambiaba.

—Vivíamos en sitios separados porque su hermana gemela es bastante posesiva. Así que él aceptó la oferta de quedarse una temporada con su familia. Y aun cuando salíamos, pues... —se encogió de hombros—, no pasaba de un beso sin emoción.

Matt apretó la mandíbula. Con o sin emoción los celos no discriminaban. Pero él no había sido precisamente estoico esa noche con otras mujeres. Hipócrita no era.

—Supongo que cada uno intentó hacer lo suyo. —Le acarició el labio con el pulgar. Todos sus sentidos parecían haber recobrado el ritmo normal. Como si la electricidad que lo había movido esas últimas semanas hubiese estado en la frecuencia equivocada y ahora estuviese enchufada al voltaje perfecto—. Habla conmigo sobre lo que has vivido estas semanas lejos.

Victoria le contó lo que había ocurrido ese tiempo lejos de él. La recuperación de Devon. La distancia emocional entre ellos. El día de la boda con todos los invitados. La llegada de Amelia. El asunto de Leo. El matrimonio de Devon y Amelia. El nuevo empleo que había conseguido.

Matthew la escuchó con atención, sin dejar de mirarla a los ojos. Luego, Victoria le habló de cómo logró contactar con Lilly, hasta que llegó a Boston esa misma noche.

—Así que ha sido todo un viaje. —Ella asintió—. Entonces, ¿viniste para comunicarme que habías cancelado tu matrimonio?

Ella negó.

—Pensé que Lilly te lo había dicho, y yo...

—Mañana ajustaré cuentas con mi hermana, pero ahora me gustaría escuchar lo que viniste a decirme.

—¿No me la vas a poner fácil, verdad?

—Creo que prefiero escuchar a suponer —replicó acariciándole la mejilla con ternura, mientras sus dedos acariciaban los de Victoria. No podía dar crédito todavía al hecho de que ella estuviese en Boston. Pero lo más importante: que no se hubiera casado. ¡Dios! No iba a dejarla escapar. No esta vez. Aunque tuviera que convencerla de mil modos.

—¿Sigues enfadado conmigo? —preguntó con suavidad.

—En realidad he estado más dolido que enfadado, Tori.

Ella lo miró a los ojos. Con todo el amor y el arrepentimiento que sentía.

—Yo... yo me equivoqué al rechazarte. Ha sido el error más grave de mi vida. Lamento haberte lastimado. Lo lamento, Matt...—dijo con la voz rota—. Sin ti, mi vida no es completa. Pero eso lo he sabido desde siempre. Solo que fui demasiado tonta para recordarlo. Mi padre me dijo que una promesa no vale nada cuando está en contra de tu propio corazón. Y yo te amo. Aunque no me hubiese enterado de Amelia y su relación con Devon iba a cancelar el matrimonio, porque no podía prometer a otro hombre un corazón que ya tiene dueño. Sé que te herí al no valorar tus sentimientos como debí hacerlo. Sé que eres un hombre complejo, pero te amo especialmente con tus defectos, y me enamoran tus virtudes. No solo vine a decirte que te amo y que estoy enamorada de ti... —lo miró con los ojos llenos de lágrimas—, también vine a pedirte que me perdones por el dolor que te causé... que nos he causado —susurró.

Él le sonrió con ternura. Le acarició las mejillas y ella dejó que sus lágrimas cayeran. Matthew las recogió con los dedos.

—Ah, mi amor. Mi valiente, Tori —susurró inclinándose hacia ella. Le dio un beso muy, muy suave en los labios—. Ven aquí —dijo antes de abrir sus brazos. Victoria no dudó y se acomodó en su regazo.

—Si hubiera sido valiente no estuviésemos aquí, sino en San Francisco y...

—Tori, eres testaruda y orgullosa —murmuró contra sus labios, mordisqueándoselos —, venir a verme y aceptar que te equivocaste es un gesto de valentía, pero antes que todo es un gesto de amor. Y eso es más importante que nada. Tú me has enseñado a amar y amarte de un modo que no creí posible. No quiero volver a pasar un infierno al estar sin ti.

—Yo tampoco, mi amor...

Él besó la nariz respingona, aquellas suaves mejillas y ella le devolvió las caricias.

—Has venido hasta mí, tesoro, así que no tengo nada ya que disculpar. Ahora, solo prométeme que no vas a volver a dejarme.

—Es una promesa. —Ella rio. Rio con una alegría que no sentía desde hacía semanas. Una alegría que solo conocía cuando estaba con Matt.

Él la abrazó con fuerza. Como si nunca más quisiera dejarla ir. Y así era.

CAPÍTULO 23

Victoria se apoyó sobre las rodillas, colocando los talones bajo el trasero ante la mirada llena de deseo y amor de Matthew. Empezó a quitarse la parte superior del pijama por encima de la cabeza. Al hacerlo los pezones erectos rozaron la tela de seda, excitándola. Matt vio en ella exuberancia y perfección. No había otras palabras para describir lo que era Victoria, en todos los sentidos posibles. Tenía unos pechos hermosos, la piel satinada, las curvas proporcionadas en los sitios que a él le gustaba acariciar, su aroma lo subyugaba y sus besos lo seducían. Era la única mujer que con una sonrisa lo podía poner a sus pies.

—Eres tan bella —dijo acariciándole los hombros, recorriendo con sus dedos la piel suave de los brazos, sintiéndola temblar con su contacto.

Victoria lo observaba con anhelo.

—¿Matt...? —murmuró cuando el dorso de la mano de Matthew pasó rozando un pezón, y luego otro. Una caricia débil, superficial, pero que la hizo estremecer.

—Dime, cariño —dijo quitándole la sábana que se había quedado enredada en las piernas de Victoria. Jugeteó con el elástico del pantaloncito corto de seda del pijama. Estaba desnuda bajo ese pedazo de tela. «¡Qué mujer!» Deslizó la mano, desde el suave abdomen, hasta el pubis, movió los dedos contra los rizos negros, hasta llegar a la zona más delicada. Aquella que él conocía perfectamente. Suave, rosada y húmeda.

—Tú..., ¿tú llegaste a este punto con otras, mientras yo...?

Él le sonrió con ternura moviendo sus dedos y viéndola morderse el labio. Los ojos azules destellaban pasión, deseo, y amor.

—No, princesa. Ahora, shhh, déjame besarte. —Deslizó dos dedos en el

húmedo interior femenino—. ¿Te parece bien? —preguntó contra sus labios, y penetrando en ella con un dedo, lubricándola con sus propios fluidos cálidos, mientras con el pulgar hacía círculos sobre el clítoris—. ¿Mmm?

¿Cómo era posible sentir tanto amor y dulzura, para al siguiente instante experimentar las sensaciones más ardientes recorriéndole las venas?, pensó Victoria, antes de tomar la mano de Matt y sacarla de su interior.

—Quiero que tú sientas el mismo placer que yo... —jadeó—. Estoy medio desnuda y tú sigues con esos vaqueros y la camisa.

Él le sonrió.

—Tienes razón. Qué descuidado de mi parte —replicó con picardía. Se apartó, bajando del colchón, y en cinco segundos estaba total y gloriosamente desnudo frente a ella. El miembro erecto, grueso y palpitante se agitó ante la ardiente mirada de Victoria. Ella estiró la mano y tocó el glande. Matthew se hizo a un lado.

—No es justo, tú me has tocado...

—Yo te diré lo que es justo —dijo antes de tumbarla en la cama y quitarle el pantaloncito con un movimiento rápido, desnudándola por completo. La miró con lujuria y le dijo con voz ronca—: Iré un poco más de prisa. No puedo contenerme. Han sido demasiados días sin ti. —Le dio un beso profundo y voraz. Ella se lo devolvió con ímpetu. Al sentir la ardiente erección contra su cadera, mientras Matt la miraba con deseo, Victoria se removió, excitada. Él deslizó la mano izquierda bajo la espalda de Victoria para apretarla más contra él, y con la mano derecha le acarició los pechos.

—Yo también me muero por sentirte en mi interior, te he echado tanto de menos —susurró atrayendo la cabeza de Matt con sus manos para besarlo. Él tomó su boca con hambre, la besó como si se le fuera la vida en ello, y pronto la lujuria entre ambos explotó candente y vibrante.

Las pequeñas manos de femeninas se sostenían de los fuertes hombros,

apretándolos. Jadeando, Matt se apartó de esa deliciosa boca para pasear sus labios por el cuello elegante y suave que expedía el aroma natural de Victoria. Recorrió con la lengua el canalito que separaba los pechos. Atendió con mimo esas maravillosas cumbres coronadas por rosados pezones. Las lamió, y las besó. A uno y otro pezón les dio pequeños mordiscos, los succionó, hasta que se contorsionó bajo su cuerpo y le clavó las uñas en la espalda, al tiempo que elevaba las caderas hacia él, pidiéndole que la tomara en ese momento. Se moría por penetrarla, pero antes deseaba probarla. Le gustaba su sabor natural, su esencia de mujer. Deslizó el cuerpo hacia abajo, besando cada recodo de piel durante el camino.

—Matt... —Fue lo único que alcanzó a murmurar antes de que la boca masculina la tomara por sorpresa y explorara sus pliegues, descubriendo sus secretos con la lengua; lamiéndola y chupando su clítoris, mientras las manos expertas acariciaban sus pechos, apretándolos con suavidad y precisión. Gimió, se retorció, y cuando creía que el mundo se desintegraba en trocitos de placer, él se detuvo. Dejó de amarla con la boca y empezó a deslizarse hacia arriba con deliberada lentitud besando la cara interna de sus muslos, ascendiendo poco a poco por su piel. El miembro erecto golpeó su sexo, pero no lo penetró como ella anhelaba. Él sonrió con picardía, sabiendo cuánto lo deseaba ella.

Victoria sintió cómo Matt jugueteaba con la erección, moviéndose hacia adelante y atrás recorriendo sus pliegues húmedos, tentándola. La boca de Matt paseó por sus caderas, su vientre y devoró sus pechos. Estaba a punto de reclamar su tortura, cuando él finalmente se hundió en ella, tensando su carne y llegando profundamente, arrancándole un grito de puro placer.

—No grites tan alto, cariño, vas a despertar a toda la casa... —dijo entre jadeos, mientras entraba y salía de esa deliciosa humedad. Para que Victoria no despertara a toda la casa la besó; poseyó su boca instándola a probarse a sí misma, una mezcla de sus sabores, aromas y deseos.

Ella se movió al compás que marcaba Matthew, lo rodeó con las piernas para llevarlo más adentro de su cuerpo. Los empujes de Matt eran consistentes, profundos,

duros, deliciosos. Victoria, cada vez más excitada, se sostenía de los hombros sudorosos y enérgicos, mientras sus pechos se balanceaban al erótico son de los embates masculinos.

Él aceleró el ritmo perdiendo totalmente el control en la búsqueda de la liberación. Sentía cómo el sexo de Victoria lo envolvía y se contraía alrededor de su miembro palpitante. En ningún momento dejaron de mirarse, uniendo así no solo sus cuerpos, sino también aquello que era intangible y que movía las emociones que a ambos los embargaba. Ella temblaba y gemía, y a él le costaba mantener el ritmo de la respiración.

Victoria se sentía más viva que nunca, mientras él la besaba, le acariciaba el cuerpo con las manos y el alma con la mirada. Deseaba gritar, pero no quería despertar a toda la casa, así que tuvo que ahogar sus sollozos, y esa contención la excitó todavía más. Como si ella y Matt estuvieran compartiendo un secreto. Un secreto maravilloso, sin duda. Ella incorporó mínimamente tan solo para mordisquear con fuerza el hombro de Matthew, él gruñó y agitó el vaivén de su pelvis. Luego la atrajo para devorarle la boca.

—Matt... —susurró su nombre—. Oh, sí..., así...

—Mi amor...—Con un último empujón, Matthew los lanzó a ambos a un precipicio de delirante placer cuando la fiebre volcánica que los consumía los abrasó por completo. Él se vació en ella y compartieron un grito de éxtasis ahogado con un beso.

Se quedaron en silencio. Jadeantes y con el corazón a mil.

Victoria lo miraba con una sonrisa de satisfacción y amor. Oh, sí, amor en esencia pura. Él le acarició el cabello con ternura. La besó en la boca con suavidad, y continuó haciéndolo un rato hasta que sus respiraciones se normalizaron. Matt salió del húmedo refugio, antes de llevarla consigo y dejándola sobre él.

—Te amo —susurró Victoria con una sonrisa—. Hacer el amor contigo es...

—¿Maravilloso?

—No está mal —replicó riéndose, y él le dio un cachete en el trasero.

—Provocadora —dijo dándole un beso en la frente.

—Me incitas a ello.

—Espero que solo sea conmigo. —Ella le hizo un guiño—. Tori, después de casi perderte, no pienso dejarte escapar.

—Yo no querría hacerlo. Te necesito a mi lado —susurró moviéndose para llegar a los labios de Matt y besarlos. Esa mujer lo ponía a cien.

—Estamos muy de acuerdo entonces —murmuró él, devolviéndole el beso, mordiendo los labios carnosos con pasión, y acariciándole con ternura los costados y la espalda tersa. Era frágil y fuerte al mismo tiempo. Era toda suya. —Se apartó de su boca y la miró con ardor—. Estoy loco por ti. Te admiro como mujer, te deseo como a nadie, y eres la única capaz de mover mi mundo en el sentido correcto —confesó tomándole el rostro entre sus manos con dulzura—. Elígenos hoy, Victoria. Cásate conmigo. Por favor...

Ella tragó en seco.

—Pensé que no volverías a pedírmelo —dijo con emoción—. Y lo cierto es que venía dispuesta a proponértelo —rio—, pero la escena de la cocina me disuadió...

Matt apretó la mandíbula.

—No voy a darte tregua —expresó con convicción—. Eso tienes que llevarlo claro. No me interesa ninguna otra mujer que no seas tú. Te quiero a mi lado, para siempre.

—Matthew... —susurró. Al fin estaba en el sitio que le correspondía. Al fin podía sonreír con el corazón—. Nada me haría más feliz que ser tu esposa —dijo con los ojos brillantes de ilusión y esperanza—. Claro que me casaré contigo.

Aquella fue la última conversación que sostuvieron durante varias horas, antes de empezar a recuperar todas las semanas que habían pasado lejos de los brazos del otro.

Dermont confesó su conspiración con Lilly en menos de cinco minutos, cuando Matt lo increpó con una mirada dura e impaciente. Contó con detalles el plan de Lilly al contratar a Jennifer, con la finalidad de que la chica consiguiera reafirmar en Victoria la convicción de que Matthew era el hombre indicado, y que si no lo valoraba, que llevara claro que él podía irse con otra. Dermont también confesó que el plan de su mujer iba encaminado a sorprender a Matthew para que este se diera cuenta de que no importaba cuántas mujeres se le insinuaran, ninguna iba a tener un efecto como el que ejercía Victoria en él.

Victoria lo tomó a broma, pero a Matt no le gustó en absoluto que los hubiesen manipulado de esa manera. Aunque al final, le reconoció el mérito a su hermana, no así a su mejor amigo que se ganó un par de empujones en la cancha de básquet la tarde del domingo, mientras las chicas conversaban en el interior de la casa.

A pesar de que Victoria quiso regresar al siguiente día a San Francisco, los Jackson insistieron en que se quedara un par de días más. Ella accedió. Apenas tuvo un rato a solas llamó a su padre para contarle de su matrimonio con Matthew. John se puso muy contento con la noticia y los urgió a volver para organizarlo todo.

—¿Tori? —llamó Matt desde el umbral de la puerta de la suite que ahora estaban compartiendo. Llevaban cuatro días maravillosos desde que se había reconciliado. El día anterior habían ido a comprar un precioso anillo de compromiso, luego deambularon por Boston y conversaron durante horas de todo y nada, sin dejar de explorar la pasión que bullía entre ambos. Ella hubiese querido no salir de esa burbuja, pero tendrían que volver a la realidad tarde o temprano.

—Estoy casi lista —sonrió. Estaba arreglándose la coleta para ir a cenar.

—Hay algo de lo que no hemos conversado —comentó avanzando hasta ella. La abrazó.

—¿Debo preocuparme?

—Eso debes decidirlo tú —dijo con cierto recelo. Al verla fruncir el ceño, le pasó el pulgar acariciándole las cejas definidas y delicadas—. Sé que es muy pronto para decirlo, y que tenemos algunas cosas por dejar acordadas, pero, ¿querrías tener hijos conmigo?

Ella le acarició la mejilla con la mano.

—Matt, ¿tiene esto algo que ver con tu pasado?

Él apretó la mandíbula y asintió, colocando su mano sobre la de Victoria.

—Cuando te hablé de mi vinculación a Temple Ki, no te conté el verdadero motivo —dijo mirándola, atento a todas las expresiones faciales de Victoria—. No me llevo bien con Monique, mi madre. Cuando era pequeño mi padre nos abandonó a Lilly a mí. Él prefirió ir de bar en bar. Así que mamá se divorció y volvió a casarse. Otro borracho, por supuesto. Salvo que a este no solo le gustaba ponerse agresivo verbalmente, sino que también nos maltrataba. Jamás le permití que pusiera un dedo sobre Lilly, pero una tarde estuvo a punto de hacerlo. Me enfrenté a él. Y como era menos corpulento, me mandó al hospital. —Victoria lo abrazó de la cintura, y elevando el rostro para mirarlo—. Mi madre me echó la culpa a mí, y no dejó a Heath. Poco tiempo después ocurrió lo de Sabrina. Luego mi hermana y yo fuimos a vivir con la abuela Edna, ya cansados de Heath y la actitud de mamá de justificarle todo. Jamás lo quiso denunciar, tampoco nos lo permitió a nosotros —soltó un largo suspiro—. No he logrado conciliarme con ella.

—Me duele que hayas tenido que vivir una situación tan dura —dijo con pesar. Le puso la mano en la mejilla, ahuecándosela con cariño—. ¿Tu madre y Heath siguen juntos?

Él negó. Tomó la mano de Victoria y le besó los nudillos.

—Mi hermana me comentó que hace poco se divorciaron. Hará unas dos semanas atrás. Monique me deja cada cierto tiempo mensajes en la contestadora, pero yo no le devuelvo las llamadas. Lilly es la que habla con ella, y cuando cree necesario me cuenta algunas cosas. Como lo del divorcio.

—Quizá podrías considerar retomar el contacto. Estoy segura de que ella te ama, y está arrepentida, pero sobre todo te debe extrañar muchísimo. Eres su hijo. Al final, Monique también ha sufrido. Se ha dado cuenta algo tarde, pero lo ha hecho... —tomó a Matt de la mano y lo haló hasta el sofá. Se sentó en sus piernas y él la sostuvo rodeándole la cintura—. ¿Qué tiene que ver todo esto con tu pregunta inicial?

Él la miró con una mezcla de frustración y tristeza.

—No sé cómo ser un buen padre... La paternidad ha sido una idea que me ha dado pánico siempre —dejó escapar un suspiro de preocupación—, tú me has cambiado de muchas maneras con tu amor y tu dulzura, hasta tal punto que para mí es indispensable saber tu opinión sobre este tema, porque, Tori, yo no quiero decepcionar a otro ser humano del modo en que mis padres lo hicieron conmigo. No quiero decepcionarte a ti.

Ella le acarició el contorno de la mandíbula. Le rodeó el cuello con sus brazos.

—Jamás podrías hacerlo, Matt. Además, ese sería un viaje que haríamos juntos. Yo perdí a mi madre muy pequeña. Así que compartimos el mismo temor de no saber cómo afrontar ser padres. Si estamos los dos al mando del trasatlántico siempre llegaremos a puerto seguro —dijo con convicción.

Él apretó su abrazo alrededor de la fina cintura. Y se inclinó para besarla.

—Eres única.

—Tanto como tú lo eres para mí —aseguró—. Ya es tiempo de cerrar los ciclos del pasado al completo. Quizá no sea tan difícil, y si lo fuera, yo estaré a tu lado.

«¿Cómo era posible ser un hombre tan suertudo?», pensó Matthew.

—Supongo que los defectos que pudiera tener como padre, los compensarán tus habilidades como madre...

—Y viceversa —completó sonriéndole—. Aprenderemos juntos.

—Te amo tanto...

—Demuéstramelo —lo retó con picardía, y empezó a reír cuando Matt le hizo cosquillas.

Ese fue solo el preámbulo de una larga noche en que dejaron de lado la cena planeada, pues a Matt le gustaban los retos y siempre se empeñaba para lograr la máxima nota.

EPÍLOGO

Tres años después.

Samuel Talley iba a soplar la velita de su tarta de cumpleaños, o al menos eso intentaría con apenas dientes en sus rosadas encías. Celebraba un año de vida. El pequeño era una monada y el delirio de sus padres: despierto, sonriente, con el cabello negro y unos impresionantes ojos azules que conquistaban a cualquier mortal que osara querer llevarle la contraria. Sí. El pequeño Sam tenía la vena combativa de su madre y el carácter tozudo de su padre. Por lo demás, ya despuntaba como un líder nato. Al menos eso quería creer su consentidor abuelo John, mientras observaba a tantos niños congregados en la preciosa casa que su hija y su yerno habían comprado al casarse.

La ceremonia de matrimonio de Matt y Victoria había sido preciosa. Tan íntima y privada como era el deseo de la novia y el novio. Sin amigos por negocios o contactos importantes de la clase alta de San Francisco. Solo los más allegados a la pareja.

Cuando John entregó a su hija, ella no pudo ocultar sus ojos llenos de lágrimas sin derramar, porque *ese* había sido el día que soñaba desde pequeña. Se había casado con el amor de su vida, y era correspondida en igual medida.

Victoria eligió para la ocasión un diseño estilo *vintage* con toques modernos que se ajustaban a sus curvas. Con escote palabra de honor adornado con brocados sencillos, entallado ligeramente en la cintura para definir su cuerpo con toques de organza. La falda tenía varias capas que parecían flotar a su alrededor al moverse con la cola corta del traje. El camino hasta el altar estuvo marcado por la convicción de Victoria de que estaba en el lugar correcto y siendo fiel a su corazón. El novio estuvo guapísimo con su esmoquin, aunque lo cierto es que no importaba qué se pusiera, Matt

siempre destilaba elegancia y una postura que robaba el aliento. El día de su boda no fue distinto. Pero él solo tenía ojos para una mujer: su esposa.

Cien personas se congregaron en la impresionante terraza de uno de los hoteles más prestigiosos de San Francisco. La recepción se celebró al atardecer, justo cuando los últimos rayos de sol se filtraban por los ventanales que ofrecían unas vistas magníficas del horizonte. La decoración estuvo predominada por tonos blancos con rojos y beige en unas combinaciones románticas y suaves. Bailaron, rieron y cerca de la media noche, los novios abandonaron la recepción. Todos sabían hacia dónde se dirigían. Sí. Al aeropuerto. El vuelo hacia Tailandia tenía previsto salir a las cinco de la madrugada. No solo tenían que terminar de empacar, sino también celebrar la atracción, el amor y la sensualidad que los envolvía.

Se alojaron dos maravillosas semanas en el Marriott's Phuket Beach Club. Alejados del mundo, y disfrutando el uno del otro. Eligieron la isla tailandesa más grande. Phuket. Apodada “La Perla del Sur”, en el mar de Andaman, en la costa suroeste.

—¡Mamá! —gritó Sam, mientras los demás niños invitados al cumpleaños esperaban impacientes que les dieran un pedazo de tarta. Los primos de Sam, Peter y Joe Jackson, habían volado con sus padres desde Boston durante el fin de semana para la fiesta. Chloe se había casado hacía tres meses con Brandon, y era la madrina de Sam junto con Dermont.

Victoria Talley, vestida con un pantalón *capri* amarillo pastel, y una blusa blanca holgada pre-mamá, le acarició la cabecita a su hijo con ternura, mientras Matt lo sostenía en brazos para inclinarlo para que soplara la velita.

—¿Sí, cariño?

El bebé señaló la velita. Y luego se giró hacia Matt.

—¡Beso!

Victoria rio. Miró a Matthew con una sonrisa y le dio un beso. Su hijo los había

pillado una vez besándose. Los quedó mirando, y Victoria le dijo que eso era un beso. Desde entonces, cada vez que Sam se acordaba, les decía: “¡Beso!”. Oh, y pobre de sus padres si no se atrevían a complacerlo.

Los invitados cantaron el cumpleaños feliz. Sam sucumbió al sueño dos horas después de repartir la tarta, así que la niñera lo llevó a su habitación en el piso superior de la casa, ubicada en una acomodada y familiar zona de San Francisco. Matthew había vendido su penthouse, pues no quería tener recuerdos en soledad. Había decidido crear nuevas experiencias con su familia. Empezar desde cero.

Matt y Victoria decidieron abrir juntos una agencia, pequeña, que solo atendía a clientes que podían facturar lo suficiente como para vivir cómodamente cada mes. Ambos ya tenían una reputación hecha y los clientes los buscaban. Victoria compartía el tiempo entre la empresa que tenía con su esposo, MT&VM (ella rehusó utilizar su apellido de casada para la compañía, a pesar de que Matt intentó convencerla con una forma muy interesante) con Spring & Marsden. El Parkinson avanzaba en el cuerpo de John, y ella sabía que tenía que empezar a hacerse cargo poco a poco de la compañía junto con Andrew Spring. Matt no quiso volver a la agencia en la que había trabajado tantos años, y no por soberbia, sino porque se sentía más cómodo teniendo tiempo para su familia y llevando los negocios a su manera sin rendirle cuentas a nadie. Además, las inversiones que había en el sector tecnológico, estaban dando resultados interesantes.

Cerca de las seis de la tarde, los invitados se retiraron.

El matrimonio Talley subió a la habitación. Era una estancia acogedora.

—Al fin, solos —murmuró abrazando a Victoria por detrás, y dejando sus manos sobre la pancita de cuatro meses y medio de su esposa. Iba a tener una niña. La ecografía los dejó locos de alegría—. Mañana cumplimos tres años de casados. Y han sido los mejores de mi vida —dijo. Ambos observaban desde la ventana, el atardecer en la ciudad

—Y los míos. —Se giró entre los brazos de Matt para mirarlo—. No me

arrepiento de nada.

—¿Tal vez de no haberme permitido hacerte el amor sobre el mesón del estudio esta mañana? Creo que esa ha sido una falta grave, señora Talley.

Victoria rio y le dio un golpecito en el hombro.

—Estaban los decoradores de la fiesta. No nos hubiera dado tiempo...

—Bueno, pero tú no te quejaste mucho cuando mi boca te llevó a un punto bastante placentero. Una experiencia de éxtasis que tu precioso cuerpo de embarazada pide experimentar con más asiduidad que antes —dijo entre risas, antes de inclinarse para besar a Victoria cuando ella quiso protestar.

Ella suspiró y se entregó a ese beso. Él le acarició la espalda con las manos, y las deslizó hasta el trasero firme de su esposa, mientras le recorría los labios con los suyos. Le introdujo la lengua de forma lenta, pausada, deleitándose con su sabor. Un sabor que no se cansaba de probar. Victoria se estremeció en sus brazos, y le colocó las manos en la nuca para atraerlo más hacia ella.

Las manos de Matt cambiaron de ruta y empezaron a desabotonar la blusa. No llevó demasiado tiempo dejarla abierta para tener a su disposición los pechos que la maternidad había agrandado para su deleite. Quitó el broche delantero del sujetador y dos pezones muy erectos se presentaron ante él cuando los pechos quedaron libres. Él gruñó algo ininteligible antes de tomar esos botones deliciosos entre los dedos y acariciarlos. Victoria gimió y se frotó contra su erección, mientras sentía las caricias de su esposo.

—El efecto ardiente que causas en mi cuerpo sigue intacto —susurró Matt—. Me encantas, y cuando estás embarazada todavía más...

—Eres demasiado adulator —dijo con un gemido ahogado, mientras se deshacía de los botones de la camisa de su esposo, para luego ir por el pantalón.

—Me gustas de todas las formas posibles.

—Lo sé, tú también —replicó riéndose, mientras su manos se deshacían del cierre del molesto pantalón azul. Él la ayudó, y se desvistió por completo.

—Te has convertido en una mujercita respondona —dijo en broma, antes de tomarla en brazos para llevarla hasta la cama ropa.

—Nunca he dejado de serlo —murmuró con una sonrisa, cuando su esposo le quitó toda la ropa, con su total y absoluta colaboración por supuesto. La vida no podía ser más generosa. Amaba a Matt y todo lo que habían construido juntos, inclusive a través de los momentos de dolor. Sam no había sido el primer bebé. Después de la luna de miel quedó embarazada, pero tuvo un aborto espontáneo. Fue una vivencia desgarradora que los sumió a ambos en una situación muy triste. La superaron juntos. Samuel, y la beba que estaba en camino, eran la prueba de ello. Matthew había asumido la paternidad de un modo natural que lo sorprendió, pero a ella no, porque sabía que su esposo podía llegar a ser el mejor padre posible, y lo era. La enternecía sobremanera ver cómo se esforzaba por aprender, por dedicarle tiempo a su familia. Era una mujer con suerte—. Solo he intentado controlar las dosis, para que creas que llevas las riendas...

—¿Es eso lo que ha hecho, señora Talley? —preguntó recorriéndole las piernas con sus labios, hasta llegar al punto más sensible. Pasó la lengua en el centro húmedo, paladeando la esencia del deseo, y luego de torturarla lo suficiente, subió recorriendo el cuerpo curvilíneo con la lengua y sus labios. Se detuvo en los pechos. Besándolos, chupando los pezones y dándole mordiscos que hicieron gritar a Victoria de placer. Ella estaba más sensible, su deseo sexual multiplicado y él solía pincharla con ello; disfrutaban seduciéndose mutuamente.

—Sí... Oh, mi amor... —gimió cuando sintió el glande en la entrada de su sexo—. No te detengas. Tómame ahora. Él rio y le acarició la nariz con la suya. Luego besó las mejillas suaves, para posteriormente devorarle la boca un largo rato, mientras hacía acopio de todo su autocontrol manteniéndose cerca del sexo de Victoria, sin entrar en él como moría por hacer. Deseaba torturarla un poco más, porque de ese modo los orgasmos de ambos eran la gloria. Aunque a veces estaban

tan calientes que lo hacían rápido, sin preámbulos, y en donde los pillara. Una vez estuvieron a punto de encontrarlos retozando en la sala de juntas de Spring & Marsden, cuando él fue a ver a Victoria para almorzar juntos. Ella le había recriminado su falta de autocontrol, pero él se limitó a sonreír, satisfecho. Después de todo se llevó las bragas de su mujer en el bolsillo a modo de prueba fehaciente de que el encuentro en absoluto la había preocupado.

Ella le rodeó las caderas con sus piernas para instarlo a que la penetrara. Él no pudo contenerse más y se hundió en ella. Se movieron al ritmo de la pasión, en un compás marcado por todo el amor y los sueños que juntos estaban cumpliendo. Una marea de placer los catapultó a una sensación única de libertad convirtiéndose en uno solo.

Desnudos y complacidos, yacían abrazados en la cama. Ella, recostada con la mejilla apoyada en el pecho de Matt, y él, la rodeaba con el brazo, protegiéndola, adorándola.

—¿Tori?

—¿Sí...?

—Me alegro de tenerte a mi lado.

Ella sonrió mirándolo con sus magníficos ojos azules. Se alegraba de tener a Matt, pero vaya que les había costado lo suyo construir lo que ahora tenían. El matrimonio era un viaje de altos y bajos, además del amor se necesitaba algo muy importante: voluntad. Un ingrediente que Matthew y ella tenían suficiente.

—Te amo, Matt.

Él la besó con ternura.

—Nos ha tomado un tiempo hasta que las cosas se ajusten, pero al final lo hemos conseguido —dijo él y colocó la mano sobre el lado donde se alojaba el corazón de Victoria—. ¿Sabes? Solo hay una mujer capaz de hacerme perder la razón. Ella me tiene en sus manos de todos los modos posibles...

—¿Ah, sí? Vaya, seguro tú debes tener el mismo efecto en ella. Solo para estar claros, ¿quién es esa mujer?

Matt sonrió y la abrazó de la cintura, mirándola a los ojos.

—Tú, mi amor. Siempre has sido tú.

SOBRE LA AUTORA

Escritora de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

La autora fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y es coadministradora del blog literario Escribe Romántica. Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Lazos de Cristal, El último riesgo, Regresar a ti, Bajo tus condiciones, Un Capricho del Destino, Desafiando al Corazón, Más allá del ocaso, Un orgullo tonto, entre otras.

Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. En su tiempo libre disfruta escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Encuentra más sobre la autora visitando su blog: www.kristelralston.com

Puedes seguirla en Twitter [@KristelRalston](https://twitter.com/KristelRalston) o www.facebook.com/KristelRalstonLibros